

© LASSE HOLM ©

LOS HIJOS DEL REY VIKINGO

# SAQUEO



13

Primavera 868. Una flota de ochenta naves partirá de Noirmoutier, en la costa de Francia, en dirección sur. A bordo viajan Rolf y sus compañeros de batalla: Hastein, Jarvis, la escudera Ylva, Bjørn y Halfdan, hijos de Ragnar, acompañados por dos mil vikingos de pura sangre guerrera.

Su objetivo: Al-Ándalus, tierras perfectas para saquear sin tregua. Las ciudades irán cayendo presa de sus ataques, pero la defensa será implacable y las luchas se sucederán una tras otra: el control del Mediterráneo está en juego.

Cuando, uno a uno, sus compañeros de tripulación empiecen a ser asesinados, Rolf deberá dar con el culpable antes de que sea demasiado tarde. ¿En quién puede confiar cuando no es fácil conocer a sus amigos?

Lasse Holm

---

# **Los hijos del rey vikingo**

## SAQUEO

Los hijos del rey vikingo

2



Título original: *Lodbrogssonernes Ran*  
Lasse Holm, 2018  
Traducción: Victoria Alonso y Rodrigo Crespo, 2019

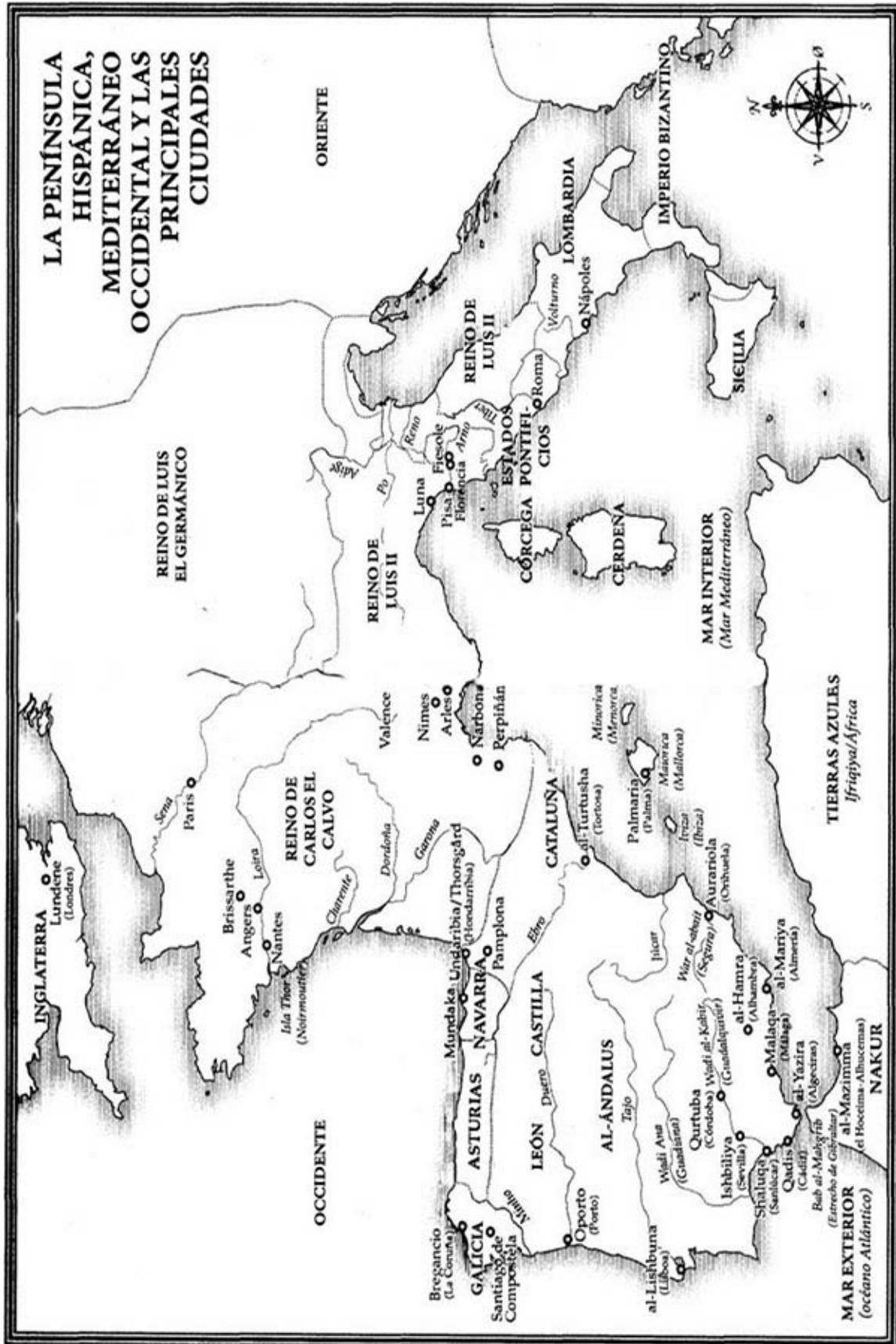
---

Revisión: 1.0  
09/07/2019

# LAS PATRIAS DE LOS NÓRDICOS Y LOS REINOS CIRCUNDANTES



**LA PENÍNSULA  
HISPÁNICA,  
MEDITERRÁNEO  
OCCIDENTAL Y LAS  
PRINCIPALES  
CIUDADES**



# LISTA DE PERSONAJES

BÅRD: Hermano menor de Bjarni, miembro del Grupo de la Almenara.

BELLA: Esposa sajona de Sigurd Ojo de Serpiente.

BJARNI: Hermano mayor de Bård, miembro del Grupo de la Almenara.

BJØRN COSTADO DE HIERRO: Hijo mayor de Lodbrog y padre adoptivo de Hastein.

EL LINDO DAGFINN: Hermoso joven miembro del Grupo de la Almenara.

FRIDTJOF EL *LARGO*: Marino pelirrojo y pecoso, miembro del Grupo de la Almenara.

HALFDAN CAMISA BLANCA: Hijo menor de Lodbrog, guerrero irascible y con pundonor.

HASTEIN: Hijo adoptivo de Bjørn Costado de Hierro, el mejor amigo de Rolf Lenguaraz.

HJALMAR MELENUDO: Conde de Møre de Noruega. Calvo y de barba larga.

JARVIS: Hermano lego que ejercita la curación.

KHALID: Muchacho moro.

RAVN HIJO DE BUE: Guerrero vikingo con huesos en la barba trenzada.

ROLF LENGUARAZ: Narrador y el mejor amigo de Hastein.

SIGURD OJO DE SERPIENTE: Hijo mediano de Lodbrog, conde de comprensión lenta.

STURE DE SELANDIA: Jactancioso miembro del Grupo de la Almenara.

THORVALD TALLADOR: Labrador de Viken miembro del Grupo de la Almenara.

UGGLA UGGLASON: Conde del Reino de Suecia, desfigurado y víctima de Costado de Hierro.

VÍMARA PERES: Caudillo al servicio del rey Alfonso de León, Asturias y Galicia.

YLVA: Escudera y guardia personal de Bella.

## OTOÑO DE 870 - DÍA PRIMERO

Ha transcurrido ya mucho tiempo desde que dejamos atrás los despojos del naufragio. Flotamos en medio de la nada. El cielo está cubierto. El mar, oscuro y agitado. Las dos superficies se diluyen en una bruma grisácea que hace difícil ver la línea donde se unen en el horizonte.

Estamos sentados muy juntos sobre los arcones. Cuando miro alrededor desde el sitio en el que remo, ninguna otra mirada se topa con la mía. El intenso olor a sudor y la peste de la ropa mojada se cierne entre nosotros. Nos ha abandonado la esperanza de sobrevivir a la catástrofe que ha sufrido la expedición. Aunque nos esforzamos, la resignación se dibuja nítidamente en nuestros rostros ensimismados. Solo el rechinar de los remos en los gastados agujeros de la borda se escucha por encima de la eterna canción de viento y olas.

Habría buenos motivos para preguntarse si merece la pena continuar remando puesto que navegamos a la desesperada, perdidos en aguas desconocidas, pero nadie quiere hablar de ello y extinguir la remota esperanza que anima nuestro avance. Mientras nos movamos seguiremos vivos. Pararse equivale a morir.

Bjørn Costado de Hierro está sentado en el borde de la plataforma ligeramente elevada de la bancada, con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre la panza. La expresión en su semblante de barba gris es distante e insondable. Los ojos gris pálido entrecerrados parecen dos rendijas.

Sentada a babor, junto al costado del barco, va Bella, envuelta en una capa oscura que le oculta su largo cabello negro. No se ve más que su pálido rostro ovalado. Callada, mira fijamente los desgastados tablones de la cubierta. Sus manos rodean la cabeza de Sigurd Ojo de Serpiente. El conde de la barba negra yace sobre la cubierta de la bancada. Parece como si se hubiera quedado dormido con la cabeza apoyada en el regazo de su esposa. Lleva inconsciente desde que lo sacamos de las olas.

A la caña del timón va la escudera Ylva, alta y espalduda como los hombres. Su saya de cuero negra, tensa sobre el pecho plano, cruje cada vez que ella se bambolea siguiendo los movimientos del barco. Sus ojos juntos se encuentran con los míos. Entre nosotros flota la pregunta no pronunciada: ¿cómo se han podido torcer tanto las cosas? Pocos días antes, el mar que nos rodeaba se hallaba repleto de orgullosas naves largas. Ahora estamos solos.

Miro a Halfdan Camisa Blanca, pálido y reconcentrado, esforzándose en el remo más próximo a la bancada. Una franja oscura de sudor le baja por la espalda. Presiente mi mirada y se vuelve a medias. En su mentón, por lo general bien rasurado, se aprecia la pelusa de la barba. El rostro se contrae con espasmos que transforman la sonrisa en una desagradable mueca. Los ojos castaños destilan un ligero desvarío.

No sin razón.

La batalla marina se había parecido a una imagen sacada del infierno cristiano. Los barcos del enemigo vomitaron fuego e hicieron arder incluso la superficie del mar. Las llamas lo consumieron todo vorazmente, desde el casco, los mástiles y las jarcias hasta las bestias de la proa. Muchos hombres ardieron, y otros tantos murieron a manos de las hordas moras, que bramando saltaron desde sus propias embarcaciones a las nuestras.

Todos nos encogemos al pensar en la terrible derrota. Y, sin embargo, la situación empeorará pronto. Aún lo ignoramos, pero en breve tendremos más motivos para desanimarnos, pues no tardarán en comenzar los asesinatos.

Uno a uno caerán los hombres a nuestro alrededor, víctimas de un asesino desconocido. De forma paulatina nos iremos dando cuenta de que aquello que lo motiva se encuentra íntimamente relacionado con los acontecimientos que han tenido lugar desde el comienzo de la expedición. Las muertes cambiarán los destinos de los tripulantes de maneras insospechadas. El esclarecimiento

hará surgir lo peor en los supervivientes. Tras la revelación de la identidad del asesino, nada será lo mismo.

Ignoro estos futuros sucesos mientras remamos y nos adentramos en la nada. Mis pensamientos no hacen más que girar en torno al día en que empezó nuestra desgracia: dos años y medio antes, en una pequeña aldea del reino de los francos.

## PRIMERA PARTE

Primavera y verano de 868

# 1

—¡Atrancad esa puerta! —La voz de Hastein sonaba resuelta y autoritaria—. ¡Arqueros, permaneced en las ventanas! ¡Todos los hombres a defender! Vamos a darles una buena paliza a esos meones de tumbas.

Se había atado su largo y rubio flequillo, que en su día le caía delante de los ojos. Ahora lo llevaba peinado hacia atrás y recogido en un moño por encima de la nuca. Alrededor de los finos y estrechos labios, la dorada pelusa del mentón se había convertido en una barba frondosa. Hastein ya no se parecía al muchacho que yo conocí en Inglaterra. Había crecido, tenía autoridad y carisma, y no vacilaba mientras gritaba órdenes a diestra y siniestra. Los apenas ochenta hombres que quedaban en nuestro séquito lo obedecieron sin rechistar.

—¿Y si los francos arrojan antorchas al tejado? —le pregunté.

—Entonces estaremos perdidos.

Susurró para que los demás no lo oyeran. Su alegre indiferencia no podía ocultar que estábamos en un aprieto.

Diez días antes, desde la costa oeste del reino franco, habíamos remontado el río que los lugareños llaman Loire. Tras pasar por Nantes, cuyos habitantes se habían refugiado mucho tiempo antes tras gruesas e inexpugnables murallas, llegamos a Angers, que años atrás había sido saqueada tan a conciencia que no valía la pena. Hastein creyó que más hacia el interior, donde el río resultaba difícil de navegar, podíamos encontrar nuevas aldeas que asaltar.

Ahora yo era un miembro de pleno derecho de la manada de lobos vikinga y hacía todo lo posible para estar a la altura. Durante un año entero había navegado, cabalgado y saqueado junto a mis compañeros. Por las noches había bebido desaforadamente junto al fuego y, a pesar de la resaca, había entrenado en el muro de escudos al día siguiente. Había lanzado bravuconadas, bramado y defendido mi honor, y nunca había retrocedido ante un desafío.

Lo mismo le ocurría a Hastein. Por eso no nos preocupó tener que dejar los barcos y adentrarnos en tierra, ya que contábamos con las fuerzas de otros cuatrocientos jóvenes. La sed de aventura nos hizo ignorar el riesgo que suponía luchar en el terreno del enemigo. Ahora nos arrepentíamos.

Un ejército de francos, comandado por el conde Robert de Anjou, nos había cortado el acceso a la costa. En solo cuatro días, el conde y sus hombres nos dispersaron en varios grupos pequeños, derrotando o apresando a aquellos que se quedaban atrás, y llevándonos cada vez más al norte. Ahora nos tenían rodeados en un lugar llamado Brissarthe, una sucesión de chozas con techo de paja en torno a una iglesia, en la que nos habíamos refugiado con nuestras monturas. El pueblo era pequeño, pero el edificio de la iglesia era excepcionalmente grande: quince pasos en uno de sus lados y más de treinta en el otro. Las paredes eran de sillares de piedra gris muy sólidos, pero el techo estaba formado por planchas de madera sostenidas por una estructura del mismo material.

—¡Disparad a cualquiera que se acerque con una antorcha! —gritó Hastein a un grupo de arqueros que había trepado por la escalera hasta alcanzar un rellano situado bajo los dos arcos de la ventana de la fachada.

Los arqueros rompieron con hachas los pequeños paneles romboides de vidrio y apuntaron a través de los marcos de plomo. En torno a las claraboyas que se abrían en el alto techo de la nave de la iglesia, los demás estaban preparados. Sin embargo, los francos que se habían agrupado en la plaza no hacían ademán de atacar.

—¡Esos cobardes no tienen coraje para probar nuestras armas! —gritó Hastein.

—O puede que tengan otro plan —contesté—. Si quisieran prender fuego a la iglesia, podrían hacerlo con flechas en llamas.

Me hizo callar con una furiosa mirada. Los dos sabíamos que yo tenía

razón, pero era importante mantener alto el ánimo.

Pasamos la tarde a la espera. A medida que la niebla vespertina atravesaba campos y bosques, el coraje de los hombres de la iglesia iba decayendo. Hastein preguntó a los tiradores de las ventanas qué podían ver.

—Los guerreros del conde Robert discuten con los locales —respondió uno de ellos—. Hay un sacerdote debatiendo con el capitán del conde.

—Los aldeanos no quieren quemar su iglesia. Su cicatería juega a nuestro favor. —Hastein miró a su alrededor—. Busquemos algún pasaje subterráneo para salir de aquí.

En la primavera, algunas tripulaciones habían intentado saquear un monasterio cerca de la costa. Resultó que los monjes ya habían abandonado el lugar a través de un túnel secreto, y desde entonces esa historia se había contado muchas veces en torno a la hoguera. Aunque era dudoso que una iglesia rural estuviese tan bien decorada, nuestros desanimados hombres hicieron suya la idea.

—¡Buscad piedras sueltas en el suelo! —exclamó Hastein—. Agujeros ocultos en las paredes. Probad si puede moverse la piedra del altar.

Mientras caía la noche, registramos el lugar con la ayuda del resplandor de las antorchas del exterior. Muchos se dieron por vencidos después de unas pocas horas, aunque otros, tozudos, siguieron rastreando. Periódicamente, había discusiones en la oscuridad cuando los que buscaban empujaban a los que estaban durmiendo. Poco antes del amanecer se oyeron gritos de júbilo en el coro. Una gran losa del suelo detrás del altar emitía un sonido hueco al golpearla. Con espadas y hachas rascamos y cavamos a lo largo de los lados de la piedra. El entusiasmo y la esperanza aumentaron. Los que estaban durmiendo despertaron y también fueron a ayudar. Finalmente, alguien logró clavar la punta de una lanza en la grieta. Con mucho esfuerzo conseguimos levantar la losa.

Desde un foso de un codo de profundidad excavado en los cimientos de la iglesia brillaban, ante nuestra mirada, un vaso y cuatro candelabros de plata maciza. Un cofre con una esfera de cristal roja incrustada en la tapa contenía un puñado de anillos y monedas. En la parte superior había un crucifijo de plata, adornado con piedras preciosas. Fue la primera y única vez que oí a los nórdicos refunfuñar por la decepción ante un tesoro así.

—Este es el motivo por el que el conde no ha prendido fuego a la iglesia —dije—. Los aldeanos temen que el calor derrita su plata.

—Parece que podemos agradecer a nuestra recién adquirida riqueza estar todavía vivos. —Hastein alzó el crucifijo hacia los primeros rayos del sol que caían oblicuamente a través de las ventanas del coro. Los brillos se reflejaron en las paredes de piedra—. ¿Nos permitiría Thor hallar tal fortuna si nuestro destino fuera morir bajo las espadas de los francos?

Muchos sonreían confiados, pues el justo dios del trueno nunca nos jugaría esa mala pasada. Otros pensaban que si fuesen Odín o Loke, el dios de las travesuras, quienes nos hubieran conducido hasta la aldea, nadie podría estar seguro de eso. No sería la primera vez que hombres valientes conseguían una gran riqueza poco antes de morir en la batalla para poder llenar las filas de los *Einherjer*, los guerreros fallecidos que se reunían en el Valhalla para defender al mundo de los dioses, Asgård, contra los gigantes, que eran sus enemigos seculares.

—Sois una pandilla de chismosas —se burló Hastein de los indecisos—. Odín tiene cosas más importantes que hacer que mezclarse en asuntos de los humanos, y Loke es un cobarde que se queda lejos cuando se tiene que luchar en una batalla. Es el dios del trueno quien nos trajo a Brissarthe. Anoche escuché resonar su martillo, Mjølner.

Varios hombres más también creían haber escuchado un trueno en la distancia, a pesar de que la noche había sido estrellada y tranquila.

—Soy vuestro líder y siempre he sido un hombre de Thor —prorrumpió Hastein, como si con eso quedara zanjada la cuestión—. Mirad el martillo en mi cuello.

Señaló el pequeño talismán plateado atado a un cordón de cuero que acababa de mostrar a sus hombres, pero las protestas persistieron. No estaba nada claro, según decían los desconfiados, que Hastein fuera el líder de la expedición, pues no era ni un gran señor ni un conde. Habían confiado en su conocimiento de la zona, y ahora estaban en una ratonera.

—Ninguno de vosotros hubiera sido mejor guía que yo —se defendió Hastein.

Voces furiosas se alzaron bajo la techumbre de la iglesia. Los reproches mutuos flotaban en el aire. Los más vehementes echaron mano a sus armas.

Noté que la voz de Hastein se estaba volviendo estridente y que su frente se empapaba de sudor cuando de repente oímos un grito procedente de los dos altos ventanales de encima de la puerta, donde los arqueros seguían vigilando.

—Los francos se mueven.

—¿Qué hacen? —se apresuró a preguntar Hastein.

—¡Están cavando!

Hastein y yo trepamos por la escalera que daba al lugar donde ellos se encontraban. En el exterior, los francos se habían puesto a cavar una profunda zanja que cruzaba la plaza de la iglesia, amontonando la tierra en un parapeto, que reforzaban con estacas puntiagudas para el asedio.

Hastein miró los caballos que permanecían de pie en la nave de la iglesia, como en un establo, y tuvo una idea.

El calor de la mañana flotaba sobre la plaza de la ciudad, y los francos se habían despojado de sus sayas y cotas mientras trabajaban con las hachas y los azadones. Cuando oyeron que retiraban el pasador de la puerta de la iglesia desde el interior, se enderezaron y se secaron el sudor de sus rostros. No esperaban que nos rindiéramos tan rápido. Se sonrieron los unos a los otros y asintieron seguros de la victoria.

La puerta de la iglesia se abrió de golpe. Nuestros caballos salieron al galope a la luz del sol. Los pobres animales estaban presas del pánico, ya que los arreábamos con lanzas y capas, y pisotearon a todo aquel que no pudo apartarse lo suficientemente deprisa. Hicimos huir a los supervivientes con golpes en la espalda y en las nalgas, pero no pudimos escapar. Los caballos desaparecieron entre las casas, y la infantería de los francos, que se había establecido alrededor de la aldea, apareció rápidamente para formar un muro de escudos. Los seguía un hombre entrado en carnes sobre un semental blanco. Peleaba concienzudamente para colocarse la cota de malla. Su casco reluciente colgaba del fuste de la silla.

—¡Ahí tenemos al conde Robert de Anjou! —gritó Hastein con ardor por encima del ruido de la batalla—. Tarde o temprano estará listo, así que tenemos que prepararnos para defendernos.

Nos desplazamos juntos, hombro con hombro, formando un muro. Los

escudos redondos, que se superponían entre sí, eran nuestra única protección contra el odio de los francos. Sus armas martilleaban con fuerza contra los escudos de madera de tilo, del tamaño de una tapa de pozo, de menos de una pulgada de grosor y forrados con un cuero que se deterioraba con rapidez en el fragor de la batalla.

Saqué mi sax, un cuchillo de la misma longitud que el antebrazo de un hombre. Se llamaba Sed de Sangre, porque una buena arma debe tener un nombre, y cada vez que prueba sangre enemiga aumenta su fuerza. Un sax es más fácil de manejar que una espada o un hacha en el reducido espacio de un muro de escudos, y con él pinchaba por debajo de los escudos de los francos para causarles el mayor destrozo posible en las piernas y el abdomen. Con Sed de Sangre he ganado muchas batallas durante mi larga vida, y aquella mañana en Brissarthe, aunque aún era joven e inexperto, ya conocía la técnica por los múltiples ejercicios de combate a los que habíamos dedicado nuestro tiempo libre durante el invierno. Aun así, tenía miedo. Sin la posibilidad de escapar, incluso los guerreros más valientes y diestros a menudo sienten terror en el muro de escudos y vomitan o defecan en los pantalones.

Tan pronto como los francos avanzaron, nosotros retrocedimos. El conde Robert esbozó una risa triunfal en su orondo rostro. Desde su montura bramó órdenes a derecha e izquierda y ya no se preocupó de la cota ni se puso el casco. Con la cabeza descubierta, obligó a avanzar a sus guerreros mediante órdenes y amenazas. Los francos no eran guerreros tan hábiles como nosotros, pero nos cuadruplicaban en número y no estaban dispuestos a dejarnos marchar. Paso a paso nos hicieron retroceder, y nuestro muro de escudos tomó la forma de un semicírculo, en lugar de una línea, porque teníamos que defender ambos flancos. Los hombres peleaban, gritaban y morían en el limitado espacio, y no dejaban de llegar más francos pertrechados con cotas de malla y fuertemente armados.

En medio del tumulto, Hastein se dio la vuelta e hizo una señal a los arqueros apostados sobre la puerta de la iglesia. Dos flechas perforaron el torso desprotegido del conde Robert, que, atónito, contempló las astas emplumadas que le sobresalían del pecho y del brazo. En la siguiente oleada fue su ojo derecho el que recibió el impacto. Osciló en la silla, echó la cabeza hacia atrás y cayó de costado del caballo.

—*Le compte est mort!*

El grito se fue repitiendo por toda la plaza de la iglesia. El ataque de los francos perdió fuerza, y aprovechamos para regresar a la iglesia y cerrar la puerta detrás de nosotros.

—¡Veremos cuánto tiempo aguanta el toro franco sin cabeza! —gritó Hastein, y disfrutó del júbilo ensordecedor de sus hombres.

Antes de ese desenlace nos había explicado que la gran debilidad de los francos era su respeto a la autoridad. Cuando al conde Robert, también llamado Robert el Fuerte, se le metía algo en la cabeza, no descansaba hasta conseguirlo. Era un indeseable, un tirano y un verdadero maestro a la hora de intimidar a sus hombres para que obedecieran las órdenes, además de poseer grandes dotes como comandante y estratega. Pero, precisamente por eso, sus soldados no estaban acostumbrados a tomar la iniciativa por sí mismos.

A muchos les resultaba difícil creer lo que Hastein contaba sobre los francos, porque entre los habitantes del norte solo una minoría se dejaba guiar por algo diferente de la voluntad de los dioses y su propio sentido común. Sin embargo, después de mucho discutir, los hombres aceptaron probar su artimaña. Era bien sabido que desde niño Hastein había participado en saqueos por todo el país de los francos con Bjørn Costado de Hierro, el mayor de los cinco hijos del famoso Ragnar Lodbrog, y ahora, con casi diecisiete años, la mayoría creía que se podía confiar en él, a pesar de que aún era un niño sin cicatrices ni arrugas.

Quedó demostrado que Hastein había acertado. Al atardecer pudimos salir a la plaza de la aldea sin encontrar un alma. Las zanjas a medio cavar y las barricadas estaban abandonadas. Las fuerzas superiores en número de los francos habían desaparecido.

## 2

Puede parecer extraño que a mí, que un año antes había tratado de detener la devastación de los nórdicos en Inglaterra, me resultara tan fácil saquear a los francos, sobre todo después de haber aprendido su lengua con tanta rapidez. Pero yo era joven e influenciable, y la alegría por haber sido aceptado me hizo cerrar los ojos ante la muerte y la miseria que extendíamos. Hoy soy un anciano que ha aprendido, de las experiencias amargas, a evitar cualquier riesgo innecesario, pero en aquel tiempo tanto Hastein como yo nos sentíamos invulnerables. A pesar de lanzamos a peligrosas aventuras, siempre salíamos ganando, siendo el episodio en la iglesia de Brissarthe uno de los puntos culminantes de todas las batallas vividas hasta ese momento. Por eso estábamos de muy buen humor al acercamos a la isla del padre adoptivo de Hastein, Bjørn Costado de Hierro, situada en la costa frente a la desembocadura del río Loira.

Los lugareños llamaban a la isla Noirmoutier. Tendría unas dieciséis millas de largo y apenas diez en su punto más ancho. En la costa oeste, barrida por el viento, se levantaban las ruinas de un monasterio que en su día había sido una buena fuente de ingresos para hombres aguerridos en expedición, pero los monjes lo habían abandonado mucho antes de que Bjørn Costado de Hierro tomara posesión de Noirmoutier y le cambiase el nombre por el de Isla Thor. Llegamos la tarde del cuarto día, justo cuando la marea baja dejaba al descubierto una larga lengua al sur de la isla que la conectaba con el

continente. Cruzamos el húmedo y arenoso suelo de la marisma mientras las gaviotas chillaban su desaprobación sobre nuestras cabezas. Un numeroso grupo de hombres armados nos esperaba en las dunas cuando llegamos a la estrecha playa de la isla. Por número, los dos grupos eran bastante similares, pero ellos estaban descansados, mientras que nosotros llegábamos fatigados por la larga marcha.

—No todos los días se ve a un grupo de vikingos caminando —se rio su jefe, un guerrero de hombros anchos, cabellos claros y sonrisa expectante.

—Tampoco todos los días la gente regresa con un botín tan importante como el nuestro —respondió Hastein.

—Si es así, podríamos aliviaros de la carga.

—Sin duda sería mejor para vuestra salud que no lo hicierais. Soy Hastein, el hijo adoptivo de Bjørn Costado de Hierro, y seguramente ya se esté preguntando dónde estoy.

Aquellos hombres pertenecían a dos de las muchas tripulaciones que a principios de la primavera habían llegado a las playas cercanas a la fortaleza para saber qué zona del continente era mejor para los pillajes. Como todos los demás, habían quedado decepcionados, ya que hacía mucho tiempo que los grandes hombres de Isla Thor habían dividido el valle del Loira en territorios y, por su seguridad, nadie se atrevía a romper el acuerdo. Hablaron entre ellos muy serios y acordaron a regañadientes que lo más conveniente para ellos era dejarnos seguir en paz. Continuamos hacia el norte atravesando la vega de la isla, mecida por las mimosas púdicas y titilantes en el calor de la tarde.

Hastein dejó que nuestros camaradas se adelantaran. Me quedé a la espera de lo que tenía que decir, porque ya conocía esa expresión pensativa en su rostro de contornos marcados.

—Parece que han ido llegando muchos cazadores de fortuna y novatos a Isla Thor —dijo—. Como esos suecos.

—¿Eran del Reino de Suecia? —pregunté mirando hacia atrás.

—Por supuesto que sí —se rio—. ¿No notaste cómo arrastraban las palabras y siseaban?

Crecí en Inglaterra, pero mi madre era danesa. A pesar de que me había enseñado el idioma de los nórdicos, todavía tenía dificultades para distinguir los dialectos.

—Y nada hace sospechar que estén pensando en volverse a casa este otoño —continuó Hastein.

—No es de extrañar. La reputación de Bjørn Costado de Hierro ha hecho creer a muchos que pueden ganar bienes y riquezas con solo quedarse cerca de él.

—Esperemos que al menos se vuelvan más sabios. No recuerdo un año tan miserable. Hace una década, un botín como el que traemos hoy nos habría ocasionado grandes burlas.

—Creía que había sido un buen saqueo. —Miré los tesoros que algunos hombres cargaban en una bolsa de cuero—. Y nos guiaste como un verdadero conde.

—Tuvimos suerte. Si el conde Robert hubiera llevado su casco y su armadura, ahora estaríamos todos mordiendo el polvo. Me queda aún mucho que aprender antes de poder liderar hombres en la batalla.

—¿Y nadie puede enseñarte mejor que Bjørn Costado de Hierro?

Hastein se encogió de hombros e hizo una mueca de enojo.

—A mi padrino solo le interesa sentarse sobre su culo gordo y acumular plata.

—Ya no es un niño. Probablemente esté cansado.

—Soy *yo* el que está cansado. Cansado de esta isla tan idiota y de sus feos habitantes.

Tanto Hastein como yo habíamos crecido en compañía de animales: yo en un bosque de Sajonia con una auténtica manada de lobos, él en Isla Thor entre lobos que vestían casco y coraza. Con frecuencia me había hablado de su infancia en la pequeña isla; de los largos veranos, durante los cuales nadaba en la playa y pescaba en las bahías poco profundas; de la caza de patos en las marismas y de conejos en las dunas; de su primer saqueo en Nantes, que entonces estaba mal protegida; de la expedición en barco que intentaron en vano río arriba, y de la emboscada a unos comerciantes tan ricos como indefensos. Yo había escuchado aguzando todos los sentidos y con un nudo de envidia en la garganta, porque era joven y estúpido, y también deseaba ganar gloria y plata. Cuando Hastein tenía catorce años, los hermanastros de Bjørn Costado de Hierro lo habían llamado para vengar la muerte de Ragnar Lodbrog, arrancándolo de su existencia despreocupada. Durante dos años,

Hastein había saqueado y conquistado Inglaterra, y ahora ya no se encontraba a gusto en la pequeña isla.

—¿Has visto a esas muchachas?

Señaló con la mano a un grupo de jóvenes que buscaban mejillones a gatas dentro del barro de las marismas bajas en el centro de Isla Thor. En esas marismas, los nativos también obtenían sal marina en las cuencas poco profundas. Al norte de la isla había algunos pueblos de pescadores donde se podían adquirir todo tipo de pescados y mariscos. Los lugareños vivían en paz con los nórdicos, pero siglos de consanguinidad habían vuelto a sus mujeres chatas y patizambas.

—Esas muchachas me bastaban cuando era más joven, pero ahora que he estado en Inglaterra e Irlanda me he acostumbrado a cosas mejores. Ya no hay ninguna por aquí sobre la que me apetezca abalanzarme.

Si Hastein hubiese querido, podría haber encontrado con facilidad chicas más guapas en el continente. Los dos sabíamos la verdadera razón de su inquietud, pero evitamos mencionarlo mientras nos acercábamos a la puerta de la fortaleza, que se hallaba en el centro de la empalizada de madera desgastada. Hastein hizo que los hombres del parapeto nos abrieran la puerta.

—¿Dónde está mi padrino? —preguntó.

—Bjørn Costado de Hierro se encuentra junto a la fogata de enfrente del *hall* —respondieron—. Ten cuidado; lleva bebiendo desde el mediodía.

Una sonrisa se extendió por el rostro de Hastein. Adiviné sus pensamientos.

—¿No irás a hablar con él ahora? —le pregunté—. Sabes que es complicado cuando está borracho.

—La susceptibilidad de Bjørn Costado de Hierro tiene sus ventajas. Y, en todo caso, debemos informarle de nuestra correría.

Cualquier persona que saquease en el imperio franco con Isla Thor como base tenía que dar una parte del botín a Bjørn Costado de Hierro. Y eso también se aplicaba a su hijo adoptivo.

—Haz lo que quieras —le dije—. Yo voy a hablar con el hermano Jarvis.

—Saluda de mi parte a ese viejo perro cristiano.

Dejé el grupo y continué por el camino de tablones entre los terraplenes y las afueras de la zona edificada. Percibí el olor familiar a brea, agua salada,

pescado y humo. En los terrenos que había a la entrada de las cabañas con techo de paja, los artesanos trabajaban sobre mesas y bancos aprovechando los últimos rayos de sol, fabricando desde zapatos, sayas y joyas hasta espadas, hachas y escudos. Había pocas mujeres y ningún niño, porque Isla Thor era una base más que un asentamiento. No se construyeron edificios sólidos para pasar el invierno dentro de las empalizadas hasta diez años después de que Bjørn Costado de Hierro tomase posesión de la isla. Caminé hacia la única casa con una cruz en el hastial, me incliné y bajé los tres escalones que daban a una pequeña sala, excavada y sostenida con vigas a lo largo de las paredes.

—¿Has conseguido convertir a alguien mientras me hallaba fuera? —le pregunté a la figura que se arrodillaba ante un arcón de madera gastada que hacía las veces de altar. Sobre la tapa había una única vela en una palmatoria de latón.

—Como siempre, confío en el día de mañana.

El hermano Jarvis se levantó, me dio unas palmaditas en los brazos y me miró amablemente. Las arrugas se le extendían desde los ojos hacia las mejillas.

—¿Cómo te fue en el continente? —preguntó—. Me estaba empezando a preocupar.

Bajo su dulzura habitual, sentí la desaprobación por el tipo de ocupación a la que me había entregado.

—El conde Robert nos descubrió y nos persiguió con su ejército —le dije—. Tuvimos que buscar refugio en una iglesia. Era un poco más grande que la tuya.

La pequeña cueva medía cuatro pasos en el lado más largo.

—Pero ¿el conde os dejó salir con vida?

—No por propia voluntad. Tuvimos que pelear por nuestra libertad, y estuvieron a punto de vencernos. El viaje ha costado muchas vidas.

El hermano Jarvis asintió, pero no se preocupó demasiado por los muertos paganos. Le interesaba otra cosa.

—¿Te hizo pensar en tu conversión?

Él todavía confiaba en que volviese al Cristo Blanco, como lo había hecho siete años antes. Jarvis había sido mi confesor, pero mi conversión en el

monasterio de San Cuthbert en Creca fue más una cuestión de necesidad que de convicciones religiosas.

—En realidad no —respondí—. Una flecha alcanzó a Robert el Fuerte en el ojo y sus hombres huyeron cuando vieron su cuerpo. Encontramos un tesoro debajo del suelo de la iglesia y conseguimos volver sin dificultades.

La sonrisa del hermano Jarvis desapareció. Se rascó el denso y blanco cabello. Con sus cincuenta años, era la persona más vieja que yo conocía, mayor incluso que Bjørn Costado de Hierro, pero nunca había parecido tan viejo como ahora.

—¿El conde Robert de Anjou ha muerto? —preguntó.

—¿Y qué? ¿No sería ese guerrero loco uno de tus amigos?

—No, pero era el más ferviente defensor de la fe por estos lares.

En un campamento lleno de paganos podría resultar extraño que al hermano Jarvis se le permitiera vivir en paz. Pero sabía curar las heridas, trataba a todos de manera justa y no exigía más pago que el permiso para poder hablar un poco del Cristo Blanco; así que la mayoría lo toleraba. Además, era un hábil espadachín. Pero, en concreto, era el confesor de la única alma cristiana de Isla Thor, aparte de él mismo, que justo en ese momento llamaba a la puerta de su iglesia y hogar.

—Hermano Jarvis... ¿Molesto?

—Tú no molestas nunca, querida niña. Pasa.

En su día, Bella había sido la chica más guapa de la pequeña aldea sajona donde yo crecí. Ahora era la joven más hermosa de Isla Thor. La cara era un óvalo en torno a una nariz pequeña y pecosa, labios carnosos y grandes ojos azules. El cabello oscuro y espeso caía resplandeciente por la espalda. Bella apenas tenía dos años más que yo, pero irradiaba una madurez arrogante que la hacía parecer muy adulta. Mi desesperada obsesión por ella empezó en el preciso instante en que la vi atravesar la aldea con dos cubos de agua, y duró medio año, hasta la noche en que su padre me contó que también era el *mío*.

Bella no sabía que éramos medio hermanos. En realidad, no sabía absolutamente nada de mí. Nunca habíamos hablado, ni en Inglaterra ni en Isla Thor. Ella era la mujer de un conde, mientras que yo era un miembro anónimo de la ruda manada de los lobos de mar. Y yo prefería que siguiese siendo así.

—Lo siento, Jarvis —dijo lanzándome una mirada glacial—. No sabía que

tenías un invitado.

En medio de la bandada de guerreros que hablaban el idioma nórdico común, Bella se mantenía obstinadamente en su lengua materna sajona. Jarvis cambió asimismo al sajón.

—Rolf trae noticias del continente, pero no estoy seguro de poder seguir escuchándolo.

—No tengo nada más que contar —dije—, y no quisiera entrometerme cuando la esposa del conde Sigurd desea confesarse.

El esposo de Bella era el distinguido Sigurd Ojo de Serpiente. Por el número de buques que poseía y los muchos guerreros que formaban parte de sus tripulaciones, era el segundo hombre más poderoso de Isla Thor, y mi comentario fue una señal de respeto. Bella, en cambio, lo entendió de forma totalmente opuesta.

—¿Qué tendría que confesar? —preguntó con rudeza—. ¿Por quién me tomas, desharrapado? ¿Por una puerca que se abre de piernas ante cualquiera?

Bella tenía una apariencia de ángel y un vocabulario soez. Y el corazón de una leona, agregarían algunos.

—No era mi intención ofender —comencé.

—El hermano Jarvis me enseña a leer en latín —interrumpió, mirándome como si fuera un perro callejero con el pelo mugriento—. Nada de oraciones. Nada de confesiones. Pero sé lo que dicen: que me arrepiento por fornicar con el hermano pequeño de mi marido, Halfdan Camisa Blanca. ¿No es verdad?

Una pregunta así siempre tendría una respuesta incorrecta, pero intenté expresarme de la manera más neutral posible.

—Es cierto que algunos dicen que es así. Afortunadamente, no soy tan tonto como para chismorrear sobre Halfdan Camisa Blanca.

—¿Pero sí lo suficientemente estúpido como para hablar de mí?

Incluso las formulaciones neutras se pueden tomar a mal. Tosí y negué con inquietud.

—Hablas un sajón excelente. ¿Dónde lo aprendiste?

Podría haberme mordido la lengua. Levanté la vista y encontré su mirada tranquila. Los grandes ojos azul celeste esperaban una respuesta.

—Aprendí sajón en Inglaterra, señora. —Era solo una mentira a medias—. Los dos idiomas no son muy diferentes, pues los sajones descienden de anglos

y jutlandeses que llegaron al país hace cientos de años. Únicamente es cuestión de acostumbrarse a pronunciar las palabras de manera diferente.

Eso es lo que me explicó mi madre en su día, pero no había ninguna razón para repetirlo ahora. El discurso, sin embargo, hizo que Bella perdiera el interés en mí y agitara su mano indicando que podía marcharme. Me apresuré a atravesar la puerta baja y, cuando salí a la suavidad de la noche, supuse que aún tenía su penetrante mirada fija sobre mi espalda.

En el crepúsculo, dos figuras de anchas espaldas me esperaban frente a la pequeña iglesia del hermano Jarvis.

### 3

El primero era Sigurd Ojo de Serpiente, alto como el mástil de un barco y con un vestido amarillo y azul que resaltaba sus ojos verdes. La pupila de su ojo izquierdo se derramaba y dibujaba en el iris un trazo negro, como una serpiente, y esa característica le había dado su sobrenombre. Llevaba el pelo negro sujeto en una trenza con una hebilla de oro y en cada uno de sus antebrazos brillaban ocho ajorcas de plata.

La otra figura era la escudera Ylva. En las mangas largas de su saya de cuero no había ni pulseras ni ninguna otra joya, pues las había perdido en Inglaterra. Solo la vaina de su cuchillo largo estaba labrada en plata, mientras que el pomo desgastado de la espada en su funda terminaba en una punta de acero gris: un arma mortal. Yo sabía que su hoja era más poderosa que la de cualquier franco. Me había salvado la vida más de una vez.

—Así que ya estás de vuelta del continente —constató Ylva, mostrando en una sonrisa sus dientes irregulares. Junto con Hastein era mi mejor amiga entre los nórdicos.

—Con un buen tesoro —añadí— y un informe de cómo Hastein me ayudó a derribar al conde Robert de Anjou.

Les relaté los sucesos de la iglesia de Brissarthe y destacué lo importante que había sido mi participación para lograr la victoria, pues aquel que minimiza su propio papel no gana reputación..., y la reputación es la única forma de inmortalidad que existe.

—Entonces, ¿los francos abandonaron la lucha cuando vuestros arqueros alcanzaron al conde? —preguntó Sigurd Ojo de Serpiente, amablemente interesado—. ¿Aunque eran muchos más que vosotros?

—No podían seguir luchando —dije.

—¿Por qué no?

—Porque ya no tenían ningún líder.

—¿Por qué no lo tenían?

—Lo habían matado los arqueros.

Había que ser paciente con el conde Sigurd. A los siete años se dio un golpe en la cabeza. Desde entonces tenía una cicatriz en la frente, que era lo único que rompía la simetría de su rostro de barba negra, y pensaba con más lentitud que los demás.

—¿Cómo podían saber los arqueros quién era Robert el Fuerte? —preguntó.

—Yo lo señalé —repliqué— antes de lanzarme con valentía a la lucha.

—¿Ya lo conocías de antes?

—No, pero Hastein sí.

—Entonces, ¿no fue más bien Hastein quien señaló al conde?

Me vi obligado a admitir que podía ser que Hastein hubiera contribuido más de lo que yo había dado a entender en un principio.

¿Todo fue idea suya en realidad?

Me quedé callado, vacilante. Sigurd Ojo de Serpiente no solía ser tan astuto.

—Venimos de la hoguera de enfrente del salón de Bjørn Costado de Hierro —explicó Ylva.

—Allí está Hastein contando la misma historia, pero con él en el papel principal.

Mi sino era quedar a la sombra de la narración de otra persona. Mis hazañas nunca llegaban a tener repercusión. Mi reputación sería pequeña, y el olvido mi destino.

—No te preocupes —me consoló Ylva—. Hastein te mencionó. Todavía puedes oír el final si te acercas al fuego.

—Ve con él —dijo Sigurd Ojo de Serpiente.

—Pero he jurado proteger la vida de tu esposa con la mía, conde Sigurd.

—Es justo que tengas algo de tiempo libre. —Sigurd Ojo de Serpiente, además de por su lentitud, se caracterizaba por su gran sentido de la justicia —. Yo mismo puedo proteger a Bella mientras habla con el monje cura.

Jarvis no era ni monje ni cura, sino un hermano lego. Sigurd Ojo de Serpiente nunca había llegado a entender la diferencia, a pesar de que él mismo había sido bautizado y consagrado en la fe cristiana. Su conversión le había asegurado la mano de Bella, pero no le interesaban demasiado los sermones. Incluso hacía ofrendas junto a los demás en las grandes ocasiones, algo que el hermano Jarvis sabía muy bien, aunque nunca lo criticó. Ylva y yo lo dejamos junto a la pequeña iglesia y atravesamos la fresca tarde de primavera camino de la hoguera, que se veía con claridad entre los tejados de juncos de las casas.

—Bella me acusó de propagar rumores sobre ella y Halfdan Camisa Blanca —le dije.

—¿Y lo has hecho?

—Nunca he contado a nadie lo que escuchamos en Jorvik. Tú tampoco, ¿verdad?

Un año antes, Ylva había sido testigo de una pelea entre Bella y los hijos de Lodbrog, de la que se deducía claramente que la mujer del conde, antes de la boda, tuvo una aventura con el hermano menor de su marido. Habíamos llegado a un acuerdo tácito para guardar silencio.

—En mi opinión, ese rumor procede más bien del mismo Halfdan Camisa Blanca —sonrió Ylva sombríamente.

El hijo más joven de Lodbrog, al que llamaban Camisa Blanca porque siempre llevaba ropa limpia, era irascible, orgulloso y un buen guerrero. Nadie quería enfrentarse a él.

—¿Y por qué difundiría Halfdan Camisa Blanca rumores que podrían dañar la reputación de su hermano mayor? —pregunté.

—Nada puede herir la reputación de Sigurd Ojo de Serpiente —sonrió Ylva sin responder la pregunta—. Es a la vez valiente y generoso, y esas son cualidades que todos aprecian. Por otra parte, ¿qué te importa lo que Bella vaya haciendo por ahí?

Su modo de expresarse traslucía complicidad. Ylva era la única que conocía mi relación con la esposa de Sigurd Ojo de Serpiente, que también

mantenía en secreto. Continuamos en silencio entre las casas de Isla Thor, porque no había mucho más que decir. De todos modos, Ylva finalmente habló:

—Todos tienen a Camisa Blanca por un monstruo, pero en realidad es un pobre hombre.

Un pobre hombre, pensé yo, que se entretiene inventando nuevos y dolorosos métodos de ejecución y torturando sistemáticamente hasta la muerte a los prisioneros francos que son demasiado pobres para poder pagar un rescate. Un pobre hombre que despellejaba a sus víctimas y luego las quemaba vivas, helando con sus gritos la sangre de quien los oía. Me resultaba difícil sentir pena por Halfdan Camisa Blanca.

Un rugido que atravesó la noche nos hizo detenernos. Ambos reconocimos la profunda voz de Bjørn Costado de Hierro procedente de la hoguera.

—Te voy a matar, Hastein. ¡Esta vez tu osadía te costará la vida!

## 4

Doblamos a la carrera la última esquina de casas y dimos con el resplandor del fuego frente al salón. La lumbre danzaba alrededor de los hombres, sentados en troncos que formaban un gran círculo. Un gigante de espesa barba gris trataba de levantarse, pero su gran panza se lo impedía. En el límite de la hoguera, bailaba Hastein.

—¿Duele oír la verdad, viejo chuchó? —le preguntó.

—A ti sí que te va a doler, cachorro, cuando te doble por la mitad y te golpee en el cielo de la boca.

Era una amenaza que Bjørn Costado de Hierro lanzaba a menudo cuando estaba borracho, pero que hasta ahora nadie lo había visto llevar a cabo. La risa de los hombres se alzó hacia las estrellas.

—Es posible. —Hastein esquivó las manazas de su padrino—. Pero no haces más que hablar y hablar de Hispania, sin que eso llegue a nada. Prefieres quedarte aquí sentado en Isla Thor y acumular riquezas, como Ivar Sin Piernas en Jorvik.

Muchos de los hombres en torno a la hoguera murmuraron y asintieron.

—No deberías compararme con Ivar —rugió Bjørn Costado de Hierro poniéndose en pie.

No habíamos sabido nada de Ivar Sin Piernas desde que el año anterior lo dejáramos como señor de la segunda ciudad más importante de Inglaterra. Gentes venidas al reino de los francos desde aquel rincón dijeron que aún

gobernaba el país con un rey títere sajón en el trono.

—No os comparo en otros aspectos —dijo Hastein—, pero ambos abrazáis lo que conocéis, como los viejos.

—Hay muchas buenas razones por las que no viajo a Hispania, y lo sabes bien.

Hastein agitó los brazos.

—Pues cuéntanoslas.

—No podríamos ir y volver antes del invierno —comenzó a decir Costado de Hierro cruzando los brazos sobre la barriga.

—¿No sueles decir que en el mar del Sur el invierno se parece a nuestro verano?

—Eso es verdad. Pero hay tormentas terribles...

—Nadie de los que aquí estamos teme una tormenta repentina.

—... y los moros luchan como gigantes, aunque sean pequeños y no impresionen demasiado. Mi amigo Åsgeir, que estuvo sentado aquí, en Isla Thor, antes que yo, a menudo hablaba de su expedición a Hispania. Y no era poco lo que tenía que decir sobre este asunto.

Los grandes hombres allí reunidos expresaron en voz alta que les gustaría escuchar toda la historia.

—Bueno, pero solo para desanimaros.

Bjørn Costado de Hierro se acomodó de nuevo en el tronco y comenzó a contar:

—Åsgeir viajó con dos mil guerreros y sesenta y cinco naves largas desde Isla Thor hacia el golfo Traicionero, llamado así porque nunca se puede decir de antemano si habrá tormenta o no. La flota continuó a lo largo de la costa norte de Hispania, azotada por el viento, donde los cristianos gobiernan en un reino llamado Asturias. En sus pequeñas aldeas portuarias, Åsgeir encontró muy poco que saquear: productos y tejidos de seda, junto con numerosas piezas finas de plata. Y aunque el rey del país finalmente los empujó de vuelta a los barcos, e incluso destruyó un par de ellos con proyectiles incendiarios, Åsgeir no creía que hubiera motivos para estar satisfechos con la visita.

Se hizo un silencio en torno a la hoguera. Uno de los asistentes acercó su jarra llena a Bjørn Costado de Hierro para que no perdiera el impulso.

—Pero la gloria de Asturias no fue nada al descubrir lo que le esperaba a

Åsgeir después de rodear el punto más occidental de Hispania y continuar hacia el sur, donde viven los moros. El viento y el clima le favorecían, y el vigésimo día del mes que los francos llaman agosto, con cincuenta y cuatro naves alcanzó la ciudad de al-Lishbuna. En la zona de la tierra se encontraban altos muros, pero estaba escasamente protegida por la parte de la playa, pues jamás sus habitantes habían sido atacados desde ese lado. Ya mayor, Åsgeir dijo que lo único que lamentaba de ese pillaje era no haber saqueado al-Lishbuna más a fondo, porque tenía el presentimiento de que poseía mucho más de lo que se llevaron. Siguiendo hacia el sur encontró una pequeña ciudad portuaria en una lengua de tierra a la que los moros llamaban Qadis, y también la saqueó. Desde allí se adentró en el territorio por un ancho río y levantó su campamento en una isla en el centro de la corriente. Ahí dejó doscientos hombres antes de continuar la navegación para encontrar la ciudad más grande que había visto en su vida: Ishbiliya. La saqueó sin encontrar resistencia durante siete días y sus noches, tras los cuales sus barcos quedaron repletos de una pesada carga de plata y tesoros. Pero sin que lo supiera Åsgeir, sus correrías llegaron a los oídos del gobernante moro, que movilizó a su ejército, el cual resultó ser un enemigo al que se debía tener en cuenta. Desafortunadamente, los hombres de Åsgeir se habían vuelto tan arrogantes por sus múltiples victorias que, orgullosos, prefirieron combatir en lugar de seguir los consejos de Åsgeir y alejarse navegando con su fortuna.

Todas aquellas palabras dejaron seca la garganta de Bjørn Costado de Hierro. Vacío la jarra y, a pesar de que muchos lo reclamaban, se negó a continuar hasta que estuvo llena. La espera fue complicada, porque todos sentían que la historia había llegado a su clímax.

—La batalla se desarrolló en una llanura al sur de Ishbiliya. Los guerreros del emir iban vestidos con trajes de colores, pantalones bombacho y peculiares tocados, pero no resultó tan cómico cuando bajaron las lanzas y atacaron. Quinientos de los hombres de Åsgeir cayeron antes de que el resto de sus compañeros se diera cuenta de que hubiera sido mejor seguir la táctica que este había recomendado y volvieran corriendo al río. Durante la huida, los moros lograron incendiar cuatro de los barcos, pero varios más naufragaron en medio de la confusión. La mitad de los tesoros se perdieron, y en su huida hacia el mar nadie pensó en recoger a los doscientos hombres que habían

quedado en la isla del río. Se dice que los pobres tuvieron que abrazar la fe de los autóctonos, y que hoy sobreviven como pastores de cabras y elaborando quesos.

Sin duda, Bjørn Costado de Hierro intentaba disipar las ansias de viajar de sus oyentes describiendo las dificultades de los supervivientes. Muchos preguntaron por el viaje de vuelta de Åsgeir, pues tuvo que llegar sano y salvo a casa si pudo dejar a los demás un relato así.

—Es cierto —dijo Costado de Hierro estudiando su jarra, que una vez más se hallaba vacía—. Åsgeir se escabulló con sus últimos treinta barcos y regresó al norte bordeando la costa. Pasó el invierno en un inhóspito terreno rocoso y no llegó a Isla Thor hasta el año siguiente. Y a pesar de que trajo mucha plata, telas de seda y vino, nunca dejó de lamentarse por todo lo que había perdido.

El relato sobre la larga travesía se debatió con entusiasmo. Muchos creían que el único fallo de Åsgeir había sido abandonar los barcos y enfrentarse con el enemigo en tierra.

—Exactamente como nos ocurrió a nosotros hace unos días en la iglesia de Brissarthe —exclamó Hastein—. El conde Robert podría habernos derrotado porque cabalgamos en lugar de navegar. Solo pudimos escapar gracias a mi habilidad. Apenas regresaron ochenta de los cuatrocientos hombres que salieron, y, aunque trajimos plata, fue un flaco negocio en comparación con los que solíamos hacer antes. El reino franco está saqueado casi por completo, y haríamos bien en buscar más al sur. Han pasado veinticinco años desde que Åsgeir probó suerte con sus sesenta y cinco naves. Cuando cuento los mástiles que hay en nuestra playa, llego a sumar más de ochenta, y no creo que haya nadie entre nosotros que piense que vamos a la zaga de Åsgeir en ambición y audacia.

El rugido que se alzó contra el cielo nocturno no dejaba ninguna duda de que los presentes se veían a sí mismos al menos iguales que Åsgeir. Bjørn Costado de Hierro se burló de su arrogancia y, alzando la voz por encima del griterío, dijo que el viaje era demasiado peligroso para repetirlo.

—Si Bjørn Costado de Hierro no se atreve a acompañarnos —interrumpió una voz—, puede quedarse en su islita arrasada por el viento mientras escucha las historias que le cuentan los mercaderes que pasan por aquí.

Bjørn Costado de Hierro miró con incredulidad, abriendo y cerrando sus ojos gris pálido, y se levantó con paso inseguro. Todos se volvieron hacia el que había hablado. Tanto Hastein como yo reconocimos al hombre de cabello claro del Reino de Suecia que, con sus hombres respaldándolo, nos había parado en las dunas esa misma mañana.

—¿Quedarme en mi isla? —repitió Costado de Hierro.

El otro sonrió confiado y se presentó.

—Mi nombre es Uggla Ugglasson, y soy conde de Birka. Me han dicho, Bjørn Costado de Hierro, que estás demasiado viejo para soportar una larga travesía. Pero no temas por tu reputación. Todo lo que has hecho es suficiente, y tal vez es hora de dejar las aventuras para los demás. Hasta donde yo sé, ganas suficiente exigiendo aranceles a todos los que están aquí en Isla Thor, por lo que tampoco echarás de menos la plata.

Las palabras sonaban respetuosas, pero era imposible pasar por alto el tono de desprecio en la voz del conde sueco. Bjørn Costado de Hierro inclinó la cabeza y guardó silencio mucho tiempo.

—Puede ser que tengas razón —gruñó finalmente.

—Entonces quédate aquí a salvo —continuó Uggla Ugglasson— que yo lideraré la expedición a Hispania. Sería bueno que...

Nadie supo lo que iba a decir, porque sin previo aviso Bjørn Costado de Hierro alzó su jarra y la aplastó contra la cara del sueco, que cayó aturdido. El gigante de ojos grises agarró a su víctima y comenzó a golpearla una y otra vez con sus callosos puños. Al principio, Uggla Ugglasson se resistió, pero enseguida tuvo que rendirse. Sin embargo, pasó bastante tiempo antes de que Bjørn Costado de Hierro lo soltara y este se levantara y, manteniendo en alto su mano ensangrentada, gritara:

—¡Si algún otro quiere averiguar si me atrevo a salir de expedición o no, debería preguntármelo ahora, mientras estoy borracho y me siento compasivo! ¡Mañana la respuesta puede ser algo más desagradable!

## 5

Al recordar aquel día de primavera en que la flota de Bjørn Costado de Hierro zarpó de la playa de Isla Thor rumbo al sur, aún tiemblo de satisfacción. Los finos navíos surcaban con orgullo las aguas bajo el cielo azul. Las gaviotas chillaban y las olas regaban de espuma las bordas. Los remos atacaban con fuerza la resistencia del agua cuando, todos a la vez, nos echábamos hacia atrás en los bancos. Las coloridas velas flamearon en el momento en que las desplegaron. Hasta donde abarcaba la vista, el mar estaba lleno de barcos, cuyos largos cascos contruidos en tingladillo se elevaban desde el agua con elegantes arcos en la proa y la popa. Muchos llevaban dragones en la roda para espantar a los espíritus y a las deidades locales de adondequiera que nos dirigiéramos.

Cada conde y gran señor comandaba entre uno y cinco de los navíos que habían llegado a Isla Thor desde pueblos y asentamientos costeros de todo el territorio de Dinamarca, Noruega y de las islas de alrededor de Inglaterra. Sigurd Ojo de Serpiente tenía seis naves bajo su mando, pero solo tres eran suyas, mientras que las otras tres tripulaciones lo seguían a todas partes debido a su gran fortuna, coraje y generosidad. Como algo excepcional, Bjørn Costado de Hierro poseía ocho naves largas que había adquirido a lo largo de los años a través del comercio y de varias conquistas. A pesar de la increíble riqueza y autoridad que representaban los buques, se negaba a llamarse conde, pero no había duda sobre su poder. Costado de Hierro era el más famoso de

los habitantes del norte que había surcado los mares desde la muerte de su padre, Ragnar Lodbrog. En total, casi dos mil cuatrocientos guerreros partieron a bordo de ochenta y dos barcos.

El fuerte de Isla Thor quedó atrás. Los artesanos que no tuvieron la determinación para cambiar de ocupación y viajar con nosotros habían partido rumbo al norte después de ganar las últimas monedas ayudando en los preparativos del viaje. Solo el viento cruzaba los tablones tendidos entre las casas de techo de paja. Lancé una última mirada al lugar que había sido mi hogar durante un año, pero cuando la isla desapareció entre un valle ondulado, me volví hacia delante sin ningún arrepentimiento. Isla Thor constituía el pasado. Por fin era vikingo: un saqueador del mar con una cubierta bajo los pies y un hacha de guerra en el cinturón.

Tampoco Bjørn Costado de Hierro, que, grande y poderoso, estaba a la caña del timón, mostraba signos de arrepentimiento. Miraba hacia delante con los ojos apretados. Aquella noche, después de contar su historia junto al fuego, se había mostrado menos arrogante.

—¿De verdad tengo que abandonar mi isla? —nos había preguntado a Hastein y a mí, como si en ese instante, mientras lo arrastrábamos por la puerta del *hall*, se hubiera dado cuenta de lo que ocurría.

—No puedes renegar de tus palabras y conservar el honor —le había dicho Hastein, sonriente y complacido.

—Me has engañado, cachorro.

—Un día me lo agradecerás, viejo chucho.

Habíamos dejado caer a Bjørn Costado de Hierro entre la paja y las pieles de oveja de su camastro. Sus hombres más fieles ya se habían arrastrado a buscar un lecho en los bancos más cercanos.

—Nadie me quiere —se había quejado—. Estoy solo en el mundo. ¿Cómo me irán las cosas si no puedo confiar siquiera en mi hijo adoptivo?

Las lágrimas corrían en un flujo constante entre su barba gris. Una mucosidad se le había pegado al labio superior. El enorme vientre saltaba entre las convulsiones del llanto.

—Por supuesto que puedes contar conmigo —le había dicho Hastein.

—Entonces, ¿por qué no podías pedirme sin más que te llevase a Hispania? ¿Por qué tenías que emborracharme y tenderme una trampa?

—Ya estabas borracho, y si no hubiera sido así, nunca habrías aceptado.

Costado de Hierro había expulsado las palabras entrecortadamente, sollozando:

—Te voy a doblar... por la mitad... y te golpee... en el... cielo de la boca.

Como solía decir Hastein, el sueño no tardaba en llegar cuando Bjørn Costado de Hierro se había emborrachado hasta el llanto. Al momento, el gigante de barba gris roncaba pesadamente entre las pieles, y yo me encontraba recorriendo el *hall* para ver si alguno de sus hombres fingía dormir.

—No te preocupes por ellos —había dicho Hastein—. Han oído estas pamplinas las suficientes veces para saber que no significan nada. Mañana estará tranquilo y fresco, y nadie se preocupará por lo que ha dicho hoy.

Desde aquella noche habían transcurrido catorce días, lo que no era mucho tiempo para preparar una expedición tan grande. Pero en cuanto se hubo tomado la decisión, nadie quiso demorar la partida. Con un ajetreo febril arreglamos naves y aparejos, preparamos provisiones, las empaquetamos en barriles y las pusimos bajo los bancos. Sobre el gimoteo de Bjørn Costado de Hierro, Hastein tenía razón. Ni un alma lo mencionó.

Hastein se hallaba concentrado mirando con el ceño fruncido la nave larga de Sigurd Ojo de Serpiente, que cortaba las olas a poca distancia. En la bancada estaba de pie el hermoso conde de barba negra, con su colorida saya luciendo brazaletes de plata. A sus pies se acurrucaba Bella envuelta en pieles.

—Esperaba que ella se quedara en Isla Thor —dijo Hastein cuando me descubrió mirándola.

—¿Y qué te importa a ti que el conde Sigurd lleve a su esposa en la expedición?

—¿Olvidas que debería ser mía?

Dos años antes, Hastein había declarado que Bella era su botín, pero Sigurd Ojo de Serpiente ignoró su pretensión y se casó con ella mientras Hastein y yo estábamos de viaje en Irlanda.

—Un día seré conde y podré elegir a mis mujeres —dijo Hastein con una sonrisa presuntuosa.

—¡Hasta entonces harías bien en elegir a otra! —susurró una voz ronca.

Una ligera mueca cruzó el rostro rasurado del nórdico cuando un par de ojos de color castaño claro miraron a Hastein. En el banco de la borda opuesta se encontraba Halfdan Camisa Blanca, el hijo menor de Lodbrog, aguardando una respuesta.

—Lo último que se pierde es la esperanza —dijo Hastein esquivo.

—¡Con Bella no está permitido siquiera soñar!

En el mar no había ningún prisionero franco con el que Halfdan Camisa Blanca pudiese apagar su frustración y la había tomado con Hastein.

—¿No te atreves a responderme? Haces muy bien callando. —Miró al resto de los hombres—. Y los demás también. ¡Qué sabréis vosotros acerca de nada! Veis a una mujer hermosa y se os pone dura. Veis a un conde lento y os reís a sus espaldas. Veis un verdugo y sentís miedo. Pero no veis ni las relaciones ni las causas. No sois mejores que los animales. Y los animales deben callar y trabajar. Tenéis que remar, luchar y morir, y si no remáis, lucháis y morís lo suficientemente rápido, os mostraré el camino con hierro candente y un hacha afilada.

Probablemente, nadie había oído antes a Halfdan Camisa Blanca hilar tantas palabras seguidas. Los hombres callaron y remaron con el miedo concentrado en sus rostros.

—Soñáis con ganar grandeza y reputación, pero ¿qué sabéis vosotros de esas cosas? Acabaréis muriendo en el lodo, con la misma estupidez y llanto que cuando nacisteis. Nadie recordará vuestros nombres. Vuestras familias respirarán aliviadas cuando sepan de vuestro fin. Los pocos de vosotros que caigáis con honor, quizá seáis recordados durante una generación. ¿Es esa la inmortalidad que estáis buscando? ¿Esperáis que así los dioses se fijen en vosotros? Todo será en vano. Sois irrelevantes y vuestra vida no vale nada. Y en cuanto a ti —se volvió de nuevo hacia Hastein e hizo una mueca que parecía el siseo de una bestia—, ni siquiera vas a poder rogar por tu vida cuando te despelleje. ¿Entendido?

—En mi barco —interrumpió un tranquilo gruñido—, mi pupilo tiene más derechos que tú, Halfdan.

Bjørn Costado de Hierro estaba de pie con los brazos cruzados mirando a su hermano menor sentado al remo.

—Y, por cierto, ¿qué estás haciendo en el centro de la nave? —continuó—. ¿No te dije expresamente que te quiero en el banco de atrás, donde pueda vigilarte? ¿No fue esa la condición para admitirte a bordo en Jorvik? Así lo recuerdo y así seguirá siendo. A menos que quieras bajar del barco a saludar a Njord.

Halfdan Camisa Blanca se levantó y lo siguió refunfuñando hasta el último banco, donde Costado de Hierro se quedó a su lado en la caña del timón. Poco a poco, la terrorífica atmósfera en la mitad del barco se fue disipando.

—Creo —susurré— que Bjørn Costado de Hierro es el único hombre en el mundo que no teme a Halfdan Camisa Blanca.

—Le tiene miedo —dijo Hastein— y por eso lo quiere tener cerca.

Los hombres que nos rodeaban emitieron gruñidos de asentimiento.

—No puedes negar que también tú estabas aterrado —me dijo un joven de cabello largo y dorado. Más tarde, durante la expedición, llegaría a conocerlo como el Lindo Dagfinn—. Casi te cagas de miedo en los pantalones.

—A juzgar por el olor ya se ha cagado —dijo un mozo de boca amplia y barba bien arreglada. Su nombre era Sture de Selandia y un día me salvaría la vida.

—También se ha meado —se rio un tercero, llamado Fridtjof *el Largo*. Era alto, pelirrojo y pecoso, y derramó un poco de cerveza en la tapa de la caja que había debajo de mi banco. El charquito, que tenía el mismo color que la orina, hizo que los demás se rieran en voz alta.

En ese momento no tenía experiencia suficiente como para tomarme ese tipo de pullas como lo que eran, así que me levanté con la mano en el puñal, listo para defender mi honor. Hastein, más sabio, distrajo la atención de los demás al señalar un hecho que a todos les gustaba.

—Bueno, mi padrino se lleva a Halfdan Camisa Blanca a la popa, y vamos a realizar saqueos más importantes de lo que podemos imaginar. Nuestra reputación superará incluso a la de Ragnar Calzas Peludas.

## 6

—No es razonable pedirles a los hombres que ataquen en la oscuridad —dijo Sigurd Ojo de Serpiente inclinándose sobre la borda.

Las luces nos iluminaban desde la inhóspita costa rocosa. Habíamos navegado durante seis días, y la ciudad que se alzaba tierra adentro era nuestro primer objetivo.

—No se puede hacer de otro modo —dijo Bjørn Costado de Hierro.

—Podríamos chocar contra los escollos al entrar.

—Por aquí no hay escollos, hermano.

—Pues entonces trampas ocultas. ¿De qué te ríes? No podemos saberlo. — La famosa fortuna de Sigurd Ojo de Serpiente tenía mucho que ver con su prudencia. Aquel que no se enfrenta a lo que no puede superar rara vez sufre una derrota.

—La ciudad parece grande —se sumó Hastein—. Y tiene murallas.

—Dos muchachos rápidos la superarán sin problemas.

Hastein y yo nos habíamos presentado voluntarios para entrar en la ciudad y abrirles el portón a nuestros compañeros. Ahora estábamos empezando a dudar de que fuera a salir bien.

—¿Es mora?

El hermano Jarvis, que se había trasladado a bordo de la nave larga de Bjørn Costado de Hierro junto con Sigurd Ojo de Serpiente, movió su cabeza cana hacia las luces.

—Undaribia es ambas cosas. Es cierto que está en la Navarra cristiana, pero los moros han conquistado la mayor parte del reino y exigen una tasa a los habitantes a cambio de dejarlos en paz.

—Aunque estas pobres gentes están sometidas a los infieles, sigue siendo una ciudad cristiana —dijo Jarvis—. Tenemos un trato.

Lo miré sorprendido. ¿Qué acuerdo podría haber hecho el líder pagano con un hermano lego cristiano?

—No habrá heridos —gruñó tranquilo Bjørn Costado de Hierro.

—Eso espero. No ayudaré a nadie que haya sido herido por atacar a los cristianos.

—No tienes nada que temer, monje sanador. Ya lo verás.

Fueron las habilidades de Jarvis como sanador de heridas las que permitieron imponer las condiciones para sus servicios. Pero por qué quiso acompañarnos en el viaje era una incógnita. No había conversado con él durante los preparativos en Isla Thor y, como él navegaba con Sigurd Ojo de Serpiente, no pude hacerlo en el mar. Tampoco podría hacerlo ahora, porque a una señal silenciosa de Bjørn Costado de Hierro los hombres sacaron los remos. Los barcos se aproximaron a la costa.

La ciudad se alzaba por encima de la playa, en un acantilado que parecía elevarse a medida que nos acercábamos. La nave larga de Costado de Hierro fue la primera en clavar la roda en la playa. Los hombres de proa saltaron por la borda y nos arrastraron fuera del oleaje. El casco se acomodó en un costado. Hastein y yo saltamos a tierra sin mojarnos.

La empinada peña, de doce hombres de altura desde la arena, podría disuadir a la mayoría de los atacantes. Sin embargo, estaba cubierta de arbustos y matas por los que dos jóvenes ágiles podían escalar con facilidad. Cuando llegamos a la cima sudábamos por el esfuerzo y tuvimos que tomar aire al pie de la pared de piedras sueltas en la que nadie hacía guardia. Habrían pasado probablemente muchos años desde el último ataque a la ciudad, e incluso los comerciantes más cuidadosos dejan de vigilar cuando se sienten a salvo.

Ascendimos con precaución por un terreno inclinado donde ovejas y vacas dormían en la oscuridad. En la parte superior comenzaba la plaza pavimentada de la ciudad, que se extendía sobre la cima plana del acantilado. A un lado de

la plaza había casas de piedra con techos de teja, pegadas unas a las otras. En el otro extremo, se levantaba una torre cuadrada fortificada de casi veinte pasos de lado. El único acceso al interior de la torre era una escalera que terminaba a una altura de tres hombres en la fachada de piedra gris junto a una puerta desgastada. Todo estaba tranquilo, así que continuamos atravesando la plaza y bajando por una calle desierta del otro lado, en la que la luz de alguna casa se filtraba entre las rendijas de las contraventanas, dibujando líneas en el pavimento de gigantescas piedras. Llegamos a un portón y levantamos con cuidado la tranca.

Los hombres, que habían rodeado en silencio el acantilado hasta llegar a la puerta, entraron y al instante comenzaron a aullar como perros rabiosos. Un diluvio de vikingos anegó la calle principal y se derramó por los estrechos callejones. Los hombres, ávidos de pillaje, atravesaron sin dificultad las cancelas de las calles y destrozaron con sus hachas la puerta de la iglesia. La torre de la plaza se conquistó cuando alguien desde el interior abrió la entrada de la fachada para ver lo que sucedía y fue avasallado por los guerreros que en ese mismo momento subían por la escalinata.

Entre la confusión y oscuridad, aproximadamente la mitad de los habitantes lograron escapar a través del portón que había en el otro extremo de la ciudad y que daba a las colinas circundantes. No obstante, hicimos más de quinientos prisioneros, que reunimos en la plaza a la débil luz del amanecer. Yo observaba con desprecio a los numerosos hombres, mujeres y niños que gritaban y lloraban. Pensaba que solo podían culpar a su propia desidia del desastre que los había golpeado. Si hubiesen dispuesto de una vigilancia adecuada, podríamos haberlos asediado durante algún tiempo, pero tarde o temprano tendríamos que habernos dado por vencidos y hacemos de nuevo a la mar.

Cuando se terminó de contar y encerrar en la iglesia a los prisioneros, Bjørn Costado de Hierro reunió a prohombres y condes bajo el sol de la plaza, desde la que se podía divisar una gran porción de mar.

—¿Qué tienes pensado? —preguntó un guerrero con cicatrices por toda la cara.

Era Ugglá Ugglasson, el conde sueco que había discutido con el borracho Bjørn Costado de Hierro junto a la hoguera de Isla Thor. Las palabras

silbaban entre los pedazos de sus dientes rotos. Su nariz estaba fracturada en dos lugares, y las costras que contraían sus labios partidos hacían más difícil entender lo que decía.

—Un par de copas de plata y un pequeño crucifijo —prosiguió con desdén—. Eso es todo lo que hemos encontrado. Por lo demás, solo algunas piezas de vajilla y alguna joya en las casas más ricas. Escaso botín para iniciar un largo camino.

Bjørn Costado de Hierro cruzó los brazos sobre su panza y estudió la cara devastada de Uggla Ugglasson, mientras que otros, insatisfechos, se sumaban a las protestas. Hasta que no se cansaron de hablar no respondió.

—Antes de zarpar, todos jurasteis obedecerme ciegamente durante el primer mes del viaje. Os insto a mantener esa promesa y os ordeno que permanezcáis aquí mientras yo me adentro en el país con un puñado de mis hombres.

—¿Qué vais a hacer?

—Ya lo verás. Si no estamos de regreso antes de que expire ese plazo, podéis hacer lo que os plazca. Pero dejo a mi medio hermano Sigurd Ojo de Serpiente para que os vigile. Y, por cierto, también a Halfdan Camisa Blanca, al que podréis conocer mejor si faltáis a vuestra palabra.

Los grandes hombres, que de nuevo habían comenzado a alzar la voz, dejaron de quejarse después de escuchar esta amenaza. En su lugar, acordaron que era mejor esperar hasta ver lo que pasaba. En la desembocadura de un río, al sur de la ciudad, había un puerto natural donde la flota podría protegerse de las repentinas tormentas por las que la costa era famosa, así que el resto del día lo ocuparon reuniendo allí las naves. Al día siguiente, Costado de Hierro y sus hombres se internaron en el país montando unos caballos patitiesos que habían cogido de los establos de la ciudad.

Hastein partió con ellos. Yo me quedé.

## 7

Ocho días después, la expedición regresó con nuevos caballos, finos y robustos, que brincaban nerviosos bajo el peso de los jinetes. Aparte de ellos, lo único que trajo Bjørn Costado de Hierro del interior del país fue un hombre de piel oscura y barba negra, de mediana estatura, con un estómago prominente y una expresión triste en la cara. Iba vestido con ropajes de seda de colores, y sus manos se hallaban atadas alrededor del anillo de la silla de montar.

Costado de Hierro reunió de nuevo a las tripulaciones en la plaza de la ciudad, mostró a su prisionero y dijo:

—A un par de días de aquí hay una ciudad llamada Pamplona. Allí hay un gobernador al que los moros llaman valí y que he traído conmigo. Es el sobrino del gobernante del país, el emir de Qurtuba, y administra las conquistas de su tío. Pero su desidia e ineptitud le impiden hacer gran cosa. En esta época del año, sus hombres recorren las ciudades del reino para recaudar impuestos, y mientras tanto Pamplona se halla protegida únicamente por un puñado de soldados. Hastein y yo llamamos a la puerta del valí y lo invitamos a hacer una excursión a la costa. Les dijimos a sus sirvientes que podrían tenerlo de regreso por setenta mil monedas de plata.

Esa suma tan alta provocó un estremecimiento en la multitud.

—¿Y los moros pueden realmente reunir tal fortuna? —preguntó con incredulidad Uggla Ugglasson.

—Cuando los recaudadores de impuestos regresen a Pamplona con la plata

que hayan reunido para el emir en los territorios del norte, entregarán allí las monedas. Y esa es exactamente la cantidad que cada año obtienen mediante sus esfuerzos.

Muchos elogiaron a Bjørn Costado de Hierro por su astucia y en voz alta dijeron que nunca habían dudado de su juicio. Otros, incluido Uggla Ugglason, querían saber cómo podía estar tan bien informado sobre el funcionamiento de un país que nunca había visitado.

—Eso es lo que se consigue cuando, sentado en una islita azotada por el viento, escuchas las historias que cuentan los comerciantes que pasan por ella —respondió Bjørn Costado de Hierro.

Esa tarde, durante la puesta de sol, Hastein y yo recorrimos la playa que se extendía bajo la ciudad y que Bjørn Costado de Hierro había renombrado como Predio de Thor en honor del dios del trueno, y me informó más detalladamente de lo sucedido en Pamplona.

—Pamplona está situada en una gran llanura rodeada de montañas —dijo Hastein—. Un ancho río abraza la ciudad, fuertemente fortificada por tres de sus flancos. Desde el norte parecía completamente inexpugnable, y debo admitir que estaba un poco preocupado. Bjørn Costado de Hierro solo dijo: «Espera y verás».

Nos sentamos en la arena. Sobre nosotros, el cielo se fue oscureciendo lentamente. Hastein siguió hablando mientras las olas golpeaban la playa.

—Afortunadamente, la puerta sur se abría a una meseta y por ella entraban personas y comerciantes de los alrededores, pues Bjørn Costado de Hierro se había asegurado de llegar en un día de mercado. Pudimos colarnos sin dificultad en pequeños grupos con las armas escondidas debajo de las capas. En su día, Pamplona fue una ciudad grande e importante, pero ahora muchas de sus casas están en ruinas. En el centro de la ciudad había una plaza con un mercado, y en su lado norte se hallaba el palacio del valí, donde la gente hacía cola para entrar. Abatimos a los guardias de la puerta antes de que sospecharan nada y penetramos en el patio, donde el valí concedía audiencia en un podio bajo un dosel. No fue tan fácil llegar a él como Bjørn afirmaba. Los guardaespaldas del valí lucharon hasta el final, y el hermano Jarvis va a

tener trabajo ocupándose de nuestros heridos, que se dirigen hacia aquí en un carro.

Hastein se recostó en la arena y miró hacia el cielo estrellado que se extendía sobre nosotros.

—Ginnungagap —murmuró.

—¿Quién está gagá?

—La gran nada. —Señaló con la cabeza hacia arriba—. El universo que existió antes de nosotros y que existirá mucho después de que hayamos desaparecido. ¿Tu madre hechicera no te contó cómo se creó el mundo?

—Mamá mezclaba ungüentos y pócimas de hierbas y plantas —le dije—, pero no creo que fuera una auténtica hechicera.

Hastein y yo habíamos bebido, celebrado, viajado y saqueado juntos en Inglaterra y Francia, y durante esa época rara vez estuvimos separados durante mucho tiempo. Sin embargo, nunca le había contado los detalles de mi origen.

—La madre de mi madre era la hechicera. De alguna manera dañó a un hombre importante de Jutlandia con su magia. O eso es, al menos, lo que me dijeron. El hombre mató a mi abuela y, para deshacerse de mi madre, la vendió a un grupo de comerciantes que pasaba por allí. Cuando llegaron a Inglaterra, la vendieron a su vez a mi padre. Era el herrero de Teurintone y uno de los hombres más ricos del pueblo. Su esposa había muerto seis meses antes, y echaba de menos una compañía en la cama.

Hastein se apoyó en el codo.

—Entonces, ¿tu madre era su concubina?

—Ni siquiera eso. Mi padre la mantuvo como sierva en una cabaña del bosque. Allí me engendraron. Él le había prometido liberarla, sin embargo, la vendió a un comerciante de Ripa mientras yo estaba en el monasterio.

¿Por eso estabas tan ansioso por convertirte en uno de nosotros? ¿Querías ir a Ripa y encontrar a tu madre?

Hastein era más sagaz que el resto. Asentí y esperé su siguiente pregunta.

—Entonces, ¿por qué no has ido todavía?

¿Y cómo iba a liberarla sin plata?

Suspiró y se volvió a tumbar en la arena. Ninguno de nosotros podría alcanzar su meta sin conseguir antes mediante saqueos la riqueza necesaria. Cuando habló de nuevo después de un rato, su tema fue bien diferente.

—Antes de que hubiera cielo o tierra, sol o mar, prados o árboles, solo había una nada inmensa, que era Ginnungagap. El vacío se extendía infinitamente en todas las direcciones, pero fueron surgiendo Muspelheim, el país del fuego al sur, y Niflheim, el de las heladas al norte. Muspelheim escupía brasas, y el espacio frío de Niflheim se extendía a su vez, hasta que el fuego y el hielo se encontraron con un silbido de vapor. De aquella niebla surgió Hymer, el gigante primigenio, el primer ser vivo. Cuando sudaba, las gotas se convertían en otras criaturas. Así apareció la raza de los gigantes. Y bebió de las ubres de Audhumbla, la vaca primigenia. Audhumbla lamió un bloque de sal que encontró debajo del hielo, y al final del primer día apareció una coronilla dentro del cubo. Al día siguiente, tras lamerlo, liberó la cabeza. Cuando terminó el tercer día, Buri, el padre de los dioses, pudo saltar fuera del bloque de sal.

—Mamá nunca me contó eso —dije.

—Buri engendró un hijo llamado Bor —continuó Hastein—, y Bor se abalanzó sobre una gigante llamada Bestia. Con ella tuvo tres hijos: Odín, Vile y Ve, los primeros dioses. Como no les gustaba flotar en el vacío de Ginnungagap, se enfrentaron al primer gigante y lo mataron. Del cuerpo de Hymer crearon la tierra formada por tres círculos con mar entre ellos: en el exterior colocaron Udgård, donde viven los gigantes; luego Midgård, y en el interior Asgård, donde se quedaron a vivir. Los acantilados y montañas son los huesos de Hymer, los peñascos son sus dientes. Las plantas y la hierba su cabello, y el mar, lagos y ríos su sangre.

Las palabras penetraron en mi cabeza y se instalaron en mi consciencia como una agradable somnolencia.

—Después, Odín, Vile y Ve crearon la bóveda celeste del cráneo de Hymer, y como estrellas colocaron las brasas de Muspelheim en su lado interior. Finalmente, crearon las nubes del cielo a partir de su cerebro, y como el primer gigante había sido un ser de naturaleza sombría y atormentada, las nubes son a menudo oscuras y portadoras de lluvia. De la carne de Hymer salió arrastrándose una multitud de gusanos, y de ellos surgió la estirpe de los enanos. Los tres dioses colocaron a cuatro enanos para soportar cada esquina del mundo: Nordri en el norte, Austri en el este, Sudri en el sur y Vestri en el oeste.

Mis párpados comenzaron a pesarme.

—No mucho después, los dioses fueron a caminar por el borde del desierto Midgård y encontraron dos trozos de madera en la playa. Los tallaron a su propia imagen. Odín se inclinó e insufló vida a las figuras, que se convirtieron en un hombre y una mujer. Vile les dio pensamiento y sentimiento, mientras que Ve les proporcionó el habla, el oído y la vista. Llamaron a los seres humanos Ask y Embla, y de ellos proceden todas las personas en el mundo.

Las olas todavía golpeaban la playa cuando me desperté. Mi cuerpo estaba frío y mi ropa húmeda. A mi lado, Hastein roncaba.

No sabía en qué punto de la historia de la creación me había quedado dormido y si me había perdido mucho, pero las palabras habían creado imágenes en mis sueños; había visto ante mí el caos del universo de fuego y hielo, la vaca primigenia lamiendo con ansia la sal, los tres dioses de largas barbas y vestidos de cuero caminando por la playa y las dos figuras humanas levantándose y cobrando vida. Había sentido debajo de mi cuerpo la carne de Hymer, y sobre mí se había alzado el interior abovedado de su cráneo.

Esperé a que las verdades eternas sobre el universo y la creación de la tierra arraigasen mientras al este el cielo comenzaba lentamente a clarear. El día se rompió y la masa del cerebro del primer gigante se acercó desde el mar en forma de pequeñas pellas blancas.

## 8

Nuestra estancia cumplía ya casi un mes, y al principio todas las tripulaciones de los barcos se quejaban de aburrimiento. Tan solo se animaron cuando descubrieron una bodega en los sótanos de la torre de la fortaleza de la plaza y Bjørn Costado de Hierro declaró las barricas como botín común. La amarga y oscura bebida era de peor calidad que la del reino de los francos a la que nos habíamos acostumbrado. En todo caso, pasamos los cálidos días del comienzo del verano medio inconscientes en la sombra, pues no había mucho más que hacer. La ociosidad hacía que todos estuvieran irritables y coléricos, y cualquier contacto entre ellos podía conducir fácilmente a disputas y peleas.

Jarvis cuidaba a los prisioneros que habíamos llevado a la iglesia de la ciudad. Como el sacerdote logró huir durante el caos de la noche del pillaje, el pequeño hermano lego oraba a menudo con ellos al Cristo Blanco. El sonido de los estridentes salmos hacía que muchos evitaran la iglesia si tenían resaca. Un día, cuando el calor del pavimento se filtraba a través de las suelas de las botas, pasé por delante de la iglesia. Me dolía la cabeza. Sentía el cuerpo rígido y ausente. Hastein aún dormía la mona con una de las esclavas apresadas.

Entre los nórdicos se vigilaba con celo el honor personal y el estatus; el hombre débil se hacía a un lado ante el fuerte, que asimismo se inclinaba ante el guerrero bien armado, y solo los condes y grandes hombres no se apartaban ante nadie. Sin Hastein a mi lado me hallaba al final de la jerarquía, y por eso,

cuando vi a un grupo de guerreros acercándose a mí, me dirigí hacia los tres peldaños que conducían a la puerta de la iglesia, que todavía colgaba destrozada sobre sus goznes. El hedor del sudor y de los excrementos humanos procedente del interior de la iglesia me hizo pararme en el umbral. Por todos los rincones de la alta nave había prisioneros sentados o de pie apoyados en muros y columnas. El llanto y las plegarias resonaban, superponiéndose bajo las vigas del techo, y ya me dirigía a la salida cuando Jarvis me vio y se enderezó.

—¿Has venido a ayudar? —La expresión suplicante en su rostro hacía difícil decir que no—. Eres un buen chico, Rolf, además de un obstinado pagano. El propósito del Señor al hacerme viajar con vosotros fue probablemente que nosotros dos nos ayudásemos a la hora de aliviar el sufrimiento de los pobres.

Tomé un cazo y un cubo y de mala gana comencé a repartir agua. Los prisioneros me preguntaron en su dialecto local, que parecía un franco mal hablado, qué les iba a pasar, qué tenía pensado nuestro jefe y si volverían a ver a sus familias alguna vez.

Las preguntas rápidamente adquirieron un tono enojado e impaciente, pues así reaccionan los cristianos cuando están expuestos a la injusticia. Su Dios perfecto se halla por encima de toda crítica y culpan de su miseria a cualquier otra cosa. Las voces resonaban con fuerza dentro de mi cerebro, y cuando comenzaron a agarrarme la capa, les golpeé en la cabeza con el cazo y les amenacé con mi sax para que se calmaran.

—¿Quieres dejar eso? —Jarvis se precipitó desde el otro extremo de la nave de la iglesia—. Guarda el cuchillo en la vaina. Solo empeoras el sufrimiento de estos desgraciados.

Los nativos sonrieron celebrando que me regañasen. Yo temblaba de ira y asco. Podía soportar que los nórdicos no me respetaran, pero no toleraría la burla de un montón de esclavos desgraciados.

—¡Estos bastardos están mejor que muchos otros! —exclamé—. He soportado un hambre peor sin quejarme. Los cristianos son como niños: están convencidos de que alguien los ayudará si gritan lo suficiente.

Desde entonces he vivido muchas experiencias que me han hecho cambiar de opinión, pero sigo creyendo que el mayor error del Cristo Blanco es haber

prometido la bienaventuranza a sus fieles tan solo con orar. Esa promesa les impide sobrellevar su destino y hacer algo por ellos mismos para mejorarlo.

—¡Oh, bestia insensible! —El habitualmente amable y amistoso anciano me arrancó el cazo de la mano—. No eres mejor que tus compañeros. En tu arrogancia crees que tienes derecho a vejar a cristianos temerosos de Dios.

—¿Quién de los dos es más arrogante? ¿Yo, que me defiendo de un ataque, o tú, que te deleitas con tu poder sobre una iglesia de quinientas almas?

Algo en mis palabras debió de hacerle mella, porque me condujo a la calle en la que se apretujaban las pequeñas casas de piedra con las ventanas cerradas. A sus nuevos residentes no les gustaba el calor hispano.

—Lo siento, Rolf —Jarvis habló en sajón para que los guardias de la puerta de la iglesia no nos entendieran—, pero estás equivocado. Es todo este sufrimiento innecesario lo que me enoja. Quizá puedas preguntarle a Sigurd Ojo de Serpiente si es posible que aumentemos las raciones de comida de los prisioneros.

La tripulación de cada barco trabajaba conjuntamente para conseguir los alimentos de su propia manutención, pero todas aportaban raciones destinadas a los prisioneros, que representarían un buen ingreso al venderlos o redimirlos. A Sigurd Ojo de Serpiente se le había asignado la tarea de distribuir las raciones de manera justa y equitativa, pues esa era su manera de ser.

—El conde Sigurd no moverá un dedo por esos chuchos holgazanes —susurré.

—Pero él mismo es cristiano —interrumpió Jarvis.

—Afortunadamente, no tanto como para que le plantee problemas.

Jarvis apretó los puños, porque esa verdad también lo irritaba.

—¿Tal vez tu hermana Bella pueda ayudar? —continuó con una expresión inocente.

Iba a replicarle de nuevo con alguna ocurrencia mordaz cuando me di cuenta de cómo había llamado a la esposa del conde.

—¿Cómo sabes que Bella es mi hermana? —le pregunté.

—Entonces, ¿es verdad? —Se iluminó con una sonrisa—. No te preocupes, Rolf. Tu secreto está a salvo conmigo. En compensación, ¿podrías utilizar tu influencia?

—No tengo ninguna influencia. Y Bella no debe saber que somos familia.

—En ese caso, te recomendaría *encarecidamente* que me ayudases.

Lo miré fijamente. En mi ingenuidad, me resultaba difícil creer que mi viejo amigo y mentor me estuviera presionando, incluso por algo que a sus ojos era una buena causa.

—Si es necesario —continuó—, puedes decirle al conde Sigurd que son los heridos los que necesitan comida.

Jarvis no solo cuidaba a los prisioneros, sino también a los heridos de Bjørn Costado de Hierro en el ataque a Pamplona. Yacían en la torre de la fortaleza vecina a la iglesia y vivían en condiciones mucho mejores que los prisioneros.

—¿Y es eso verdad?

—No, pero si los heridos consiguen más comida, puedo repartirla entre los prisioneros.

«Y volverlos gordos y perezosos —pensé—, a la vez que molestos».

En aquella época, mi compasión por nuestras víctimas cabía en un lugar muy pequeño, pero Jarvis sonrió y sus arrugas se extendieron desde los ojos.

Siempre me había resultado difícil resistirme a esa sonrisa.

## 9

En la plaza de la ciudad, a la sombra, había un grupo de guerreros ebrios gritando a todo pulmón una canción que no reconocí, pero, por lo demás, la explanada estaba desierta bajo el calor del mediodía. Frente a la torre gris de la fortaleza se encontraba la casa que Sigurd Ojo de Serpiente había usurpado para sí mismo y su esposa. Las paredes de piedra se mantenían unidas por un entramado de maderos pintados de rojo, y además de la sala que se encontraba a la altura de la calle había un dormitorio con una ventana triangular bajo la suave pendiente que formaba el techo. Todo lo que me había contado Jarvis debería haberme preparado para lo que me esperaba, pero la resaca me impedía pensar con claridad, de lo contrario, probablemente nunca habría entrado en la sala de estar. Encontré a Ylva sentada en un taburete, iluminada por la luz del sol que penetraba por la puerta abierta mientras pinchaba con su sax las tajadas de un plato repleto de carne ahumada.

—Tengo que hablar con Sigurd Ojo de Serpiente —le dije.

Mordió un trozo de carne de la punta del cuchillo y levantó la vista.

—No está aquí.

Los ojos demasiado juntos de Ylva me estudiaron mientras masticaba. La expresión en su rostro fingía indiferencia.

—Entonces esperaré —dije.

—Si insistes...

Me dejé caer en una silla al lado de la puerta. Había otras cinco sillas

junto a las paredes de la sala de estar. En la parte trasera se veía una mesa de cocina empotrada con frascos y ollas de todos los tamaños. Cacerolas y sartenes de bronce martillado colgaban frente a un hogar sobre el que había uno de los inventos más ingeniosos del sur: una chimenea que aspiraba el humo hacia arriba, fuera de la habitación. Seguramente, los antiguos dueños de la casa se hallarían en la iglesia lamentando su desgracia. Cuando alguien vive con ese nivel de abundancia, casi los puedes comprender.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

—¿Por qué?

Un par de veces durante nuestra larga estancia en la ciudad había intentado hablar con Ylva, pero ella siempre estaba ocupada. Supuse que la ociosidad en Predio de Thor también la irritaba. Cuando levantó la vista con una mirada de desconfianza en los ojos, me di cuenta de que había algún otro problema.

—Por nada —respondí—, pero éramos amigos. Ahora nunca me miras.

—El cachorro Hastein y tú estáis muy entretenidos con las esclavas.

Mi interés por las jóvenes que había entre nuestros prisioneros era menor de lo que creía Ylva. El llanto y el miedo en los ojos de las pobres chicas me desanimaban, y cuando Hastein se llevaba a alguna esclava suponiendo que yo haría lo mismo con otra, normalmente me iba a dar un largo paseo por los alrededores de la ciudad hasta que él terminaba. Sin embargo, no quería admitir mi debilidad ante Ylva, así que permanecí pegado a la silla en silencio, hasta que se oyó el rumor de un hombre y una mujer hablando en la habitación de arriba.

—¿No dijiste que el conde Sigurd estaba fuera? —le pregunté.

—Y así es.

Alguien andaba por el piso superior.

—¿Puede ser Bella?

—Seguro.

Ylva se metió otro pedazo de carne de cerdo en la boca.

—No está sola. ¿Con quién está hablando?

En ese mismo instante obtuve mi respuesta, pues percibí el sonido de una voz ronca. Me levanté de la silla con una sensación de pánico en el cuerpo.

—Ya volveré más tarde —le dije, pero no había alcanzado la puerta cuando la trampilla del techo se abrió y vi un par de piernas con botas y

cordones bajando por la escalera. A continuación, un torso fuerte dentro de una saya de lino blanco y limpio, y una cabeza con el pelo corto y desaliñado.

—¿Otra vez comiendo, Ylva? —dijo Halfdan Camisa Blanca—. Terminarás poniéndote gorda como un tonel.

—A ti seguro que no te pasa, con lo activo que eres.

El hijo más joven de Lodbrog sonrió de manera sarcástica. Plantó los pies en el suelo de piedra y se ajustó el cinturón con la espada.

—Ya nos veremos.

Halfdan Camisa Blanca dirigió la mirada de sus duros ojos hacia mí. Contuve la respiración mientras se acercaba. En medio de la ansiedad, me di cuenta de que, por una vez, su rostro rasurado estaba tranquilo. En ausencia de los espasmos que normalmente le distorsionaban los rasgos, estos eran regulares y hermosos. Perezoso como un gato remolón, pasó a mi lado y desapareció en medio de la ciudad. El contraluz de la puerta le había impedido verme. Me había fundido con la pared.

—¿Es que quieres que me desuellen vivo? —susurré furioso.

Ylva me estudió, mostró los dientes irregulares en una sonrisa forzada y se volvió hacia el portillo abierto.

—¡La señora tiene un invitado! —gritó Ylva en sajón.

—Dile al hermano Jarvis que... —comenzó a decir Bella desde el piso superior.

—No es el hermano Jarvis.

Ylva enfundó el cuchillo y se puso de pie con el plato en una mano y el escabel en la otra. Salió cerrando la puerta tras ella y se sentó a montar guardia. Solo la grieta entre la puerta y el umbral iluminaba la sala con un brillo pálido que proyectaba sombras difusas sobre las paredes y el techo. Me quedé quieto esperando a que mis ojos se acostumbraran a la penumbra.

Desde la habitación de arriba llegó un crujido de telas. Un par de delgadas piernas aparecieron en la escalera, luciendo solo una fina prenda interior que le llegaba hasta los tobillos. Al tocar con los pies desnudos el suelo de piedra, Bella se quedó mirándome. En su mano llevaba un vestido que dejó en una de las sillas.

—Hace tiempo que quería hablar contigo —dijo—. Cuando nos encontramos en la pequeña iglesia del hermano Jarvis en Isla Thor, no estaba

segura de quién eras. Me resultabas familiar, pero no pude ubicarte. Jarvis estaba hablando ese día durante mi confesión, porque tú y Hastein habíais matado a no sé qué conde franco.

No sentí la necesidad de señalar que en ese momento ella había negado que fuera a confesarse con el pequeño hermano lego. Ahora carecía de importancia. Tenía una expresión extraña en su rostro. Los grandes ojos azul celeste me miraban con frialdad. Bella era prácticamente una cabeza más baja que yo, pero parecía del tamaño de un gigante.

—En el pueblo, muchos decían que fuiste tú quien mató a mi padre mediante brujería. Esos tontos supersticiosos afirmaban que eras un hombre lobo y un wicca, o, si lo prefieres, un hechicero. Los más sensatos contaban que fue un auténtico lobo el que le rajó la garganta a mi padre. Quizá eso se ajusta más a la realidad.

—Quizá. —Mi voz era casi inaudible. Ella me empujó para que me sentara en la silla.

—Yo era una pobre niña indefensa en ese momento —continuó, observándome con una mirada altiva—. Creía en los supersticiosos, no en los sensatos. No me atreví a ir a verte mientras te hallabas preso en la cabaña de la aldea, porque te temía a ti y a tu brujería. Desde entonces has conseguido pasar desapercibido, hasta que caí en la cuenta de quién eras, entonces comencé a vigilarte. No eres ni un wicca ni un hombre lobo, sino un chico normal que trata de sobrevivir. Corres con los lobos, pero luchas por seguir su ritmo.

No la contradije, porque ambos sabíamos que tenía razón. No era tan salvaje, valiente, sabio o loco como Hastein, Sigurd Ojo de Serpiente, Bjørn Costado de Hierro o Halfdan Camisa Blanca. No podía mirarla a los ojos, pero se debía fundamentalmente a que me resultaba difícil retirar la vista de sus pezones rosados, que se distinguían con nitidez a través de la fina tela de su ropaje translúcido.

—Y eres lo único que me queda de mi tierra natal —continuó, siguiendo mi mirada, y añadió—: hermano.

Levanté la vista sorprendido.

—Como te he dicho, interrogué a Jarvis. Me contó que eras el hijo de la wicca del bosque que trataba los dolores de las mujeres de la aldea. Pero tu

madre no era solo una bruja, también era la sierva de mi padre. Creo que Jarvis sabía la verdad, aunque no dijo nada.

El pequeño hermano lego me había traicionado. Tendría que haber sabido que Bella ataría cabos, tal como había hecho él. Sin embargo, me había enviado a la cueva de la leona sin avisarme, con la esperanza de que pudiera conseguir comida para su jodida iglesia cristiana. Maldije por dentro a mi viejo amigo y mentor.

—No tienes por qué poner esa cara —continuó Bella—. De hecho, he pensado ayudarte.

Volvió a la escalera y se puso un vestido ancho, se ató los tirantes con broches plateados y se ajustó un cinto alrededor del talle. El vestido cubría la fina prenda interior y ocultaba su cuerpo esbelto y bien formado.

—¿Mejor? —preguntó.

Asentí, me humedecí los labios y me animé a preguntar:

—¿Cómo piensas ayudarme?

—Ahora te lo explico. Mi padre tenía una hermana. Bueno, creo que ya lo sabías. ¿Sabías también que ella era como una madre para mí? Fue por mi tía por quien sufría cuando los nórdicos asesinaron a toda la población de la aldea, no por mi padre.

A pesar de que habían pasado varios años, recordaba con claridad el ataque al pueblo: a los campesinos reunidos en la plaza del consejo bajo el roble; a los nórdicos barbudos corriendo entre las casas rugiendo; los agudos gritos de pánico mezclados con los sonidos sordos de los golpes de las espadas y hachas; a Holl, el chico rubio que corrió hacia mí en busca de protección pero que fue abatido por el camino, y no en menor medida a un hombre cuya barba trenzada llevaba huesecillos blancos en las puntas y que atravesó con su cuchillo largo el pecho de una mujer de mediana edad, cuyo rostro se había contraído en una mueca por el dolor. Su silencio me había impresionado más que cualquier grito. Mientras nos llevaban a Bella y a mí, el cuerpo de la mujer fue quemado con el resto de los habitantes muertos de la aldea.

—No tuve nada que ver con eso —me excusé.

—Lo sé. Y no te culpo de la muerte de mi tía. Pero nunca olvidaré al hijo de puta de barbas trenzadas que la mató. Lo he odiado desde entonces.

Arrastró su silla y se sentó frente a mí.

—¿Por qué me cuentas esto? —le pregunté.

—Porque volví a ver a ese cerdo en Isla Thor. Ahora navega en el barco de mi esposo. Sigue llevando huesos trenzados en la barba. Sigue siendo un animal. Debe morir.

Moví la cabeza confundido.

—¿Quieres que mate al asesino de tu tía?

—Asesino de nuestra tía —me corrigió.

La historia tanto de los sajones como de los nórdicos está llena de venganzas sangrientas. El dolor o el orgullo han llevado a menudo a los supervivientes a vengar a sus muertos hasta la extinción de toda una familia. Bella había dejado de ser la hija de un herrero de pueblo que debía soportar el dolor por la muerte de su tía. Era la mujer de un conde, con el poder y la obligación de vengarla.

Yo personalmente nunca había considerado que esa mujer fuera mi tía. Nunca tuve ninguna relación con ella. No veía la necesidad de cambiar eso.

—Pídele ayuda a tu esposo —sugerí—. O a tu amante.

—No puedo pedirle a Sigurd que mate a alguien de su propia tripulación —respondió—, y Halfdan Camisa Blanca es impredecible.

—Pero ¿aun así te acuestas con él?

—Es lo mejor para todos. ¿No te has dado cuenta de que durante el tiempo que llevamos aquí, en Predio de Thor, ha estado más tratable?

Era cierto que el más joven de los hijos de Lodbrog no había torturado a los prisioneros de la iglesia, no había amenazado de muerte a nadie, ni se había burlado de los dioses desde que llegamos a la pequeña ciudad situada en la cima del acantilado. ¿Todo eso gracias a Bella?

Al otro lado de la puerta, Ylva se movió y las sólidas tablas crujieron. Lancé deliberadamente una mirada a la puerta y volví la vista hacia Bella. Ella entendió lo que quería decir.

—No quiero forzar a Ylva a cometer un asesinato. Su lealtad es importante para mí.

¿Y *mi* lealtad no importa?

—¿Qué lealtad? Tú solo eres fiel a ti mismo. Pero en este caso me obedecerás por tu propio interés.

En ese instante se oyeron pasos en el exterior. El taburete de Ylva rascó el empedrado cuando ella se levantó y saludó.

—Conde Sigurd, tienes invitados —sonó su voz desde la calle.

—Tendrán que esperar. —Sigurd Ojo de Serpiente parecía contento—. Traigo buenas noticias.

Se abrió la puerta. Me puse de pie y quedé en medio de la brillante luz del sol.

—¿Rolf Lenguaraz?

Las ajorcas de plata refulgían en los brazos de Sigurd Ojo de Serpiente. Incluso a contraluz, sus ojos verdes brillaban. Nervioso, intenté explicar por qué estaba allí. Era absolutamente innecesario.

—Entonces, ¿Rolf y tú ya habéis hablado? —Le lanzó a su esposa una sonrisa deslumbrante—. ¿Ya puedo contarle?

Ella asintió. El conde puso su mano en mi hombro.

—Cuñado —dijo con cariño.

Había sido un miembro más del rebaño, que pasaba desapercibido, un guerrero mediocre al que todos toleraban gracias a mi amistad con Hastein. Ahora era Rolf Cuñado de Sigurd, miembro de la famosa familia de los hijos de Calzas Peludas. Era un ascenso cuyo alcance no llegué a entender de inmediato, a pesar de que la idea me dejó sin aire. Sin embargo, había una pequeña pega.

—Ya sé que no es justo —continuó Sigurd Ojo de Serpiente—, pero Bjørn nos ha pedido que mantengamos nuestro parentesco en secreto por un tiempo. Es evidente que tiene planes que dependen de que nadie lo sepa. Ni siquiera Hastein debe saber nada.

No estaba en condiciones de discutir los motivos de Bjørn Costado de Hierro.

—Lo prometo, conde Sigurd.

—Venía a contar —continuó Sigurd Ojo de Serpiente sin escucharme— que tenemos noticias de Pamplona. El rescate del valí está listo. Un grupo de jinetes armados lo traerá mañana en un carruaje tirado por caballos.

—¿Por qué medio recibió Bjørn Costado de Hierro la noticia? —preguntó Bella.

—¿Eh? —replicó él.

—¿Emisario o carta? —concretó ella.

—Ambas cosas. Un mensajero llegó a la puerta de la playa con la carta. Llevaba dos acompañantes. Los conduje por la calle principal hasta la torre donde estaba Bjørn y de regreso a la puerta.

—Así que ahora la gente del valí conoce nuestras fuerzas y armamento —concluyó ella—. Y habrán visto a través de la puerta abierta que los prisioneros se encuentran en la iglesia.

—Seguramente. ¿Hay algo malo en ello?

Sigurd Ojo de Serpiente parecía nervioso, como si estuviera informando a un superior y ahora temiese haber cometido un error. Observé alternativamente al alto y fuerte conde y a mi frágil media hermana, y por primera vez consideré su relación de poder.

—Seguro que no tiene importancia. —Ella se encogió de hombros—. ¿Qué más?

—Bjørn Costado de Hierro me ha pedido que reúna a las tripulaciones. Esperaba que Halfdan Camisa Blanca estuviera aquí.

Lo miré estupefacto. ¿El conde Sigurd *esperaba* encontrar a su vehemente hermanito en compañía de su esposa?

—Halfdan se ha ido hace un momento —repuso ella.

—Entonces iré a buscarlo.

Cuando Sigurd Ojo de Serpiente salió, Bella me despidió con un gesto. No necesitaba decir nada más. Yo conocía el precio de su ayuda.

—Gracias por avisarme —murmuré a Ylva al salir.

La escudera dudó un momento. Luego se puso en pie precipitadamente y me alcanzó en el medio de la plaza.

—Os he escuchado a través de la puerta. —Los ojos juntos en el tosco semblante estaban llenos de pesar—. Pensaba que habías sido tú quien le dijo a Bella que erais medio hermanos. Disculpa mi extraño comportamiento, pero no comprendía qué querías sacar con ello.

—Si hubiera querido sacar algo —dije—, ahora podría sentirme feliz y aliviado.

Ylva se rascó el largo e indómito pajar de su cabello.

—¿No te alegra ser familia de los hijos de Calzas Peludas? —preguntó.

—¿Y de qué me sirve si nadie lo puede saber? Y, a cambio, Bella me ha

pedido que asesine a un hombre.

# 10

La comitiva de jinetes moros cabalgaba en dirección a la ciudad siguiendo el curso del río, donde las numerosas naves largas se reflejaban en las aguas de la desembocadura. En sus cabezas lucían unos cascos puntiagudos envueltos en tela blanca. Sobre las brillantes cotas de malla vestían sayas de color verde. En los cinturones cada uno llevaba una daga y un sable curvo, y en las manos sujetaban escudos redondos iguales que los nuestros, solo que pintados de blanco en lugar de mostrar motivos de varios colores. Los caballos llevaban mantas verdes y arneses de cuero marrón claro con hebillas blancas en las correas.

—Incluso sus animales van equipados de manera elegante —dijo uno de los que se habían burlado de mí durante el viaje desde Isla Thor—. En Lethra no vestimos así ni a los idiotas.

—Qué riqueza... —suspiró otro, admirado. Era un noruego que se llamaba Thorvald, a quien yo conocería mejor en el futuro.

—Esas riquezas pronto serán nuestras —dijo un tercero citando un antiguo dicho—: Ninguna carga es más liviana que la cota y las armas.

Detrás de los cincuenta jinetes rodaba un pesado carruaje de cuatro ruedas tirado por seis caballos. Estaba reforzado con hierro y decorado con filigranas de bronce. En la parte superior de su cabina cerrada había un gran cofre sujeto con sogas. Detrás del carruaje iban otros cincuenta jinetes.

La comitiva cruzó la puerta de Predio de Thor y, cabalgando a lo largo de

la estrecha calle, se dirigió a la plaza. Cuando el carro se detuvo, el hombre que se encontraba al lado del cochero se levantó y todos pudimos observar su impresionante físico. Sobre el carronato su aspecto era imponente: alto, de anchos hombros, vestido con un traje de seda roja hasta la rodilla, bordado con motivos dorados. Llevaba en la cabeza un casco con un velo de anillos de hierro finamente forjados ante la cara, por lo que solo se veían sus ojos garzos. Miró a los nórdicos allí reunidos, que a él le debieron de parecer un grupo de mendigos sucios y harapientos. El sol hervía, el aire flameaba con el calor y nosotros despedíamos un hedor a sudor de borrachera.

Por la puerta de la fachada de piedra gris de la torre fortificada apareció el valí, que fue acompañado por los diez peldaños de la estrecha escalera. El orondo sobrino del emir no se había vuelto menos melancólico con su cautiverio. Apesadumbrado asistió al recuento detenido que Bjørn Costado de Hierro hizo de las recién acuñadas monedas del cofre. Suspiró profundamente cuando la puerta de la cabina se abrió para que él entrara. La visión fugaz de su cara a través de la estrecha ventana cuando la comitiva se puso en movimiento me hizo preguntarme si su tío no lo haría responsable de aquella pérdida. Eso podría explicar su tristeza.

Nadie trató de impedir la marcha de los jinetes ni del carruaje cuando cruzaron ruidosamente la puerta y continuaron colina arriba. Los prohombres, condes y guerreros estaban demasiado ocupados en contemplar el gran cofre del tesoro.

—Este botín es fácil de compartir —gruñó Bjørn Costado de Hierro entre las duras fachadas de la plaza—. De las setenta mil piezas de plata del rescate, la mitad se distribuirá equitativamente entre los miembros de las tripulaciones.

—¿Y la otra mitad? —preguntó Uggla Ugglasson con una mueca en la fea y destrozada cara.

—Lo guardaré en mí barco.

Iracundas protestas se alzaron entre la multitud. ¿Quiénes se creían que eran los hijos de Calzas Peludas para quedarse para ellos la mitad del rescate?

—Sin mi astucia —clamó Costado de Hierro— habríamos continuado el viaje para encontrar en la siguiente ciudad un pillaje tan magro como el que

hallamos aquí. Y lo mismo en la siguiente. Y en la siguiente. En cambio, ahora hemos reunido una montaña de plata sin el menor esfuerzo.

—¡Plata ganada sin honor! —gritó Uggla Ugglasson.

—¿Quién de vosotros es tan estúpido como para quejarse de un saco lleno de plata como pago por un mes de permiso? —Bjørn Costado de Hierro miró a su alrededor, pero nadie habló—. El intercambio del prisionero lo podría haber hecho con mis ocho naves largas, y ninguno de vosotros habríais ganado nada.

—No podrías haber prescindido de nosotros —intervino Uggla Ugglasson—, porque si los moros no hubieran visto que éramos superiores a ellos, seguramente se habrían atrevido a asaltar la ciudad.

—Eso es cierto, y por esa razón compartís la mitad de la plata. Ya tenéis vuestra parte de los prisioneros. Se pueden vender por una buena cantidad de dinero en el mercado de esclavos de Dyflin, y el resto los disfrutaréis en vuestro hogar.

—¿Por qué hablas de Dyflin y de nuestro hogar? —preguntó Uggla Ugglasson.

—Porque podéis iros allí si no os gusta mi forma de saquear. No quiero dirigir una expedición cuyos participantes se beneficien de mi conocimiento, pero pongan en duda mi juicio. Si es así, prefiero regresar a Isla Thor con el botín que ya tengo y soñar el resto de mi vida con los tesoros que vuestra vanidad y vuestras dudas me privaron de ganar.

Solo Uggla Ugglasson pensaba que podían prescindir de la experiencia de Costado de Hierro durante el resto de la travesía.

—¡Nosotros somos diez veces más numerosos que tú y tus tripulaciones! —gritó—. ¿Qué nos impediría derrotaros y compartir el tesoro?

—El propio interés. Los impuestos del emir se recaudan normalmente a mediados del verano a través de un séquito de mil quinientos hombres que escoltan la plata hasta la capital, Qurtuba. Estamos justo en esa época del año, pero el dinero se encuentra aquí con nosotros. Sospecho que los guerreros del emir estarán esperando por aquí cerca a que celebremos nuestra fortuna para poder vencernos cuando nos hayamos emborrachado.

Muchos lanzaron miradas nerviosas a las colinas de detrás de la ciudad, por donde habían desaparecido los jinetes y el carruaje tirado por los

caballos.

—¿Qué sugieres entonces? —le preguntó Uggla Ugglasson.

—Embarcar lo más pronto posible y dejar atrás Predio de Thor. Yo llevaré el cofre en mi nave larga y los demás os repartiréis los prisioneros. Cuando encontremos un lugar tranquilo, haremos el reparto de la plata.

—¿Y si no estamos de acuerdo?

—Ya lo verás.

La seguridad de Costado de Hierro hizo dudar al conde sueco.

—Exijo viajar contigo para asegurarme de que no nos engañas.

—Serás bienvenido a bordo, Uggla Ugglasson.

Muchos elogiaron al conde sueco por la iniciativa. Otros lamentaron que no se les hubiera ocurrido a ellos. Sin embargo, la mayoría no oyó el último intercambio de puntos de vista, porque ya se estaban alejando de la plaza. De repente se sintieron ansiosos por notar otra vez una cubierta de barco bajo los pies.

# 11

En la abrasadora tarde, una auténtica multitud cruzó la puerta de Predio de Thor para dirigirse colina abajo hacia los barcos. Los guerreros condujeron a bordo a los llorosos prisioneros de la iglesia, pues la marcha se realizó apresuradamente, hasta el punto de que nadie se preocupó de prender fuego a la ciudad. Si Bjørn Costado de Hierro estaba en lo cierto, cosa que ahora creía la mayoría, los mil quinientos hombres del emir pronto descubrirían la evasión.

En la huida, muchos se irritaban porque otros les impedían el paso y entonces daban golpes y patadas, algo que nadie con dignidad podía tolerar. Se intercambiaban duras palabras. La pelea era inevitable. Las armas salían de sus fundas. La retirada de Predio de Thor terminó en un caos vergonzoso que Hastein y yo observábamos desde el centro del río, en la nave larga de Costado de Hierro. Por la mañana, el gigante de barba gris había ordenado a sus tripulaciones que estibasen sus objetos personales en cajas, y la cubierta había sido despejada para colocar el gran cofre del tesoro entre los bancos.

—Podrías habernos ordenado a los demás que nos preparásemos para la partida —dijo Ugglá Ugglason, que saltó a bordo en el último instante mientras empujábamos el barco.

—No oculté el hecho de que mis ocho tripulaciones hicieran el equipaje —respondió Costado de Hierro.

—Pero no *dijiste* nada.

—Por mi experiencia sé que los saqueadores que olfatean la plata no atienden a razones. ¿Habrías preparado tus barcos si te lo hubiera pedido en lugar de esperar la llegada del tesoro?

—Por supuesto que sí —respondió Uggla Ugglasson sin convencimiento mientras observaba sus naves, en las que la carga estaba generando problemas.

—¡Es hora de zarpar! —gritó el conde sueco, pero nos encontrábamos demasiado lejos de tierra como para que sus cuatro tripulaciones pudieran oírlo.

—Es una pena que estés aquí —gruñó Costado de Hierro—. Esperemos que tus suecos no te echen en cara haber preferido la seguridad de mi barco que tomarte en serio tu responsabilidad como conde.

Uggla Ugglasson se dio la vuelta y mostró lo poco que le quedaba de sus dientes en un rugido.

¡Me has traído a bordo con engaños!

—Tú mismo lo exigiste.

—Pues deberías haberte negado.

—Eso solo te hubiera espoleado.

En ese momento, la señal de un cuerno sonó desde el barco de Sigurd Ojo de Serpiente, que aún estaba cerca de la orilla. Tanto el alto conde de colorida saya como Ylva señalaban hacia tierra. Bella estaba de pie sobre la bancada mirando en la misma dirección.

Los cien jinetes moros que habían llegado de tierra adentro ya no llevaban con ellos el carro blindado. En su lugar, ahora los seguía una fuerza de mil quinientos hombres de a pie con ropajes marrones. A la cabeza galopaba el comandante vestido de rojo. Gritaba y chillaba de rabia al ver que su esperado botín estaba a punto de escapársele.

Los nórdicos dejaron las peleas y corrieron a embarcar. Casi un tercio de nuestros prisioneros estaban aún en la arena gritando a sus familiares. Cuando los moros llegaron a la playa, se lanzaron sobre ellos con lanzas y cimitarras. Si los soldados de marrón pensaron que los pobres eran vikingos abandonados, o si simplemente descargaron la frustración por nuestra huida sobre los que quedaban, es algo que no sabría decir, pero los prisioneros atados en las cubiertas de los barcos contemplaron con los ojos bien abiertos

la masacre en tierra y comprendieron que habían sido afortunados al escapar de aquello.

—Habrá problemas por las pérdidas que han sufrido los hombres —dijo Uggla Ugglasson sonriendo.

—Sin duda tienes razón —respondió Bjørn Costado de Hierro—, pero seguro que se hará más llevadero cuando reparta mis propios esclavos entre los perjudicados.

El conde sueco resopló de ira. Cada pequeña humillación que le infligía el gigante de barba gris añadía una nueva capa al odio que había nacido junto a la hoguera en Isla Thor.

Era un odio que no dejaba descansar a Uggla Ugglasson y que siguió ardiendo en él hasta que justo dos años después lo encontramos asesinado en cubierta.

## OTOÑO DE 870 - DÍA SEGUNDO

El cadáver yace en posición fetal. Al principio creo que el hombre duerme, pero al zarandearlo descubro que se halla tieso por el *rigor mortis*. Cuando veo de quién se trata, el mundo se detiene en torno a mí. Los sonidos se atenúan. Mi respiración suena inusualmente fuerte en mis oídos. Siento que me voy a desmayar y he de apoyarme en un arcón.

Los hombres se arremolinan. Ylva percibe el cambio en el ambiente y abandona la caña del timón para ver qué sucede. Puedo ver en su mirada que ella también reconoce al muerto.

—No presenta ninguna herida mortal ni en la espalda ni en los miembros —digo—. ¿Quizá la tenga en el estómago o el pecho? Para saberlo hay que esperar hasta que podamos enderezarlo.

Ylva se frota la barbilla mientras contempla durante largo rato la superficie brumosa del mar sobre la que pende una manta de nubes bajas.

—Lo mataron durante el combate con los moros —dice por fin.

Nuestra huida comenzó hace casi un día. No parece creíble que un cadáver pueda estar tanto tiempo allí sin que lo descubran.

—¿Quién era?

Levanto la vista mirando asombrado a la espalduda escudera. ¿Realmente me ha preguntado eso?

—Se llamaba Uggla Ugglasson —respondo—. Era un conde del Reino de Suecia. Pero seguro que sabes...

—Un nombre raro —me interrumpe, lanzándome una mirada que me obliga a callar—. ¿Sabes algo más de él?

Me quedo estupefacto. ¿Por qué hace como si no conociese el feo careto desfigurado con los raigones bajo el torcido labio superior? Sigo su mirada, que se desplaza hacia los hombres que nos rodean; entonces lo comprendo, quiere evitar que cunda el pánico a bordo.

—Tiene que ser uno de los que rescatamos de las olas durante la batalla marina —me limito a decir.

A nuestras espaldas cruje la cubierta. Los hombres se hacen a un lado para dejarle pasar. Bjørn Costado de Hierro se ha levantado de la bancada y atraviesa anadeando la cubierta de paso. Cuando ve a Uggla Ugglason, se detiene y parpadea. Su mirada de color gris pálido resbala por encima de Ylva y también de mí. Su rostro permanece vacío mientras intenta comprender la nueva situación.

—¿Alguien a bordo reconoce a este hombre? —brama entonces sobre las cabezas de la tripulación.

Nadie se pronuncia.

—Se lo podemos ofrecer a Njord para que favorezca nuestra travesía —sugiere alguien entre el gentío.

A Halfdan Camisa Blanca, que se acerca desde su sitio en el último remo, no le gusta la idea.

—¿Vamos a ofrecer a un hombre que ya estaba muerto? —dice con voz ronca—. ¿Qué piltrafa de dios aceptaría una víctima así?

Desasosegado por la burla dirigida al dios, Bjørn Costado de Hierro se vuelve hacia su hermanastro menor.

—Trae mala suerte llevar un cadáver a bordo —dice Ylva—. Si el dios del mar obtiene además el arma del muerto, seguro que lo recibirá con alegría.

Del costado de Uggla Ugglason cuelga una delgada espada dentro de una funda de cuero negro. Varios miembros de la tripulación gruñen contrariados pues ellos también se han dado cuenta de la nobleza del arma. Yo solo me fijo en su forma un tanto peculiar.

—Sería mejor ofrecérselo al dios de los musulmanes. —Entre las contracciones del semblante de Halfdan Camisa Blanca se asoma una sonrisa maníaca—. Es evidente que por estos lugares Alá tiene más poder que todos

los Ases juntos.

Muchos le dan la razón. Puede que estemos demasiado lejos de casa como para que nuestros propios dioses escuchen nuestras invocaciones.

—¿El dios de los moros acepta víctimas humanas? —pregunta Bjørn Costado de Hierro.

Si Khalid estuviera aquí, seguro que sabría la respuesta. En la situación actual, nadie dice nada.

—Al margen de la voluntad divina —objeto—, antes de lanzar el cadáver por la borda deberíamos esperar hasta que disminuya la rigidez, y así a lo mejor podremos saber cómo murió.

—Mientras tanto, la desgracia puede habernos alcanzado a todos —objeta Costado de Hierro—. Si esperamos, ningún dios va a querer saber nada de él, con o sin espada.

El gigante de la barba gris parece tan ansioso como Ylva por librarse del cadáver antes de que los demás reconozcan al conde sueco. Pero es demasiado tarde. Ya hay tres o cuatro hombres cuchicheando. No tardarán en extender el rumor.

Bjørn Costado de Hierro toma una decisión y se yergue.

—Si me oyes, Njord —brama hacia el cielo gris—, entonces acepta nuestra víctima sangrienta. Y si estás escuchando tú también, dios de los moros, toma si quieres tu parte. No me voy a inmiscuir en cómo dirimáis el asunto entre vosotros.

Levanta el encogido cadáver sobre la cabeza. Ugglason alcanza las olas con un sonoro chapuzón y se hunde rápidamente en las profundidades. Los hombres miran como la espuma se diluye en el vaivén de las olas.

—¿Crees que funcionará? —pregunta Ylva.

—Ya lo verás —responde Bjørn Costado de Hierro.

Tales palabras infunden coraje a muchos de los que permanecen allí de pie. Cada vez que él ha pronunciado estas palabras, hasta las situaciones más complicadas se han resuelto. Si los dioses le han escuchado en este extraño y cálido mar Interior rodeado por todos lados de tierra firme y donde nos hemos procurado tantos enemigos, nos ayudarán. Otros no parecen tan seguros. Lentamente, los hombres regresan a sus puestos.

—No fueron los dioses los que mataron a Ugglason —le susurro a

Ylva—. ¿Y cómo es posible que estuviera aquí?

—Lo último es un misterio —concede—. En cuanto a lo primero, bien puedo tener razón en que lo mataron durante el combate.

No la tiene y le explico por qué.

—Allá en mi tierra, Inglaterra, durante mi estancia en el monasterio ayudaba al hermano Jarvis a ocuparse de los muertos. Lavar los cuerpos. Prepararlos para la inhumación. Por eso sé que el *rigor mortis* aparece poco después de la muerte y no comienza a disminuir hasta que han pasado doce horas. Uggla Ugglason estaba rígido como una tabla. Murió durante la noche. Y ambos sabemos quién tiene mayores motivos para desear su ausencia.

Miramos las anchas espaldas de Bjørn Costado de Hierro. El gigante de la barba gris atraviesa con fuertes pisotones la cubierta de paso de la nave para sentarse de nuevo sobre la bancada. Ninguno de nosotros quiere pensarlo detenidamente. Si empieza a quitarles la vida a los tripulantes, no deseamos saber dónde estará el límite.

Observo al hombre de quien ha surgido la idea de ofrecer el cadáver al dios del mar. Tiene el rostro oculto bajo la capucha de una capa marrón. Solo durante un instante se hace visible su barba antes de que la embuta en el cuello.

Lleva los extremos trenzados en torno a una serie de huesecillos blancos.

## **SEGUNDA PARTE**

Verano y otoño de 868

## 12

Bjørn Costado de Hierro puso rumbo al norte. El resto de la flota lo siguió, pronto Predio de Thor fue solo una mancha a popa. Uggla Ugglason se sentaba inquieto en la bancada sin dejar de mirar hacia atrás la costa de Navarra, cada vez con más añoranza, al tiempo que la luz del día iba desapareciendo.

—Déjame oír qué es lo que tanto te inquieta, conde sueco —dijo finalmente Bjørn Costado de Hierro.

—¿Regresamos al reino de los francos?

—Me gustaría que así lo creyeran los hombres del valí. —El gigante de la barba gris aflojó la caña del timón, y la nave larga crujió al virar hacia la popa—. Pero no hemos terminado con Hispania. Ahora que la noche ha caído continuaremos hacia el oeste.

—¿Hacia dónde?

—Ya lo verás.

Navegamos paralelos a la costa, que no era más que una franja oscura en el horizonte. Durante toda la noche, Bjørn Costado de Hierro estuvo a la caña del timón mientras los hombres dormían entre los bancos y arcones.

—¿Qué pasa? —murmuró Hastein medio dormido cuando lo pinché.

—¿Ha hecho tu padrino alguna ofrenda a Njord, ya que se aventura a navegar tan lejos?

—En estos dominios lo más sensato es estar bien avenido con Ran.

—¿Quién?

—La bruja del mar, que suscita las tormentas dejando que sus nueve hijas arrastren los barcos naufragados al fondo del mar, donde les exige oro para poder entrar en su sala.

—¿Y no es mejor hacer ofrendas al propio hijo de Odín?

—¿Qué hijo?

—Njord.

Hastein me contempló con una sonrisa indulgente.

—Njord no es hijo de Odín. Odín es padre de Thor, el dios del trueno; de Balder, el dios de la luz, y del ciego Høder, cuya madre es Frigg. Al dios de la guerra, Tyr, lo tuvo con una giganta, y las nueve hijas de Ran son madres de Heimdal. Pero Njord pertenece a la estirpe de los Vanes.

—¿Cómo es posible que un hombre tenga nueve madres?

—Porque los dioses pueden hacer cualquier cosa.

—¿Pero no los Vanes?

—Vanes y Ases son dioses por igual —suspiró—. ¿No conoces el mito de la guerra de los dioses?

—Solo conozco lo que mi madre tuvo tiempo de narrarme antes de ser vendida.

Si Hastein no hubiera tenido a su padrino, también habría estado solo en el mundo. La compasión asomó a su mirada. Rodeado de los demás guerreros, la mejor manera de mostrarla era eliminando las lagunas de mi conocimiento.

—En una ocasión, los Ases pelearon con otra familia de dioses llamada Vanes. Ambas estirpes de dioses se citaron en la Llanura de Ida y combatieron entre sí durante mucho tiempo con heroicidad, pero al final hubieron de admitir que lo mejor para todos era hacer las paces, y para sellar el pacto intercambiaron sus rehenes.

Los hombres que se despertaron a nuestro alrededor también escuchaban a Hastein:

—Los Vanes enviaron a Asgård a Njord y sus dos hijos, Frej y su hermana Freja, mientras que los Ases enviaron a Vanaheim, a Mimer el Sabio y al guerrero Høner. Sin embargo, por el camino Høner le pidió a Mimer que intercambiara sus papeles, pues anhelaba verter la sabiduría que consideraba que había consolidado en el campo de batalla. Mimer aceptó, pues no le apetecía acabar en una polvorienta sala del consejo. Pero enseguida los Vanes

mostraron su descontento con ambos rehenes, ya que Høner no sabía contestar ni a las preguntas más simples, y Mimer era un guerrero de una inusitada incompetencia. Enojados por sentirse engañados, los Vanes le cortaron la cabeza a Mimer y la enviaron a Asgård. Odín se apenó por la muerte de su amigo y consejero Mimer, pero Freja, que era pitonisa, pronunció un conjuro sobre la cabeza de Mimer para hacerla vivir, provocando que volviera a pensar y hablar de nuevo.

—¿Los Ases también mataron a sus rehenes?

—No, porque Njord, Frej y Freja habían causado muchísima mejor impresión en Asgård que los Ases en Vanaheim. Freja era hermosa y abrazaba con gusto a todos los hombres que se encontrasen cerca, de forma que se hizo diosa del amor. Todo lo que su hermano Frej tocaba enseguida florecía y crecía, por lo que fue el dios de la fertilidad y la agricultura. En cuanto a su padre, Njord, que había sido pescador, se convirtió en dios del mar. Y jamás hubo descontento con ninguno de ellos, porque cada uno desempeñaba las tareas que se le daban mejor.

El final de la historia contenía la enseñanza de que nadie persigue con sensatez las metas que no puede alcanzar, y que hacerte pasar por algo que no eres te puede costar la cabeza.

—¿Vanaheim se encuentra en Udgård o en Midgård? —pregunté.

Uno de aquellos a los que había despertado nuestra charla se inmiscuyó diciendo que Vanaheim formaba parte de Asgård. Otro opinaba que los Vanes tenían su propio mundo, seguro que en el oeste, donde la gente venera a dioses de muy extraña y diversa índole. Muchos más se despertaron sin enfadarse por tal motivo, pues el tema captaba la atención de todos y, dado que los dioses tienen una voluntad cambiante y no son especialmente comunicativos, a menudo es necesario interpretar sus designios. La discusión fue subiendo de tono, porque a ninguno le convencían los argumentos de los demás.

—Pero cerrad la boca, atajo de piojos —gruñó de pronto una voz ronca que salía de la oscuridad—. Yo ya os he contado lo que merece la pena saber de los dioses.

El rostro de Halfdan Camisa Blanca estaba dominado por los espasmos y lucía una áspera barba incipiente. Sus ojos castaños refulgían de cólera. Nos miró a Hastein y a mí.

—Por supuesto habéis sido vosotros dos los que habéis iniciado la charla. Si tenéis tanta curiosidad por conocer más sobre los dioses, entonces prestad atención. —Se inclinó hacia delante, nos clavó en el suelo con la mirada y atemperó la voz en un susurro—. He mirado a muchos hombres a los ojos en el momento en que morían. Ninguno de ellos se alegraba al ver aquello adónde se encaminaba.

Los hombres a nuestro alrededor callaron, fijando la vista en el mar, o hicieron como que dormían. Cuando Halfdan Camisa Blanca regresó a su banco, el silencio se cernió de nuevo sobre el barco.

—Una cosa es segura —susurró una voz en la oscuridad—. Por lo pronto, Halfdan Camisa Blanca no va a ir al Valhalla.

—No —respondió el otro—, Odín ya se entretiene bastante poniéndole la vista encima aquí en Midgård.

# 13

En cuanto rompió el día, Bjørn Costado de Hierro se acercó mucho más a la costa, aunque continuó la monótona navegación. A bordo, algunos jugaban sobre un tablero mientras otros pulían las armas y las cotas, ya que ni al hierro ni al acero le sienta bien el aire marino. También había quienes se quitaban con un peine la sal de la barba o se peinaban entre sí, entre moderadas y sosegadas charlas. A media mañana, muchos se agruparon en la proa, donde un largo cuerpo negro se deslizaba por el agua. De su espalda surgieron varios chorros de espuma. Bjørn Costado de Hierro escudriñó el espejear de las olas y sonrió.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Un gigante marino —respondió mientras empujaba la caña del timón—. Nos indica que este es un buen lugar para arribar.

—¿Por qué? —dije mirando hacia la tierra de verdes montañas que se ondulaban hacia el sur, hasta donde abarcaba la vista.

—Ya lo verás.

Al rodear un poderoso promontorio vimos la desembocadura de un río. Un grupo de pequeñas chozas de piedra con techado de paja se aferraban a las peñas de la orilla derecha, y una hilera de barcas de pesca remolcadas aparecía sobre una estrecha playa soleada. Si hubiéramos permanecido en alta mar, jamás las habríamos visto. Hombres y mujeres harapientos se irguieron, dejando de reparar sus redes para otear nuestras numerosas velas.

—Aquí podemos saquear todavía menos que en Predio de Thor —dijo Uggla Ugglason.

—Desde luego —respondió Bjørn Costado de Hierro—, porque en este lugar no vamos a robar nada.

Berreó hacia el barco más próximo diciendo que fondearan en la desembocadura del río, pero que solo él bajaría a tierra. La orden se repitió a lo largo de toda la flota. A continuación, le gritó a Sigurd Ojo de Serpiente que iba a necesitar la ayuda del monje sanador. El conde de la barba negra se situó justo al lado y el hermano Jarvis pasó con cuidado las piernas por encima de las bordas que se balanceaban la una contra la otra.

—Si estás pensando en hacer prisioneros a estos miserables... —comenzó.

—Ni se me ha pasado por la cabeza —le aseguró Costado de Hierro—. Son tan pobres y necesitados como nosotros. Podemos sacar gran provecho los unos de los otros. Ahora lo verás.

Mientras nos acercábamos a tierra remando, unos hombres cubiertos de andrajos con lanzas en las manos nos vigilaban desde las rocas que rodeaban el puerto natural de la aldea de pescadores. Bjørn Costado de Hierro saltó de la proa. El hermano Jarvis vadeó tras él entre el oleaje con el hábito alzado alrededor de la cintura.

—Hemos venido a comerciar —bramó Costado de Hierro mirando a los pescadores que se arremolinaban a su alrededor.

El hermano Jarvis tradujo en la medida de sus posibilidades. El pequeño hermano lego había aprendido bastante el idioma local gracias a los prisioneros de Predio de Thor, y a medida que quedó claro que nuestras intenciones eran pacíficas, se fueron aproximando también las mujeres y los niños de las chozas. Cuando al fin todos los habitantes de la aldea se hubieron reunido en la playa, Bjørn Costado de Hierro les ofreció dos monedas de plata. Cuando estuvimos a bordo nos contó muy satisfecho el resultado de las negociaciones.

—Hasta donde he podido entender, esta buena gente ha vivido siempre aquí, en la costa, y su pequeña población se llama Mundaka.

—Munda Aqua —le corrigió el hermano Jarvis—. Es latín y significa *agua pura*.

El gigante de la barba gris contempló con calma al pequeño hermano lego.

—La ciudad se halla en la desembocadura de un río, que según he entendido se llama Aka. Así que Mundaka me parece apropiado. Previo pago, los pescadores me han prometido mostrarnos un lugar donde podamos repartirnos la plata del valí tranquilamente, si es que ninguno de nosotros tiene algo que objetar.

Un par de lugareños subieron a bordo con los ojos como platos, ya que nunca habían visto una nave larga. Bjørn Costado de Hierro hizo señas al resto de la flota para que nos siguiera. Mientras dejábamos atrás Mundaka, me llevé aparte al hermano Jarvis para que me contara lo que se había hablado. Se le notaba decepcionado a pesar del desarrollo pacífico del encuentro.

—¿Crees que Costado de Hierro quiere engañar a esos pobrecillos? —pregunté—. ¿Que piensa incumplir su palabra?

—Lo dudo mucho —respondió—, y no hay razón alguna para llamar pobrecillos a los mundaqueses. Les ha prometido más plata de la que han visto en toda su vida.

—¿A qué viene entonces esa cara tan triste?

Jarvis miró a los dos pescadores de la proa con una expresión dura en su semblante arrugado.

—Mientras yo traducía —dijo— les pedí encarecidamente que exigiesen la liberación de nuestros prisioneros cristianos. Se rieron afirmando que esos memos del este estaban en manos del Señor, y que ellos preferían la plata.

# 14

—Ahora espero que nadie encuentre otra ocasión de rebelarse.

Bjørn Costado de Hierro se hallaba de pie, con los brazos cruzados sobre la panza en medio de un círculo de grandes señores. Había delegado el reparto de la plata del arca del valí en Sigurd Ojo de Serpiente, en quien todos confiaban por su sentido de la justicia. A cada hombre le tocaron catorce monedas y media de plata: una pequeña fortuna. No obstante, muchos miraron con anhelo el arca medio llena cuando la transportaron de nuevo a bordo y la amarraron en el centro del barco.

—Bueno, no está mal —dijo Uggla Ugglasson como portavoz de los cabizbajos—. Pero ahora nos gustaría saber qué planes tienes.

—Este me parece un lugar idóneo para establecernos por una temporada —respondió Costado de Hierro—, y no encuentro razones que nos impidan quedarnos.

Los hombres de Mundaka nos condujeron hacia el oeste y navegamos durante medio día hasta un valle inhabitado. Desde allí un río serpenteaba entre abruptas lomas y montañas densamente cubiertas de vegetación. Los pescadores nos mostraron un istmo en la margen derecha del curso del río, lo bastante largo como para que la flota entera pudiese atracar allí, pero resultaba muy estrecho a la hora de defenderlo en caso de un ataque por tierra.

Bjørn Costado de Hierro denominó a su nueva base Punta Thor.

—Estamos a tan solo unos días de navegación desde Predio de Thor —

objetó Ugglason—. ¿Qué pasará si los hombres del valí nos encuentran?

—Me extrañaría mucho, porque creen que nos hemos marchado satisfechos a casa; además, ¿quién habría de hablarle de nosotros? Nuestros nuevos amigos callarán mientras fluya la plata.

Los dos mundaqueses guardaron con gran devoción su moneda de plata en sendos monederos de piel de pez que llevaban colgados de cordeles de alga bajo sus harapos. Hastein y yo los llevamos en un bote hasta el otro lado del río, de forma que pudieran volver a su hogar por tierra. Después remamos río arriba, pues Bjørn Costado de Hierro quería asegurarse de que el valle estaba realmente inhabitado.

En una curva de la corriente hallamos las ruinas de una ciudad invadida por árboles y arbustos. Ovejas y cabras asilvestradas deambulaban dando buena cuenta de la hierba entre los muros de piedra disgregados. Supuse que sería lo que quedaba de una antigua metrópoli romana abandonada muchos siglos atrás. Mi sospecha se confirmó cuando encontramos un mojón de piedra, que nos llegaba hasta la altura de la cadera, con signos tallados frente a los restos de un puente derrumbado.

—¿Qué dice ahí?

A Hastein le molestó tener que preguntar. A pesar de todos los años que había pasado entre los francos, no había aprendido a interpretar las letras latinas.

—*Portus Amanum Flaviobriga* —leí en alto—. *Portus* significa «puerto».

—¿Y el resto? Ahí pone mucho más que eso.

En la piedra del mojón mellada por la intemperie aparecía inscrito un largo texto.

—Un gobernador romano hace saber que por mandato de su emperador ha construido una calzada hasta este lugar.

Entonces, ¿aquí no ha vivido nadie desde que ese pueblo legendario desapareció?

—Eso parece.

Bjørn Costado de Hierro se mostró gratamente satisfecho con la noticia una vez que regresamos, muy tarde, a Punta Thor. Los hombres ya habían despejado la zona de maleza y arbustos, montado centenares de tiendas, y ahora cavaban un foso oblicuo sobre la península para protegerse de posibles

ataques. Sin embargo, muchos se mostraron pocos entusiastas al oír las palabras del gigante gris junto a la hoguera.

—Aún estamos en pleno verano —protestó Uggla Ugglason—. Hay tiempo de sobra para saquear las inmediaciones.

—No te quito la razón —ronroneó Costado de Hierro—, y aquellos que tengan ganas de asaltar alguna aldea tienen mi consentimiento. Pero la costa está desierta; después de que el ejército de Åsgeir acampara aquí hace veinticinco años, los reyes cristianos del territorio trasladaron todas sus ciudades al interior. Ahora no quedan más que poblados como Mundaka, de los que no hay mucho que sacar.

—¿Y cuánto tiempo propones que nos quedemos aquí? —quiso saber Sigurd Ojo de Serpiente.

Bella y él estaban sentados muy juntos sobre un tronco, como una pareja de recién casados. Durante toda la reunión, los labios de ella se movían mientras le susurraba a la oreja.

—Un par de meses —respondió el gigante de la barba gris—. Entonces continuaremos el viaje.

—¿En pos de qué? —preguntó Uggla Ugglason.

—Ya lo verás.

Halfdan Camisa Blanca terció.

—Por una vez estoy de acuerdo con el conde sueco. Ya nos hemos aburrido lo suficiente en Predio de Thor. ¿Pretendes que nos aburramos aquí otro mes? ¿No has dicho tú mismo que más al oeste queda al-Lishbuna, de donde Åsgeir se fue con la sensación de que había muchas cosas que llevarse?

—Como pronto, no llegaríamos allí hasta bien entrado el otoño —respondió Bjørn Costado de Hierro—. Y el viaje no está exento de peligro. Las tormentas estallan de repente en el extremo norte de Hispania.

—¿A quién de nosotros le asusta una pequeña tormenta de vez en cuando? —preguntó Uggla Ugglason, que continuó sin esperar la respuesta—: De todos modos, tenemos que hallar un lugar donde poder vender a los siervos.

Los hombres asintieron dándole la razón. Estaría bien cambiar por moneda corriente a los prisioneros de Predio de Thor que aún quedaban, pues comían mucho, cantaban con frecuencia y no eran nada productivos.

—Nos veríamos en un aprieto —opinó Costado de Hierro—. Fuera de

Inglaterra, los cristianos no hacen esclavos a otros cristianos. En su lugar tienen lo que ellos llaman siervos de la gleba, pero ni los compran ni los venden porque va contra su religión. Y por el momento no vamos a arribar a puertos moros, donde se negocia de manera más relajada.

Los hombres empezaron a hablar de navegar de nuevo hacia Predio de Thor para que los supervivientes de la ciudad compraran la libertad de sus parientes. Bjørn Costado de Hierro señaló que no podrían pagar mucho y que los hombres del valí seguro que seguían por la zona.

—Veamos ahora tu plan —zanjó la charla Uggla Ugglasson—, pues es evidente que te has librado de las molestias que conlleva alimentar a los propios prisioneros, al tiempo que parecía que nos hacías un favor regalándonoslos. Y por eso te has quedado con la mitad de la plata.

—Al contrario, eso es lo mejor para todos. No supone ningún problema mantener vivos a los siervos porque aquí ay alimento de sobra. Las gentes de Mundaka se pegarán por vendernos pescado, y además hay cabras y ovejas correteando por todo el valle.

Una vez más hubo varios comentarios, pero en esta ocasión el gigante de la barba gris se sentó. Ya se había pronunciado y daba por zanjado el asunto.

Por fin otro se levantó y dijo:

—Un viaje largo requiere una reserva común, ya que las monedas escapan más fácilmente de un bolsillo que de un arca. Por eso es preferible que la mitad del tesoro permanezca a bordo de la nave de Bjørn Costado de Hierro.

La mayor parte de los grandes señores reunidos junto a la hoguera se mostraron de acuerdo con el último orador. Aunque Uggla Ugglasson intentó de nuevo incitar a la rebelión contra el liderazgo de Bjørn Costado de Hierro, solo sus propios hombres le prestaban ahora oídos. Los grandes señores se dispersaron para informar a sus tripulaciones de la decisión que se había tomado. En medio de la desbandada general me sorprendió que Costado de Hierro viniese y me apoyara su mano sobre el hombro.

—Cuando continuemos la marcha —ronroneó— me gustaría que navegaras con tu cuñado. Quiero que vigiles a Ravn Hijo de Bue, en otros tiempos amigo de Uggla Ugglasson. Sería interesante saber por qué ahora navega con mi hermano y me apoya.

—¿Quién es Ravn Hijo de Bue?

Seguí la mirada de sus ojos gris pálido y fijé la vista en el hombre cuyas palabras habían transformado la atmósfera de la reunión de los grandes señores junto al fuego. No reparé en él mientras hablaba, pero ahora no albergaba duda alguna acerca de su identidad.

Era alto, erguido, de anchas espaldas, y los extremos de su barba trenzada estaban atados a una serie de huesecillos blancos.

# 15

Pasábamos los cálidos días de verano entrenando el manejo de armas bajo el ardiente sol, y con innumerables fiestas junto a las hogueras en las tibias noches. Mientras hubo vino, nadie tuvo dificultad en mantener el buen humor, pero una vez vaciado el último tonel de Predio de Thor, muchos comenzaron a perder la calma. A los siervos se les encomendó dar de quilla a los barcos que necesitaban limpieza y brea. Entretanto, varios intentaron largarse, pero cada vez fueron capturados con gritos de júbilo y dejados en manos de Halfdan Camisa Blanca.

Cuando casi a diario las barquitas procedentes de Mundaka hacían parada en el campamento, los guerreros se arremolinaban para trapichear con lo que los pescadores traían. En un principio era básicamente pescado y crustáceos, pero a medida que muchos de nosotros aprendimos palabras del idioma local y pudimos expresar nuestros deseos, se amplió la oferta de mercancías. Todo se vendía, desde anzuelos, sedales y cuchillos cuidadosamente fabricados hasta barriles de vino o cerveza de la región, cuya calidad era asombrosamente buena. Los mundaqueses se marchaban satisfechos a casa mientras nosotros combatíamos el aburrimiento comiendo y bebiendo hasta que volvían a aparecer. La repentina prosperidad que habíamos traído a la zona pronto se hizo visible en los antaño pobres pescadores.

—Mundaka saca buen provecho de nuestra visita —le dije a Bjørn Costado de Hierro un día en que él, Hastein y yo contemplábamos desde lejos

el gentío—. En breve, los nativos serán más comerciantes que pescadores.

—Ese es uno de los que nos condujo hasta aquí. —Hastein señaló un hombre bien alimentado que llevaba calzado de cuero y una saya de lino de color teja—. En aquella ocasión estaba flaco como un perro y vestido con harapos.

—Esas cosas pueden adquirirse en las poblaciones del interior del país —musitó Bjørn Costado de Hierro.

—¿Y esas mercancías que venden nuestros amigos? —proseguí—. Delicadas obras de artesanía. Vino y cerveza. Tienen que haberlas comprado con nuestra plata. ¿No atará cabos el valí cuando vea sus propias monedas recién acuñadas en circulación?

Bjørn Costado de Hierro apretó sus ojos gris pálido hasta convertirlos en rendijas. Toqueteó inquieto su sax, que colgaba de su funda bajo la panza, se rascó la barba y miró una última vez al gentío junto a los botes; a continuación dio media vuelta y se alejó anadeando. Esa misma noche nos llamó a Hastein y a mí a su tienda, formada por la vela de una nave larga colocada sobre una construcción hecha de troncos.

—Reconozco —susurró— que la repentina riqueza de los mundaqueses puede haber despertado curiosidad. Por ello quiero que busquéis un buen lugar remontando bastante el río desde donde podáis vigilar si los soldados del valí vienen hacia aquí.

—¿Por ejemplo en las ruinas de la ciudad romana que hallamos el primer día? —pregunté.

El gigante de la barba gris ronroneó mientras asentía.

—Buscad un sitio elevado y erigid una almenara. Pero con discreción, porque Uggla Ugglason no tiene que enterarse. Crearía desasosiego entre los hombres y abogaría por continuar el viaje de inmediato. Y eso no debe suceder todavía.

—¿Por qué no? —preguntó Hastein.

—Ya lo verás. En caso de que los moros lleguen, encended la hoguera y regresad sin tardanza. ¿Entendido?

Al salir de la tienda, Hastein seguía moviendo la cabeza en señal de aprobación.

—Esa idea es digna de un auténtico líder, Rolf Lenguaraz.

—Bueno, por eso se le ha ocurrido a Bjørn Costado de Hierro.

—Solo porque tú la pusiste en su cabeza. Es lo mismo que él hace con otros, por eso los hombres lo siguen. Un difícil arte que yo intento aprender. Por lo visto a ti te sale de forma natural.

A pesar de su sonrisa se le notaba la envidia.

—Una cosa es tener buenas ideas y convencer a otros de que lo son — objeté— y otra muy distinta es liderar a los hombres en combate.

—La modestia no es una virtud, y sí una pésima ocurrencia esconder tus habilidades. Deberías metértelo en la cabezota, Rolf.

Me golpeó fuertemente con los nudillos en la coronilla, riéndose mientras yo gemía. Ninguno de los dos sospechaba que la misión que nos había encomendado Bjørn Costado de Hierro iba a someter a nuestra amistad a una dura prueba.

## 16

Hastein escogió a seis jóvenes de la tripulación de Costado de Hierro y les contó la tarea que se nos había confiado. Juntos remamos río arriba. Cortando la vegetación de la espesura del bosque, nos abrimos paso hasta la cresta de una colina por encima de las ruinas romanas. Allí despejamos una meseta desde donde teníamos buenas vistas de toda la cuenca del río. Trabajamos enérgicamente bajo el sol, a cuyos hirientes rayos ya se había ido acostumbrando nuestra piel, y cinco días después una almenara de tres hombres de altura se alzaba en el claro. Las montañas a nuestro alrededor se ondulaban en la lejanía perdiéndose en la bruma hacia la ensenada y el mar, que se veían como un triángulo azul entre dos cumbres.

—Bjørn Costado de Hierro se sentirá orgulloso de vosotros, el Grupo de la Almenara —dijo Hastein cuando al final de la tarde preparaba la espita en un pequeño barril de hidromiel—. Ahora bebamos para celebrarlo, pues mañana comienzan las guardias y tendremos que mantenernos serenos.

Formábamos un grupo variopinto que difícilmente se habría reunido en otras circunstancias, pero que en la calurosa noche de verano se sentía estrechamente ligado, porque nada une más a los jóvenes que un trabajo bien hecho.

El primero de los seis era Sture de Selandia: uno de los que se burló de mí cuando zarpamos de Isla Thor. Saboreó el hidromiel, alzó su copa llena y brindó con las palabras:

—La bebida fermentada de mi padre es legendaria allá en nuestra patria, en Lethra, pero la tuya no se queda corta, Hastein.

Sture de Selandia tenía una densa barba que se peinaba cada mañana con un peine de hueso, y una boca que a menudo usaba para vanagloriarse de su lugar de procedencia. Durante los cinco días empleados en levantar la almenara, se disculpó varias veces por su comportamiento cuando nos conocimos, y además demostró ser un tipo efusivo y alegre, de amplios movimientos de los brazos, que raramente pensaba en el mañana. Y esto último, por desgracia, tampoco le hizo falta, puesto que Sture de Selandia fue el primer miembro del Grupo de la Almenara en caer en manos del enemigo.

—Bebida fermentada de dioses —confirmó Hastein—; esencia de Ases y Vanes en aquella ocasión en que hicieron las paces y escupieron en la misma taza.

Reconocí las palabras, pues era la introducción de uno de los mitos divinos que conocía. Voceé y aplaudí con los demás para que siguiera.

—La saliva fermentó, y de la mezcla surgió un nuevo ser, a quien los dioses llamaron Kvaser. Él era la esencia del jugo que resultó de la boca de aquellos, sabio y de habla precisa como pocos, nadie era capaz de formularle una pregunta cuya respuesta no conociese. Kvaser comenzó a viajar por países y reinos a fin de difundir su sabiduría, pero, aunque se trataba de un ser inteligente, también era cándido, y un día los enanos Fjalar y Galar lo encerraron en las galerías de su mundo subterráneo, lo mataron y usaron su sangre como ingrediente de una bebida fermentada. Y todo aquel que probaba la bebida se convertía por un tiempo en un formidable escaldo, pues aquella combinaba sabiduría e inspiración divina.

—Hidromiel en la taza brinda alegría a la casa —citó Fridtjof *el Largo*, un joven alto, pelirrojo y pecoso, que se tomaba amablemente nuestras burlas por ser demasiado largo para cubrirse tras el escudo.

También mostró su mejor lado durante el trabajo en la almenara, por eso hacía mucho que le había perdonado que el primer día de expedición vertiese cerveza sobre mi arcón y me acusara de haberme meado de miedo en los pantalones ante la ira de Halfdan Camisa Blanca. Fridtjof nos contó, nada más comenzar la almenara, que era sobrino del señor de las Hébridas, Ketil *el Chato*, y que, como había nacido en un barco, debíamos mostrarnos

indulgentes con que se sintiera tan a disgusto en tierra firme. Aunque más tarde murió en mar llana, tuvo que agradecerle tener bajo los pies una especie de embarcación.

—Y sucedió —prosiguió Hastein— que un día el gigante Suttung reclamó la bebida a los enanos como compensación por el varón, y se llevó el barril a su hogar en las profundidades bajo la roca Hnitbjerg. Odín lo vio desde su sitial en Asgård y, como los dioses tenían mayor derecho a la bebida mágica que un gigante, se disfrazó y fue en busca del hermano de Suttung, para quien realizó el trabajo de nueve siervos en tres días.

—Eso también podríamos haberlo hecho nosotros —dijo uno de Escania ancho y con forma de tonel, llamado Bård, cuyo hermano mayor, Bjarni, le dio la razón con un gruñido y un cabeceo afirmativo.

Los demás contemplamos los brazos de los hermanos de Escania, gruesos y nudosos como troncos de árbol, sin contradecirlos. Bjarni y Bård eran tipos forzudos y de honrada candidez, en quienes uno siempre podía confiar. Ambos morirían el mismo día, y, aunque fue en verdad triste, era lo mejor que les podía pasar, pues resultaba difícil imaginarse al uno sin el otro.

—Le mostraron a Odín un atajo en el interior de la montaña que llevaba hasta una sala de alto techo donde se hallaba Gunnlød, la hija de Suttung, que se vio invadida de deseo al verlo, pues su padre no le permitía relacionarse con hombres. Ella gozaba de una singular belleza entre las gigantas, y al preguntarle Odín por la bebida no tuvo ningún inconveniente en dejársela probar, pero solo si pasaba tres noches con ella.

Cuando mi madre me contaba la historia, el precio que le impuso Gunnlød fue de tres besos castos, aunque era bien conocido que la conquista de mujeres por parte de Odín era la causa de que muchas estirpes —como la de Ragnar Lodbrog— pudieran afirmar que descendían del rey de los dioses.

—Después de que transcurrieran las tres noches de amor, Gunnlød le enseñó a Odín dónde estaba el barril con la bebida. Este se transformó en un halcón, agarró el recipiente por el asa y se marchó volando con él. Cuando Gunnlød llamó a su padre y le contó lo que había ocurrido, Suttung empleó su magia de gigante para convertirse en águila. Suttung persiguió a Odín sobrevolando países y montañas, lagos y mares, caseríos y poblados, hasta que por fin llegaron a Asgård, donde los demás dioses le aguardaban.

Abatieron al gigante, que tocó tierra entre una nube de sangre y plumas mientras Odín aterrizaba con la bebida sano y salvo. Pero durante la fuga el recipiente se había desbordado y algunas gotas cayeron sobre Midgård. Y son esas gotas de la bebida de los dioses las que nosotros amamos y conocemos como hidromiel.

Una vez más se alzaron las copas en un estrepitoso brindis.

—Gunnlød debía de parecerse a la esposa de Sigurd Ojo de Serpiente —fantaseó Sture de Selandia con ojos difusos y una ancha sonrisa tras la barba bien recortada—. Raramente he visto a una mujer tan apetitosa, y no es decir poco, dada la gran belleza de las muchachas de Lethra.

—Desde luego, Bella está dotada de un busto rebosante —Thorvald, un noruego moreno de Viken, se puso en pie de un salto y comenzó a menearse de aquí para allá frente al fuego con un contoneo de caderas que los divirtió a todos— y un culito muy lindo.

Por lo común, Thorvald era comedido y taciturno, pero el hidromiel le había soltado la lengua. Con el tiempo se ganó el sobrenombre de Tallador, pues nos reveló su capacidad para embellecer troncos y maderos con espléndidos y complejos diseños. Todo lo que Thorvald ganaba en las incursiones lo guardaba para su numerosa familia en Noruega, pobre y constituida mayormente por mujeres. Estaba tan empeñado en regresar rico a su casa que se aferraba con obstinación a cada moneda, y puede afirmarse con mucha razón que la plata selló su destino.

—No estáis habituados al aristocrático hidromiel —dijo Hastein, que bebió intensamente de su taza—. Por eso haré oídos sordos a vuestro babeo por mi moza sajona.

—Bienvenidos son en la taza vino e hidromiel, pero nada templada más que el cuerpo caliente de una mujer —dijo Fridtjof *el Largo*, cuya debilidad por descargar la trivial sabiduría popular en verso le venía de su tío Ketil, que le había enseñado una gran cantidad de refranes durante sus largas travesías.

¿*Tu* moza? —repitió Sture de Selandia abriendo los brazos—. Bella es tan tuya como Freja mía. Bella está casada con Sigurd Ojo de Serpiente.

—Y es la concubina de Halfdan Camisa Blanca —completó Thorvald, sonrojándose en su borrachera por haber pronunciado palabras tan insolentes—. Si quieres tenerla, no solo habrás de pelearte con un hijo de Lodbrog, sino

con dos.

Con el tiempo, muchos se habían dado cuenta del trato carnal de Bella con el hermano menor de su esposo, porque en un campamento resultaba más difícil ocultar ese tipo de cosas que en una ciudad con casas de piedra. No obstante, pocos tenían el valor de mencionarlo, y si el tema surgía ahora era porque estábamos seguros de que nadie podía oírnos.

—Bella es mía y algún día la recuperaré —insistió Hastein—. Cuéntales lo que sucedió cuando prendimos fuego a tu aldea, Rolf.

Relaté a los demás cómo Bella se escondió en la herrería de su padre mientras la horda de Bjørn Costado de Hierro mataba a los habitantes de la aldea.

—¿Y tú dónde estabas, Rolf Lenguaraz? —preguntó el último del grupo.

Se llamaba el Lindo Dagfinn, y tenía un rostro de rasgos finos, casi femeninos, y un pelo largo dorado como una puesta de sol. También se mofó de mí el primer día de expedición, sin hacer, no obstante, amago de disculparse más tarde. En aquella ocasión no entendí por qué Hastein escogió al Lindo Dagfinn como miembro del Grupo de la Almenara, porque no los unía la amistad ni era un gran guerrero, sin embargo, más allá de su hermosa apariencia, tenía talento para elegir y unirse a un líder diestro. Empleaba rápidamente su plata sin distinguir entre gastos razonables y lujos desorbitados, y aunque le gustaba que otros pagaran por él, siempre era apreciado y pobre.

—Yo permanecía bajo un roble con una soga al cuello —dije en respuesta a su pregunta—. Los aldeanos iban a colgarme.

—¿Por qué?

Desde el principio de la expedición se hizo evidente la envidia que el Lindo Dagfinn me tenía por mi buena relación con el pupilo de Bjørn Costado de Hierro y buscaba ahora una posible forma de separarnos. La ruptura llegaría enseguida, pero no la provocaría Dagfinn.

—Por practicar la hechicería. Es la razón por la que no solo me llaman Rolf Lenguaraz, sino también Rolf Conjurador. Nombre que me dio Ivar Sin Piernas después de que yo hiciera la invocación durante la ofrenda de Yule en Dyflin.

—¿No podrías entonces conjurar a Bella aquí? —rio Sture de Selandia—.

Así la convencería de que se quitase los trapos. Yo tenía buena fama en Lethra.

—No es necesario —dije—. Yo *ya* la he visto desnuda.

Por un instante, el silencio cayó pesadamente sobre el grupo. A continuación arreció sobre mí un aguacero de preguntas.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó Bård.

—¿Está de buen ver? —quiso saber Sture de Selandia.

—Anda, dínoslo, Rolf —insistía dándome coba el Lindo Dagfinn mientras trasladaba la mirada de Hastein a mí, al tiempo que calibraba nuestro estado de ánimo—. Cuéntanoslo todo.

Hastein se había quedado callado con las mandíbulas apretadas. A través de mi embriaguez intuía sus celos e intenté fingir que la visión de Bella desnuda no tuvo nada de particular.

—Dos brazos, dos piernas. Senos, culo, etcétera. Como todas las mujeres. —Hice una pausa un tanto artificial—. Solo que todo muy bien dispuesto.

Resonaron de nuevo las risotadas varoniles.

¡Nadie habla así de *mi* moza!

Hastein se levantó de un salto, con varios hilos babosos de hidromiel en la barba y los delgados labios tensados hacia atrás en una mueca iracunda.

—Vamos, siéntate —dijo Thorvald sin fuerzas—. Ninguno de nosotros la va a tener.

—Por eso bien podemos hablar de ella —comentó Sture de Selandia.

—Y de su poder sobre Sigurd Ojo de Serpiente —prosiguió el Lindo Dagfinn.

—¿Qué poder? —preguntó Fridjof *el Largo*.

—Cuchichea al oído del conde Sigurd para que él comprenda lo que sucede a su alrededor. Le pone las palabras en la boca y gobierna sus decisiones.

—Pero si ella solo habla sajón —objetó Bård.

—¿Cómo pensáis entonces que puede sentarse sobre el tronco, junto a la hoguera en Punta Thor, y mantener informado al lento conde de todo lo que dicen el resto de los grandes señores? Creedme, entiende nuestra lengua y sus enormes ojos azules están enteramente al tanto de lo que hacemos.

El silencio se cernió mientras todos reflexionábamos sobre las revelaciones del Lindo Dagfinn, que ahora parecían gozar de evidente certeza.

Fridtjof *el Largo* nos brindó otra muestra de la sabiduría popular de Ketil *el Chato*.

—Una mujer junto a la hoguera lleva a los hombres a la pelea.

—Me da igual si crea discordia —vociferó Sture de Selandia abriendo los brazos—. Es bonita como un cervato. Si yo navegase con Sigurd Ojo de Serpiente, seguro que me las apañaría. ¡Pues no lo hice veces con las muchachas de Lethra!

—¡No puedo escuchar tanta estupidez!

Hastein arrojó lejos de sí su taza, que se estrelló contra un bloque de piedra, y con paso recio desapareció en la oscuridad. Los demás seguimos riendo y bebiendo toda la noche. El ambiente junto a la hoguera se volvió cada vez más animado y nuestras voces iban subiendo de volumen. No recuerdo lo que allí se contó porque ese es uno de los efectos del hidromiel, aunque sí pensé en desafiar la orden de Bjørn Costado de Hierro y quedarme en su nave con mis nuevos amigos, pues sus risas desprendían calidez y nuestra comunidad me hacía sentir a salvo.

Hastein nos despertó al amanecer. Sin apenas decir palabra ahogamos la resaca en un arroyo. Hubo una tanda de gargajeos. Nadie cruzó la mirada con el resto. Nos reunimos junto a la enorme pila de leña en la meseta que habíamos despejado.

—Desde este momento, la almenara jamás debe quedar sin vigilancia —dijo Hastein—. Haremos guardia con turnos de dos hombres por día completo. Al alba los relevarán otros dos, y cuando lo hayamos hecho todos empezaremos de nuevo.

Él y yo iniciamos las guardias, mientras que los demás se dirigieron colina abajo hasta la orilla del río. En silencio vimos desaparecer el bote con los seis jóvenes por la corriente. El cabello largo del Lindo Dagfinn relucía dorado con la salida del sol. El noruego Thorvald tiritaba, recuperando su timidez y taciturnidad tras la embriaguez nocturna. Sture de Selandia agitaba los brazos hablando de las mujeres de su patria, en Lethra, y podíamos oírle perfectamente desde allá arriba donde estábamos, mientras que las guedejas rojizas de Fridtjof *el Largo* asomaban detrás de las anchas siluetas de los hermanos Bjarni y Bård de Escarda, que se hallaban en los remos.

—¿De verdad has visto desnuda a Bella? —preguntó Hastein.

Le conté cómo aquel día de invierno pegué mi cara contra la pared trenzada con mimbre de la herrería y miré fijamente el interior a través de una grieta en el revoque de barro. Mencioné a la tía paterna de Bella, quien con

sus rudas manos sacó una esponja del baño humeante y la pasó por las delgadas vértebras de su sobrina, y el cálido estremecimiento que corrió por mi cuerpo cuando Bella se puso de pie en la tina para secarse. Describí su pelo oscuro, que se le había pegado a la espalda desnuda y casi le llegaba hasta las nalgas, pequeñas y prietas; los finos dedos doblados por encima de los pechos erizados, y que frotando con el paño de lino las manos de la tía se deslizaron hacia abajo por el vientre plano, pasando por el vello oscuro de la entrepierna para finalmente reposar en unos muslos firmes.

Mi amigo engullía cada palabra como si fuera veneno y néctar a un tiempo.

—Tenemos mejores vistas desde la linde del bosque —dijo cuando hube terminado.

Nos tumbamos sobre una piedra plana bajo los árboles, desde donde podíamos ver la calzada romana del valle internándose hasta bien adentro del territorio. En la cálida mañana resonaba el canto de las cigarras.

—Sí que te gusta Bella realmente —dije maravillado.

Hastein calló por largo rato.

—Es posible que ahora sea engreída y altanera —respondió—, pero tendrías que haberla visto el día que la encontré en la herrería. Se había escondido detrás de un rintero de leña. Cuando la arrastré hacia la luz temblaba como un gatito recién nacido. Tenía el cabello despeinado. Estaba pálida y asustada, parecía una pobrecilla indefensa. Al verla así noté una punzada en el corazón. Sentí deseos de auparla y brindarle consuelo. No había experimentado algo así antes. Ni tampoco después.

—¿Y entonces te abalanzaste sobre ella?

Sacudió con energía la cabeza.

—Pero yo te vi cuando salías por la puerta —protesté—. Sujetabas tus pantalones con una mano para que no se te cayesen, como si te los acabaras de bajar. Habías dejado tu espada apoyada contra el poste de la puerta.

—La espada le asustaba, por eso me la quité. Al aflojar el cinturón tiré también del cordón de la cintura y el nudo se desató.

Yo estaba convencido de que fue el llamamiento de Bjørn Costado de Hierro lo que impidió que Hastein violase a Bella aquel día. Ahora veía a mi

amigo con otros ojos. Malinterpretó la expresión de mi mirada y sintió que debía defender su hombría.

—A mi manguera no le pasa nada. Cabalgo sobre las mozas que hemos apresado en cuanto tengo la oportunidad.

—Ya lo sé —respondí para tranquilizarlo—. ¿Puede que simplemente no sientas lo mismo por ellas?

—Puede que no —murmuró con la cabeza gacha.

—Aunque estén asustadas y sean unas pobrecillas desvalidas.

En las afueras del campamento de Punta Thor se había erigido una enorme tienda con cubículos. Bjørn Costado de Hierro había trasladado allí a las jóvenes que había capturado en Predio de Thor para que todo aquel guerrero que no se hubiese agenciado una concubina pudiera utilizarlas libremente. La iniciativa gozó desde el principio de gran popularidad a pesar de que las muchachas lloraban mucho. Con el tiempo, la mayoría de ellas se había sumido en una aletargada resignación. Sus miradas eran lejanas, y yacían sobre la paja sin oponer resistencia al ser montadas. A mí me espantaba más esa pasividad que sus lloros.

—En realidad no siempre puedo llevarlo a cabo —admitió Hastein—. Y por lo general ni siquiera las toco. Simplemente me tumbo y duermo a su lado.

Me sorprendió escuchar que le pasaba lo mismo que a mí.

—Entonces, ¿por qué no las dejas en paz?

Mantén la cabeza baja para no toparse con mi mirada.

—He de pensar en mi reputación. Soy el pupilo de Bjørn Costado de Hierro.

Hastein no pudo decir más porque se le hizo un nudo en la garganta. Nos quedamos sentados largo rato en el lindero del bosque sin hablar mientras el sol cruzaba lentamente el firmamento.

—¿Te cuento algo más de los Ases? —preguntó al fin.

Me sentí aliviado por el cambio de tema, pero prefería saber alguna cosa acerca de la relación de Bjørn Costado de Hierro y Ravn Hijo de Bue. ¿Por qué quería Costado de Hierro que yo vigilase al espaldado guerrero con huesos en la barba trenzada?

—Se conocen desde hace mucho —respondió Hastein—. Ravn fue uno de los primeros suecos acuartelados durante el invierno en Isla Thor. Estuvo con

nosotros en Inglaterra, aunque permanecía sobre todo junto a los suyos. Sin embargo, cuando sus compañeros regresaron a casa el otoño pasado entró a formar parte de la tripulación de Sigurd Ojo de Serpiente. Y sigue siendo miembro de ella desde entonces.

—Luego, ¿lo conoces?

—Por supuesto. Un gran tipo. Combate bien y habla con voz propia. Bjørn Costado de Hierro suele decir que si Ravn Hijo de Bue no fuera del Reino de Suecia, confiaría en él como en sus propios hermanos.

Hastein se quedó dormido. El sol se aproximaba lentamente a las montañas occidentales. Mientras él roncaba, vi que se acercaba por el río un bote con un único pasajero a bordo. Reconocí la silueta a pesar de que estaba de espaldas y llevaba puesta la capucha.

Bajé a la orilla y esperé al sol poniente hasta que el solitario remero venció la corriente en contra. Una vez que Bella hubo llegado, me alargó su estrecha mano como la cosa más natural del mundo para que pudiera ayudarla a bajar. Sentí el contacto como una sacudida a través de mi brazo, una ola de temor que hizo que mis pulsaciones se disparasen.

—¿No te acompaña Ylva? —pregunté.

—¿Me consideras totalmente desvalida?

Mi hermanastra se retiró la capucha. El largo cabello oscuro se derramó profusamente por su espalda. Tenía la frente húmeda de sudor. Sin decir palabra me arrastró al interior de las ruinas.

—El cerdo de Ravn Hijo de Bue todavía vive —dijo como si yo fuera un niño que hubiese relegado un deber aburrido pero necesario.

—Bjørn Costado de Hierro me ha ordenado que vigile desde aquí —respondí.

—Solo hasta mañana, cuando te releven.

—¿Cómo sabes eso?

Los blandos labios se separaron en una sonrisa. Sin responder me empujó hacia atrás. Medio tropecé, medio me senté sobre una piedra que me llegaba a la altura de la rodilla frente a una ruina cubierta de vegetación. Ella no dejaba de mirarme a los ojos mientras aflojaba el pasador de su cuello. Entonces

abrió los brazos y dejó caer su capa al suelo.

Iba vestida únicamente con unos botines. La palidez de su cuerpo desnudo brillaba en el crepúsculo. La perfecta redondez de sus pechos se disparaba a la altura de mis ojos. Bajo el prieto vientre acechaba el veloso vacío negro del regazo. Dio un paso hacia delante y se sentó a horcajadas sobre mí.

—No se me pasó por alto la mirada que me dirigiste en Predio de Thor —sonrió—. Ahora tendrás un avance de aquello por lo que has babeado desde entonces. El resto tendrá que esperar hasta que hayas realizado tu tarea.

Negué con la cabeza, jadeando, e intenté separarla de mí.

Ella se detuvo y arrugó la frente.

—¿Acaso eres distinto de los otros hombres?

Deslizó su mano izquierda por mi nuca. La derecha la deslizó hacia abajo. Sus dedos desataron el cordel de mis pantalones.

—No *sientes* de forma distinta.

—Pero somos...

—¿Hermanastros? —sonrió en el crepúsculo—. Según me han contado, Njord concibió sus dos hijos con su hermana carnal. Freja copula con el conjunto de los dioses de Asgård, incluido su hermano Frej. La bruja del mar, Ran, es hija de Odín. Y aun así él engendró a Heimdall con las nueve hijas de esta.

No era yo el único que se interesaba por Ases y Vanes, aunque, en el caso de Bella, el foco de atención difiriese del mío.

—Nosotros no somos dioses —dije.

—¿Estás seguro?

Yo ya no estaba seguro de nada cuando ella, con una mirada distante, se inclinó sobre mí para agarrarme el miembro. Una mezcla de arcadas y deseo contraía mi garganta. Una de sus manos liberó mi entrepierna de la ropa mientras los avezados dedos de la otra acariciaban mis testículos. Olía a sudor y a su regazo. La yema de su dedo índice acariciaba mi perineo, y un ferviente deseo, unido a unos instintos salvajes, se extendió por mi interior. Con una pesada relajación del cuerpo me hundí de nuevo en la piedra calentada por el sol.

Bella se secó la mano con mi saya. En ningún momento se la vio perder el control. Ejecutó lo que había venido a hacer de forma concienzuda, habilidosa

y desapasionada, como un pastor al esquilarse a una oveja. Sin hacer caso de la salpicadura del fluido viscoso que se había pegado a su vientre, se puso otra vez la capa y se ajustó el pasador al cuello.

—No habrá más hasta que muera Ravn Hijo de Bue —dijo.

—No *quiero* más.

El enojo por mi propia debilidad debió de conferir convicción a mi voz. Se detuvo y me contempló con una expresión ligeramente estupefacta en su rostro ovalado.

—A lo mejor *eres* distinto. —Reflexionó sobre ello, se encogió de hombros y ejerció entonces una presión más directa—. Si quieres evitar que mi marido sepa lo que ha sucedido aquí esta tarde, ese hijo de puta que asesinó a mi tía tiene que morir. Ya.

—En ese caso, la ira de Sigurd Ojo de Serpiente caerá también sobre ti.

Ella no compartía la misma opinión, pero mi protesta le hizo reconocer que la amenaza no tenía suficiente peso.

—Pues se lo contaré a Halfdan Camisa Blanca.

Observó satisfecha mi cara de susto antes de desaparecer entre las ruinas. Poco después oí el bote apartarse de tierra y los remos romper la superficie del agua. Exhausto, me quedé sentado sobre la piedra mirando fijamente un muro cubierto de vegetación que se hallaba diez pasos más allá. De repente, las ramas de algunos arbustos se separaron y apareció Hastein.

Su semblante estaba pálido y tenso. Su mirada se encontró con la mía. Durante un rato permaneció quieto, sin apartar sus ojos de mí, en silencio. Después regresó a la oscuridad.

No volví a verlo el resto de la noche.

A la mañana siguiente llegaron remontando el río el noruego y Fridtjof *el Largo*. Hastein y yo fuimos a su encuentro en la orilla.

Tomamos posesión del bote y nos pusimos en marcha de vuelta a Punta Thor.

No nos miramos.

No dijimos palabra.

—¡Humo! ¡Humo!

El grito se propagó por el campamento ya entrada la mañana en el caluroso final de verano. La gente en pie, fuera de las tiendas, miraba tierra adentro señalando el cielo, donde se elevaba una densa columna de humo. Bjørn Costado de Hierro salió de su tienda y se protegió los ojos gris pálido con la mano.

—¿Es vuestra almenara? —me preguntó.

Asentí. No podía ser otra cosa.

—¡Soplad el cuerno! —bramó—. ¡Desmontad las tiendas! ¡Empaquetad la comida!

Diez días antes se había informado a todos de que debían estar preparados para abandonar Punta Thor sin previo aviso. Los hombres fueron a cazar ovejas y cabras en los alrededores. Los pescadores de Mundaka recibieron orden de abandonar el comercio y retomar sus antiguas actividades. Se salaron grandes cantidades de pescado para guardarlas en toneles.

—¡Zarpad tan pronto como los siervos y los demás bienes estén a bordo! —vociferó Costado de Hierro—. ¡Nos reuniremos en la desembocadura del río cuando todos se hayan hecho a la mar!

En la tienda del Grupo de la Almenara guardé enseguida mis pocas posesiones en el arcón: mi puñal, mi hacha, un par de mantas, una saya de repuesto y una bolsita de cuero con catorce monedas y media de plata que

constituían mi parte del arca del valí.

—¿Conservas aún tus monedas de plata? —preguntó el Lindo Dagfinn, quien había comprado tantas cosas a los mundaqueses que ya no le quedaba ninguna—. Préstame un par de ellas.

Vacilé mientras contemplaba la mano extendida del joven de cabellos dorados.

—Estoy ahorrando —expliqué.

—Sensato —dijo Thorvald, quien a su vez no hacía sino escatimar en favor de su familia pobre de Noruega.

—Las recuperarás. —El hermoso rostro del Lindo Dagfinn reflejaba su seguridad—. Te lo aseguro, Rolf.

—Déjale en paz si no quiere —dijo Fridtjof *el Largo*—. Quien mira por el dinero dura más tiempo.

—Tiene de sobra y a mí no me queda ninguna. Solo dos monedas, Rolf.

Desde luego podía prescindir de dos monedas, y como Hastein me rehuía por completo, yo ponía más empeño en llevarme bien con el resto de mis amigos. Empecé a aflojar el cordón de cuero del monedero.

—Rolf ahorra para comprar a su madre y sacarla de la servidumbre. —Hastein interrumpió mis reflexiones.

Él no había mencionado a nadie el episodio con Bella, pero sí había cambiado las guardias de forma que él y yo ya no coincidiésemos en la almenara. El resto no parecía haber notado la desavenencia, sin embargo, el Lindo Dagfinn, que tenía mucho olfato, cayó ahora en la cuenta y no hizo intento alguno por ocultar su malicia.

—¿Eres hijo de esclavos, Rolf?

—Mi madre nació libre —respondí—. Pero la hicieron sierva.

—Fue vendida por su conde —completó Hastein mientras se apresuraba a salir de la tienda con su arcón. Los demás se quedaron mirándome embobados.

—Te ayudaremos a liberar a tu madre y a vengar la infamia —vociferó Sture agitando los brazos—. Así lo hacemos en Lethra.

El apoyo y la simpatía del bocudo de Selandia me reconfortó.

Eso está hecho en cuanto regresemos a casa —añadió el Lindo Dagfinn—. Pero dame las monedas, Rolf. ¿O es que no he pagado la cerveza y el vino aquí en Punta Thor?

El Lindo Dagfinn y yo habíamos pasado muchos ratos divertidos mientras me sonsacaba información sobre Hastein y Bjørn Costado de Hierro. En mi candidez, no me percaté de lo último, por eso sentí que estaba en deuda con su amistad. Manipulé el monedero.

—Ya lo discutiréis en el barco. —Fridtjof *el Largo* echaba sus cosas de cualquier modo en el arcón—. Cuanto antes zarpemos, mejor. La tierra firme te hace pesado, la espuma del mar te mantiene joven.

El Lindo Dagfinn meneaba impaciente los dedos de la mano extendida.

—Vamos, dámelas, Rolf Hijo de Sierva.

Levanté la vista, percibí el desdén en sus ojos claros y tomé una rápida decisión.

—Navego con Sigurd Ojo de Serpiente.

Arrojé el monedero al fondo del arcón y agarré mi lanza. Las exclamaciones de sorpresa del resto de los hombres acompañaron mi salida de la tienda.

—No estarás pensando... —dijo Thorvald.

—¿Dejar plantados a tus amigos? —vociferó Sture de Selandia—. De esos tipos tenemos suficientes en Lethra.

—Tampoco nos apetece navegar con un siervo —oí decir al Lindo Dagfinn antes de alejarme lo suficiente.

Atravesé con paso de plomo el campamento, donde se había formado un gran revuelo. Cuando puse mi arcón sobre la cubierta de la nave, Sigurd Ojo de Serpiente se irguió desde la cavidad de debajo de la bancada y me sonrió con una hilera de dientes perfectos.

—¿Qué haces aquí, Rolf?

—A partir de ahora voy a navegar contigo. Se lo prometí a Bjørn Costado de Hierro.

—¿Cuándo?

—Hace dos meses.

—No me lo ha mencionado.

—Puede que sencillamente no le entendieses.

No tuvo dificultad para percatarse de mi tono incisivo. El semblante con la cicatriz blanca sobre el ojo adquirió una expresión seria. A Sigurd Ojo de Serpiente no le agradaba que le recordaran su lentitud.

—Navega con Bjørn como sueles hacer —resolvió.

Sin saber qué decir me quedé por un instante con la boca abierta y los hombros caídos. Podía ir a por Costado de Hierro para que aclarase la cuestión, pero era un mal comienzo nada más embarcar.

—Es cierto, querido —dijo Bella apareciendo junto a su marido.

—¿Qué es cierto?

—Oí que Bjørn le decía a Rolf que navegase contigo.

Ella no estaba en las proximidades cuando Bjørn Costado de Hierro me comunicó el trasbordo.

—Podías habérmelo dicho, Rolf —sonrió Sigurd Ojo de Serpiente—. Pon aquí tu arcón y buscaremos un lugar a los remos para ti.

Una vez que volvió a meter la cabeza bajo la bancada, Bella susurró:

—Bien pensado, Rolf Cuñado de Sigurd. Así el asesino no vivirá por mucho tiempo.

Tres bancos más allá estaba sentado Ravn Hijo de Bue jugueteando con los huesos de su barba trenzada. El corazón se me achicó al ver sus anchos hombros y sus brazos tan fuertes. Por lo menos era diez años mayor que yo, un guerrero experimentado de mirada franca que desprendía inteligencia.

Los hombres de Sigurd Ojo de Serpiente en la proa apartaron la nave de tierra mientras muchos otros corrían aún en torno al campamento desordenadamente. Tras derribar las tiendas, las lanzaron sobre las cubiertas de los barcos; los siervos fueron arreados con golpes y patadas para que subieran a bordo, y se arrojaron las armas a los compartimentos bajo la cubierta, sin haberlas envuelto como es debido en lana grasienta que las protegiese de la corrosión del agua salada. Enseguida, la orilla del río se vio plagada de moros con sayas verdes y pardas que, usando sus cimitarras, se abrían paso entre los matojos. Cuando llegaron a la península, nuestro foso los retuvo por poco tiempo. Mientras la última nave larga zarpaba, afluyeron como una riada entre las tiendas abandonadas. El mismo comandante que estuvo en Predio de Thor bramaba órdenes a sus hombres desde el lomo de un caballo marrón. Un grupo de arqueros apuntó hacia nosotros. Las flechas llovieron sobre la nave larga de Bjørn, que aún se encontraba en las proximidades de la península. Hastein y el resto del Grupo de la Almenara se acurrucaron resguardándose bajo los escudos.

—¿Por qué no avanzan para salir de la zona de alcance? —pregunté.

La respuesta llegó con el bote que venía del interior en nuestra dirección. Los dos hermanos de Escania, Bjarni y Bård, que tenían guardia y habían encendido la almenara, remaban como si les fuera la vida en ello. Y así era. Las saetas caían muy cerca de ellos. Fue una verdadera suerte que no los alcanzaran. Al fin llegaron al barco de Costado de Hierro y treparon a bordo. Un grito de júbilo se elevó sobre el río procedente de las demás naves, desde donde las tripulaciones habían seguido el suceso.

—Todo ha terminado bien —resonó en la desembocadura del río la voz del gigante de barba gris—, y los moros se han vuelto a quedar con un palmo de narices. A por los remos, que aquí ya no tenemos nada más que hacer.

## 19

Continuamos la travesía por la costa norte de Hispania, que resultó ser un recorrido largo y monótono. A intervalos regulares debíamos contribuir al avance, y entonces toda la tripulación entonaba una canción al ritmo de las paladas.

La doncella usa  
la mano con destreza,  
el brazo cual si fuera  
el mayal que recolecta.  
A conciencia ara  
el surco el arado,  
el campesino esparce  
con la simiente su agrado.

El ambiente a bordo de la nave de Sigurd Ojo de Serpiente era más festivo que en la de Bjørn Costado de Hierro. Constantemente se oían chanzas y comentarios chistosos, y en cada ocasión se alzaba una risotada desde los bancos, pues ese es el efecto que produce en el ánimo de la bancada una mujer hermosa a bordo de una nave larga. El hermano Jarvis se sentaba con los

siervos, atados unos a otros en la cubierta de paso, mascullando escandalizado por el contenido soez de las letras.

La mayor parte del tiempo, el viento hacía el trabajo por nosotros. Entonces nos sentábamos a sotavento contra la borda y torcíamos rizos, parcheábamos zapatos y ropa, o cardábamos lana de las muchas ovejas que habíamos capturado y matado antes de partir. De pie a la caña del timón estaba Sigurd Ojo de Serpiente, con sus joyas relucientes. A sus pies se sentaba Bella, con la espalda recta y una mirada lejana. Las gaviotas nos seguían gritando, la superficie azul del mar aparecía moteada de velas de colores, el mundo olía a agua salada y resonaba con risas masculinas.

En un momento dado, los que alcanzaban a ver más lejos señalaron a tierra gritando:

—¡Poblado!

Entonces, todos nos apiñamos en la borda de babor aguzando la vista para valorar si merecía la pena saquear la población. Íbamos dejando atrás pequeños poblados, pues a la cabeza de la flota Bjørn Costado de Hierro solo aminoraba la marcha para reunir a los rezagados. Tenía una meta que alcanzar sin tiempo que perder.

Tras varios días de navegación, la tierra a babor se retiró de forma repentina. Pasamos un cabo y nos hallamos en mar abierto.

—Aquí es, ahora continuaremos en dirección a la esquina del mundo que sujeta Sudri —bramó Costado de Hierro hacia nosotros por encima de las olas mientras tiraba de la caña del timón—. Y pronto haremos nuestro próximo desembarco. Avisad cuando veáis una torre.

—¿Una torre? —repitió Sigurd Ojo de Serpiente.

—¡Espera y verás!

Las palabras de Bjørn Costado de Hierro se fueron repitiendo a voces entre las diferentes embarcaciones al tiempo que todos viramos las proas hacia el sur. Dejamos atrás a las naves más lentas de la flota, para que nos siguieran a su propio ritmo. Teníamos el viento del norte a la espalda y nos deslizábamos sobre la cresta de las olas.

Algunas horas después, el vigía de Sigurd Ojo de Serpiente gritó señalando a tierra. Sobre una península rocosa, solo unida al resto del país por un estrecho istmo, se erguía una tosca edificación entre las peñas cubiertas

de vegetación. Era una torre cuadrada, el doble de alta que de ancha, como si fuesen dos cubos puestos uno encima del otro. Pequeñas ventanas dividían por parejas los muros de piedra mellados a causa de la intemperie, y en el techo había una pequeña construcción circular con un tejado en forma de cúpula.

—¡La torre de Hércules! —bramó Bjørn Costado de Hierro—. Exactamente donde Ásgeir dijo que la encontraríamos.

Nos quedamos boquiabiertos ante la singular prueba de una civilización superior en medio del paisaje desierto azotado por el viento en los límites del océano. De repente, de una abertura negra en la construcción superior circular salió un destello de llamas sobre el fondo del cielo azul oscuro que dominaba las montañas del país.

—¡Una almenara! —constató Sigurd Ojo de Serpiente, cosa que el resto ya habíamos apreciado.

—Los romanos llamaron a este tipo de torres iluminadas «faros» —contó el hermano Jarvis, que vino hasta nosotros junto a la borda—. Denominado así por la isla con tal nombre en donde se hallaba el primero de ese estilo, frente a la ciudad portuaria más grande del mundo, Alejandría.

Sigurd Ojo de Serpiente no necesitó la intervención de su solícita esposa para sacar una conclusión.

—¡Tenemos que visitar esa ciudad!

El sol ya bajo refulgía en la espuma mientras navegábamos junto al faro bordeando el cabo y nos adentrábamos en una amplia bahía detrás de la península. Las tripulaciones de las demás naves dirigían a sus camaradas exclamaciones de enorme asombro por la torre y su emplazamiento. Ninguno de nosotros había visto antes semejante maravilla, ni en Francia ni en Inglaterra. Al mismo tiempo, me concentré en aquella parte de la península que se apartaba del mar. Finas columnas de humo revelaban que, aunque pareciese mentira, había gente viviendo en algún lugar del interior.

—¡La almenara ha advertido a los lugareños de nuestra llegada! —gritó Sigurd Ojo de Serpiente mientras la señalaba.

Por encima del paisaje inhóspito de la península vimos un grupo de unas doscientas personas que huían hacia el faro, donde la señal seguía ardiendo.

—¡Ahora hay que darse prisa! —bramó Bjørn Costado de Hierro sobre las olas—. ¡Si los monjes van con ellos, todo habrá sido en vano!

—¿Los monjes? —repitió Sigurd Ojo de Serpiente sin obtener respuesta.

Una pequeña isla rocosa apareció en mitad de la bahía frente a nosotros. En lugar de sortearla, Costado de Hierro puso rumbo a un angosto estrecho entre ella y la costa de la península, contra la que las olas rompían con fuerza. El viento zarandeaba nuestras velas. Rocas y oleaje se acercaban peligrosamente a nuestra borda de estribor cuando Sigurd Ojo de Serpiente se deslizó hasta el lateral de su hermanastro mayor. Entonces pudimos ver en el territorio varias siluetas de tejados de casas contra el sol poniente. La ciudad se hallaba protegida del viento y la intemperie por una ladera que caía hacia una playa de arena en la parte posterior de la península.

—La ciudad se llama Bregancio —resonó de nuevo la voz de Costado de Hierro—, y ha conocido mejores días. Aquí hay una sola cosa de interés: la iglesia.

Alzó su hacha de guerra y señaló hacia un edificio que asomaba por encima de los demás tejados.

—¡La tomaré para ti, hermano! —exclamó Sigurd Ojo de Serpiente, seguro de la victoria.

Su nave larga rodeó la punta, se aproximó a tierra y fue la primera en rayar hondamente la playa. Bella me agarró en medio de la confusión mientras el resto de la tripulación saltaba por la borda.

—No vas a encontrar una ocasión mejor —dijo moviendo la cabeza hacia las anchas espaldas de mi víctima de barba trenzada que se hallaba en mitad del grupo—. En la oscuridad, entre las casas. ¡Hazlo ya!

Podía mascar el miedo en mi boca mientras seguía a los demás entre barcas de pesca y redes tendidas sobre la playa para subir por un sendero que conducía a un portalón abierto en un vetusto muro desmoronado. Al adentrarnos entre las casas antes de que anocheciera descubrimos que la mayor parte de estas eran ruinas con las puertas y ventanas huecas.

—¿Las gentes de Bregando se han afincado entre las viviendas de los muertos? —preguntó Ravn Hijo de Bue mientras miraba los muros sin tejado y se le columpiaban los huesos de la barba trenzada.

—Los cristianos no creen en aparecidos —dije.

Me percaté de que él había ampliado el escote de su cota quitando una fila de anillas de modo que no le quedara tan cerrada y tuviese mayor libertad de

movimientos. Observando su garganta desnuda, agarré el mango del puñal y noté mi pulso latir a toda velocidad.

—¡La iglesia! —gritó Bjørn Costado de Hierro al pasar junto a nosotros a la carrera con la panza brincando bajo la cota gris de manga corta. Tras sus pasos llegaron Hastein y el resto de amigos del Grupo de la Almenara. Solo una vez que se hubieron alejado, perdiéndose entre las ruinas de las calles inclinadas, Ravn Hijo de Bue me reconoció.

—Tú navegabas con Bjørn Costado de Hierro antes de llegar a Punta Thor —recordó—. ¿Cuáles son sus planes?

—No se los ha confiado a nadie. Lo único que dice es: «Ya lo verás».

Arribaban más naves a la playa y no dejaban de aparecer vikingos a nuestro alrededor. Había dejado pasar la oportunidad de matar a Ravn Hijo de Bue y no sabía hasta qué punto me sentía o no aliviado.

A través de calles estrechas y empinadas llegamos a la iglesia de Bregando, un desgarrado edificio gris con hierba y musgo entre las tejas que lo coronaban. El portón estaba abierto. La entrada de la iglesia estaba oscura y vacía bajo los arcos de piedra del techo. No había nada de valor. Las casas habitadas de la ciudad, todas ellas en torno a la plaza de la iglesia, también estaban abandonadas. Bjørn Costado de Hierro empezó a blasfemar y nos ordenó que buscáramos por todas partes a un grupo de monjes que portaran algo pesado.

—Y rogad que no hayan alcanzado el faro —bramó—, porque es una verdadera fortaleza, y si han encerrado sus tesoros ahí arriba, no vamos a poder conseguirlos.

Corrí de nuevo detrás de Ravn Hijo de Bue, que iba a la caza por las calles en cuesta. Cuando una vía se dividió, se quedó parado mirando indeciso en ambas direcciones.

Me aproximé desde atrás. No se percató de mi presencia.

Antes de que pudiera saltar sobre él, los dos vimos en la oscuridad unas siluetas con hábito que subían por la calle de la izquierda. Por casualidad, nos habíamos topado con los monjes que Costado de Hierro nos había enviado a buscar. Gritando de pánico ante la visión del guerrero espaldado con huesos en la barba, soltaron su carga e intentaron oponer resistencia. Ravn Hijo de Bue los abatió sin dificultad, hirió a un par de ellos y permitió que

desapareciesen en la oscuridad.

Los monjes dejaron atrás un enorme objeto sobre el estropeado empedrado. Estaba envuelto en un cañamazo atado con cuerda. Ravn Hijo de Bue se puso de rodillas, cortó la cuerda y apartó una esquina del lienzo. Apareció un rostro pálido y atribulado.

—¿Qué es? —preguntó inclinándose hacia delante.

Sin responder alcé el puñal por encima de su nuca desnuda. Los latidos del corazón resonaban en mis oídos. Me preparaba para descargar todo mi peso en el apuñalamiento cuando en ese momento oí unos pasos fuertes a nuestras espaldas. Bjørn Costado de Hierro salió resoplando de la oscuridad. El gigante de la barba gris sostenía un trozo de árbol ardiendo a modo de antorcha. Se detuvo al fijarse en el envoltorio a nuestros pies.

—¡Estupendo! —exclamó—. Los monjes no han tenido tiempo de marcharse con ello.

Apartó con el hacha de guerra el cañamazo y apareció una cruz de plata de la longitud de un hombre decorada con piedras preciosas y cuentas de vidrio. En el centro de la barra transversal colgaba el Cristo Blanco con los brazos extendidos a los lados. Su semblante atribulado era lo que Hijo de Bue y yo habíamos visto.

—Los cristianos acuden a Bregancio en gran número cada otoño —explicó Costado de Hierro—. Lo llaman peregrinación. El resto del tiempo, la cruz se halla en un monasterio arriba en las montañas a tres jornadas de viaje, pero cada año al final del verano los monjes la traen aquí abajo para que los peregrinos puedan admirarla.

Esa era la razón por la que habíamos permanecido ocultos en Punta Thor durante todo el verano. Si hubiesen corrido rumores de que había vikingos, los monjes habrían mantenido el tesoro en su monasterio sin que nosotros pudiéramos tener acceso a él.

Prosiguió:

—Hace veinticinco años, algunos hombres de Åsgeir naufragaron en esta zona a causa de una tormenta cuando iban camino de casa. Unos pescadores que los tomaron por peregrinos los salvaron y los llevaron a tierra. Los condujeron a la ciudad, y allí hicieron creer que daban las gracias al Cristo Blanco por su rescate. Durante todo el tiempo no pudieron apartar sus ojos de

la cruz, y se lo contaron a Åsgeir cuando por fin lograron regresar a su hogar en un barco de pesca robado. Él confió el resto de su vida en poder volver aquí. Y solo me lo reveló en su lecho de muerte.

¡Señor, mi creador!

Mientras Costado de Hierro nos relataba esto, el hermano Jarvis salió de la oscuridad extendiendo una mano muy pálida. La expresión de su semblante arrugado se iluminó transfigurada. En la cuenca de sus ojos brillaban las lágrimas.

—Me alegra ver que después de todo tienes sensibilidad para las riquezas, monje sanador —ronroneó Bjørn Costado de Hierro.

—Es la bendita obra creadora del Señor —murmuró Jarvis.

—No te engañes. Esta cruz es una obra humana. De artesanos hábiles y excepcionales, pero humanos.

Una verdad que el pequeño hermano lego no podía contradecir.

—¿Qué les quedará a estos pobrecillos si nos llevamos la cruz? —preguntó en lugar de rebatirle.

—¿Por qué pobrecillos, monje? No he visto a ninguno de esos perros defender su tesoro.

—¡Deberías haberlos matado!

Bjørn Costado de Hierro metió sus pulgares bajo el cinturón, tensándolo.

—No niego que a algún loco se le hubiese ocurrido ir a por los cristianos. En cuanto a mí, no pensaba tocarlos porque te lo he prometido. Pero la cosa es que ellos se han largado, y si uno no defiende su propiedad, no puede esperar conservarla.

## 20

Las tripulaciones de las otras naves arrasaron el pueblo durante casi toda la noche. Muchos persiguieron a los habitantes hasta la torre del extremo de la península, pero los fugitivos treparon y entraron por una ventana que había a una altura de tres hombres y retiraron la escala tras ellos, de forma que quedaron bien protegidos entre los altos muros. Cuando por fin un amanecer gris reptó por las montañas hacia el oeste, los hombres regresaron decepcionados a la playa. Entonces se fijaron en la enorme cruz que había atada al mástil de la nave de Bjørn Costado de Hierro. La pálida figura del Cristo constituía una visión estrambótica a bordo de una nave larga con una cabeza de dragón en la proa.

Alrededor del barco aguardaban cincuenta de los hombres de absoluta confianza de Costado de Hierro con espadas, hachas y escudos. El viento, que aún soplaba del norte, zarandeaba las sayas. Al salir el sol, los rayos hicieron refulgir tanto las piedras preciosas y las cuentas de vidrio incrustadas como la plata. Los recién llegados, que llevaban pucheros de cobre, copas de estaño y otras baratijas, se quedaron de pie en silencio, petrificados por aquella belleza incomparable.

—No vas a poder conservar la cruz y la confianza de los hombres a un tiempo —le susurró Ravn Hijo de Bue a Bjørn Costado de Hierro.

—Tienes razón —sonrió el gigante de la barba gris mientras observaba la congregación en la playa—. Y sé perfectamente lo que prefiero.

—Fui yo quien encontró la cruz —prosiguió Hijo de Bue, pero rectificó—: Rolf Lenguaraz y yo. También deberíamos poder decir algo en este asunto.

—Estoy de acuerdo —terció Sigurd Ojo de Serpiente.

Era de esperar que el íntegro conde de la barba negra tuviera una idea acerca de cuál sería el reparto justo del botín, así como que el guerrero de la barba trenzada hiciera valer sus derechos. Pero que compartiese el honor del robo me pilló desprevenido.

—Es posible —ronroneó Costado de Hierro—. Ahora lo veremos.

Lo que no resultó una sorpresa fue la actitud de Uggla. Se adelantó y elevó la voz en una celosa reclamación. Su semblante lleno de cicatrices se puso rojo de ira cuando dejó al descubierto sus raigones.

—Como puede comprobarse, de nuevo te has hecho con el mejor botín, Bjørn Hijo de Ragnar.

Durante un momento solo se oyó el ritmo uniforme de las olas y el gañido de las gaviotas en el viento. Entonces, el gigante de la barba gris rompió el silencio.

—Si te hubieras informado previamente, podrías haber hallado la cruz tú. Ahora es mía.

Los guerreros que rodeaban a Uggla Ugglasson reaccionaron con un conato de rebeldía. Él percibió que tenía al resto de los guerreros a sus espaldas y se creció.

—Eso demuestra de una vez por todas que únicamente piensas en ti mismo y no en el bien común. Yo desafío tu liderazgo, Bjørn Hijo de Ragnar, posición para la que solo tú te has escogido, y exhorto a todos los que estén descontentos con tu avaricia a que me sigan a mí. Puedes quedarte con tu cruz y si te apetece hacer profesión de fe al Cristo Blanco.

—Tu bocaza te pierde, conde sueco, y debe de ser porque te faltan dientes que refrenen las peores estupideces. Si me hubieses dejado hablar, me habrías oído proclamar que la cruz es mía pero que la voy a dividir y a distribuir entre todos. Se troceará y los pedazos se repartirán por igual entre la tropa. Como Ravn Hijo de Bue y Rolf Lenguaraz hallaron el tesoro, recibirán el doble. Sin embargo, ya que desprecias tanto la plata del Cristo, tú y tus suecos bien podéis prescindir de ella. Conservad vuestra magra rapiña mientras yo reparto mi riqueza.

Por un breve instante, el silencio se adueñó de la playa. Después se elevó un ensordecedor bramido de júbilo por la generosidad de Costado de Hierro.

—¿Vas a repartir la cruz entre todos? —preguntó Sigurd Ojo de Serpiente, que no tenía a Bella al lado para que le contara lo que sucedía. Ylva y ella seguían los acontecimientos a distancia, con las capuchas de las capas echadas sobre la cabeza.

—Era lo que pensaba hacer desde el principio —confirmó Bjørn Costado de Hierro, y guiñó un ojo a Ravn Hijo de Bue, que en respuesta le sonrió asintiendo.

—¡No puedes cortar la cruz en pedazos!

El hermano Jarvis saltó desde la borda de la nave larga, donde se encontraba durante el intercambio de palabras, y avanzó a trompicones por la arena.

—Ya verás lo que puedo hacer, monje sanador.

—Es un sacrilegio. El Cristo se vengará.

Bjørn Costado de Hierro le dio un manotazo sin fuerza. Aun así, el pequeño hermano lego cayó junto al costado del barco. Cuando el gigante de la barba gris se inclinó sobre él, me hallaba lo bastante cerca para escuchar lo que le dijo.

—No quiero oír una palabra más acerca de tu dios paliducho y lastimero ni de su venganza. ¿Me has entendido?

—Entonces, ¿después de todo crees en Cristo y en su poder? —dijo Jarvis, y escupió sangre sobre la arena.

—Ni una cosa ni otra. Pero nadie va a infundir temor a mi flota y mucho menos un alfeñique que solo tendría que estarme agradecido.

Bjørn Costado de Hierro se marchó con fuertes pisadas para recibir la ovación de los guerreros. El Grupo de la Almenara desató la cruz del mástil y la subió a la ciudad. Intenté ayudar a Jarvis a ponerse en pie.

—¿Por qué has de estarle agradecido a Costado de Hierro? —pregunté.

—Lárgate, maldito pagano —bufó mientras me empujaba.

La pequeña figura encorvada se tambaleaba con obstinados pasos tras los demás. La mayoría de los nórdicos desapareció para comprobar que la distribución fuera justa. No obstante, un grupo de unos setenta hombres permaneció en la playa para hacerse a la mar con una simple nave larga y tres

*knarrer*. Se trataba de Uggla Ugglason y sus hombres. Ravn Hijo de Bue iba con ellos.

Si Hijo de Bue conspiraba contra el líder de la expedición, ya no tendría que matarlo. En tal caso, solo tendría que informar a Bjørn Costado de Hierro de la traición y dejar que Halfdan Camisa Blanca hiciese el trabajo por mí.

## 21

Ravn Hijo de Bue y Uggla Ugglasson estaban absortos en su conversación y hablándose a gritos a causa del viento que arreciaba.

—Vamos, quédate —le suplicó Hijo de Bue—. Debes reconocer que Bjørn Costado de Hierro tenía razón en todo lo que ha dicho.

—¡Me ha humillado otra vez! —chilló Uggla Ugglasson.

—Solo porque no dejas de desafiarlo. ¿Por qué lo haces, Uggla?

En respuesta, el sueco enseñó sus raigones y se señaló el rostro ajado con un dedo tembloroso por la ira. Ravn Hijo de Bue se encogió de hombros.

—Has navegado y comerciado durante mucho tiempo por los ríos del este sin entrar en combate. La vida en el oeste es dura, como el aspecto de los que nos hallamos aquí. Un semblante curtido despierta mayor respeto que una piel lisa o un cabello fino.

Uggla Ugglasson hizo varios aspavientos, saltó a bordo y gritó a sus hombres que zarparan. Obedecieron a su conde al tiempo que lanzaban miradas preocupadas hacia las nubes, que habían mutado a negro. Las naves cabecearon violentamente en el oleaje.

—¡Quedaos al menos hasta que el viento amaine! —les gritó Ravn Hijo de Bue.

—Todo lo contrario, voy a saquear desde aquí hasta al-Lishbuna, y me cuidaré de que no quede nada para vosotros. Puedes contárselo a ese saco de grasa cuando lo veas. Lo mismo te digo, Rolf Lenguaraz.

Hijo de Bue se dio la vuelta y me miró.

—¿Por qué no estás con los demás trabajando en dividir la cruz? — preguntó.

—¿Y tú?

Vio mi mano sobre el mango del puñal.

—¿Te sorprende que un guerrero de la tripulación de Sigurd Ojo de Serpiente hable con tanta confianza con un enemigo de Bjørn Costado de Hierro?

—Sería difícil no hacerlo.

Las cuatro naves ya se habían alejado tanto que las palabras de Uggla Ugglasson, que él seguía soltando sin aflojar en su odio, resultaban incomprensibles.

—Conozco a Uggla desde hace tiempo —suspiró Hijo de Bue.

—Eso no mejora las cosas.

Un abanico de discretas arrugas se extendió desde el extremo de sus ojos cuando Ravn Hijo de Bue mostró que tenía una simpática sonrisa. Solo los huesos de la barba trenzada aludían a la rudeza de un vikingo.

—Uggla y yo somos del mismo pueblo. Mi padre, Bue Hijo de Ravn, murió en una expedición cuando yo era joven. Por eso, navegué durante muchos años con Uggla y su padre por los ríos del este. Uggla jamás tuvo dificultad para encontrar doncellas con las que compartir lecho. Yo era más reservado. Sin embargo, una vez se enamoró de una hermosa muchacha que estaba casada con un gran señor del lugar, y resultó que ella prefería abrazarme a mí. No pudo soportarlo. Pero tampoco le di mucha importancia.

—Al veros hablar hace un momento parecíais amigos —dije.

—Amigos son palabras mayores. —Ahora la expresión de sus ojos no era dulce, sino melancólica. Miró los cuatro barcos que se deslizaban hacia mar abierto—. Cuando el marido de mi enamorada murió, ella y yo comenzamos a hacer planes de futuro. Poco después enfermó. Un año más tarde había muerto. Entonces preferí dirigirme al oeste y a Inglaterra, mientras que Uggla continuó con el comercio en el este. No volvimos a encontrarnos hasta esta primavera en Isla Thor, donde inmediatamente se enfrentó con Bjørn Costado de Hierro. Después de aquella fatídica noche junto a la hoguera me llevé a mi viejo amigo de nuevo con sus hombres. Mientras la expedición se preparaba y él se

recuperaba, poco a poco empecé a hablar con él. Era comprensible que estuviera enojado y despechado. Desde entonces, la cosa no ha hecho más que empeorar. Y ahora las nornas nos han separado otra vez.

Las nornas son las tres hechiceras que tejen la gran urdimbre del destino del mundo. Y sienten una predilección especial por los giros inesperados, conflictos absurdos y errores catastróficos. Día tras día continúan hilando el tejido de la vida, y del mismo modo que un ama de casa frente a un bastidor tiene en la mente un boceto de lo que va a tejer pero puede cambiar de idea sobre la marcha, también las nornas a menudo se dejan influir por hechos casuales y sucesos inesperados. Un simple nudo no previsto es capaz de deformar su obra entera de manera irreparable, y nada parece indicar que actúen de otro modo que no sea el de seguir tejiendo presas de la curiosidad.

Mi propio destino constituye un buen ejemplo. Cuando nací era un chico insignificante, y debería haber muerto antes de alcanzar la edad adulta. En mi juventud no destacaba en nada; sin embargo, tuve la fortuna de navegar y luchar entre condes. Mientras que ahora, al escribir estas líneas durante mi vejez, soy uno de los hombres más poderosos del continente. Reyes y emperadores se dejan aconsejar por mí. Nadie osa contradecir mi poder, ni mucho menos imaginar que pudiera ser de otra manera. Le rezo al Cristo Blanco con la misma incertidumbre con la que hago ofrendas a los antiguos dioses o tomo en consideración la voluntad de Alá, pero ninguno ha determinado mi vida tanto como las tres diosas del destino. Si no supiera más, haría ofrendas a las nornas. Aunque carecería de sentido. Urd, Verdandi y Skuld —pasado, presente y futuro— permanecen sentadas en su profunda madriguera, distantes e inaccesibles bajo las raíces del Yggdrasil sin dejarse conmover por rezos ni lamentos. La coacción por parte de Bella, los celos de Hastein, integrarme en la tripulación de Sigurd Ojo de Serpiente y la conversación en la playa desierta con la que había de ser mi víctima mientras las naves de Uggla Ugglasson abandonaban la bahía de Bregancio, todo ello eran pequeños elementos en la urdimbre del destino de las nornas. Cada uno de los hechos por separado carecía de importancia, pero en conjunto lo transformaban todo.

—Puedes soltar tu sax —prosiguió Hijo de Bue—, porque no estaba traicionando a Bjørn Costado de Hierro. Solo me despedía de un viejo amigo

al que seguramente no volveré a ver jamás.

Bajé la vista hacia mis nudillos, tensados y blancos en torno al mango de Sed de Sangre. Al aflojar la mano supe que no iba a ser capaz de cumplir la exigencia de Bella. Como cualquier hombre, Ravn Hijo Bue habría de morir, pero no sería mi mano la que lo asesinara. Había muchas semejanzas entre él y yo; además, ya sentía una enorme simpatía hacia él.

—Me alegra oír eso —dije—, y espero que te apetezca compartir un vaso de vino conmigo si encontramos alguno.

## OTOÑO DE 870 - DÍA TERCERO

Cuando esta mañana temprano hemos hallado el cadáver de Ravn Hijo de Bue, aún no estaba rígido. Había transcurrido menos de un día desde la muerte de Uggla Ugglasson, y el cuerpo seguía caliente.

—Fijaos —sentencia Halfdan Camisa Blanca con el semblante de incipientes pelos puntiagudos muy tenso—. Tantos huesos en la barba y no le han traído buena suerte.

El menor de los hijos de Lodbrog nunca ha oído el verdadero motivo por el que Ravn Hijo de Bue se adornaba la barba de aquella forma tan macabra, y yo no tengo intención alguna de traicionar la confianza de Hijo de Bue. Aunque me he quedado mudo y las manos me tiemblan, tengo la entereza suficiente para revisar el cadáver. No me lleva demasiado tiempo.

—El asesino le ha clavado un sax en el estómago.

Me enderezo y miro a los hombres que comparten el espacio sobre los arcones o se sientan unos contra otros junto al costado de la nave. La desesperanza se cierne pesadamente sobre nuestra resaca en la húmeda mañana, igual que la bruma sobre el horizonte y el mar grisáceo.

Se me ocurre pensar que no soy capaz de ponerle nombre a la mayoría de los hombres que se encuentran a bordo. Mantengo la esperanza de que el asesino se oculte entre las filas de los desconocidos; sin embargo, también sé que lo más probable es que el culpable sea uno de los que conozco bien. Ylva, que se halla a escasos pasos, contempla el cadáver. Leo en sus ojos juntos ese

mismo pensamiento.

—Hemos dormido unos junto a otros —dice—, y esta vez estábamos en guardia. ¿Cómo puede ser que maten a uno de nosotros sin que los demás nos demos cuenta?

No espera respuesta alguna, pero la recibe.

—No estábamos en guardia —afirmo—, sino borrachos. Hasta un niño podría habernos acuchillado a todos durante la noche.

Mi voz tiembla. Aprieto las mandíbulas para dominar mi enfado. La vergüenza por haber bebido yo también no me lo facilita.

—Uno no muere de inmediato por una cuchillada en el estómago —dice Halfdan Camisa Blanca—. Y sangras como un cerdo.

Nadie le contradice. Todos saben que es un experto en métodos para matar.

—El asesino estaba aquí de pie, en la cubierta de paso. —Se dobla sobre el cadáver y demuestra de qué forma—. Apoyándose en el costado del barco se inclinó sobre su víctima. Para matarlo utilizó un sax, cuya punta atravesó el pellejo del estómago y penetró hasta el corazón. Ravn Hijo de Bue halló la muerte al instante.

Todos observamos al muerto mientras asimilamos la verdad contenida en las palabras del hijo de Lodbrog.

—Nadie veía con malos ojos a Ravn Hijo de Bue —dice Sigurd Ojo de Serpiente—. ¿Por qué alguien querría asesinarlo?

El conde de la barba negra apenas acaba de levantarse de la bancada y ya sabe la razón que nos ha reunido al resto en el centro de la nave. Conoce de quién es el cadáver sobre el que nos inclinamos. Si normalmente es un tipo con dificultades de comprensión, ahora parece lo bastante sabio como para formular una cuestión relevante que a los demás no se nos ha ocurrido. Lo miro extrañado por su inusual agudeza. Después, mi mirada se desplaza más allá, detrás de él.

Sobre la bancada se sienta una silueta delgada bajo una capa enorme. Desde la sombra que le proporciona la capucha me observan con intensidad un par de ojos azul celeste.

Bella tiritita y estrecha la capa en torno a su cuerpo.

## TERCERA PARTE

Otoño, invierno y primavera  
de 868 a 869

## 22

Condes y grandes señores capearon el temporal en la iglesia, donde una hoguera frente al altar les daba calor. Los menos afortunados pusieron velas y lonas sobre los muros de las ruinas sin tejado y se acurrucaron arrepintiéndose de haber prendido fuego a las casas habitables de la ciudad.

En el interior de la iglesia se relataron hechos gloriosos e historias mientras el humo salía por el portón medio abierto. Ylva vigilaba en silencio a su condesa sin que ninguna de las dos mujeres se aproximara a la reunión. Sigurd Ojo de Serpiente no necesitaba ayuda para seguir los distintos relatos de antiguas proezas y saqueos, o los mitos de Ases y Vanes, retomados una y otra vez mientras el vino corría.

—Un día, el astuto Loke se hartó de oír a los demás dioses elogiar la dorada cabellera de Sif, la esposa de Thor —comenzó Bjørn Costado de Hierro—, y se la cortó por completo mientras ella dormía. Thor quiso romperle todos los huesos a Loke, quien se libró con una condición: que le consiguiera otra cabellera a Sif.

Yo conocía la historia, que me gustaba mucho. Y a juzgar por los rostros ansiosos de los grandes señores, no era el único. Me coloqué de pie pegado al muro donde pudiera pasar inadvertido para dejar que la narración fluyera a través de mí.

—Loke se dirigió a las profundidades de la tierra donde viven los enanos en busca de los famosos maestros orfebres Ivaldi e hijos. No solo hicieron una

peluca para Sif, sino que además fabricaron un prototipo de barco llamado *Skidbladner* y la lanza Gungner, que siempre daba en el blanco.

Mamá se esmeraba en describir la belleza de los mágicos regalos y la refinada artesanía de los enanos: la peluca de Sif estaba hecha de oro y arraigó en su cabeza como si fuese pelo auténtico, el barco dorado crecía hasta un tamaño normal cuando se hacía a la mar y la lanza tenía una punta de acero con motivos bañados en oro y un mango de plata maciza. Bjørn Costado de Hierro tenía una visión más realista. Una peluca era una peluca, un barco un barco y un arma un arma.

—Otros dos enanos orfebres, los hermanos Brok y Sindre, que oyeron hablar de las maravillas de la familia Ivaldi, dijeron que ellos podían hacerlo mejor. Loke no lo creía, pero los hermanos enanos estaban dispuestos a jugarse la cabeza, y él no pudo resistirse a una apuesta como esa. Cuando Brok y Sindre empezaron a trabajar, Loke se transformó en un tábano. Bajo esta apariencia se puso a pulular por la fragua para distraerlos; sin embargo, no fue hasta que Sindre estaba fundiendo el tercer y último regalo cuando Brok soltó por un instante el fuelle para espantar al bichito provisto de un aguijón. Los hermanos fueron a mostrarle el resultado de sus esfuerzos a Loke, y este les dijo que eran sus demás compañeros dioses los que debían decidir qué tesoro era más refinado, ya que él mismo había apostado su cabeza. Sindre no podía abandonar la fragua, de modo que Brok marchó solo con Loke a Asgård.

Bjørn Costado de Hierro carraspeó mientras los grandes señores alababan su manera de relatar, pues en boca de otro hombre hasta un mito de sobra conocido podía resultar nuevo. Me encontré con la mirada de Ravn Hijo de Bue. Nos sonreímos por encima del grupo de grandes hombres.

A pesar de las rivalidades y querellas se avenían en la fascinación por los hechos de los dioses.

—Loke y Brok llegaron a Asgård —continuó su relato Costado de Hierro — en el preciso momento en el que los Ases habían tomado asiento en la sala de reuniones. Loke le entregó el cabello de oro a Sif, el barco a Njord y la lanza a Odín. Cuando le tocó el turno a Brok, este le regaló a Odín un pesado anillo de oro llamado Draupner. Cada nueve noches caerían de él ocho nuevos anillos del mismo peso. Frej, el dios de la fertilidad, recibió un verraco de nombre *Gyldenborste* que era capaz de correr tanto como un caballo. El

último regalo fue para Thor: un martillo de guerra hecho de hierro sin un solo adorno de oro llamado Mjølner. El martillo alcanzaba siempre su objetivo e incluso volvía de nuevo a la mano que lo había lanzado; además, cada vez que se usaba salían de él rayos y truenos. Al oír esto, todos los demás dioses coincidieron en que los regalos de Brok eran mejores que los que Loke había encargado a Ivaldi e hijos. Brok y Sindre habían ganado la apuesta, y entonces Brok exigió el precio acordado. «Te prometí mi cabeza, pero no mi cuello. A este no debes dañarlo», dijo Loke. Brok admitió que no podía hacerse con la cabeza sin cortar el cuello. En lugar de eso, le cosió la boca a Loke para que no pudiera perjudicar nunca más con sus intrigas a otros. Thor salió a galopar en su carro tirado por dos machos cabríos y por vez primera resonó el trueno sobre Midgård.

Como si se le hubiera avisado, refulgió un rayo a través del portón de la iglesia, y un estallido retumbó sobre la bahía. Los grandes señores brindaron por la proximidad del dios del trueno y se pasaron el odre para una nueva ronda. La noche fue tan larga como animada, y se contaron muchas otras historias. Cuando al tercer día pudimos arrastrarnos fuera hasta la luz del día, el sol naciente cosquilleaba el vientre de las nubes sobre las montañas, y el mundo aparecía fresco y recién lavado. La poderosa flota vikinga zarpó rumbo al sur. De camino pasamos por delante de la torre cuadrada donde permanecían aún las gentes de Bregando. Iban a regresar a su ciudad quemada y a una iglesia que apestaba a hollín, bebida y vómito, pero gracias a la fortaleza inexpugnable que les habían dejado los romanos seguían vivos y en libertad.

Desembarcamos en diversos lugares a fin de procurarnos comida y agua dulce, pero, como afirmara Bjørn Costado de Hierro, había pocas ciudades a lo largo de la basta y rocosa costa norte de Hispania, y ninguna digna de saquear. A los remos, dos bancos detrás de mí, se sentaba Ravn Hijo de Bue, esparciendo risas y calor con sus divertidos comentarios. Yo pensaba a menudo que si Bella hubiese hecho el esfuerzo de conocerle, seguramente podría haberle perdonado la muerte de su tía paterna. Pero la señora condesa permanecía fría y distante en la bancada sin dirigirnos una sola mirada al resto.

Establecimos el cuartel de invierno en una extensa vega desierta. Pocos años antes, la zona pertenecía al emir moro, pero ahora se la disputaba con el rey Alfonso de León, Asturias y Galicia: los tres reinos que en conjunto componían la costa norte de Hispania. Desde que algunos años atrás el rey Alfonso heredase el trono de su padre, estaba obsesionado con vengar las humillaciones de las que se sentía objeto. Uno de sus reinos, el de León, era de los moros precisamente desde que conquistaran el sur de Hispania hacía más de cien años, y el afán belicoso del rey Alfonso por recuperar lo perdido había dejado grandes territorios desiertos y numerosas aldeas despobladas.

Penetramos libremente en las casas vacías del valle. En los campos de labor abandonados bajo las montañas se veían ovejas, cabras y vacas de las que ya nadie se hacía cargo, y el río, llamado Minho, estaba repleto de peces. El sitio era hermoso, soleado y fértil; en cuanto al clima, no resultaba más frío que un verano inglés. A dos días de navegación por la costa rumbo al sur se hallaba una ciudad mora llamada Oporto. A causa de su gran tamaño y lo bien defendida que estaba, el rey Alfonso no había podido conquistarla todavía. Allí, un par de tripulaciones intentarían vender sus siervos de Predio de Thor en el mercado de esclavos.

Como se comprobó, fue una idea excelente. Los habitantes moros de Oporto vivían preocupados porque los cristianos logran tomar la ciudad, así que se mostraron ansiosos por obtener esclavos, que, a diferencia de otros muchos bienes muebles, podrían llevarse consigo fácilmente si tenían que huir. Los prisioneros reportaron cantidades tan elevadas que los propios hombres de Bjørn Costado de Hierro empezaron a refunfuñar por haber regalado hombres y mujeres a las demás tripulaciones y haber desgastado a las chicas en la tienda de fornicación.

Ese invierno, junto a la hoguera de los grandes señores, se habló mucho del esplendor de Oporto, que superaba todo lo que habían visto anteriormente. Se dijo que encalaban las casas de piedra en cuyas fachadas relucían azulejos de diversos colores, que torres y capiteles asomaban a gran altura sobre las murallas. Los comerciantes itinerantes no podían traspasar las murallas a causa del temor que los habitantes les tenían a los espías cristianos.

Como siempre, Sigurd Ojo de Serpiente actuaba más despacio que la mayoría, y no se decidió a transferir sus prisioneros hasta que no aparecieron

los primeros atisbos de la primavera. El conde de la barba negra dejó aproximadamente a la mitad de sus hombres —yo entre ellos— para que cuidasen de los barcos y los bienes mientras él se encontraba fuera.

—Me he dado cuenta de lo unido que has estado a Ravn Hijo de Bue este invierno —dijo Bella junto a la ribera del río donde los que nos quedábamos nos despedíamos de los afortunados que viajaban a Oporto.

La observación de mi hermanastra no era del todo correcta. Se diría más bien que me había mantenido lejos de ella todo lo posible, y que casualmente me vio con Hijo de Bue en algunas de las raras ocasiones en que nos topamos cara a cara.

—Me mantengo cerca de él para poder aprovechar el mejor momento para aniquilarlo —mentí.

—Es evidente que no han debido de presentarse muchas ocasiones puesto que aún vive.

—Las oportunidades aumentarán ahora que somos menos.

—Por eso le sugerí a mi esposo que vosotros dos estuviéseis entre los que se quedaban.

Abrió los brazos y me estrechó entre ellos. Mientras nos encontrábamos agarrados me cogió de los tolanos y tiró de ellos.

—Si Ravn Hijo de Bue no ha muerto cuando regresemos de Oporto, le contaré a Halfdan Camisa Blanca que me violaste en las ruinas de Punta Thor. Supongo que lo negarás, pero ya veremos a quién de los dos cree —me soltó sonriendo, y añadió en voz alta, para que lo escuchara su marido, que se encontraba en las proximidades—: Adiós, querido hermano. Nos veremos pronto.

Durante la travesía desde Bregancio convencí a Bjørn Costado de Hierro de que no tenía nada que temer de Ravn Hijo de Bue. El gigante de la barba gris reveló al fin mi parentesco con Bella junto a la hoguera de los grandes señores.

Como cabía esperar, eso cambió la imagen que de mí tenían las tripulaciones. Había dejado de ser un miembro anónimo de la manada de lobos; yo era Rolf Cuñado de Sigurd, miembro de la poderosa familia de los hijos de Lodbrog, y muchos de los guerreros más débiles comenzaron a apartarse del camino respetuosamente al cruzarse conmigo. Por desgracia, eso

no hizo disminuir la hostilidad de Hastein. Ahora me contemplaba con abominación y extrañeza en lugar de ofrecerme una mirada vanidosa.

—Cuida bien de mis naves largas, cuñado —dijo Sigurd Ojo de Serpiente, que se había acercado a Bella y a mí. Decidió llevarse dos *knarrer* a la expedición. Las naves comerciales de gruesas barrigas daban más confianza a los extranjeros que los largos y estrechos barcos de guerra.

—Te lo prometo, conde Sigurd.

Era un día templado y con franjas blancas en lo alto del cielo. El sol relucía en el agua del río, que reflejaba orillas de juncos y montañas. Entre los numerosos siervos, que se sentaban atados en la cubierta del *knarr* que iba en primer lugar, vi la cabeza canosa del hermano Jarvis. Había insistido en viajar también a Oporto para asegurarse de que los restos de su parroquia no se vendieran a dueños demasiado crueles. Bella estaba de pie junto a la figura espalduda de Ylva en las bancadas del último de los dos barcos cuando estos zarparon alejándose de la orilla. Bajo la melena de pelo negro, el pálido rostro ovalado permaneció vuelto hacia mí hasta que perdí de vista las naves tras uno de los recodos del río. Empecé a respirar aliviado cuando hubieron desaparecido del todo.

—Bella y tú estáis muy unidos —dijo una voz detrás de mí.

Me volví y levanté la vista hacia Ravn Hijo de Bue.

—Pueden pasar varios días sin que hablemos —respondí al tiempo que me alegraba de que fuera así.

El pálido sol de la primavera calentaba nuestras espaldas mientras seguíamos al resto de los que se quedaban, subiendo a la aldea de la que Sigurd Ojo de Serpiente había tomado posesión como cuartel de invierno para sus seis tripulaciones. Se componía de once chozas de piedra y era el punto más al norte de nuestro disperso asentamiento. Desde allí se podían ver las fértiles colinas del valle y, mucho más allá, el mar abierto que brillaba entre dos cumbres.

Bjørn Costado de Hierro había establecido su base en una pequeña isla en medio del río. Allí se encontraba amarrada la mitad de nuestra flota y las tiendas estaban muy juntas. La isla, que él denominó Islote de Thor, constituía el centro de nuestra comunidad de nórdicos, y, a pesar de ser demasiado pequeña para albergarnos a todos, allí nos dirigimos cuando el cuerno de

Costado de Hierro anunció las reuniones de los grandes señores.

—Nunca os vi juntos en Isla Thor —prosiguió Ravn Hijo de Bue su discreto interrogatorio. Se había asombrado tanto como el resto al oír que Bella y yo éramos hermanastros.

—Fui yo el que no quiso revelar nuestro parentesco.

El sendero era sinuoso y ya no veía a los demás. Tenía mi mano sobre el mango de Sed de Sangre, pero me faltaban las ganas para usar el puñal.

—¿No tenéis más hermanos?

—No —respondí, e intenté cambiar de tema—: ¿Tienes tú hermanos o hermanas?

—Tenía un hermano gemelo. Murió al nacer. Cuando quemaron su cuerpecito, mi madre buscó entre las cenizas y halló sus huesos. —Ravn Hijo de Bue se pasó la mano por los colgantes de su barba trenzada—. Los mantuvo guardados en un cofre durante mucho tiempo y me los dio antes de partir a mi primera expedición con Uggla Ugglasson al este. Me pidió que los llevase siempre puestos, pues pensaba que me protegerían. No tengo más remedio que darle la razón. He sobrevivido a innumerables peligros que deberían haber acabado conmigo, mientras que mamá murió el invierno después de que me los cediera.

—Hechicería digna de los dioses —murmuré.

—Los huesos de mi hermano gemelo no podrían competir con el martillo de Thor o la lanza de Odín —confirmó Hijo de Bue—, pero a mí me van bien.

Nos detuvimos en mitad del sendero al escuchar el sonido de un cuerno. El grave y estruendoso balido no procedía de la isla de Bjørn Costado de Hierro en el río, sino de la aldea situada en la colina por encima de nosotros.

Echamos a correr. Desde lo lejos podíamos oír a nuestros compañeros gritándose entre sí. Cuando llegamos corrían alrededor de las casas provistos de armas y pertrechados para combatir.

—¿Qué ocurre? —pregunté al soplador del cuerno.

Señaló hacia el interior del territorio. Por el sendero que venía de las montañas, una tropa militar se encaminaba hacia nosotros. El sol refulgía en las cotas de malla y en las puntas de lanza. El remolino de polvo que los guerreros levantaban hacía difícil determinar su número, pero conjeturé que serían unos doscientos. En cabeza, con casco reluciente y capa roja, cabalgaba

quien comandaba la columna. A su lado iba un hombre vestido de negro a lomos de un asno.

El que vestía de negro sujetaba una pértiga con una cruz en el extremo.

## 23

—Formad un muro de escudos entre las casas —grité—. Reforzad la ciudad. Dejaremos la fortificación del resto del valle para después. Bjørn Costado de Hierro tiene que haber oído el aviso.

—¿No te ha encomendado tu cuñado vigilar las naves largas? —susurró Ravn Hijo de Bue.

Tenía razón, y los hombres lucharían con más ahínco por los barcos en la orilla del río que por un grupo de casas en lo alto de una colina.

—Reunid todo lo esencial —gruñí imitando el tono imperativo de Sigurd Ojo de Serpiente—. Armas, cotas, escudos...

No se me ocurría nada más.

—Lanzas, hachas... —susurró Ravn sin apenas mover los labios.

—Lanzas, hachas y arcones. Llevaos las pertenencias de los ausentes. ¡A las naves!

Nuestro repliegue era cualquier cosa menos elegante. Cargados pesadamente con armas y bártulos bajamos corriendo por el sendero hacia el río.

—Tú te quedas a mi lado, Ravn —dije reconociendo que seguramente necesitaría de nuevo su consejo.

—Encantado, Rolf Cuñado de Sigurd —respondió en voz alta para recordar a los demás de dónde procedía mi autoridad. Aunque nadie parecía dudar de ello. Hasta los vikingos obedecen de buena gana a un líder que

aparente seguridad en una situación como esa.

Sobre la cubierta de las naves amontonamos todo de cualquier modo.

—Poneos cotas y cascos —grité—. ¡Empuñad armas y escudos!

Los guerreros vacilaron, pero mi tono de voz les conminó a obedecer.

—¿No sería más sensato que nos alejáramos? —preguntó Ravn Hijo de Bue a través del hueco en el cuello de la cota de malla que se estaba poniendo por la cabeza.

—Van acompañados de un sacerdote —dije—. Y cabalga en primera línea. Eso no lo hacen jamás cuando van a combatir.

Hijo de Bue asintió con un destello jovial en sus ojos demostrando que comprendía a qué me refería. Los cristianos no habían venido a echarnos de allí. Podía valer la pena aclarar cuáles eran sus intenciones.

—Fortaleza de escudos —bramé al tiempo que las primeras filas de las fuerzas cristianas bajaban desde la aldea por el sendero.

En la vega de la orilla del río nos colocamos en nuestras posiciones de forma tan natural que parecía que lo hiciéramos a diario. Durante todo el invierno habíamos practicado la maniobra hasta que nos salía sin pensarlo, pero esta vez ocupé yo el sitio de Sigurd Ojo de Serpiente en el centro de la alineación, aunque yo no era su igual en el combate ni por asomo. Ravn Hijo de Bue se puso a mi lado. El muro de escudos se colocó en semicírculo alrededor de los amarres de las naves largas.

—¿Y si tuvieran arqueros que lanzaran flechas ardiendo? —susurró Ravn Hijo de Bue.

Por un instante se me heló la sangre. Darme cuenta de que me podría haber confundido al juzgar la situación me arrolló como un caballo al galope. A lo mejor los cristianos llevaban intenciones totalmente diferentes de las que yo creía.

Al ver mi inseguridad Hijo de Bue ronroneó. De todos modos ya era demasiado tarde.

Los primeros guerreros habían llegado al final del sendero y con las lanzas comenzaban a moverse por la vega hacia nosotros. Desenfundé el puñal y me coloqué detrás de mi escudo. Oí el bramido colectivo cuando el enemigo se puso a correr y me preparé para el encontronazo, que fue menos violento de lo esperado. Las puntas de lanza de los atacantes no alcanzaron las superficies de

nuestros escudos en una ola sincronizada, pues su disciplina dejaba mucho que desear. La nuestra, por el contrario, era intachable.

Los cristianos desenfundaron las espadas cortas disponiéndose a luchar cuerpo a cuerpo. Aporreaban nuestros escudos al azar. Una espada dio contra mi casco y el golpe me retumbó en el cráneo; no obstante, el ataque parecía improvisado, sin orden ni concierto. Aquellos hombres no estaban acostumbrados a combatir en muros de escudos. Solo tenían un concepto teórico de cómo debían proceder.

Contraatacamos a mi voz de mando con los puñales dirigidos hacia arriba para clavarlos en las partes blandas de los cristianos. Siempre hay un porcentaje de casualidad al acertar, o al tener mejor o peor puntería, porque bajo los escudos la visión es bastante reducida, pero muchos de nuestros contrincantes gritaban y caían sobre la hierba, quedando tendidos o retorciéndose de dolor. En mi escuadra, el hombre que usaba el hacha blandía su arma contra las cabezas cubiertas por los cascos, y con un solo tajo logró hacer caer a un puñado de nórdicos. Nuestros lanceros picaban por encima de los escudos en busca de rostros y brazos. Mantuvimos la alineación resistiendo el envite.

Era la primera vez que comandaba un muro de escudos, y para mi gran sorpresa lo hice bien. Aunque en un combate el azar siempre desempeña un importante papel. Entrenar ayuda a prever la intención del enemigo, a conocer las propias posibilidades y a saber cuándo hay que contraatacar, pero hasta los más diestros y valerosos pueden verse alcanzados por una lanza perdida o un golpe de espada. Me percaté de que los soldados de a pie cristianos no eran ni diestros ni valerosos. Empezaron a retirarse cuando deberían haber aprovechado su superioridad numérica para continuar con el ataque.

—¡Puntilla! —bramé como le había oído decir a Bjørn Costado de Hierro durante los entrenamientos. Dimos dos pasos al frente hasta nuestros contrincantes heridos y nos deshicimos de ellos.

—¡Atrás!

Como un solo cuerpo volvimos a nuestro puesto y nos preparamos para la siguiente oleada.

Que nunca llegó.

El ataque desorganizado se había fracturado. A nuestros pies yacían veinte

hombres. Los heridos más leves reptaban o cojeaban hasta donde no pudiéramos alcanzarlos. Los demás se retiraron casi tan rápido como llegaron. Asombrados, vimos cómo el enemigo bajaba las armas y reculaba. Miraban embobados al que los comandaba, que bajaba ahora por el sendero del río a lomos de su caballo. El sacerdote sobre el asno lo seguía de cerca.

—Los cristianos luchan igual que una comadre —exclamó un guerrero de nuestro muro de escudos bastante alejado.

—Como viejas comadres con las tetas alrededor de las orejas —confirmó Ravn Hijo de Bue.

Las fuertes risotadas de los hombres subían hacia el cielo.

—No era un ataque —grité—, sino un ensayo. No les provoquéis. Siguen siendo tres contra uno.

—A menudo he tenido que manejar tres comadres a un tiempo —dijo el hombre a lo lejos para diversión del resto.

—¡Cerrad la boca! —vociferé como Halfdan Camisa Blanca habría hecho, y el efecto fue más o menos el mismo. No hubo un silencio total detrás de los escudos, pero sí el suficiente para hacerme oír.

El comandante cristiano de la tropa cabalgaba lentamente hacia nosotros. La parte superior de su casco tenía forma de una herradura cuyos dos extremos señalaban hacia el cielo. Su cota de malla refulgía con el sol. A través de una abertura en el casco, que solo dejaba intuir una larga nariz y un par de ojos severos, contempló con calma sus bajas tras el combate. Entonces se irguió y me hizo una pregunta en una lengua que tenía una ligera semejanza con el franco pero que en la práctica resultaba incomprensible.

Noté que el corazón me crecía en el pecho. Yo llevaba razón.

—Y a eso lo llama idioma —dijo Ravn Hijo de Bue.

Las risas retumbaron de nuevo.

—¿Lo bajo de la cabalgadura? —preguntó el lancero detrás de mí.

—Solo si quieres encontrarte mi sax en el vientre —gruñí para su sorpresa antes de erguirme, asomar la cabeza por el borde del escudo y gritar—: *Velim ducas me ad sacerdotem!*

Las palabras hicieron que el comandante vestido con cota ladease la cabeza.

—¿Qué significa eso? —preguntó Ravn Hijo de Bue.

—He solicitado hablar con el sacerdote.

«Creo», añadí en mi pensamiento, porque hacía varios años que había aprendido latín, y Jarvis, que fue quien me enseñó, no era más que un hermano lego. En realidad no tenía ni idea de si podía confiar en mis destrezas lingüísticas.

El sacerdote vestido de negro cabalgó sobre el asno hasta donde se hallaba el comandante. Hablaron un rato.

—*Qui es?* —gritó el sacerdote por fin—. *Unde venitis?*

—*Fortissimi homines sumus e septentrionibus terris.*

De nuevo ambos parlamentaron entre sí.

—Ahora saben que somos guerreros de los países del norte —les conté a mis compañeros.

—Afortunadamente para ellos —dijo Ravn Hijo de Bue—. Así se guardarán de sacrificar vida y salud en otro asalto igual de inútil.

Los otros sonrieron emitiendo un ronroneo. Si bien habíamos rechazado a la avanzadilla, no estaría mal que el grueso de sus fuerzas se contuviera.

—*Accedite!* gritó al fin el sacerdote.

—Dice que me acerque.

Desenganché mi escudo de los demás y salí de la alineación. De la forma habitual, se cerró el muro de escudos detrás de mí como si hubiese caído en el combate.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —preguntó Ravn Hijo de Bue.

—No —admití—, pero en caso de que la cosa vaya mal intentaré abatir al jefe. Si sus hombres se parecen a los francos en algo más que su aspecto, no sabrán qué hacer. Entonces podréis subir a bordo sin dificultad y soltar amarras.

Con una seguridad que no sentía, avancé hacia los dos jinetes, aunque únicamente el sacerdote se aproximó desde el otro lado.

—*Quid hic facitis?* —preguntó—. ¿Qué hacéis aquí?

Explicué que estábamos en el cuartel de invierno y que en primavera seguiríamos hacia el sur para saquear a los moros. Puesto que ya antes habíamos vivido en zonas despobladas similares, no habíamos visto nada malo en ocupar las casas vacías. El sacerdote escuchaba la conversación y finalmente preguntó lo que en realidad le interesaba.

—*Christiani estis?*

Podía contestar sin mala conciencia que algunos de nosotros éramos cristianos —en la práctica, Jarvis y Bella lo eran; y en la teoría, probablemente Sigurd Ojo de Serpiente y yo mismo—, pero que muchos otros eran paganos. Por encima de todo éramos guerreros.

La respuesta complació al jefe de la tropa una vez que se la hubieron traducido. Permitió que su caballo avanzase unos pasos hasta el asno del sacerdote y habló mucho y deprisa en su lengua, tras lo cual me señaló a mí y al muro de escudos. De mala gana, el sacerdote explicó que el jefe de ojos severos era Vímara Peres, señor feudal a quien el rey Alfonso había confiado la importante misión de liberar a Oporto del azote moro, empresa que sin duda lograría con la ayuda del Todopoderoso. Pero, hasta ese momento, tanto Vímara Peres como el rey serían sumamente generosos con los guerreros que lucharan de su lado después de convertirse al cristianismo.

Yo comprendía más o menos una de cada tres palabras. La tarea se simplificaba gracias a que ya contaba con la mayor parte de la información de antemano: el señor feudal no había oído hablar ni de nuestras hazañas en Navarra ni del robo de la cruz en Bregancio. Sus exploradores le habían informado de que unos guerreros extranjeros se habían establecido en el valle abandonado y, para valorar nuestras capacidades, se había hecho con un grupo de reclutas inexpertos —de los que por supuesto tenía más que de sobra— con el fin de probarnos.

Le aseguré que muchos de nosotros nos enrolaríamos como mercenarios siempre que la paga fuera buena y el vino abundante.

El sacerdote y yo nos entendíamos con dificultades. Para prevenir malentendidos debíamos repetir las mismas palabras varias veces y de diversos modos. Ya llevábamos conversando bastante tiempo cuando nos interrumpió el balido de un cuerno. Mucho más abajo, sobre una colina de escasa altura, apareció un nutrido grupo de nórdicos a lo largo de la ribera del río que se situó en posición de ataque. A la cabeza de la escuadra reconocí la ancha silueta gris de Bjørn Costado de Hierro.

Los soldados cristianos se apresuraron a agruparse para defenderse. Ahora eran ellos los que estaban en menor número. El monje dio media vuelta con el burro con intención de huir. Solo Vímara Peres conservó la calma, mirándonos

alternativamente a mí y a los recién llegados mientras sonreía.

El inesperado desarrollo de los acontecimientos no le afectaba. Falto de desasosiego o de miedo, esperaba con verdadero interés ver lo que iba a pasar.

—Me sorprendió que contuvieses nuestro ataque —ronroneó Bjørn Costado de Hierro esa misma noche en la isla del río junto a la hoguera de los grandes señores—. Eráis vosotros los que habíais pedido auxilio. Pero tu nuevo amigo tuvo suerte. Se habría visto en un aprieto sin ti.

Durante la negociación del señor feudal cristiano con Costado de Hierro, que se desarrolló gracias a mi traducción con el sacerdote, Vímara Peres mantuvo todo el tiempo una sonrisa torcida en el rostro, como un mercader que estuviese engañando a un campesino. Prometía veinte monedas de plata a todo aquel que le ayudase a echar a los moros de Oporto. Cuando, en el crepúsculo, Costado de Hierro y él acordaron finalmente treinta monedas de plata por hombre, Vímara Peres subió a su caballo y dirigió una sombría mirada a la vega repleta de nórdicos. Era evidente que, a pesar de la ayuda que podíamos prestarle, hubiera preferido vemos marchar a los infiernos.

—«Amigo» es decir demasiado —dije—. A los de Hispania no les entusiasma damos cobijo en sus territorios recién conquistados.

—Su entusiasmo no influye en mis decisiones. —Bjørn Costado de Hierro, que estaba sentado en un tronco cortado, se inclinó hacia delante sobre la panza y escupió en la hoguera—. Cosa que por el contrario sí ocurre con tus promesas, Rolf Cuñado de Sigurd.

Los ojos gris pálido me observaban impasibles mientras las ascuas danzaban hacia las estrellas y el círculo de grandes señores esperaba para oír

mi respuesta.

—Haced saber a vuestros hombres que la oferta de Vímara Peres se refiere únicamente a una guardia de doscientos guerreros —dije—. Entre los voluntarios podéis escoger a aquellos de los que no os importe prescindir. Por ejemplo, a alborotadores como Uggla Ugglasson.

Costado de Hierro ronroneó al tiempo que asentía.

—Es vergonzoso venderse como varego —objetó Halfdan Camisa Blanca.

—¿Varego? —repetí, pues mi madre no me había educado para ser guerrero y yo no conocía la palabra.

—Un siervo con un arma. —Una mueca de repugnancia apareció en su rostro afeitado—. Un guerrero que pierde su libertad vendiéndose al mejor postor.

—Solo hasta que haya ganado lo suficiente para retomar su antigua vida —respondí.

Hoy sé que un varego es un hombre que se ha ligado por juramento a un determinado caudillo, pero el rasurado hijo de Lodbrog servía de mala gana a otros intereses que no fuesen los suyos. Sin embargo, no había demasiados hombres junto a la hoguera que compartieran su opinión. Un mercenario llevaba su propia arma y podía abandonar a su señor en el momento que le conviniese, pues romper un juramento hecho a un cristiano no era ninguna deshonra.

—Doscientos hombres son muchos de los que prescindir —ronroneó Costado de Hierro.

—¿Cuántos habríamos perdido de habernos visto obligados a luchar? Vímara Peres podía enviar millares de soldados contra nosotros.

—Lo *hemos* comprendido —bufó Halfdan Camisa Blanca levantándose bruscamente—. Sigurd se enorgullecerá de su cuñado al regresar de Oporto. Rolf es una lumbrera y los dioses hacen cola para limpiarle el culo. Ya veremos lo que dicen dentro de un mes, cuando no tengamos bastantes hombres para saquear al-Lishbuna.

Se marchó dando fuertes pisadas, perdiéndose en la oscuridad, y dejó tras de sí un silencio embarazoso junto al fuego a punto de extinguirse. Se hacía tarde y había sido un día accidentado. Los grandes señores se levantaron impacientes por irse e informar a sus hombres de la posibilidad de servir

como varegos, librándose así de los alborotadores que se pueden encontrar en cualquier tropa.

—No hagáis caso a Halfdan —musitó Bjørn Costado de Hierro—. Únicamente os tiene envidia porque hoy habéis combatido y él no.

—Pero ni tu hermanastro menor ni tú negáis que Rolf lo haya hecho bien —dijo Ravn Hijo de Bue.

—En absoluto.

Costado de Hierro se levantó y se enderezó su cinturón. Por un instante pareció que quería decir algo más, pero se interrumpió y se fue. Junto a las débiles llamas solo quedábamos sentados Ravn Hijo de Bue, Hastein y yo.

—Pero alegrad esa cara —dijo Hijo de Bue—. A dos jóvenes resueltos como vosotros os esperan grandes oportunidades al servicio del rey Alfonso. Yo mismo me habría ido a por su plata si fuera algo más joven.

—Yo permaneceré al lado de mi padrino —aseguró Hastein.

—Y yo junto a mi cuñado —afirmé.

También Hastein tenía más cosas que decir, pero la presencia de Ravn Hijo de Bue le hizo morderse la lengua, así que desapareció por el mismo camino que su mentor. El guerrero de la barba trenzada y yo nos quedamos un rato en silencio antes de que él volviese a hablar.

—Vosotros dos ibais siempre juntos por Isla Thor. Tenía la impresión de que erais inseparables. ¿Qué ha pasado?

—Lo mismo que a ti con Uggla Ugglason —suspiré.

—¿Una mujer? Pero si aquí solo hay siervas. —Sabía que yo no era un tipo de los que se abalanzaban cada dos por tres sobre las muchachas en la tienda de fornicación—. Ylva. Y...

Ravn Hijo de Bue era más despierto que los demás.

—¿Bella no es tu hermana? —dijo.

—Claro —respondí brevemente mientras echaba tierra con el pie sobre las brasas.

—Pero, entonces, ¿cómo...?

—Regresemos al continente.

Sin decir palabra bajamos hacia el río para ir a por el bote en el que al atardecer cuatro mozos de Costado de Hierro nos habían llevado hasta Islote de Thor. A nuestro alrededor se oían gritos de guerreros borrachos que ya

festejaban la generosa oferta del comandante extranjero. Una silueta se volvió hacia nosotros al pasar junto a una hoguera. Era Thorvald, el noruego del Grupo de la Almenara.

—Pero si es mi viejo amigo Rolf —prorrumpió mientras se ponía en pie—. Déjame darte las gracias por toda esa plata que voy a ganar como varego.

El resto de mis amigos, que estaban sentados con él, también se pusieron de pie. No nos habíamos visto demasiado a lo largo del invierno, pues ellos vivían en el campamento de Islote de Thor junto al resto de las tripulaciones de Bjørn Costado de Hierro, pero parecían alegrarse de volver a encontrarse conmigo.

—Seguro que yo podría haber llegado a un mejor acuerdo con el comandante cristiano —vociferó Sture de Selandia mientras agitaba los brazos—, pues mi labia es legendaria en Lethra. Pero de todas formas no lo has hecho nada mal, Rolf. ¡Nada mal!

—No me haría ninguna gracia abandonar el mar para luchar en tierra. Si la vida en tierra firme es una fiesta, mejor aún se está sobre una cubierta.

Era Fridtjof *el Largo*, que compartía con nosotros un nuevo refrán de su tío Ketil. A pesar de la embriaguez, la expresión de su semblante pecoso parecía resuelta. No iba a cambiar de opinión cuando estuviese sobrio.

—Si es lo que quieres —dijo Sture—, entonces los demás también seguiremos a bordo de la nave de Costado de Hierro. Los miembros del Grupo de la Almenara no pueden dispersarse.

Thorvald aceptó de mala gana la decisión, pero se consoló al pensar que también ganaría plata para su humilde familia si continuaba con la flota hacia el sur. Bjarni me pidió con un gesto que me acercara.

—Sí, ven a beber con nosotros junto al fuego —dijo Bård, el más hablador de los dos hermanos de Escania.

—He de ir al continente con Ravn Hijo de Bue —dije.

—¿Un sueco? —Sture de Selandia hizo una pederreta con su enorme boca y le cayó saliva en la barba—. ¿Ese jodido es mejor que tus antiguos compañeros de lucha?

Hijo de Bue achicó los ojos y su boca adquirió un rictus firme.

—Rolf ha hecho nuevos amigos que le gustan más que nosotros —dijo el Lindo Dagfinn saliendo de la oscuridad.

—Soy responsable de las naves y de los hombres de mi cuñado mientras él no está —dije.

—Ahí lo tenéis. Rolf Hijo de Sierva ha llegado demasiado alto para frecuentar a gente como nosotros.

El apodo me hizo poner los brazos en jarras y sacar pecho como había visto hacer a otros cuando tenían que defender su honor.

—¿De qué excelencias puedes jactarte tú?

El joven de cabello dorado, sumido en su cogorza, sonrió seguro de sí mismo.

—Los del Grupo de la Almenara somos de condición humilde. La familia de Thorvald pasa hambre, Bjarni y Bård son huérfanos y a Fridtjof lo crio su tío a base de pescado del fiordo y algas. Solo poseemos lo que conquistamos con nuestras espadas y hachas, pero ninguno de nosotros desciende de siervos.

Que él mismo fuese el hijo menor de un gran señor jutlandés y Sture procediera de una estirpe de campesinos en la zona central de Selandia hacía todavía más absurda esa imputación tan irracional. De todos modos, los demás se quedaron mirándome. Sin que yo les hubiese hablado con desconsideración, las palabras del Lindo Dagfinn habían logrado darles la impresión de que yo los despreciaba.

—Rolf es mi compañero —se inmiscuyó Ravn Hijo de Bue—. Aquel que se enfrente a él se las tendrá conmigo.

—Vamos a resolver esa cuestión ahora mismo —sonrió el Lindo Dagfinn desenfundando su sax.

## 25

—¿Qué pensáis hacer con Rolf y Ravn Hijo de Bue? —se oyó una voz en la oscuridad.

El Lindo Dagfinn se volvió hacia la silueta que se recortaba delante de la hoguera. Hastein había dado un rodeo por el campamento para llegar en mitad de nuestro intercambio de palabras.

—Rolf Hijo de Sierva estaba haciendo gala de su condición de cuñado —respondió el Lindo Dagfinn—. Queríamos amansar sus ínfulas y entonces el sueco se ha entrometido. Ahora les daremos un escarmiento a los dos.

Hastein desvió la mirada de mí al Hijo de Bue.

—No merece la pena —dijo arisco—. Será mejor que vengáis a beber conmigo.

La mayor parte de los miembros del Grupo de la Almenara se retiraron del altercado aliviados. Solo el Lindo Dagfinn seguía ceñudo, y no nos perdió de vista mientras bajábamos a la orilla del río. La cabeza me bullía por la injusticia de la que pensaba que era víctima, y cuando me disponía a despertar a los cuatro mozos que nos habían acercado remando hasta la isla, Ravn Hijo de Bue me detuvo.

—Déjalos dormir —dijo—. No sea que acabemos como Thor aquella vez que se topó con el barquero Harbard.

Juntos empujamos el bote hasta el agua, y no nos habíamos apartado de la orilla de Islote de Thor más que unos pocos golpes de remo cuando la

curiosidad controló mi ira como si ese hubiera sido su propósito.

—¿Quién es el barquero Harbard?

—Son muchos los mitos divinos que madres y padres enseñan a sus hijos. Pero hay otras historias menos conocidas porque hablan de otra verdad.

—¿Qué verdad es esa?

Ravn Hijo de Bue sonrió y sin más comenzó el relato.

—En una ocasión, Thor llegó de viaje procedente del este hasta un estrecho que era demasiado amplio para cruzarlo. En la otra orilla se hallaba un barquero con su bote. El dios del trueno se dirigió a él, ofreciéndole arenques y avena que llevaba en un cesto sobre su espalda si le ayudaba a pasar al otro lado, y el barquero le dijo: «No me vas a tentar con una bazofia como esa. Me llamo Harbard y mi señor es Hildulv, de la granja que se halla al otro lado. Se enfadará conmigo si ayudo a canallas y ladrones de caballos como tú a cruzar su estrecho». «No soy un ladrón de caballos. Soy el mismísimo dios del trueno», dijo Thor, quien magnánimamente estaba dispuesto a perdonarle a Harbard que no le hubiese reconocido. Harbard no le creyó y se burló de él, pues nunca había visto un dios con las piernas al descubierto y las rodillas sucias. «¿Y qué asuntos se trae entre manos un desharrapado como tú en el este?».

Thor le contó entonces los muchos combates contra malvados gigantes belicosos a los que había vencido con gran arrojo, y después le preguntó a Harbard a qué se había dedicado él durante ese tiempo. El barquero no podía competir con ese tipo de hazañas y, en lugar de ello, se jactó sin recato de sus numerosas conquistas sexuales al tiempo que escarnecía a Thor diciendo que exageraba y mentía. La disputa duró largo rato, y cuando finalmente Thor perdió los estribos y amenazó a Harbard, el descarado barquero no se asustó y como por arte de magia desapareció maldiciendo: «¡Vete ya y que te lleven los demonios!».

—¿Cómo pudo un barquero osar hablarle a Thor de ese modo? —pregunté.

—Harbard es uno de los muchos nombres de Odín.

Cuando el rey de los dioses se echa a andar por el mundo de los humanos lleva a menudo un nombre falso. De esa manera tenía sentido esa parte de la historia. El resto no estaba tan claro.

—¿Por qué no querría Odín ayudar a su propio hijo?

Ravn Hijo de Bue sonrió mientras se pasaba la mano por los huesecillos blancos de la barba trenzada.

—No es frecuente oír decir esto, pero la mayoría de los mitos acerca de los Ases y Vanes son metáforas que nos hablan a los seres humanos del orden del mundo y de los dioses. Odín es el apoyo de los condes y grandes señores, mientras que el guerrero medio venera a Thor. Odín es astuto y se sirve a menudo de mentiras o magia para alcanzar sus fines. Thor es fuerte, sincero y recto, pero también un poco simple. El relato nos cuenta las diferencias entre ellos dos.

Toda esa jactancia de Odín no me impresionaba. Por el contrario, la reacción de Thor a los insultos había sido tranquila y equilibrada hasta que al fin perdió los estribos. Ambos me recordaban a gente que conocía.

—Ivar Sin Piernas manipuló y mintió sin reparos durante la conquista de Inglaterra —dije—. Sus hermanos Bjørn Costado de Hierro y Sigurd Ojo de Serpiente son honestos y francos.

—Sigurd Ojo de Serpiente nació para ser un hombre como Thor. —Ravn me dio la razón—. Pero ¿estás seguro de ello en el caso de Costado de Hierro?

Moví la cabeza señalando hacia atrás, a Islote de Thor, que se reflejaba en el oscuro río.

—A todas sus bases les pone un nombre que contiene el de Thor.

—El líder de una expedición tiene que complacer a sus guerreros, y la mayor parte de ellos son hombres de Thor. Pero fíjate en lo que Bjørn Costado de Hierro ha ido haciendo desde nuestra partida, ¿crees que su astucia se queda a la zaga de la del rey de los dioses? Te diré que hace ofrendas a Odín en secreto. Quizá tú deberías seguir su ejemplo. El día de hoy ha revelado que en ti se oculta un gran caudillo, pero asumir dicha tarea conlleva soledad e ingratitud. Cuando se tiene una posición como esa escasean los verdaderos amigos, y pueden espaciarse mucho en el tiempo. Deberías buscar el modo de llevarte bien con Hastein, porque nunca vas a encontrar a un amigo mejor.

Sus palabras eran el eco de mis propios pensamientos. Por desgracia solo se me ocurría una manera de recomponer la amistad entre Hastein y yo, y eso requería una gran víctima.

—¿Te acuerdas —comencé— de cuando Bjørn Costado de Hierro me

encontró con un dogal al cuello en una pequeña aldea sajona?

Ravn Hijo de Bue asintió y los huesos se columpiaron en la barba.

—Recuerdo que los aldeanos iban a colgarte. Bjørn Costado de Hierro hizo que Hastein te bajara de allí para llevarte con él. Pienso que vuestra amistad se cimentó en aquella ocasión.

—Es cierto. Sin embargo, ni entonces ni después hablamos tú y yo. ¿No te has parado a pensar por qué lo hacemos ahora?

—¿Por simpatía mutua? —Su sonrisa amable palideció al ver mi rostro—. Has de saber que no me gustó lo que hicimos ese día. Yo solo cumplía las órdenes de Bjørn Costado de Hierro.

—Puede ser, pero entre los que mataste estaba la tía paterna de Bella. Yo no la conocía pero Bella sí. Dice que aquella mujer fue como una madre para ella. —Sujeté el puñal y me preparé para sacarlo—. Y mi hermana exige vengar esa muerte.

## 26

Diez días más tarde, Sigurd Ojo de Serpiente regresó de Oporto. Había obtenido un buen precio por sus siervos y estaba de excelente humor. Su parte de los beneficios se la había gastado en su esposa.

Cuando la pareja desembarcó por la pasarela, Bella llevaba un vestido violeta de manga larga y corte franco, una magnífica cadena al cuello y una alhaja de fina manufactura en el antebrazo derecho. La nave aparecía más elevada sobre el agua, pues la seda y la plata pesan menos que los esclavos. Ylva los siguió con la mano sobre la empuñadura de la espada, mientras que el hermano Jarvis permaneció a bordo contemplando las tiendas del campamento. Su mirada era sombría, como si maldijera su decisión de haber vuelto. En el río descansaba el otro *knarr* del conde Sigurd, pero detrás de él flotaban aún dos barcos más.

—Te has traído nuevas amistades de regreso —ronroneó Bjørn Costado de Hierro.

Sigurd Ojo de Serpiente se detuvo, pues no estaba preparado para hablar de algo que no fuese la venta de los esclavos.

—Lo dice por los demás barcos —remarcó con voz ronca Halfdan Camisa Blanca al tiempo que los señalaba.

Una de las naves pasó junto a nosotros con un grotesco rostro en la proa. No se trataba de una cabeza de dragón, puesto que la tripulación la había quitado al acercarse a aguas amigas, sino de Ugglá Ugglason, que sonreía con

una mueca desdentada y saludaba a Bjørn.

—Lo encontré de regreso de Oporto —dijo Sigurd Ojo de Serpiente—. El pobre perdió dos de sus cuatro naves, pero la mayoría de sus hombres siguen con él. Han saqueado el sur y han obtenido un botín excelente. Ahora desean unirse a nosotros de nuevo. Pensé que no podía negarme.

—¿Saqueado el sur?

Bjørn Costado de Hierro entrecerró sus ojos gris pálido. Tenía la intención de adentrarse en aguas moras sin previo aviso. Si Uggla Ugglason ya se había pasado por allí, era de suponer que los nativos estarían prevenidos.

—Puesto que le ha ido tan bien, ¿por qué ha regresado? —preguntó Halfdan Camisa Blanca con una breve contracción del rostro.

—Uggla dice que los moros poseen riquezas más allá de todo lo imaginable, pero que se protegen a conciencia. No piensa que pueda alcanzar más objetivos por su cuenta. La misión requiere una flota mayor.

—Así que, después de haberse enriquecido a nuestra costa —susurró Bjørn Costado de Hierro—, ahora busca seguridad aquí porque somos muy numerosos.

—¿Quieres que lo mate, Bjørn? —preguntó Halfdan Camisa Blanca enardecido—. ¿Una cuchillada en plena noche? ¿Una sombra que no vea venir?

Bjørn Costado de Hierro consideró la oferta pero al final sacudió la cabeza.

—Provocaríamos un conflicto con sus hombres. No podemos matarlos a todos. Para eso habría sido mejor que aceptáramos la oferta de Vímara Peres.

—¿Quién? —preguntó Sigurd Ojo de Serpiente.

Bjørn Costado de Hierro empezó a explicarle lo sucedido durante su ausencia, aunque acabó por volverse hacia Bella e informarle en sajón acerca del asalto de los soldados cristianos y su resultado. Por su mediación le llegó el relato a su esposo, que esbozó una sonrisa.

—Entonces no hay problema. Todo aquel que esté ávido por obtener plata con rapidez puede pasar el resto del invierno bajo banderas cristianas.

—Vímara Peres no desembolsará las treinta monedas de plata antes del próximo otoño. Necesita hombres para conquistar Oporto este verano.

—Pues todavía mejor —opinó Sigurd Ojo de Serpiente—. Nos vimos

obligados a permanecer en una zona que estaba extramuros mientras negociábamos, pero la ciudad es grande y rica. Le espera un buen saqueo a aquel que se encuentre allí en el momento de la toma de Oporto.

—A los varegos no se les permite saquear —ronroneó Costado de Hierro—, además, ya se han marchado los doscientos voluntarios. Nuestros objetivos se encuentran mucho más al sur.

—Estamos aquí para ganar bienes propios —Halfdan Camisa Blanca continuó el argumento de su hermanastro mayor—, no para vernos envueltos en una guerra particular.

Bella dejó a los hijos de Lodbrog con su discusión cuando le hice señas de que me siguiera. Le indicó a Ylva con la mano que nos acompañara hasta la orilla de Islote de Thor, donde nos esperaba un bote con cuatro remeros. Una vez que hubimos zarpado, vino junto mí a la proa. Su afilada mirada pedía una respuesta.

—Aquí navegamos solos Ravn Hijo de Bue y yo la noche después del enfrentamiento con los cristianos —dije en sajón—. Aquella noche me confió que iba a dejar que el ejército de Vímara Peres lo reclutase.

—¿Así que se te escapó?

—Digamos que nadie lo ha visto desde entonces. Al día siguiente le comuniqué su decisión a Bjørn Costado de Hierro. A los demás varegos les dije que él había partido antes hacia el campamento de los cristianos. Ninguna de las dos cosas es cierta.

Cuando llegamos al continente, Bella, Ylva y yo desembarcamos para seguir la ribera del río hasta los restos de una choza con techado de paja junto a un redil abandonado. Detrás de la cabaña, una cueva hendía la ladera rocosa revestida de hierba. La escudera esperó fuera mientras Bella y yo continuamos adentrándonos en la oscuridad. La cueva era lo bastante alta como para caminar erguidos. El olor a putrefacción nos importunó ya a cuatro o cinco pasos de distancia de la entrada.

—En nuestra tierra, las heladas conservan un cadáver todo el invierno —dije de forma críptica—. Con el calor del sur, se descompone rápidamente.

Bella estuvo a punto de caer al tropezar con una caja de madera de la longitud de un hombre, construida de forma tosca, que se encontraba sobre el suelo rugoso de la cueva. Aparté los bloques de piedra de la tapa. Bella

contempló el cadáver y se estremeció cuando vio el amasijo de piel desgarrada del rostro. También le faltaba una oreja.

—¿Qué pasó?

—La primera noche lo dejé aquí dentro desprotegido. Debieron de encontrarlo unos perros asilvestrados del valle. Lo primero que buscan son las partes blandas. Construí el arcón para que no se comiesen el resto del cuerpo.

Bella jadeaba por la repugnancia al inclinarse sobre el cadáver, pero en el rostro destrozado reconoció los huesecillos blancos de la barba trenzada. Su mirada se deslizó con presteza por el resto del cuerpo.

—Tiene una herida en el costado —constató.

—Le clavé mi sax mientras estaba sentado al remo. Era de noche. En mitad del río. Sin testigos. Se desangró de inmediato.

Se dirigió hacia la salida de la cueva. Allí se quedó en pie, tapándose la nariz con la mano mientras yo colocaba la tapa sobre el arcón y salía afuera con ella.

—Sé que preferirías haber visto a Ravn Hijo de Bue muerto hace medio año —dije—, pero no era tan sencillo. Gozaba de la simpatía de los hombres de tu esposo. Bjørn Costado de Hierro me pidió que lo vigilase. Si en ese momento Hijo de Bue hubiese desaparecido de pronto, la gente habría sospechado. Ahora todos creen que es un varego de Vímara Peres. Espero que tú también reconozcas que es mejor así.

Observé el delicado perfil de mi hermanastra. Respiró hondo para dominar las arcadas y me miró por el rabillo del ojo.

—Eres más astuto que los demás, Rolf Cuñado de Sigurd —dijo—. No debería haber dudado de tu capacidad para llevar a cabo el trabajo que te encomendé. Igual que un conde, consideras diversos modos de proceder y no actúas por impulso.

Su cumplido era una réplica de aquel que Ravn Hijo de Bue me había dicho en el bote sobre el río. Le agradecí sus amables palabras.

—Y ahora querrás tu recompensa.

No percibí ningún entusiasmo en su voz y tampoco hizo amago de ir a cumplir su vaga promesa, lo cual me venía bien.

—Ambos sabemos que aquella vez en las ruinas romanas me forzaste. —Hablé más alto de lo estrictamente necesario—. Ya me ha costado mi amistad

con Hastein. No quiero hacer más sacrificios.

—Sacrificios —repitió sorprendida.

—Es posible que los Ases cometan incesto —proseguí—, pero yo no.

—¿Qué quieres, entonces? ¿Plata?

La vida le había enseñado a Bella que todos los hombres éramos iguales y que íbamos detrás de una única cosa.

Su capacidad para entregarse siempre le había sido muy útil, y tenía en alta estima sus habilidades. Ahora estaba en guardia. Lo siguiente exigía ir con tiento.

—Por encargo de mi señora condesa he matado a un hombre al que empezaba a respetar enormemente. No quiero beneficiarme de ello. Si nosotros dos hemos de tener una relación, de ahora en adelante será fraternal. Nada más, aunque tampoco nada menos.

Poco a poco se dio cuenta de que yo pensaba lo que decía. La dura máscara de su rostro se aflojó. De pronto le faltaban las palabras.

—Siempre he deseado tener un hermano.

—Y yo una hermana —respondí aun cuando no fuera cierto.

La representación ya había durado lo suficiente. Había logrado que Bella dijese las palabras que yo esperaba y ahora me sentía impaciente por librarme de ella.

—Ha llegado algo tarde para ambos —continué—, pero intentaremos sacar el mejor partido de ello.

La frialdad de sus enormes ojos azul celeste se deshizo. Con precaución, como si tuviese miedo de que la rechazara, se aproximó y me abrazó.

—Gracias —susurró.

—Deberíamos pensar en regresar, señora. —Ylva se hallaba un poco más allá con la mano sobre uno de los postes del redil vacío—. Tu esposo se va a extrañar.

—Qué más da Sigurd.

—Seguro que también Halfdan Camisa Blanca te echa en falta.

Bella me soltó y volvió a congelarse en su altiva arrogancia.

—Está bien. Como siempre tengo que encargarme de mantenerlo todo atado.

Las dos mujeres marcharon juntas por los juncales a lo largo de la ribera

del río en dirección al bote. Antes de que las perdiese de vista, la escudera se volvió por un instante para mirarme con recelo. Después desaparecieron.

—Vaya una harpía —dijo una voz desde la cueva a mis espaldas—. ¿Cómo podía estar tan prendado de ese monstruo?

Desde el fondo oscuro de la cueva, donde yo le había pedido que esperase, Hastein había oído todo lo que Bella y yo nos dijimos. También él hablaba sajón y no tuvo dificultad en seguir la conversación.

—A lo mejor hay algo más que eso en ella —murmuré.

Un momento antes de que Ylva nos interrumpiese, una hendidura en la coraza de mi hermanastra me permitió ver el destello de una muchacha vulnerable. No se correspondía en modo alguno con la impresión que por lo común tenía de ella, y me dejó confundido.

Otra voz procedente de la oscuridad de la cueva se inmiscuyó.

—Si una mujer como esa toma las decisiones por el conde Sigurd, no me pesa irme de varego con Vímara Peres.

Ravn Hijo de Bue vino hacia nosotros.

Durante nuestro viaje en bote por el río no le clavé mi sax en la cintura como le había hecho creer a Bella, en lugar de eso le conté la sed de venganza de ella y le pedí ayuda. Después de haber escuchado toda la historia, concluyó que era preferible servir en una guerra extranjera que exponerse a la ira de la poderosa parienta del conde.

—¿Qué pasa con este? —Hastein hizo un movimiento de cabeza en dirección al cadáver del arcón.

—El hermano Jarvis nos puede ayudar a dar sepultura al pobre de manera cristiana —dije.

Ravn Hijo de Bue y yo hallamos al muerto entre los guerreros caídos de Vímara Peres que yacían aún sobre la pradera el día posterior al combate. Tenía una extensa barba oscura de la misma longitud que la de Hijo de Bue. Con esmero la aclaramos y la trenzamos con huesos de un conejo. En la oscuridad de la cueva, la ilusión había sido perfecta. Lo único acerca de lo que no mentí fue sobre los perros asilvestrados del valle y su predilección por las partes blandas al descubierto.

—¿Por qué no lo dejamos aquí? —preguntó Hastein.

—¿No nos arriesgaremos a que nos persiga su fantasma?

Yo no tenía miedo de los aparecidos; en cambio, los otros dos se estremecían solo de pensarlo. Al haberme criado en el bosque no temía sino a aquello que pudiese ver. Pero el soldado cristiano nos había sido de gran ayuda y merecía respeto.

—Voy a buscar a Jarvis. —A Hastein le costaba mirarme a los ojos—. He sido injusto contigo, Rolf. No debería haber dudado de ti. Estuve hablando mal de ti a tus espaldas con los del Grupo de la Almenara. Te prometo...

—El Grupo de la Almenara no tiene importancia —le interrumpí.

Ambos pusimos una mano sobre el hombro del otro y nos miramos antes de que Hastein se marchase a Islote de Thor. Me quedé junto a la cueva con Ravn Hijo de Bue. El guerrero de la barba trenzada quería decir algo para lo que no encontraba palabras.

—La diosa de la fertilidad, Freja, se deslizó furtivamente un día en el interior del mundo subterráneo de los enanos —comenzó a narrarme su historia—. Llegó a una caverna en donde cuatro orfebres estaban haciendo un collar maravilloso. Se llamaba Brisینگamen y llevaba incrustadas las piedras preciosas más refinadas. Freja preguntó a los enanos cuánto pedían por la joya. «No la vendemos, pero tendrás el collar si pasas una noche con cada uno de nosotros», respondieron.

No tenía idea de adonde conducía la historia e intenté interrumpirle.

—Freja cumplió el deseo de los enanos —insistió—. Se llevó la joya a Asgård pero rara vez la mostraba, pues se avergonzaba del modo en que la había conseguido. No obstante, Loke se enteró de la historia y cuando se la contó a Odín, el Padre de Todos, le pidió que le trajese el collar. Freja, al descubrir el robo del Brisینگamen, se indignó y fue a pedirle cuentas a Odín. «Solo recuperarás tu collar si logras llenar de guerreros el Valhalla», dijo. Freja se dirigió de inmediato al mundo de los humanos y mediante sus encantos enseguida desató una guerra entre dos reyes. Cada uno tenía veinte condes que enviaron todos sus guerreros a combatir. La contienda duró ciento cuarenta y tres años, muchas generaciones de jóvenes perecieron. Pero Freja, recuperó su collar y lo llevó con orgullo, porque ahora lo había ganado como es debido.

—Bella no es Freja —repuse.

—Desde luego —concedió—, porque es morena y no rubia. Sin embargo,

utiliza métodos idénticos para obtener lo que se propone. Tu hermanastra carece de escrúpulos y tiene claras sus metas. Si alguna vez descubre que la has engañado, se vengará de una forma terrible.

Me tendió la mano. Le agarré alrededor de la muñeca y él hizo lo mismo con la mía.

—Aún me pesa haber matado a tu tía paterna —dijo como despedida.

—Tan solo obedecías órdenes de tu conde —respondí.

De regreso en la cueva contemplé un largo rato los huesos de conejo en la barba trenzada del cadáver. Durante los días que Hijo de Bue y yo estuvimos preparando al soldado cristiano para engañar a Bella, había estado pensando en cuál podía haber sido la historia de aquel desgraciado.

¿Sería un huérfano que malvivió toda su existencia y solo por necesidad fue a la guerra? ¿Le habrían obligado a luchar, como a los campesinos de Inglaterra, que tienen que obedecer al rey cuando reúnen un *fyrð*? ¿O quizá los moros aniquilaron a su familia y se alistó con el fin de vengarlos? Dichas preguntas me condujeron a otras: ¿pues acaso nosotros no habíamos ido dejando tras nuestra estela un ingente reguero de víctimas inocentes? ¿Cuántas familias rompimos en Predio de Thor? ¿Cuántos hijos e hijas habríamos vendido a dueños crueles? ¿Cuántos padres estaban llorando ahora por sus hijos, que vivirían el resto de su corta vida como esclavos?

Parecía irónico que un hombre muerto me llevase a pensar de ese modo. Aunque el Cristo Blanco no me convencía demasiado y sus seguidores quejumbrosos seguían sin inspirarme respeto alguno, comencé a entender la ira del hermano Jarvis por nuestra conducta tan salvaje.

Se lo dije cuando Hastein regresó con él.

—Me alegra que te arrepientas de tu crueldad. —Jarvis observaba con la mirada afligida el cadáver del arcón—. Puede que otros se beneficien de tu cambio de parecer. A este mísero no le va a servir de nada.

—Eso podrías comentarlo con Vímara Peres —dije—. Sacrificó a veinte de sus hombres simplemente para saber si valíamos para algo.

—Es cierto —admitió—. Los cristianos también cometen atrocidades. Ni siquiera yo he sido mucho mejor que ellos.

Hastein se había puesto a cavar cerca de la cueva, pues conocía los ritos de los cristianos lo bastante bien como para saber que necesitaríamos un hoyo donde sepultar el cadáver, en lugar de quemarlo en una hoguera.

—Nunca te he contado esto —prosiguió Jarvis—, pero una vez yo también fui un guerrero.

Había sido testigo de su habilidad con la espada. Hasta le vi matar a otros cristianos.

—Sé lo que estás pensando, pero en el palacio episcopal de Jorvik defendía a mi obispo contra los hombres que querían matarlo. Fue en mi juventud cuando no sentía sino ira contra el mundo. Me enrolé en el ejército del rey de Wessex. Navegamos por el canal hasta el reino de los francos. Matamos a cristianos. Matamos a monjes. Desvalijamos monasterios. Exactamente igual que tú, Rolf. Mi último saqueo tuvo lugar en Bretaña, donde mis compañeros y yo caímos en una emboscada. Los lugareños nos torturaron durante días hasta que finalmente hicieron una hoguera para quemarnos vivos. Entonces pasó por allí un monje de un monasterio cercano. Les suplicó a los bretones que, como buenos cristianos, perdonaran nuestros pecados. Los bretones le dijeron que se fuera al infierno. Al final, el monje logró que liberasen al más joven de nosotros. A mí. Me sacó de allí echado sobre una carreta mientras encendían la hoguera. Oía los gritos de mis compañeros. Aún puedo oler sus cuerpos abrasados.

Al pequeño hermano lego se le humedecieron los ojos y le tembló la voz.

—El monje me llevó consigo a su monasterio, donde me cuidó. Por primera vez experimentaba yo la bondad por parte de otro ser humano. Pasó mucho tiempo antes de que me repusiese, pero en cuanto lo hice pregunté si podía quedarme en el monasterio.

Calló con una expresión ensimismada en el rostro.

—¿No te dejaron quedarte? —pregunté.

—Por supuesto que sí. —Se enderezó y sonrió beatíficamente—. Allí viví diez años. Paz, silencio y rezos sin fin.

Me recorrió un escalofrío y contuve mis emociones. La idea de lo que es la felicidad varía mucho de una persona a otra.

—¿Cómo regresaste a Inglaterra?

—Una mañana se acabó la paz —suspiró—. Dos naves largas con nórdicos llegaron durante la noche. Desde la playa, los guerreros habían subido a la carrera por la colina y esperaban ocultos fuera del portón. Al abrir entraron en tromba. Me defendí como un poseso. Desde luego no había armas en el monasterio, pero con el hacha que usábamos para cortar leña maté a cinco de los asaltantes e hice huir al resto: un único hombre.

—¿Y los monjes te ovacionaron?

—Me expulsaron.

Por un instante creí que bromeaba. Nada más lejos de la realidad.

—El abad dijo que no podía tener a un asesino en su rebaño y que la aparición de los nórdicos era el castigo de Dios por haberme hospedado.

—Jamás he oído una tontería igual.

—No es ninguna tontería —dijo Jarvis sombrío—. Él tenía razón. Hice el viaje de regreso a Wessex e intenté expiar mis pecados. Fui de aldea en aldea predicando la palabra del Señor. Entretanto, recaí en el pecado porque robé. En otras ocasiones conservaba la virtud pero tenía hambre. Al final llegué al monasterio de Creca, donde el hermano Offame dio alojamiento. También allí viví diez años. El día que se cumplía el aniversario de mi llegada se oyeron rumores acerca de los nórdicos. Es cierto que no habían assolado Northumbria desde hacía una generación, pero yo sabía lo que iba a suceder, así que conseguí que el abad se llevase a los monjes y las cosas de valor a Eoforwic. Solo se quedaron un par de ellos para cuidar de los edificios. El resto de la historia ya la conoces.

Desde luego que la conocía, y de pronto me sentí mal por haberle mostrado a Ylva y sus noruegos el camino hacia el monasterio, puesto que, enojados por no encontrar un buen botín, mataron a tres monjes.

—Si el Cristo Blanco castiga a cien inocentes por los pecados de un solo hombre —dije—, entonces no vale la pena rezar.

—¿Y qué hay de tus dioses? —preguntó—. *He escuchado* las historias: un dios superior a los demás que colecciona cadáveres en su palacio. Una diosa del amor que incita a hombres a pelear y morir por culpa de un adorno. Un

dios del trueno que marcha por el mundo matando a quienquiera que sea con sus rayos. ¿De verdad crees que eso es mejor?

La idea que el hermano Jarvis tenía de los Ases se hallaba deformada por su propia fe. Busqué en vano palabras con las que defender a mis dioses.

—El hoyo ya está hecho —interrumpió Hastein—. ¿Acabamos con esto?

Hastein y yo hundimos el arcón en la fosa. Una vez que Jarvis hubo rezado sobre ella, la cubrimos con tierra.

—He de regresar enseguida —dije—. Sigurd Ojo de Serpiente se preguntará qué ha sido de mí.

—Quizá no —dijo Jarvis—. Debe de estar muy ocupado preparando sus naves.

—¿Por qué?

—He olvidado decírtelo —volvió a interrumpir Hastein mientras levantaba la vista con una mirada de disculpa—. Bjørn Costado de Hierro ha dado orden de partir de Islote de Thor. La flota continúa navegando.

—¿Hacia dónde?

—A al-Lishbuna.

El día era cálido y despejado. A través del angosto estrecho que daba al mar, acompañados por un viento fresco del oeste, nos adentrábamos en la ensenada cuya orilla sur aparecía envuelta en bruma.

En cambio, sobre la orilla norte, al-Lishbuna se veía nítidamente. Se hallaba situada en una loma desde cuya cima una fortaleza gris con torres y capiteles extendía sus muros a modo de brazos protectores alrededor de la ciudad. Las casas se aferraban a la ladera en una interminable confusión de arenisca amarilla, revoque blanco y tejados de teja de color naranja pálido. Las contraventanas protegían a los habitantes de los rayos de sol, cálidos a pesar de que estaba arrancando la primavera. Por todas partes se veía a gente en la fría sombra de las empinadas calles. Todas corrían en la misma dirección, bajaban hacia la poderosa muralla que se levantaba sobre la playa.

—Yo diría que sí.

Bjørn Costado de Hierro permanecía de pie con una manaza sobre la borda mientras con la otra se estiraba la barba gris.

—¿Este es el aspecto que debería presentar al-Lishbuna según lo que te contó Åsgeir? —preguntó Halfdan Camisa Blanca con una mueca.

—No exactamente —admitió Costado de Hierro—. La fortaleza sobre la montaña coincide. Detrás de sus paredes, Åsgeir presentía riquezas inimaginables. También describió los muros hacia el campo. La muralla junto al mar es nueva.

Las fortificaciones que protegían la línea costera de al-Lishbuna parecían en verdad de reciente construcción. En contraposición a las cuadradas torres grises de la fortaleza, la muralla de color arena se veía interrumpida por pabellones poligonales con estrechas aspilleras y tejados sinuosos de estilo islámico. Tras un parapeto de esmerado diseño, los habitantes gritaban en una lengua gutural hacia nuestra flota, que aún se estaba dirigiendo a la bahía. El tropel de naves multicolor se mecía sobre las olas abarcando toda la vista.

—¿Por qué no terminas de adentrarte y los atacas, Bjørn Costado de Hierro?

Reconocimos la voz y nos volvimos hacia la nave larga de Ugglason, que navegaba a un tiro de piedra.

—Te invito a que lo pruebes tú si quieres —bramó hacia atrás Costado de Hierro.

Durante todo el viaje desde la desembocadura del río Minho hasta al-Lishbuna, Ugglason había aprovechado cualquier ocasión para provocar al gigante de la barba gris, quien a medida que pasaba el tiempo había dejado de mantener su fachada de serenidad imperturbable. Hastein, de pie junto a su padrino, tenía la mirada clavada en la ciudad.

—Por desgracia, parece que el horrendo sueco lleva razón —dijo—. ¿Cómo vamos a pasar esos muros que alcanzan una altura de cinco hombres?

—Quizá no tengamos que intentarlo —ronroneó Bjørn Costado de Hierro mirando la nave larga de Ugglason, que viraba para dirigirse a tierra. La actividad en los muros crecía cuanto más se aproximaba.

—¿Qué habrá pensado hacer?

—Eso es lo que me vas a contar —dijo Costado de Hierro—, porque tu vista es mejor que la mía. Pero creo adivinar que tiene en la mente hacer alguna estupidez.

—Navega a lo largo de la muralla de al-Lishbuna a un tiro de flecha de la entrada al puerto —relató Hastein—, manteniéndose lo suficientemente lejos de la costa como para no encallar.

Un estallido espontáneo del resto de la tripulación hizo ronronear a Bjørn Costado de Hierro:

—¿Y ahora?

—Un bloque de piedra ha salido volando desde algún lugar de detrás de la

muralla. —La voz de Hastein se iluminó por la excitación—. Es el doble de grande que la cabeza de un hombre. Va dirigida a Uggla Ugglasson. Ahora lo alcanza. No, espera. Sigue navegando. Pero toda la tripulación está empapada por la salpicadura.

—Avisa cuando lancen la próxima piedra —musitó Costado de Hierro.

—¿La próxima?

A Hastein le costaba creer que los defensores de al-Lishbuna pudieran repetir el malabarismo. Un grito colectivo anunció que acababa de suceder. El segundo bloque de piedra rasgó la vela del conde sueco como un cuchillo un trozo de pergamino.

—Ahora han puesto los remos en el agua —dijo Hastein—. Puedes oír a los remeros.

Los gritos rítmicos de los hombres de Uggla Ugglasson nos llegaban a través de la bahía.

Otra nave se aproximaba a nosotros desde el litoral. Sobre la bancada se erguía Bella, distante y hermosa, hablando a su marido. La tarde anterior había solicitado a mi cuñado permiso para desembarcar con Hastein y el resto del Grupo de la Almenara. Ahora ya no parecía una cosa tan halagüeña.

—¡Ey, hermano! —gritó Sigurd Ojo de Serpiente una vez que su esposa hubo terminado de aconsejarle—. ¿Los moros tienen gigantes detrás de la muralla?

—Que esa mujer tan necia no haga cundir el pánico entre mi flota.

Costado de Hierro se volvió hacia su hermanastro más joven, pero era a Bella a quien sus estrechos ojos gris pálido miraban de hito en hito.

—No son seres vivos, Sigurd. Sino artefactos de guerra.

—¿Qué clase de artefacto podría lanzar piedras como esa?

El conde de la barba negra miró hacia la ciudad, donde otra piedra echó a volar en busca de Uggla Ugglasson aunque sin consecuencias. Cayó al agua detrás de la nave larga.

—Es la artimaña que los moros pusieron en práctica contra Åsgeir. Por eso perdió. Vamos a continuar rumbo al sur.

—¿Y dejaremos atrás todas las riquezas de al-Lishbuna?

—Ya veremos. Pasaremos otra vez por aquí de regreso a casa.

Replegaron las velas e introdujeron los remos en los agujeros

correspondientes. Las ocho naves largas de Bjørn Costado de Hierro salieron a través del estrecho hacia mar abierto antes incluso de que el resto de la flota hubiese llegado a entrar en la bahía. Desde bordas y bancadas, los que gobernaban las naves y el resto de la tripulación se quedaron mirándonos fijamente hasta que comprendieron lo que sucedía y comenzaron a dar la vuelta. A la caña del timón iba Costado de Hierro con una expresión seria en su semblante de barba gris.

Había caído en la trampa de Uggla Ugglasson y presentía lo que vendría después.

—¡Saliste con el rabo entre las piernas! —gritó Uggla Ugglasson con regocijo—. El gran Bjørn Costado de Hierro siguió su camino abandonando un rico botín a sus espaldas sin luchar. ¿Puede llamarse vikingo un hombre así?

El conde sueco les ofreció un bailecito delante de la hoguera de los grandes señores. Se podía presentir que muchos de los que se hallaban en el círculo le daban la razón, aunque ninguno osara manifestarlo.

En nuestro viaje hacia el sur desde al-Lishbuna habíamos tenido dificultades para encontrar lugares sin gente donde desembarcar. Era evidente que la costa se hallaba bastante más poblada en las aguas musulmanas que en las cristianas. Yo permanecí a bordo de la nave larga de Bjørn Costado de Hierro. Fue estupendo volver a navegar con Hastein y mis amigos, pues nuestras desavenencias pertenecían al pasado, así que nos sentamos juntos durante la travesía entre multitud de charlas y risas. Después de algunos días topamos con un largo tramo de marismas desiertas donde la costa giraba bruscamente hacia el este. Allí ocultamos los barcos entre los juncales con los mástiles tumbados.

Otra ocasión que aprovechó Uggla Ugglasson para burlarse de Costado de Hierro.

—Prefieres esconderte en un cenagal en lugar de enfrentarte cara a cara con el enemigo —chilló—. ¡Sí que eres un guerrero valiente!

Uggla Ugglasson se pavoneaba de aquí para allá por delante de sus suecos,

contentos por su éxito. Poderoso, Bjørn Costado de Hierro se sentaba callado sobre un tronco, tragándose la infamia con los anchos brazos cruzados encima de la panza.

—¡Tú ya habías estado en al-Lishbuna! —gritó Hastein—. Sabías lo que nos aguardaba.

Durante un breve instante se hizo el silencio en tomo a la hoguera. Entonces, los suecos comenzaron de nuevo a reír y bravuconear. Uggla Ugglasson se acercó con su sonrisa desdentada al único que alzó la voz para defender a Costado de Hierro.

—Hablas como si tuvieras algún criterio, muchacho. ¿Crees que me habría aproximado de haber sabido que nos iban a lanzar piedras con esas máquinas? Pero es verdad que he recopilado información acerca del mar del Sur. De mayor provecho que la cháchara de un comerciante a la que prestó oídos Costado de Hierro.

Esta alusión provocó que al fin Bjørn Costado de Hierro se levantase. Todos tenían interés en oír qué iba a decir, así que los comentarios y los gritos se extinguieron enseguida.

—Mi famoso padre, Ragnar Lodbrog, afirmaba siempre que es de necios no escuchar a los que saben de un asunto más que uno mismo. Convengo que es posible que ahora mismo tu saber supere al mío, Uggla Ugglasson. Por ello lo adecuado será que a partir de este momento seas el líder de la expedición. Te deseo mucha suerte.

En el silencio estupefacto que siguió a dicha concesión, Bjørn Costado de Hierro volvió a sentarse, ahora con una mirada vacía. A medida que el anuncio fue calando en los suecos, estos empezaron a zarandear a su conde y a darle palmadas en la espalda.

—Ese perro me las va a pagar —bufó roncamente Halfdan Camisa Blanca—. Ese hombre estará muerto antes de que amanezca.

—Ni hablar —ronroneó Costado de Hierro—. Dirigir una expedición con tantos condes y grandes señores es como ser el pastor de una colonia de gatos. Estoy cansado de este desgaste, así que cedo con gusto la responsabilidad a fuerzas más jóvenes.

En el extremo opuesto de la hoguera, Uggla Ugglasson reflexionaba sobre si no se trataría de una trampa. El traspaso de poder había ocurrido sin

ceremonias, y le costaba asumir su fortuna. Sin embargo, el júbilo de los demás suecos enseguida le arrancó ánimos y risas. Durante un rato disfrutó del aplauso. Después alzó los brazos para hacerse oír.

—Zarparemos mañana —gritó—. Tras unos días de navegación llegaremos a una bahía con la desembocadura de un río y una ciudad portuaria. La ciudad se llama Shaluqa, aunque es un modesto objetivo en comparación con lo que nos espera al remontar el río.

Las llamas iluminaban los semblantes barbudos. Los grandes señores se alegraron de que el conde sueco conociera tan bien esa zona, pero en los demás predominaba un silencio denso y cargado.

—¡Ishbiliya! —gritó Uggla Ugglasson con ojos brillantes—. Una ciudad tan grande y rica que logra que Oporto y al-Lishbuna parezcan aldeas. Cuando hace un mes mis hombres y yo estuvimos por allí, navegamos tan cerca que pudimos atisbar los muros a lo lejos. Vimos torres, capiteles y una tremenda cúpula cubierta de oro. Incluso las torres de vigilancia tenían la cima del capitel de color dorado.

Un zumbido se extendió por el círculo. Ninguno había oído hablar antes de tal opulencia.

—No pasarías junto a una gran isla que está en medio del río, ¿verdad?

Uggla Ugglasson miró embobado a Bjørn Costado de Hierro, que era quien le había formulado la pregunta.

—Encontré varias islas en la corriente —respondió con cautela.

—Hablo de la isla en donde Åsgeir tuvo que abandonar a unos doscientos hombres hace veinticinco años. Por lo que se dice, siguen viviendo allí.

—Como pastores de ovejas y haciendo quesos —recordó el conde sueco con desprecio—. ¿Por qué me iba a tomar la molestia de visitarlos?

—Después de todo este tiempo es posible que se hayan formado una idea de cómo se podrían superar los muros de Ishbiliya.

Uggla Ugglasson sabía que Costado de Hierro tenía razón, pero agitó la mano en señal de menosprecio.

—Contamos con ochenta naves y dos mil doscientos hombres ansiosos por guerrear. ¿Cómo podrían impedirnos los moros la entrada a su ciudad?

—¿A lo mejor con un par de artefactos de esos que han estado a punto de quitarte la vida en al-Lishbuna?

Algunos de los allí reunidos no habían podido contemplar la batalla que se acababa de mencionar, pero los rumores sobre los bloques de piedra volantes se habían extendido. Los grandes hombres sentados sobre los troncos se removieron inquietos.

—Como podéis comprobar —dijo el conde sueco poniendo el dedo pulgar contra el pecho—, hace falta algo más que un artilugio para acabar conmigo y mi buena suerte.

—¿Eso vale también para los demás?

En un grupo de guerreros tan amplio siempre hay algún aguafiestas. Eso era algo que Bjørn Costado de Hierro sabía mejor que nadie y disfrutaba desempeñando ese papel.

—Lo único importante para todos nosotros —respondió el conde sueco— es evitar la vergüenza de regresar a casa y tener que mirar a nuestra familia a los ojos sin haber intentado saquear la ciudad mora más rica.

—La segunda más rica —le corrigió Costado de Hierro—. Qurtuba guarda aún mayores riquezas que Ishbiliya.

—La capital del emirato se halla en el interior del país, de forma que difícilmente podríamos llegar hasta ella. Deberías saberlo si tus conocimientos de la zona igualaran a los míos.

—¿Así que en lo que respecta a Qurtuba viviremos con esa vergüenza?

Costado de Hierro no iba a soltar al nuevo líder tan fácilmente. Sin embargo, la reunión terminó tras acordar amistosamente que continuarían hacia la ciudad con tejados de oro. Cuando al día siguiente Uggla Ugglason dio la orden de partir, Costado de Hierro preparó de buena gana sus ocho naves para acompañar al resto de la expedición.

No soplaba demasiado viento, de modo que tuvieron que usar los remos. No obstante, los hombres irradiaban optimismo, pues preferían remar que estar sentados sin hacer nada. Ya entrado el día, el viento aumentó, como si los dioses nos ayudaran, anhelosos por ver el resultado de nuestros esfuerzos. El mar refulgía y las nubes descendían por el azul infinito. El terreno a babor se fue volviendo más llano y menos frondoso. Al final se convirtió en una larga playa de arena, enmarcada por un paisaje de dunas cubierto por arbustos y

leymus.

—Parece Jutlandia —sonrió Ojo de Serpiente con una pizca de añoranza en sus ojos verdes.

Yo había regresado a la nave larga de mi cuñado. De pie sobre la bancada miré hacia donde él me indicaba. Mucho más adelante, la playa se acababa en un cabo plano con una estrecha bahía.

—¡Shaluqa! —gritó Uggla Ugglason desde el puesto de vigía en su barco.

El conde sueco reptó febril por la pendiente de la proa de forma que los demás pudiéramos verle agitar las manos señalando una zona poblada poco extensa en la orilla sur de la bahía. Las pequeñas chozas estaban esparcidas a lo largo de la costa, por lo demás desierta, como piedras que hubiera dejado un niño por la arena.

—¿Dónde están las barcas? —preguntó Ojo de Serpiente.

—¿Las barcas? —repetí.

—Tienen redes colgadas para que se sequen. Es un pueblo de pescadores pero no hay ningún bote en la playa.

Por una vez, el conde de la barba negra fue más sagaz que el resto. A un tiempo. Bella, Ylva y yo escrutamos en la misma dirección y comprobamos que llevaba razón. Tampoco se veían naves ni embarcaciones fondeadas en el río, que solía ser una de las principales arterias de tráfico entre los moros.

—¿Qué significa eso? —preguntó Bella.

Nadie tenía una respuesta; además, solo unos pocos podrían entender lo que había dicho en sajón. Unas cuantas naves más delante, también Bjørn Costado de Hierro, Hastein y Halfdan Camisa Blanca miraban hacia el pequeño pueblo pesquero. Yo habría jurado que Costado de Hierro sonreía. Una vez que rodeamos el cabo a toda velocidad y empezamos a remontar el río, nos hizo señas de que aflojásemos la vela.

Ylva aprovechó que Sigurd Ojo de Serpiente estaba muy ocupado ejecutando la orden y comunicándosela por gestos a sus tripulaciones para bajar hasta mi remo y susurrarme unas palabras.

—Por la mañana temprano, Bjørn Costado de Hierro ha venido para instruirnos en esta maniobra.

—¿Detenerse en mitad de la bahía? —pregunté—. ¿Por qué?

—No nos ha dado explicaciones. Simplemente le ha pedido a su hermano

que estuviese preparado en caso de que fuera necesario.

No veía la razón por la que pudiera ser necesario. El río y sus riberas arenosas se adentraban en el paisaje y las dos naves que conservaba Uggla Uggla se aproximaban a buen ritmo a un recodo que viraba hacia el norte. Solo cuando llegamos allí pudimos ver lo que nos aguardaba en la corriente mucho más arriba.

Cientos de naves, barcas y botes se hallaban reunidos atravesados en el agua, encadenados o atados entre sí, de manera que formaban un muro de madera de una orilla a otra del río.

Detrás de las bordas, el sol refulgía en los cascos y las armas relucientes.

## 30

—¡Demos la vuelta! ¡Media vuelta! —El grito de Bjørn Costado de Hierro fue repetido por aquellos que gobernaban las naves a todo lo largo de la flota. Mientras yo me ocupaba del remo, Ylva se fue de nuevo a la bancada.

No resulta fácil dar la vuelta a una nave larga en marcha, así que por un momento la desembocadura del río apareció moteada de embarcaciones que procuraban evitar chocar durante la complicada maniobra. Los remos producían espuma al batir el agua, se arriaron las velas y se giraron los timones.

Los moros tajaron las sogas que mantenían unida la barricada sobre el río. A través de la abertura en la barrera, que de inmediato se amplió por la corriente, los barcos de guerra fueron avanzando. Los tablones ensamblados a modo de tingladillo de los cascos surgían del agua oscilando elegantes en proa y popa, los mástiles se alzaban en mitad del barco. Lo único que diferenciaba las naves moras de las nuestras era el color blanco de las velas.

La última vez que vi a Uggla Ugglason los moros habían alcanzado su nave larga y una horda de guerreros embutidos en sayas marrones se disponía a abordarla. Me pareció percibir una silueta sobre la bancada que nos amenazaba al resto con el puño cerrado, pero los barcos moros, que continuaban deslizándose a través de la barrera del río, pronto obstaculizaron la visión. Si no hubiera sido por el aviso de Bjørn Costado de Hierro, todos habríamos caído en esa emboscada.

—No creía que los moros fuesen marineros —gritó Sigurd Ojo de Serpiente cuando Costado de Hierro pasó junto a nosotros hacia mar abierto.

—Han pasado veinticinco años desde la visita de Åsgeir —bramó hacia atrás—. Si han tenido tiempo de levantar una muralla, también lo han tenido para construir una flota.

—Pero ¿cómo pueden parecerse tanto sus barcos a los nuestros?

—Los hombres que Åsgeir abandonó les han enseñado cómo construirlos.

¿No decías que fabricaban queso?

El gigante de la barba gris agitó con irritación la mano para desengañar a su hermanastro más joven y delegó en Bella la tarea de explicarle que, entre los doscientos guerreros que dejaron atrás, necesariamente tendría que haber alguno versado en barcos que prefiriese ganar plata como varego al servicio del emir que malviviendo como pastor de ovejas.

Costado de Hierro vociferó hacia los demás barcos de la flota:

—Ishbiliya no será nuestra. Los moros son demasiado fuertes. ¡Seguidme hasta el próximo objetivo!

—¿Qué objetivo? —le preguntaron.

¡Ya lo veréis!

Bjørn Costado de Hierro puso sus ocho naves largas rumbo al sur. Dado que Sigurd Ojo de Serpiente no era capaz de tomar una decisión rápida, lo mismo pasó con sus seis naves. Una vez catorce embarcaciones de la flota se hubieron orientado hacia el sur, el resto las siguieron.

Fue un largo trayecto en pleno mar huyendo de la flota del emir, que nos daba caza. Tras algunas horas frenéticas de navegación pasamos junto a un puerto situado en una península que se adentraba largamente en el mar. Torres y capiteles dibujaban el perfil de otra rica y acomodada ciudad, sobre cuyos muros refulgían cascos y lanzas al sol poniente.

—Qadis —bramó Bjørn Costado de Hierro desde su bancada mientras señalaba hacia tierra—. ¡Aquí también nos esperan!

Ahora navegábamos con el viento a favor; sin embargo, nadie se sentó a sotavento a jugar sobre un tablero o a realizar alguna tarea. La desventura de Uggla Ugglasson y nuestro destino ignoto nos llenaba a todos de inquietud. Los

hombres en pie formaban grupos que se bamboleaban con los movimientos de la nave mientras hablaban con voz apagada acerca de lo que nos esperaba.

Ya entrada la noche, los moros abandonaron la persecución. El viento era favorable y la noche serena, de modo que pudimos seguir navegando con tranquilidad, si bien en aguas enemigas no había tarea desprovista de riesgo. Al anoecer Ylva abandonó la bancada y se colocó junto a mí en la proa. Se inclinó contra la pendiente de la roda donde la cabeza de dragón se mofaba de lo que le rodeaba, y miró en la misma dirección que yo. Cinco barcos más allá, a babor, Bjørn Costado de Hierro navegaba firmemente hacia el sur. Mantenía una buena velocidad, aunque el peligro parecía haber pasado.

—¿Qué crees que va a suceder? —preguntó.

—¿Alguien te envía a preguntarme?

Miramos hacia la bancada donde Bella nos vigilaba con ojos incisivos.

—A mi señora le resulta difícil tomar decisiones cuando no sabe lo que ocurre.

—¿Y ella cree que yo sí lo sé?

La espalduda Ylva se encogió de hombros y sonrió.

—Ella dice que eres más enérgico de lo que uno podría pensar y más listo de lo que pareces. Me gustaría saber qué es lo que la ha llevado a tener esa percepción de ti.

Contemplé su semblante tosco que yo conocía tan bien. La nariz prominente. La barbilla angulosa. La mirada burlona de sus ojos juntos. Me di cuenta de que Ylva no me miraría de ese modo si creyese que era un asesino. Sentí como si una mano helada tocara mi nuca al comprender que ella daba por sentado que Ravn Hijo de Bue no estaba muerto.

—¿Se lo has contado? —pregunté.

—Bella ha quedado satisfecha. No quisiera perturbarla de nuevo.

Como siempre, mis secretos se hallaban seguros con Ylva.

—Tengo la sospecha —prosiguió— de que Hijo de Bue se ha puesto al servicio de Vímara Peres junto a los demás varegos.

Asentí sombrío. Servir como varego no estaba exento de peligro y temía que únicamente le hubiese brindado a mi amigo un poco más de tiempo. En aquella ocasión no sabía lo cerca que estaba de la verdad. Ylva volvió a sacar el tema que la preocupaba.

—¿Qué crees que pretende hacer Bjørn Costado de Hierro?

—El emir defiende esta zona de la costa que Ugglá Ugglason ha saqueado durante los últimos meses. Por eso nos esperaban en al-Lishbuna y Shaluqa. Y es la razón de que su flota nos haya perseguido hasta Qadis. Costado de Hierro tiene la esperanza de hallar aguas menos vigiladas más al sur.

Reflexionó sobre ello con la cabeza ladeada. Por fin asintió.

—Se lo diré a Bella.

Una vez que la escudera regresó a la bancada, me acomodé contra el costado de la nave. Las olas me mecieron provocándome el sueño de inmediato.

Me despertaron unos gritos a mi alrededor y me puse en pie. Lo primero que vi fue la silueta recortada de una montaña que se elevaba desde el mar al final de un istmo plano. El istmo se internaba en una bahía cuya suave curvatura estaba rodeada de montañas más bajas.

Los moros llaman a la montaña Jebel Tariq —es decir, peña de Tariq, en honor de su general Tariq ibn Ziyad, que ciento cincuenta años atrás comandó la invasión que expulsó a los cristianos de toda Hispania, a excepción de los territorios del norte— y constituye la marca del estrecho Bab al-Mahgrib, la puerta del este.

—¿Qué estás mirando, Rolf Lenguaraz? —oí decir en tono jovial a Sigurd Ojo de Serpiente detrás de mí—. Vete a babor.

Me volví y, aturdido, crucé la nave larga tambaleándome hasta el otro lado, hacia la borda donde el resto de la tripulación no despegaba los ojos de la orilla oeste de la bahía. Nuestra flota había aprovechado la débil luz para situarse furtivamente en las proximidades de una nueva ciudad portuaria cuyas miles de casas blancas se extendían bajo las colinas y las montañas del interior. Después me enteré de que la ciudad se llamaba al-Yazira.

Nos aproximábamos a los dos diques de al-Yazira. Sobre el más cercano se elevaba una torre octogonal de unos cuatro hombres de altura. Vigilantes y soldados gritaban desde un parapeto señalando hacia nuestra abigarrada flota. Un carguero moro de borda alta y vela triangular estaba saliendo del puerto al mismo tiempo que Bjørn Costado de Hierro se encaminaba hacia el interior.

Las dos embarcaciones se acercaban la una a la otra rápidamente, pues Costado de Hierro seguía navegando a toda vela. Por un instante pareció que

iban a chocar; sin embargo, el esbelto casco de la nave larga se encajonó entre el carguero y el dique. La barra transversal del mástil rascó la cima de la torre octogonal y Costado de Hierro estuvo a punto de zozobrar. El carguero salió de la bahía mientras los vigilantes de la torre, con la ayuda de un cabrestante, alzaban la cadena que normalmente impedía el acceso al puerto. Se tensaba en la superficie, dispuesta a desgarrar el vientre de toda embarcación que intentase forzar la entrada. No obstante, Bjørn Costado de Hierro había logrado entrar en la dársena.

Un grito de júbilo se elevó desde el resto de la flota. Las naves largas que se encontraban más próximas al carguero le dieron caza. Con cuerdas y garfios, las tripulaciones se impulsaron por encima de la borda. Los gritos de la tripulación mora, que luchaba en vano contra los atacantes, ondeaban sobre el agua.

En el puerto, Bjørn Costado de Hierro no puso directamente rumbo al muelle y la ciudad, sino que arrió la vela y usó los remos para dar la vuelta y acercarse al dique. Hastein y el Grupo de la Almenara saltaron sobre el pilar de piedra. Una breve lucha se desarrolló junto a una puerta abovedada enfrente de la torre.

Mis amigos penetraron en la torre. Aflojaron la cadena.

Al-Yazira quedaba abierta al mar.

A la luz oblicua de la temprana mañana, las naves largas entraron en el puerto. La mayoría se dirigió a la ciudad, cuya población estaría despertándose, pero Sigurd Ojo de Serpiente emprendió la misma maniobra que su hermanastro mayor y atracó junto al dique. La figura encorvada del pequeño hermano Jarvis saltó a tierra y corrió hacia la torre.

—Llegáis demasiado tarde. —Arriba del todo, por encima del parapeto, apareció el rostro entusiasmado de Halfdan Camisa Blanca—. En breve aquí solo quedarán cadáveres.

—¡Entonces llegamos en el momento adecuado! —gritó Sigurd Ojo de Serpiente—, pues eso significa que Bella estará a salvo ahí.

Un espasmo recorrió el semblante rasurado de Halfdan Camisa Blanca cuando vio a la esposa de su hermano mayor. Un instante después salió por la

puerta de la torre para ayudarla a desembarcar. Su espada y su cota de malla se hallaban rociadas de sangre. Intentó limpiarlas mientras corría, como si se avergonzase de su apariencia.

—No estoy hecha de cristal —protestó la condesa.

—De todos modos, es mejor que permanezcas aquí. —La voz de Halfdan Camisa Blanca era suave como si le hablara a un niño—. Nunca has presenciado un auténtico saqueo. El desenfreno de los hombres los torna sedientos de sangre.

En ese momento salió el Grupo de la Almenara por la puerta de la torre. Aparecieron los rostros rubicundos de Bjarni y Bård. En la pecosa cara de Fridtjof *el Largo*, sus ojos, muy abiertos, miraban fijamente. Sture de Selandia bramaba agitando los brazos. Incluso el noruego Thorvald resoplaba con fiereza.

Bella se estremeció y le dio la razón a su amante.

—Ylva se queda contigo. —Sigurd Ojo de Serpiente movió la cabeza asintiendo hacia la escudera, como si ya lo hubieran acordado antes.

—Yo también —dije.

Los hijos de Lodbrog y las dos mujeres se detuvieron.

—¿Renuncias voluntariamente al saqueo por cuidar de tu hermana? —preguntó Sigurd Ojo de Serpiente, que quería estar completamente seguro de haberme comprendido.

—Sí —respondí firme, aunque era una verdad a medias.

Bella no tenía nada que ver con mi negativa. Desde la ciudad, al otro lado del puerto, se oían los gritos de los habitantes de al-Yazira. Ese sonido me llenó de aversión.

—Él sabrá —ronroneó Bjørn Costado de Hierro—. Mejor para los demás. —Y azuzó a su tripulación para que regresase a bordo.

Hastein me miró un instante antes de saltar a la cubierta. Una silueta encorvada salió en último lugar por la puerta de la torre en dirección al borde del dique.

—Jarvis, quédate aquí con nosotros.

Me fijé en lo que el hermano Jarvis llevaba sujeto en la mano. La cabeza cortada del vigilante moro tenía una expresión embobada, como si la muerte le hubiera pillado desprevenido.

—Había prometido destruir la mezquita de Ishbiliya. —La mirada del pequeño hermano lego era distante, se veían salpicaduras de sangre en su hábito y en el pelo blanco como la nieve—. Ahora tendré que conformarme con quemar la de aquí.

Señaló una cúpula de tejas esmaltadas en azul que se alzaba sobre los techos, al otro lado del puerto. Las columnas de humo ondeaban en el cielo matinal desde las casas que rodeaban la imponente construcción.

—¿Por qué quieres destruir el templo de los moros? —pregunté.

—Es mi penitencia por haberos ayudado a atacar ciudades cristianas.

—Creía que el Cristo Blanco era un dios de paz.

—No cuando se trata de los enemigos de la fe. La incredulidad de Hispania ha invadido el territorio cristiano e implantado sus diabólicas prácticas. ¡Por ello tienen que morir!

Miré fijamente a mi viejo amigo y mentor, que, por lo general, actuaba de forma tan dulce y buena. No era la primera vez que veía alguna cosa distinta en él, pero el odio era algo nuevo.

—¿Vienes, monje sanador?

La nave larga de Sigurd Ojo de Serpiente ya se marchaba. Los hombres de Bjørn Costado de Hierro tenían aferrados los remos y comenzaban a zarpar. Jarvis saltó a bordo en el último momento.

Dentro de la angosta cámara de la torre octogonal había una gran máquina con una rueda dentada de hierro forjado pintado en negro. Era el cabrestante de la cadena. Detrás, había una escalera de carpintería. Ylva y yo pusimos una sólida tranca en la puerta, despejamos la escalera de muertos, subimos con Bella y finalmente accedimos a la parte superior de la torre a través de una trampilla. Tras echar un par de cadáveres por el parapeto contemplamos la ciudad.

A lo largo del muelle, todas las casas aparecían ya con sus puertas echadas a bajo. En muchos lugares, las llamas bailaban animadas. La mañana se llenó de llantos, gritos y humo. Los edificios se hallaban muy juntos, y las ascuas de los fuegos prendían fácilmente en las telas que se habían colgado en los tejados planos para protegerse del sol del mediodía, incendiando las vigas. Un

grupo de vikingos iba a la caza de una mujer con un niño en sus brazos. Ella se lanzó al mar, y mientras chillaba y chapoteaba para buscar al niño que había perdido ellos se reían señalándola con el dedo.

Presencí muchos episodios similares en Inglaterra. En Francia yo mismo participé en algunos. Por primera vez me posicioné. Pensé de nuevo en el soldado muerto dentro de la fosa junto al río. Antes de eso yo no reflexionaba acerca de si eran aceptables de nuestros actos ni veía a nuestras víctimas como seres humanos. Me sorprendí a mí mismo maldiciéndolo por esa nueva perspectiva que me había proporcionado. Desde su tumba cristiana complicaba mi vida mucho más de lo que yo quería.

—Es algo distinto de los relatos que me narra mi esposo.

Bella procuraba mantener una apariencia cínica, pero también le afectaba lo que veía.

Era aterrador. Un caos. Infierno, ruina y muerte, y me llenaba de desazón escuchar a mi hermanastra —que había intentado obligarme a matar a un hombre— hablar a coro con mi incipiente conciencia.

—A mí tampoco me ha gustado jamás —dijo Ylva.

—¿En serio? —pregunté.

—Mira a esos capullos. Entran y salen corriendo, prendiendo fuego. Quedarán montones de plata bajo el suelo y tras las paredes. Solo se llevan una décima parte a casa. El resto se pierde. Es estúpido, no tiene sentido.

—Mi tía paterna decía siempre que Dios es un niño que mete un palo en un hormiguero —explicó Bella luchando por mantener la calma—. No hay que esperar ayuda de Él.

Es evidente que ocurre lo mismo con Alá.

Parecía que se estuviese dirigiendo a alguien que se hallara justo enfrente de ella. Pero no había sino la dársena y la ciudad ardiendo.

—Papá nunca me perdonó que le hubiese quitado la vida a mamá al nacer. Jamás se dignaba mirarme. Solo cuando mi belleza empezó a trastornar al hijo del *ealdorman* me prestó atención. Lo que captó su interés fue mi valor como mercancía. Cinco monedas de plata le exigía a mi pretendiente cada vez que visitaba mi cama.

Los blandos labios se tensaban contra los dientes. Sus grandes ojos azul celeste centelleaban.

—Creía que el hijo del *ealdorman* y tú estabais prometidos —dije.

Me miró como si acabase de descubrir mi presencia.

—Eso es lo que papá contó a todo el mundo en la aldea. Pero ¿te lo imaginas? ¿La hija del herrero de una aldea con un noble? —Tiritó y prosiguió —: Papá subió de estatus. Hasta el *reeve* Eldrid le escuchaba durante las asambleas. Era lo único que le importaba.

Mi padre había vendido a mi madre, y ahora me enteraba de que también vendía a su hija.

—Si pudiera matarlo otra vez —susurré—, lo haría.

Bella me sonrió. Para variar era una sonrisa cálida. Su mano encontró la mía en el parapeto. Mi primer impulso fue retirarla, como si se tratara de una araña que hubiese trepado sobre ella, pero me dominé y la mantuve en el sitio.

—Allí estaba siempre mi tía paterna —dijo Bella—. Me bañaba después de que el hijo del *ealdorman* viniese a visitarme, para que pudiera sentirme limpia de nuevo.

En una de aquellas ocasiones yo me hallaba de pie con la cara pegada a la pared trezada de la herrería mirando fijamente a través de una grieta en el revoque de barro a la que en ese momento no sabía que era mi hermanastra, que desnuda se puso de pie en la tina. De repente me di cuenta de algo sobre lo que no había reflexionado antes: los campesinos sajones no se bañaban a menudo. Ningún otro en la aldea poseía ni esponja ni paño de lino con el que secarse.

Nuestra tía le había concedido a su sobrina ese lujo inaudito.

—Me enseñó —continuó Bella— que los hombres tienen su peculiar debilidad. Ven a una mujer hermosa y quieren poseerla. Pero si se los complace durante el tiempo y con la inteligencia suficientes, se los puede dominar. Aprendí a manejar a mi pretendiente. Mediante mi cuerpo. Ayudándome de su propio deseo. De hecho, al final quería casarse conmigo. Que fuera de su propiedad. Nunca supe si su padre le habría dado permiso, pues los nórdicos asaltaron la aldea, mataron a todos y me llevaron con ellos a su campamento. Cuando comprendí que iba a ser sacrificada durante el funeral de Ragnar Lodbrog, tuve que recordarme a mí misma lo que mi tía me enseñó: que mi cuerpo me daba poder sobre los hombres. Primero, Halfdan Camisa Blanca. Después, Sigurd Ojo de Serpiente. Gracias a ellos sobreviví. Gracias

a mi tía. Y gracias a Ylva.

Bella tendió la otra mano. Ylva sonrió un momento a su señora y dirigió de nuevo la vista a la ciudad. Era evidente que había oído todo eso antes. Juntos vimos al-Yazira consumirse en llamas anaranjadas, como una advertencia de lo que en breve pasaría con el resto del mundo.

—Tomé una decisión —sentenció Bella—. Jamás volvería a ser débil. Nunca más perdería el control. Y aquellos que me hicieran daño pagarían por ello.

## OTOÑO DE 870 - DÍA CUARTO

El anuncio de Sigurd Ojo de Serpiente de confiscar todas las armas no goza de una buena acogida entre la tripulación, pues a ninguno le agrada la idea de quedarse desarmado. Aun siendo reacios, los hombres de la popa obedecen. Todos respetan al conde de la barba negra; además, la orden tiene sentido. Las protestas comienzan en el momento en el que la recolecta alcanza la parte delantera de la nave.

—¿Cómo me voy a defender del asesino si te doy mi espada? —pregunta uno de los hombres.

—No necesitarás defenderte si nadie tiene armas.

El que protesta mira dentro del gran tonel con forma de cono. Espadas, hachas y puñales se encuentran apilados contra los laterales, que apestan al pescado desecado que han retirado de allí y han colocado en barriles más pequeños. Nadie suele pararse a pensar en la cantidad de armas que hay a bordo de una nave larga que marcha a la guerra. Cada hombre lleva un sax en la funda de la cadera. Todos poseen una espada o un hacha, si no ambas cosas. Además, la mayoría tiene un verduguillo. Algunos portan también un arco con las correspondientes flechas. El tonel contiene en total más de doscientas armas de mano para uso personal y aún falta que la proa entera entregue las suyas.

—¿Y qué le impediría a alguien ocultar un sax con el que podría asesinarlos al resto si estamos indefensos?

—Una vez que se hayan recogido todas las armas —resuena la voz de Sigurd Ojo de Serpiente sobre la cubierta de proa—, mis hombres registrarán el barco.

—¿Y si el asesino se encuentra entre tus hombres?

Se hace el silencio. Todos aguardan la respuesta.

—Ellos también han dejado sus armas en el tonel —dice el conde Sigurd por fin—. Solo Ylva, mis hermanos y yo vamos armados.

—¿Y qué nos garantiza que no encargará a tu guerrera o a tus hermanos que nos maten?

—¡Mi palabra! —responde el conde de la barba negra.

Todos preferirían oírle argumentar de forma convincente acerca de la imposibilidad de que el culpable se halle entre sus allegados, de que al menos alguien a bordo quede libre de sospecha. Pero no puede hacerlo.

—Es posible matar a un hombre con cualquier cosa —bufa Halfdan Camisa Blanca a sus espaldas—. Estrangularlo con una cuerda. Hundirle el cráneo con un palo. Ahogarlo en el barril de agua.

Sigurd Ojo de Serpiente mira a su hermano menor, cuyo semblante animan las convulsiones.

—Pocos hombres hay tan expertos como tú en ese terreno, hermano; sin embargo, ninguno de esos métodos es discreto. Si alguno lo intenta de tales maneras, conoceremos al culpable.

¿Y qué has pensado hacer con él?

—Eso depende de quién sea.

Los interrumpe el hombre que se niega a entregar su espada afirmando:

—Yo me quedo con mis armas.

A pesar de su lenta comprensión, Sigurd Ojo de Serpiente había contado con la negativa, y alarga de inmediato el brazo. El otro está preparado y consigue zafarse al mismo tiempo que saca su sax. Los gritos se elevan sobre la cubierta cuando Sigurd Ojo de Serpiente se quiebra con el puñal clavado en el estómago.

Para asombro de todos se yergue de inmediato, arranca el arma de la mano de su oponente y desenfunda su espada. Sigurd no necesita apresurarse, porque el otro se halla tan paralizado que no puede reaccionar. A continuación lanza las dos armas por la borda. Con un chapuzón desaparecen entre las olas.

—¿Cómo es posible que no estés herido?

—Mi mujer me pidió que llevase la cota de malla de Ylva bajo la saya. Ya ves que resulta rentable dejarse aconsejar por mujeres. Si montas más jaleo, acompañarás a tus armas al fondo del mar. Cualquiera otro puede desembarcar también si así lo desea.

La inquieta superficie del mar no parece atraer a ninguno de los guerreros. Tampoco el tonel del otro lado.

Algunos de los que ya han entregado sus armas piensan ahora que sería mucho más sensato recuperarlas. Otros se acusan entre sí de ser el asesino, mientras que todavía hay unos cuantos que gritan que la espada de un hombre es una posesión inviolable y que el conde Sigurd ha infringido las leyes tanto de los dioses como de los hombres.

Las protestas y acusaciones mutuas atraviesan el aire. Por eso en un primer momento nadie oye la voz que viene de la bancada.

—Señora... —Es Ylva—. ¿Duermes?

Me vuelvo y veo a la escudera inclinada sobre algo que parece un montón de ropa oscura. Al principio me aproximé lentamente por la cubierta de paso. Después avanzo más deprisa. El último tramo hasta la bancada lo hago corriendo.

Bella yace encogida junto al cuerpo inconsciente de Ravn Hijo de Bue. Su rostro está pálido. El suelo bajo ella se ve rojo oscuro. La desgastada cubierta de madera absorbe la sangre como una esponja. La examino mientras los demás se aproximan poco a poco. Finalmente me enderezo, cubro a mi hermanstra con la capa de Ylva y me vuelvo hacia los hombres.

—Está muerta —susurro sombrío—. El asesino ha atacado de nuevo.

## CUARTA PARTE

# Invierno de 869

## 31

Hastein y yo permanecíamos de pie junto a una pequeña puerta de madera en la esquina situada al oeste de la alta muralla que rodeaba el palacio del emir de Qurtuba. La puerta era de madera marrón oscuro y su herraje, impregnado con mordiente negro, mostraba unas letras árabes. Deslicé la mano sobre las tortuosas palabras. Después de casi veinte días en la ciudad había aprendido a comprender algunos fragmentos de la peculiar lengua gutural de los moros, pero la escritura seguía siendo un misterio.

Por el contrario, lo que me quedó muy claro fueron las ventajas de la altamente desarrollada sociedad mora, donde todos trabajan en grupo para mejorar las condiciones de vida de la población. Los numerosos habitantes de Qurtuba vivían tranquilos y en paz, porque la rigurosa administración del emir aseguraba la organización del conjunto. Nadie temía un ataque extranjero, pues los soldados del emir vigilaban los muros de la ciudad. Ingeniosos sistemas de canalización, contruidos por orden del emir, conducían el agua desde el río Wadi al-Kabir por los campos de los alrededores de manera que los períodos de sequía no tuvieran graves repercusiones en la cosecha, y en los mercados de la ciudad había sobreabundancia de artículos que nunca había visto: preciosas arquetas talladas con marquetería de distintos tipos de maderas, joyas, obras de artesanía y ropa de una calidad excelente, comida y especias de olores y sabores exóticos e irresistibles.

Yo me había dejado embriagar por las múltiples impresiones. Lo mismo le

sucedía a Hastein, si bien lo que más le interesaba a él era la manera en que podría usurparlo todo. Fue esa obsesión la que una mañana temprano, antes de que el sol hubiese salido, nos había llevado hasta la puerta de la muralla que rodeaba el palacio del emir.

Al alborear nos encontrábamos semiocultos detrás del último torreón cuadrado de una hilera que, separados por la misma distancia, sobresalían a todo lo largo de la muralla del palacio. A setenta pasos se hallaba el portón de acceso al propio palacio, que daba a una gran plaza alargada y que permanecía cerrado desde la noche. La plaza fue denominada Plaza Roja por estar adoquinada con losas de teja rojizas, y constituía la parte pública del complejo palaciego. Allí se erigían dos pequeñas mezquitas llamadas Mezquitas Gemelas, un lugar de reunión para los habitantes de la ciudad.

—Si seguimos aquí a la salida del sol, nos descubrirán en cuanto la gente venga a orar —dijo Hastein.

—Khalid nos ha prometido que nos dejaría entrar —respondí.

Mirábamos fijamente la puerta frente a nosotros como si así pudiésemos lograr que se abriera. Por desgracia no producía ningún efecto.

—A lo mejor nos ha denunciado.

Hastein se echó la capucha de la capa por la cabeza y tensó la prenda alrededor del cuello a fin de ocultar su vistosa djubba azul claro. Por lo general, no se preocupaba demasiado por lo que llevaba puesto, pero aquella saya, de lino fino y larga hasta la rodilla, le gustó mucho cuando la vio en un tenderete de la medina. Llevaba un ornamento rojo tejido con esmero junto al escote del cuello y en las mangas.

—Khalid jamás nos denunciaría —dije—. Es nuestro amigo.

—Ante todo es moro. Tiene que haberse dado cuenta de quiénes somos. Han prometido una generosa gratificación a quien denuncie a los que saquearon al-Yazira.

Habían transcurrido nueve meses desde el saqueo de al-Yazira. La inmensa mayoría de las casas situadas a lo largo del puerto ardieron por completo ya el primer día. La mezquita se desplomó después de que su cúpula calcinada llevase dos días consumiéndose. No pude saber si fue el hermano Jarvis quien

le prendió fuego, pues cada vez hablaba menos con mi viejo amigo y mentor.

Asolamos la ciudad durante tres días hasta que los habitantes se unieron al fin para oponer resistencia. No resultaba fácil combatirlos en las estrechas callejuelas, y, dado que ya se habían desvalijado las casas más ricas, Bjørn Costado de Hierro ponderó la cuestión y llegó a la conclusión de que no merecía la pena persistir.

Muy vigilantes proseguimos la navegación junto al grandioso peñasco que se erguía como una marca orientativa a lo largo del angosto estrecho. Las corrientes, que a menudo desviaban a los barcos de su ruta, solo constituían una de las causas de nuestra precaución. A pesar de la facilidad con la que habíamos saqueado al-Yazira, a nadie le apeteció adentrarse en el país moro sin los conocimientos de la zona de Bjørn Costado de Hierro, y él tenía su propia agenda. Llevó a los numerosos prisioneros que habíamos capturado en la ciudad portuaria al otro lado del estrecho, donde se hallaba la tierra que los moros llamaban Ifriqiya, pues allí estaba el reino de Nakur, cuyos habitantes valoraban mucho a los siervos moros. Tras haber vendido los cautivos de al-Yazira en algunas ciudades menores, Costado de Hierro puso rumbo a la ciudad comercial más importante de Nakur, al-Mazimma, que atacó y arrasó durante ocho días.

Tras hacer prisionero al soberano del lugar, Said ibn Idris, y a su familia más próxima, lo ató al mástil de la nave larga. Desde allí contempló con oscuros Ojos tristes cómo las llamas devoraban su ciudad mientras sus esposas lloraban a sus pies. Aunque muchos de nuestros hombres anhelaban aquellas exuberantes mujeres de piel morena, Costado de Hierro había prohibido cualquier trato con ellas. Los habitantes de Nakur tenían una actitud más despreocupada hacia la captura de rehenes, dijo, pero si violaban a sus mujeres, los problemas no tendrían fin. Los nórdicos podían comprenderlo, ya que en sus patrias la violación también conllevaba despiadadas contiendas de sangre que se prolongaban durante años.

En al-Mazimma hallamos además un almacén lleno de hombres azulados: una raza de gente del interior de Ifriqiya, donde el fuerte sol quemaba la piel hasta oscurecerla de tal modo que las personas se ponían del mismo color que la madera impregnada de mordiente. Comenzamos a denominar a Ifriqiya «Tierra Azul», por el aspecto negro azulado de aquellos hombres.

—Encontraremos un lugar en Hispania donde poder vender a los hombres azulados —dijo Bjørn Costado de Hierro junto a la hoguera de los grandes señores una noche después de que le pagaran la suma para liberar a Said ibn Idris y de que él y sus esposas fueran llevados a tierra—. Allí nos comportaremos como pacíficos comerciantes y nos marcharemos del mismo modo.

—¿Y por qué no lo saqueamos después? —objetó un gran señor—. Así podríamos llevarnos a los hombres azulados y venderlos en otro lugar.

—Porque este mar Interior no es infinito y no conviene tener al conjunto de sus habitantes en contra nuestra. Los sitios por los que pasamos a la ida son los mismos por los que pasaremos a la vuelta. Si nos apetece, los saquearemos entonces, pero no hay motivo alguno para crearnos enemigos sin necesidad en aguas forasteras.

La buena fortuna de los últimos días había moderado las ansias de saquear de la mayoría, así que hubo acuerdo en obrar con prudencia. Vendimos a los hombres azulados en una ciudad portuaria de la costa sur de Hispania, tan pequeña que no tenía nombre. Al preguntar por ella, los nativos señalaban las ruinas de una torre erigida sobre una colina pedregosa que dominaba la ciudad y decían: «al-Mariya». Después nos enteramos de que el nombre significaba torre de vigilancia y que su estructura desmoronada era tan antigua que probablemente la hubiese levantado un pueblo que habitó el lugar antes de los romanos.

Todo se desarrolló pacíficamente. A buen seguro, los habitantes hicieron el mejor negocio de su vida, y toda al-Mariya se benefició de los esclavos recién llegados que con gran provecho podrían vender de nuevo en otros puertos. Nos instalamos en la ciudad hasta el verano, sin apresurarnos a continuar la marcha.

En aquella ocasión, nadie mencionó la posibilidad de llegar hasta la capital de los moros. Fueron algunos sucesos posteriores los que nos llevaron a Hastein y a mí hasta el interior de Hispania, a Qurtuba, la ciudad del emir, y finalmente hasta la modesta puerta lateral de su palacio.

Habíamos comenzado a discutir si merecía la pena esperar más tiempo cuando

de repente la oscura puerta rechinó. Un rostro sonriente enmarcado por un cabello negro y rizado apareció en el vano de la puerta.

—¡Khalid! —exclamé aliviado—. Sabía que podíamos contar contigo.

Khalid medía una cabeza menos que Hastein y yo, y no podía tener más de doce años. El muchacho moro había aparecido junto al puesto de la medina mientras Hastein procuraba que el mercader bajara el precio de la djubba, esa azul claro con adornos rojos, hasta dos monedas de plata. Khalid riñó al hombre hecho y derecho en su propia lengua, y tras un rato de charla levantó un solo dedo frente a la cara de Hastein para indicarle el nuevo precio. Después de aquello nos hicimos amigos. Khalid nos tomó por francos cristianos y nosotros no hicimos nada por sacarle de su error.

—Buenos señores siempre pueden contar con Khalid —dijo en su franco chapucero—. El guardia de palacio exigir más dinero. Yo regañar. Ahora él contento.

Un hombre que llevaba una saya carmesí, perilla negra y un casco pulido con forma de cebolla apareció en la puerta. Era miembro del cuerpo de guardia del emir, y sus ojos oscuros nos estudiaban como si fuésemos animales raros, exóticos.

—No tener miedo, buenos señores —dijo Khalid—. Guardias a menudo venden la entrada a palacio cuando su jefe no está.

El emir de Qurtuba, llamado Muhammed I, se encontraba en aquel momento en campaña de guerra. Corrían rumores de que las hordas cristianas habían tomado Oporto en otoño y que el emir se había marchado hacia el norte con su ejército y toda su corte con el fin de reconquistar la ciudad. Durante su ausencia, los guardias que permanecían allí ganaban un buen dinero dejando que los curiosos entraran en los salones del palacio, normalmente inaccesibles.

El guardia alargó la mano hacia delante. Hastein dejó caer la suma acordada. El moro contempló las monedas y agitó codicioso los dedos pidiendo más. Khalid emprendió una acalorada discusión con el hombre severamente armado. Seguíamos las negociaciones con ojos como platos.

—Khalid —dije—, podemos pagar más.

—Este malvado no nos engañar —respondió el muchacho de cabello oscuro en mitad de una larga parrafada—. Y buenos señores no perder honor.

Por fin el guardia renunció a su exigencia y nos hizo señas para que entráramos, pues si sus compañeros nos descubrían, tendría que repartir con ellos la venta de la entrada extraoficial.

Detrás de la muralla nos adentramos en un mundo silente, hermoso e insólito. Senderos de grava dibujaban motivos simétricos entre macizos de flores, cercados por arbustos hasta la altura de la rodilla, recortados, y plantas de hojas punzantes que se hallaban dentro de enormes tiestos de barro esmaltados en azul. El agua que salía de una fuente redonda caía chapoteando en un pilón más bajo con azulejos de dibujos azules sobre una plazoleta de mármol blanco. La superficie inquieta reflejaba las nubes del cielo y las palmeras que, temblando, barrían débilmente el aire matinal con sus hojas puntiagudas.

En el otro extremo del jardín se erigía un edificio de cinco hombres de altura, con rejas de latón delante de los huecos abovedados de las ventanas. Los tres arcos en herradura de la portalada descansaban sobre columnas que parecían demasiado delgadas para soportar esa cantidad de peso, y todas las superficies se hallaban decoradas con diseños tan ingeniosos que, durante largos tramos, se podía seguir el baile de las líneas sin que los ojos pasaran dos veces por el mismo trazo.

—¿Todo esto lo hacen por obra de hechicería? —preguntó Hastein boquiabierto.

—No lo creo —dije desasosegado—. Simplemente, los moros son unos jardineros y constructores más diestros que los ingleses y los francos.

Nos acercamos con precaución al suntuoso edificio. El guardia introdujo una llave en una cerradura para abrir el portón de rejas recubiertas de oro que había en la fachada. En el interior, en una sala de techo elevado cuyas paredes estaban cubiertas por motivos tallados, se erigía un trono de respaldo alto en madera oscura con marfil taraceado bajo un baldaquín de seda de rayas rojas y blancas con postes de plata. Bajo la bóveda de madera tallada con baño de oro penetraba la luz del sol a través del enrejado de las pequeñas ventanas.

—Cuánta riqueza —susurró Hastein embelesado.

El edificio no era la sala oficial del trono del emir de Qurtuba. Se trataba de un salón de recreo de uso privado, aunque su lujo indicaba la opulencia con la que debía de estar acondicionado el resto del palacio. Cuando alargué una

mano para tocar el apoyabrazos de la silla del trono, el guardia me ahuyentó agitando una larga lanza de hoja curva. Si hubiéramos ido armados, seguro que Hastein se habría puesto a la defensiva.

—Regresaremos con toda la flota y robaremos lo que no podamos llevarnos ahora —dijo lleno de confianza.

—Yo no veo claro cómo lo haremos.

Hablábamos en la lengua de los nórdicos, de manera que ni Khalid ni el guardia nos entendían.

—¿Por qué no? Como ves, el lugar no está especialmente vigilado.

Los escasos guardias de palacio que el emir había dejado no eran un obstáculo. Qurtuba se hallaba junto al mismo río que Ishbiliya, pero, como afirmó Uggla Ugglasson en su día, más en el interior del país. Aun en el caso de que lográsemos llegar hasta ella y tuviéramos la fortuna de saquearla, durante el camino de regreso a la costa seríamos vulnerables al ataque desde las riberas del río. Si habíamos podido saquear libremente en el mar Interior había sido gracias al éxito de los cristianos en la conquista de Oporto, que había hecho que el emir se marchara al norte. Ahora su palacio se encontraba casi abandonado y su flota se hallaba en la costa oeste de Hispania, pero resultaría bien difícil regresar a casa si le llegaba información de la presencia de vikingos en su capital.

—Resultaría vergonzoso dejar atrás todos estos tesoros —dijo Hastein mientras miraba alrededor.

—Sería una vergüenza todavía mayor perder la vida en un desesperado intento de robarlos.

Una voz nasal comenzó a llamar de forma melodiosa. Era el muecín, que desde el minarete de la gran mezquita situado detrás del palacio llamaba a los creyentes a la oración de la mañana.

—*Walla, walla* —susurró el guardia al tiempo que nos azuzaba hacia el portón enrejado que había cerrado tras de sí. Sin embargo, en el sendero que conducía a la puerta en la muralla se detuvo y nos empujó hasta escondernos entre los arbustos.

Bajo las sombras azules del claro amanecer otros dos guardias de palacio intentaban capturar un enorme pájaro. Su grueso cuello acababa en una cabeza muy pequeña desde donde se elevaba un ramillete de plumas en abanico y

arrastraba su larga cola verde azulada por el suelo.

—¿Qué clase de criatura es esa? —preguntó Hastein.

—Noble pájaro de las tierras del este —cuchicheó Khalid—. Solo emir bastante rico para comprar.

Miramos cómo los guardias obligaban al pájaro a ir hacia un rincón del jardín acercándose a él con los brazos abiertos.

—¿Es comestible? —preguntó Hastein.

Khalid negó con la cabeza.

—¿Para qué se utiliza, entonces?

El pájaro abrió su pequeño pico y emitió un chillido que recordaba a un niño que precisara cuidados. Irguió su larga cola para formar un abanico de plumas de la longitud de un hombre, que refulgía en tonos verdes y azules bajo los tenues rayos de sol. Involuntariamente soltamos una exhalación al ver aquello.

—Pavo real solo para mirarlo —dijo Khalid.

Nuestro guía le susurró algo.

—Guardia muestra otro camino de salida.

El palacio se hallaba dividido en diferentes secciones separadas por corredores que usaban los criados y los esclavos. Pasamos por ellos a través del enorme complejo sin que nos vieran, junto a puertas enrejadas que daban a otros jardines exuberantes y a plazuelas recubiertas de mármol con fuentes de las que se oía correr el agua. Finalmente cruzamos las cocinas, donde una hilera de gigantescas ollas de cobre colgaba sobre un hogar alargado. Todo estaba vacío y desierto, porque la mayoría de la corte del emir le había acompañado también a la guerra contra los cristianos.

Por una pequeña puerta logramos salir a un patio trasero, donde subimos una empinada escalera de madera. Desde su cima continuamos por una galería que daba la vuelta a un edificio y atravesamos otra puerta. Detrás de ella había un corto pasillo cuyo final se hallaba cerrado por una puerta de bronce con bellos ornamentos. El guardia nos hizo avanzar más allá de la puerta para salir a un puente cubierto. Apoyado sobre cuatro arcos con un amplio portal en la mitad, el puente se extendía por encima de la calle más ancha de Qurtuba hasta la gran mezquita: un gigantesco edificio que ocupaba la mayor parte del centro de la ciudad. A través de las ventanas enrejadas en los laterales del puente

vimos el empedrado de la calle desde una altura de cuatro hombres. Abajo, los comerciantes estaban colocando sus puestos y mercancías. El puente, que en circunstancias normales permitía al emir transitar de su palacio a la mezquita sin que lo vieran, terminaba en un oratorio privado que colgaba como un avispero bajo el techo de la enorme nave. La cámara medía únicamente cinco pasos por cada lado, pero poseía alfombras nobles sobre los suelos de tablones, sofás a la altura de la rodilla situados a lo largo de las paredes, y estaba resguardada de miradas curiosas por más rejas de bronce. Hastein consiguió birlar un pequeño puñal de plata que estaba a la vista sobre una mesa octogonal antes de que el guardia nos instara a continuar por una puerta que daba a una nueva escalera.

La cerró y echó el cerrojo detrás de nosotros. Nos encontramos solos en la escalera que conducía al suelo de la nave. Fuera, el muecín finalizaba su llamada.

—Esto es perfecto —dijo Hastein frotándose las manos—. Así veremos también por dentro el mayor templo de Qurtuba.

—No, no, bueno —dijo Khalid con una arruga de preocupación en la frente—. Infiel en la gran mezquita pierde cabeza.

Los seres humanos tienen formas muy distintas de implorar a sus dioses. Sajones y francos rezan al Cristo Blanco varias veces al día, por lo general alzando sus brazos para balar sus ruegos hacia el cielo. En la ofrenda de Yule, los nórdicos matan a un caballo, cuya sangre se salpican unos a otros, y beben hidromiel hasta perder el sentido. Pero los moros que había en el interior de la gran mezquita de Qurtuba irradiaban una admirable calma, todos juntos de pie en la semioscuridad de la vasta, íntima y silenciosa sala de oración. Centenares de columnas soportaban milagrosamente varios arcos dobles de piedras rojas y blancas bajo las vigas macizas del techo, como troncos en un poderoso bosque de piedra. La belleza arquitectónica reflejaba la solemnidad del ritual de la oración.

Los hombres —pues los que oraban eran todos hombres— se habían distribuido por las alfombras entretejidas que cubrían el suelo por completo. Se los veía serios y devotos. Y llevaban los pies descalzos.

—Zapatos se colocan en la entrada —musitó Khalid—. Tarde ya. Quitar y esconded bajo albornoz.

Atamos nuestros zapatos a los cinturones de manera que nadie pudiese verlos bajo nuestras largas capas. Nos mezclamos con los moros, camuflados por la indumentaria local y los pañuelos en la cabeza que nos habíamos acostumbrado a llevar. A nuestro alrededor se veían mendigos en andrajosos harapos con el hombro pegado al de ricos comerciantes que llevaban ropa

refinada de muchos colores, pues todos los musulmanes son iguales a los ojos de Alá, y en esto se diferencia su religión, a la que denominan islam, de todas las demás. Los cristianos no dejan entrar a los mendigos en sus catedrales, aunque el Cristo Blanco en su libro sagrado expresa gran admiración por las multitudes míseras, y los Ases son dioses guerreros que no se preocupan por la gente pobre ni los siervos. Sin embargo, en la gran mezquita de Qurtuba tanto el rico como el pobre se doblaban hacia delante en un mismo movimiento, murmuraban con voz apagada a coro y caían de rodillas con los ojos cerrados. Sus rostros se hallaban vueltos hacia un nicho vacío al final de la pared, cuya abertura estaba maravillosamente decorada con motivos florales negros sobre un mosaico de letras rojas, verdes y doradas. Seguidnos su ejemplo apoyando la frente en el suelo.

Los ruegos continuaron por largo tiempo. El efecto era extraño e hipnótico. Yo imitaba el murmullo simultáneo así como los movimientos sin comprender el sentido, pero en cualquier caso me vi arrebatado por la atmósfera. Cuando la sesión terminó y los hombres se levantaron, me sentí lleno de una enorme paz interior que fue desapareciendo lentamente mientras Hastein, Khalid y yo caminábamos junto a los demás hacia las fuentes de luz de las nueve puertas en el extremo opuesto de la mezquita, agachándonos bajo los trozos de tela que colgaban como separación del interior y el exterior.

En el patio, el empedrado aparecía salpicado por las sombras de las palmeras, situadas a la misma distancia en la parte interna de los muros exteriores. Cuando nos atábamos los zapatos, nos dimos cuenta de que los guardias vestidos de verde que se encontraban junto a la salida al pie de la alta torre del minarete miraban en nuestra dirección. Un andrajoso desharrapado que había rezado a nuestro lado les susurraba algo.

Los guardias abandonaron la puerta para acercarse. Quizá por eso los moros permitían rezar a los mendigos en sus templos; tenían la misión de descubrir a los infieles durante la oración.

En verano no fuimos mal vistos en la pequeña ciudad portuaria de al-Mariya por causa de nuestra fe. Al contrario. Los habitantes se ocuparon de nosotros a la perfección cobrando bien a cambio. A casi ninguno de nosotros nos

quedaban monedas de la venta de los hombres azulados cuando llegó el momento de preparar nuestras naves para continuar navegando.

Por desgracia, pudimos comprobar que en el mar Interior durante el otoño estallaban de repente violentas tormentas. Dos días estuvimos capeando mientras el viento ululaba y la lluvia atizaba nuestros hombros y cabezas. Fue tan horrible que aquellos que tenían un casco se lo pusieron para protegerse. A pesar de todo estábamos contentos de que relampagueara y tronara, pues era bueno saber que Thor, quien no se dejaba oír desde hacía mucho tiempo, aún seguía nuestras andanzas.

Para cuando la tormenta amainó, la flota se había reducido en una tercera parte. Con poco más de cincuenta barcos nos adentramos con la pértiga en los juncales de una extensa zona de marismas. Allí hallamos una isla bien protegida en la que establecimos nuestro campamento. Bjørn Costado de Hierro envió exploradores a la costa hacia arriba y hacia abajo, que regresaron con noticias alarmantes: no hallaron ni rastro de los compañeros que faltaban, y además pululaban barcos de guerra moros.

La marisma formaba parte del delta en la desembocadura del río que los lugareños llamaban Ebro, y al-Turtusha, una de las mayores bases de la flota del emir, quedaba a media jornada de viaje corriente arriba. Estuvimos ocultos a lo largo de las riberas del Ebro y seguimos las actividades de los moros al tiempo que calculábamos sus fuerzas, llegando a la conclusión de que atacarlos sería un suicidio.

Así transcurrieron doce días. Cada noche, junto a la hoguera de los grandes señores, la situación se analizaba una y otra vez. Muchos pensaban que debíamos poner rumbo hacia aguas más favorables e incluso volver a casa, y los que lo proponían eran indefectiblemente los mismos que en condiciones normales gritaban a voz en cuello cosas como atacar, saquear, arrasar y quemar.

Bjørn Costado de Hierro dudaba y decía que debíamos esperar, casi como si presintiese lo que iba a ocurrir, pues al decimotercer día regresaron cuatro de los barcos que habíamos perdido. Por lo visto, la tormenta los había arrastrado mar adentro, y allí encontraron una isla llamada Iviza. La población era tan pobre que las tripulaciones, en lugar de saquear, prefirieron emprender expediciones a las ciudades del interior y llenar las cubiertas de siervos.

—Y a pesar de toda la pobreza de esos pelagatos —contaron por la noche junto a la hoguera los capitanes de las cuatro naves— hallamos en su iglesia un puñado de reliquias de plata que merecía la pena llevarse.

—¿Iglesia? —ronroneó Bjørn Costado de Hierro—. ¿Las gentes de la isla son cristianos?

—Todos sin excepción, por eso teníamos la esperanza de venderlos a los moros como tú nos has enseñado. Pero esa no es toda la historia, pues mucho más al norte hay otra isla. De un tamaño similar a Selandia, aunque con una costa norte muy rocosa, y detrás de ella se halla otra isla algo menor. Los nativos las denominan Maiorica y Minorica, también habitadas por gentes robustas, bien alimentadas e idóneas para la esclavitud. La capital de Maiorica se llama Palmaria, y su población pertenece a una clase superior. Poseen tropas completamente armadas y preparadas para combatir que bien podrían causarnos molestias; no obstante, de las ciudades más pequeñas podríamos capturar tantos siervos como quisiéramos.

Se habló mucho de las islas mientras las ascuas de la hoguera flotaban hacia el cielo oscuro, hasta que Bjørn Costado de Hierro se levantó y dijo:

—Si hay algo que siempre necesita la base de una flota son siervos. Así que vestíos como pacíficos comerciantes de esclavos, remontad el Ebro hasta al-Turtusha e intentad venderlos; si lo lográis, saldremos a navegar para conseguir más.

—Por supuesto, lo repartiremos con nuestros compañeros —respondió el capitán, que había dejado la mejor noticia para el final—. Porque junto a las islas nos encontramos con otras veintitantas naves que también habían perdido el rumbo a causa de la tormenta. Arribarán al continente en un par días, de modo que volveremos a estar al completo.

Dicha noticia se recibió con gran alegría, y una vez que una nave se hubo atrevido a remontar el Ebro hasta al-Turtusha la alegría no resultó menor, pues parecía que el emir había ordenado construir una fortaleza en una colina sobre el puerto, y la base de la flota necesitaba un sinfín de mano de obra.

Durante todo el otoño estuvo muy activo el servicio de lanzadera entre las tres islas del mar —a las que Bjørn Costado de Hierro, para simplificar, denominó Islas de Esclavos— y la base de la flota en la ribera del Ebro. Los moros mostraron su preferencia por los niños esclavos —seguramente porque

aquellos que eran lo bastante fuertes para sobrevivir al período de servidumbre después se convertían en buenos soldados—, y Costado de Hierro se desvivió para colmar sus exigencias.

Sin embargo, a medida que se acercaba el invierno empezó a inquietarse, y una noche, junto a la hoguera de los grandes señores, dijo que iba siendo hora de continuar la marcha.

—¿Por qué? —se oyeron protestas a su alrededor—. Si ahora mismo nos va muy bien con el tráfico de esclavos.

—Es verdad —les respondió—, pero si al emir le llegan noticias de que sus soldados de al-Turtusha comercian con nosotros, quizá los envíe a combatirnos, y ellos nos superan en número. ¿Y quién sabe qué tesoros nos aguardan si continuamos más allá, rumbo al este?

Las palabras sonaron tentadoras, y, puestos a considerar en detalle la cuestión, los grandes señores le dieron la razón en que el largo otoño en la marisma había sido duro, debido a los mosquitos y las numerosas plagas. Así pues, vendimos el resto de los siervos tan pronto como nos fue posible y preparamos las naves. Con la ayuda de la pértiga salimos del delta del Ebro y pusimos rumbo al norte.

Al comienzo del mes que los cristianos llaman octubre saqueamos un monasterio situado sobre la cima de una colina que se veía desde la costa. Allí tuvimos la impresión de que en cierto sentido habíamos regresado al punto de partida, pues por las quejas de los monjes intuimos que nos encontrábamos de nuevo en el reino de los francos. Rápidamente seguimos el viaje hasta la ciudad más próxima, llamada Perpignan. En ella logramos muchos bienes sin oposición digna de mención, y unos días después desembarcamos en Narbonne. Las gentes de este extremo del reino de los francos no tenían demasiada experiencia en la lucha armada, así que nuestra llegada los pilló completamente desprevenidos.

Cito todos estos sucesos como si fuesen asuntos de un listado. Naturalmente, la verdad es que nuestro ataque fue tan catastrófico para los francos y pobladores de las Islas de Esclavos como lo habían sido para los pobrecillos del norte de Hispania, al-Yazira y la Tierra Azul. Cada vez que asaltábamos un lugar, yo debía luchar contra una vehemente aversión y me mantenía a distancia de los saqueos tanto como me era posible.

Ninguno contemplaba ya cada saqueo como un hecho aislado, sino más bien como los nudos en una soga que uno sigue con la mano al atravesar un recinto oscuro, obstáculos que debíamos superar en el camino hacia un objetivo mayor. De qué objetivo se trataba era un misterio para la mayoría. La cantidad de monedas y bienes conquistados llegó a ser tan grande que ya no podíamos llevarnos más prisioneros, pues el peso extra habría hundido más las naves y el agua habría entrado por las chumaceras. La abundancia del botín obligó a las tripulaciones a reflexionar sobre ello, y a menudo se veían objetos —que un año antes habrían sido considerados de valor incalculable— abandonados en las orillas del río.

La necesidad de evaluar la expedición empezaba a ser evidente, y, por supuesto, Bjørn Costado de Hierro fue el primero en darse cuenta. Al toparnos con un nuevo terreno de marismas amplio, desierto y poblado de juncos, desembarcó en una gran isla en medio de un lago, y reunió a las tripulaciones en torno a sí bramando bajo un cielo nublado y ventoso:

—Llamaré a esta isla Laguna de Thor. Aquí me estableceré durante el invierno, y a todo aquel que confíe en mi fortuna le invito a quedarse conmigo. Levantaremos una empalizada y construiremos casas como en mi isla del reino de los francos. Aquí hay tantos juncos que se podrían techar varias ciudades, y suficientes pescados y aves para dar de comer a todo un país. Cuando llegue la primavera les arrebatemos sus riquezas a los lugareños y al final del verano volveremos a casa. ¿Estáis conmigo?

Las prometedoras perspectivas contentaron a todos. Durante un rato, la concurrencia bramó golpeando sus armas contra los escudos y después se dispersó para arrastrar arcones y tiendas a tierra. Bjørn Costado de Hierro se volvió hacia su pupilo.

—¿Por qué pones esa cara? ¿Estás descontento con mis disposiciones?

Yo conocía las reservas de Hastein. Discutimos sobre ellas varias veces en verano y en el transcurso del otoño, y aunque las razones que nos movían a cada uno eran distintas, a ninguno de los dos nos gustaba el modo en que la expedición había avanzado en los últimos tiempos.

—No hay nada glorioso en la venta de esclavos —dijo Hastein—, y no se gana popularidad saqueando aldeas.

—¿Te he educado yo para que te preocupen ese tipo de nimiedades?

Bjørn Costado de Hierro creció con un padre que no pensaba en otra cosa que en gloria y renombre, por eso tenía una visión pragmática de ambas cosas. Pero, como todos los jovencitos, Hastein anhelaba encontrar su lugar en el mundo y forjarse su propia identidad.

—Quiero hacerme con el mayor de los premios —fue su respuesta—. En invierno tengo la intención de marchar a Qurtuba con el fin de hallar un modo de saquear la capital del emir. Y me llevaré a Rolf Lenguaraz.

Dicha conversación motivó que dos meses y medio después él y yo nos apretáramos entre el gentío bajo las palmeras del patio de la gran mezquita de Qurtuba para huir de sus guardias.

—¿Aún nos siguen? —susurró Hastein.

—Sí, y están cada vez más cerca.

Khalid había desaparecido. El chico no era tonto.

Junto a una entrada accesoria, no más ancha que la puerta principal de una casa corriente, había un único guardia. Alzó una lanza gritando algo que a buen seguro significaba: «Alto». Hastein aminoró la marcha, ladeó la cabeza y abrió los brazos como si hubiese visto a un amigo. Con expresión interrogativa, el guardia bajó el arma y permitió que nos acercásemos. Hastein le hundió bajo el mentón el pequeño puñal de plata que había robado en el oratorio del emir. El desgraciado emitió un estertor mientras la sangre caía a borbotones por su saya verde. Los otros guardias gritaron cuando continuamos atravesando el estrecho portón, y yo le birlé al muerto la cimitarra de su cinturón. No iba a necesitarla más.

Fuera había grandes aglomeraciones en torno a los centenares de puestos de venta colocados en la plaza empedrada. La llamada ansiosa de los comerciantes a la concurrencia de la mezquita, que todavía salía por el enorme portón bajo el minarete, ahogaba el bramido de los guardias. Nos confundimos entre la multitud para continuar por la calle más próxima, inmersos en la corriente de gente y envueltos por los olores de la medina: carne cruda, pescado medio podrido, jazmín, cilantro y sudor.

—¿Adónde vamos? —le pregunté con la respiración entrecortada.

—Regresamos a la pensión, a por nuestros caballos.

La pequeña posada donde Khalid nos había instalado se hallaba en uno de los barrios situados más al este, cerca de la parte interior de la muralla de la ciudad.

—Aminora el paso —dije—. Llamaremos la atención si corremos.

Todo en la ciudad del emir transcurría a un ritmo lento. Incluso en invierno, cuando el calor no era tan intenso, la gente vagaba aletargada por las calles entre la muchedumbre como si nada en el mundo corriera prisa. Enseguida repararían en un par de rufianes apurados con sangre en la ropa.

Hastein miró el sable que todavía sujetaba en mi mano.

—¿Y *eso* no llama la atención?

Metí el arma curva bajo la capa.

—Prefiero contar con algo más que un cuchillo de fruta para defenderme.

Hombres de todas las edades vestidos de negro, figuras femeninas tapadas, niños, esclavos, judíos y cristianos se apretaban a nuestro alrededor en las estrechas calles mientras continuábamos alejándonos de la mezquita. A diferencia de los reyes cristianos, el emir no veía problema alguno en que gentes de otras creencias habitaran su ciudad. La única diferencia era que estos debían pagar impuestos, mientras que los musulmanes estaban exentos de ellos. Ese acuerdo me sigue pareciendo enormemente razonable, pues asegura una gran variedad y amplía la oferta de mercancías, además de una alta densidad de población que permite esconderse fácilmente en caso de huir de las fuerzas del orden.

—Cuando llegemos a la pensión —dijo Hastein— prepara los caballos mientras yo hago el equipaje. Hay que largarse lo más rápido posible.

Ambos tuvimos claro que la visita al palacio del emir con toda seguridad sería lo último que haríamos en Qurtuba. Después de eso, lo más sensato era marcharse. No nos quedaba otra opción.

Fuimos a dar a una calle transversal. Por la izquierda subía y por la derecha bajaba en dirección al río y la muralla junto al puerto. Un antiguo puente de piedra romano llevaba desde la puerta de la ciudad hasta la orilla sur, pero estaba vigilado. Si acabábamos allí estaríamos perdidos. Nos quedamos quietos en medio de la perezosa corriente de gente.

—Por ese camino —dije sin estar seguro.

Continuamos por una red de calles cuyo empedrado de guijarros era cada

vez más estrecho y menos transitado. Aquí y allá se anunciaba la entrada a una tienda o un jardín privado, pero, aparte de eso, los altos muros que preservaban la intimidad de las casas constituían una encalada barrera ininterrumpida con puertas y portones cerrados, mientras que los pisos superiores tenían ventanas enrejadas como para mantener el mundo fuera. Medio corriendo tomamos un callejón a la izquierda y luego otro a la derecha hasta que nos perdimos. Sin Khalid para guiarnos, nos extraviábamos en el laberinto de Qurtuba.

—Si el río queda en esa dirección —dije—, tenemos que subir.

—¿Y si no?

—Entonces hacia el otro lado.

—¿Por qué camino?

Nos giramos en redondo hacia los cuatro callejones que se abrían ante nosotros para quedarnos quietos, mirándonos.

—¡Por aquí, buenos señores!

Al final de un estrecho corredor, entre los muros de dos casas, una pequeña figura agitaba la mano.

—¡Khalid! ¿Cómo nos has encontrado?

—No difícil. Vamos, buenos señores.

Tras haber doblado dos esquinas, reconocimos la reja pintada de azul sobre el portón anodino de la posada. Los ojos del hospedero aparecieron en la pequeña lucera cuando llamamos a la puerta. Abrió el cerrojo. Entramos violentamente a través del pasillo privado dispuesto en ángulo, de forma que nadie desde fuera pudiera ver en el interior el pequeño patio ajardinado frente a la casa.

—Dile que nos vamos inmediatamente —le dije a Khalid.

—¿Y la cimitarra? —preguntó Hastein.

Saqué la exótica arma y la observé con detenimiento. Una forma ondulada de aspecto endeble, forjada con dos tipos distintos de acero, bajaba de manera continua por la larga hoja curva a un tiempo delgada, dura y flexible. Una esfera de plata remataba el mango forrado en cuero e incluso la funda, de cuero negro, llevaba herrajes recubiertos de plata con delicados dibujos alrededor de sus dos extremos. Jamás había visto un arma tan refinada.

—Guárdala con el resto del equipaje —dije, y se la lancé.

Mientras Hastein desaparecía escalera arriba hasta el primer piso de la casa, donde se hallaban nuestras habitaciones, proseguí mi camino junto a tarros con plantas y hierbas aromáticas, colocados delante de los tres pilares de la columnata umbrosa. Khalid y el posadero se quedaron discutiendo en el patio junto al pequeño tanque de agua de forma cóncava.

—¡Este estafador —gritó el muchacho hacia mí— quiere cobrar dos días de más!

—Págaselos —respondí.

Al final de la columnata estaba la puerta del establo. Agarré su picaporte de hierro y la abrí.

—No tengo suficientes monedas —se oyó la voz del muchacho detrás de mí.

Me volví a medias. El hospedero, un hombre achaparrado de bigotes retorcidos, tenía sujeto a Khalid por el cuello de la saya.

—Dentro de un instante bajará Hastein con más dinero.

La expresión de obstinado enojo en el semblante del chaval se transformó en una máscara de terror. Seguí su mirada y me volví hacia el portón abierto. Entre los caballos, cinco hombres salieron disparados del heno. Tenían rostros sombríos reconcentrados, sus movimientos eran rápidos, profesionales. Saltaron sobre mí, me taparon la boca, me tiraron al suelo para aprisionarme fuertemente bajo el peso de todos ellos y empezaron a golpearme.

Uno de ellos alzó una porra. Le mordí un dedo, noté el sabor de la sangre y chillé antes de que el mundo se volviese negro y silencioso.

Volví en mí bajo una bóveda de piedra. La luz del día brillaba a través de seis huecos en forma de estrella. Reconocí el recinto, alguno de los baños que los moros aprecian tanto y que Khalid nos enseñó a Hastein y a mí durante nuestra estancia en Qurtuba. Cuando intenté moverme descubrí que estaba atado a una mesa baja con cuerdas muy fuertes. Me dolía la cabeza. Tenía la boca seca. La sangre coagulada me tiraba bajo la piel de mi rostro.

Oí un leve roce en uno de los rincones de la sala. Un hombrecillo contrahecho se puso en pie. Se acercó y me observó por encima del borde de la mesa. Sufría una malformación en las piernas. Tenía un rostro redondo, con orejas prominentes, una gran nariz y la boca torcida. Su mirada me recordaba a un niño de cinco años.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

El tullido desapareció cojeando tras una puerta. Poco después regresó con un hombre velludo y corpulento cuyo torso y vientre desnudos se hallaban cubiertos por un delantal de cuero. Tenía cicatrices en el rostro, y el contorno de su barbilla estaba sombreado por la barba puntiaguda de un día.

—Vaya, huésped ha despertado —constató en el mismo franco chapucero que Khalid—. Entonces podemos comenzar trabajo.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

El velludo se rio y bajó la cabeza hasta mí para sonreírme con una hilera de dientes estropeados.

—Él está en un lugar al que nadie desea ir —respondió. Levantó el extremo de la mesa bajo mis pies y con el pie empujó una viga hasta debajo de las patas de forma que el tablero quedara inclinado. Las sogas se tensaron alrededor de mis muñecas al tirar de ellas el peso de mi propio cuerpo.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Preparo —respondió.

El hombre de las piernas torcidas vació un cubo de agua en un enorme barreño que se encontraba bajo mi cabeza. Sonrió expectante, fue cojeando hacia el velludo y colocó el cubo a sus pies.

—¿Qué vais a hacer? —pregunté estremecido, pues aunque presentía la respuesta no era capaz de adivinar los detalles.

—Tenemos que lograr que él diga verdad —respondió el velludo al tiempo que me miraba asintiendo, de manera que no dudé de que se refería a mí.

—¿La verdad sobre qué?

—Por qué él está aquí. Ibn Asmun quiere saber.

—En ese caso podré marcharme rápido. Soy un comerciante franco de pieles y telas. —Esa era la historia que Hastein y yo habíamos usado un par de veces como tapadera para conseguir información—. He venido a Qurtuba para establecer nuevas relaciones comerciales. Oí decir que aquí en la medina todos pueden vender sus mercancías libremente con independencia de su nacionalidad. ¿No es cierto?

—Verdadero —respondió el torturador asintiendo—, pero no piratas. No espías en palacio de emir. No gente que asesina guardia en gran mezquita. No esa gente.

No era difícil imaginar de qué fuentes había obtenido información acerca de nuestras actividades en la ciudad: el guardia de palacio, el mendigo en la mezquita, el hospedero de la posada. Puede que incluso Khalid. Tuve que reconocerlo apesadumbrado, ya que el muchacho me empezaba a caer bien y había confiado en él.

—De eso no sé nada —dije luchando por sosegar mi voz—. Tienes que haberme confundido con otro.

—Ibn Asmun dijo que dirías así.

Sin apresurarse, el torturador sacó del bolsillo de su delantal de cuero un

trozo de tela sucia y la puso sobre mi cabeza. Intenté sacudírmela, pero el tullido la sujetó por las esquinas hacia abajo de forma que quedara tensa sobre mi nariz y boca. El torturador tomó el cubo del suelo y vertió agua por encima de mi rostro.

El efecto fue aterrador.

Según dicen, el ahogamiento es la forma de morir más dolorosa que hay. La amenaza de asfixia hace que el cerebro envíe descargas eléctricas hasta las partes más extremas del cuerpo. El dolor es helador y ardiente, como si te sumergieses en hielo y te quemaras en una hoguera a la vez. En el mar dura solo un instante, porque uno muere al hundirse en las profundidades o bien lo rescatan y puede contar a los demás la vivencia. Mi lucha contra la muerte no hacía más que durar. El torturador dominaba el arte de prolongarla durante horas.

El trozo de tela que el tullido mantenía sobre mi cara impedía que el agua llegase hasta los pulmones; sin embargo, mi cuerpo creía que se ahogaba. Procuré decirme a mí mismo que no había ningún riesgo, que no sufriría daño alguno. De nada sirvió, y cada vez que el torturador velludo vaciaba un nuevo cubo sobre mí, el dolor se apoderaba de mi cuerpo en un reflejo condicionado que yo era incapaz de dominar. El hielo envolvía mi cuerpo. La hoguera ardía bajo mis pies. Una y otra vez.

De vez en cuando, el tullido apartaba el trapo y entonces el torturador se inclinaba hacia abajo para hacerme preguntas.

«¿Dónde están los amigos de él?», o «¿Cómo llegó él aquí?», o «¿Cuántos son?», o también «¿Quién lo ha enviado?».

Únicamente cuando me concentraba en su hablar a trompicones tenía que dominar el impulso de responder. Lo cual no aminoraba el dolor de la tortura. Mis torturadores disponían de muchísimo tiempo, y su sentido del deber era admirable.

Durante el primer día en la celda, el torturador y tullido solo hicieron una breve pausa en su tarea. El tullido me arrancó el trozo de tela de la cara. El torturador se retiró respetuosamente. Yo me volví y extendí el cuello.

A través de una lucera en la puerta, de unos cinco centímetros de alto por diez de ancho, vi un par de ojos garzos rodeados de piel bronceada. Un hombre me estudiaba desde el otro lado con una mirada divertida, casi

burlona. Asintió hacia el torturador como para confirmar que estaba satisfecho y volvió a cerrar el postigo.

El tullido llenó el cubo en el barreño.

El torturador vertió agua sobre mi cabeza.

El dolor y la sensación de asfixia volvieron a invadirme.

Otra vez.

Y otra vez.

Por la noche me dejaban en paz. Cuando la luz que procedía de los huecos en la cúpula era demasiado débil para poder ver, el torturador se marchaba y el tullido me alimentaba con gachas frías. Asimismo, cada tarde me quitaban la viga de las patas de la mesa, de modo que al menos dejaba de tener la cabeza hacia abajo. Aun así, las heladas noches en la celda, solo y temblando de frío, también formaban parte de mi tortura. Junto con la oscuridad llegaban el silencio, la soledad y los pensamientos acerca de qué iba a ser de mí. Habían minado por completo la fuerza para oponerme de forma igual de efectiva que durante el día.

Completamente sujeto como estaba, soñaba que huía, que corría hacia una meta a la que nunca lograba acercarme, que volaba y caía, que excavaba un hoyo y quedaba atrapado bajo tierra.

Por las mañanas me despertaba cuando el tullido llenaba de agua el barreño. Poco después regresaba el torturador, deslizaba la viga bajo la mesa y se ponía manos a la obra.

Pronto perdí la noción de cuánto duraba mi suplicio. El tiempo fluía junto a la corriente de agua y las preguntas, seguidas de la comida de gachas frías, después una noche desasosegada, y a continuación la llegada del tullido por la mañana, otra vez agua y preguntas, las gachas frías, una noche desasosegada y el tullido por la mañana...

A lo mejor habían transcurrido cinco días. O puede que veinte. Sabía que si le contaba al torturador lo que él quería averiguar, Hastein sería su próxima víctima. De modo que me convertí en un hueso duro de roer, y su indiferencia flemática adquirió poco a poco un matiz de frustración. Sentí cierto orgullo por ello en medio de mi miseria.

No por eso la tortura resultaba menos dolorosa, si bien con tanta repetición casi me había acostumbrado. El embotamiento y la resignación se revelaron como mis peores enemigos. Fueron ellos los que al final me hicieron corregirle al torturador su desastroso franco.

—No se dice «dónde están los amigos *de él*» —afirmé mirando obstinadamente su fea y velluda cara—. Se dice «dónde están *tus* amigos».

El torturador vaciló con el cubo en la mano. El destello de miedo en mis ojos cuando comprendí lo que acababa de hacer le arrancó una sonrisa. El tullido volvió a poner el trapo y tensó la tela. El torturador vació el cubo sobre mí. Esperó a que, jadeante, tomara aire.

—¿Dónde están *tus* amigos? —preguntó—. ¿Cómo *llegasteis* aquí? ¿Cuántos sois? ¿Quién os envía?

Notaba que un rincón de mi conciencia formulaba las respuestas:

—Esperan en al-Mariya. Vinimos en un *knarr*. Somos ocho en total. Nos ha enviado Bjørn Costado de Hierro.

Deseaba responderle.

*Tenía* que responderle.

Se inclinó hacia delante y sonrió seguro de su victoria. Sabía por experiencia que me había quebrado.

En el instante en el que abrí la boca se oyó un alboroto en el pasillo, fuera de la celda. Parecía una refriega. Gritos y voces retumbaban en el edificio. El tullido fue cojeando hasta la puerta, pero era demasiado bajito para llegar a la lucera. En lugar de eso, tiró del picaporte y sacó la cabeza fuera. Lo que vio le hizo dar un respingo. Intentó cerrar la puerta de nuevo, pero un pie revestido de cuero la abrió de una patada. El cuerpo contrahecho rodó por el suelo.

Hastein penetró en la celda. Su mirada se encontró con la mía. Cuando entendió lo que pasaba, sus ojos se encendieron de ira. Levantó la espada y abatió con ella al tullido. Sture de Selandia apareció tras él.

—¿Por qué debemos rescatar a Rolf Lenguaraz? —gritó haciendo aspavientos con los brazos—. Si solo está tomando un baño. Eso lo hacemos cada semana en Lethra, mi patria.

—Cierra la boca, Sture.

Hastein no podía intuir lo dolorosa que había sido la tortura. Nadie que no la hubiese vivido podía saberlo. No obstante, vio la miseria en mi mirada, se

adelantó y alzó la espada para hacer un nuevo tajo. El torturador se cubrió el rostro con sus manos velludas.

—¡Déjale vivir! —grité.

Hastein se detuvo asombrado. También el torturador se quedó embobado, como si no entendiese lo que sucedía. Hastein sacó su sax, cortó las cuerdas y me agarró cuando rodé del tablero de la mesa. Me sujetó mientras yo me ponía en pie. Siguió mi mirada y comprendió lo que yo quería.

—Aquí está —dijo alargándome la cimitarra que yo le había quitado al guardia junto a la gran mezquita—. Úsala.

Me dolía el cuerpo. Las sogas se habían clavado en mis brazos y tobillos. Probablemente, las cicatrices nunca desaparecerían del todo. Temblaba de frío y, sin embargo, el mango de la cimitarra emanaba un calor que me subía a través de la mano. Era agradable aferrar la empuñadura estriada de cuero.

—Puedes elegir —dije en franco al torturador—. Responder a mis preguntas o sustituirme en el lugar que yo ocupaba.

Sus ojos oscuros vagaron por la mesa de tortura.

—¿Quién os contó dónde residíamos? —pregunté.

—Hospedero de la pensión contar. Vigilar a vosotros hace tiempo.

—¿Cuál era la razón para torturarme con agua? —La pregunta había ardido en el fondo de mi cabeza como una antorcha a lo largo de mi suplicio—. ¿Por qué no el látigo? ¿O hierro candente y tenazas? ¿Por qué no debía sufrir daño? ¿Para qué me ibais a usar?

Encogió sus velludos hombros desnudos.

—Yo solo torturar. Ibn Asmun no contar nada a mí.

—¿Ibn Asmun? ¿Era el hombre de los ojos garzos al otro lado de la puerta?

Asintió con las mandíbulas apretadas.

Alcé la cimitarra. El resto del Grupo de la Almenara apareció en la puerta justo a tiempo para ver la sangre del torturador salpicando el muro. El cuerpo velludo se desplomó sobre el suelo mojado. Contemplé el cadáver con una mezcla de sentimientos. Yo había saqueado y robado, pero era la primera vez que mataba a alguien deliberadamente. Dicen que dicho acontecimiento marca un antes y un después, que es distinto tomar la decisión de matar de forma consciente que herir de muerte en el calor del combate. Sin embargo, no sentía

nada, ni enojo ni alivio ni gozo. Me encontraba demasiado exhausto y atribulado.

A mis espaldas, el Grupo de la Almenara mostraba mayor entusiasmo. Bård soltó una exclamación de júbilo, y su hermano mayor, Bjarni, asintió con cara de entendido.

—Buen tajo —dijo el noruego Thorvald.

—Quien golpea bien, taja bien —soltó Fridtjof *el Largo*.

—No tenía ni la menor idea de lo que guardabas dentro, Rolf Hijo de Sierva —dijo el Lindo Dagfinn con una escarnecedora sonrisa mientras agitaba su cabello dorado.

Hastein alcanzó a agarrarme cuando perdí la conciencia.

Hastein me oyó gritar desde el patio de la posada y vio a través de la ventana de nuestra habitación cómo cinco hombres me apresaban. Una sección de soldados del emir con sayas verdes irrumpía por el portón de la calle en ese mismo momento. A Hastein no le quedó otra opción que huir subiendo al tejado plano de la casa para saltar hasta la vivienda más próxima, y de ahí a la siguiente. Solo tuvo tiempo de llevarse las armas consigo. En una cuadra fuera de la puerta de la ciudad consiguió un caballo bajo amenazas. Desde allí cabalgó a galope tendido hasta al-Mariya, donde se hallaba nuestro *knarr*. A bordo esperaba el resto del Grupo de la Almenara.

Cuando desperté descansaba sobre un lecho de heno en un carro tirado por caballos. Me protegía del hiriente sol un trozo de tela tensado desde cuatro varitas. Delante del carro, mis amigos cabalgaban por una calzada romana que atravesaba un extenso valle de rocas desnudas, de color arena, flanqueado por montañas a ambos lados. Entre las colinas, erosionadas por milenios de viento e intemperie, se alzaban abruptos peñascos a intervalos regulares, como si una fuerza incontenible los hubiese presionado hacia arriba a través de la corteza terrestre. Por todos lados se apreciaban arbustos de color verde oscuro.

Reconocí el lugar. Con la llegada del invierno, Hastein y yo cabalgamos en dirección contraria a través del característico paisaje desértico camino de Qurtuba.

—Nos acercamos a al-Mariya —exclamé ronco.

A mi vera, Khalid se volvió y me sonrió. Fridtjof *el Largo* se dio la vuelta en el pescante del carro.

—Qué bien tenerte de nuevo entre nosotros —dijo—. Mala hierba nunca muere.

Los demás descubrieron que yo estaba consciente. Se aproximaron cabalgando y me sonrieron. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Un nudo en mi garganta me impedía decirles lo agradecido que me sentía. Hastein saltó de su caballo a la plataforma del carro.

—Todos estuvimos de acuerdo en regresar a caballo para rescatarte —sonrió—. Aunque el Lindo Dagfinn dijo que sí más bien por no quedarse solo en la nave.

—Lo que me hizo dudar fue no saber cómo íbamos a encontrarlo en una ciudad tan grande —se defendió el joven de cabellos dorados.

—Si me hubiera parado a pensar —admitió Hastein—, seguro que me habría planteado la misma pregunta. Afortunadamente partimos sin vacilar. Por el camino nos topamos con Khalid. Sin él nunca te habríamos encontrado.

Me volví hacia el muchacho de pelo oscuro, que no había entendido nuestra conversación en la lengua de los nórdicos pero cuyo rostro se iluminó al oír su nombre.

—¿Cómo lograste huir cuando los moros asaltaron la posada? —le pregunté en franco.

—Los cinco hombres en el establo te cazaron, buen señor —explicó—. Todos los demás persiguieron al otro buen señor por tejados. Khalid solo con hospedero en patio. Le di patada en bolas y desaparecí.

Khalid no tenía dificultad para hacerse invisible en las callejuelas de Qurtuba. Por fortuna había oído a mis agresores hablar de adónde me iban a llevar, en caso contrario Hastein jamás me habría encontrado.

Como en Inglaterra y el reino de los francos, Hispania está recorrida por caminos de piedra que los romanos dejaron tras de sí. Pero a diferencia de francos y sajones, los moros sí han reparado los daños sufridos en la red de calzadas de ese pueblo legendario allí donde el paso del tiempo, la lluvia y la erosión han hecho mella. Khalid explicó que por eso el largo viaje entre al-Mariya y Qurtuba solo dura entre seis y siete días. Él ya había recorrido un largo trecho del camino a pie cuando se topó con Hastein y el resto del Grupo

de la Almenara, que regresaban a galope tendido por el camino.

—¿Sabías que te los encontrarías? —pregunté.

—Un único camino a al-Mariya, buen señor: a través del puerto de montaña y pasar grandes llanas planicies. Khalid no pensar un buen señor abandonar a otro buen señor.

—Pero ¿cómo pudiste saber que teníamos barco y tripulación en al-Mariya?

—Khalid no saber nada de barco pero oír buenos señores nombrar al-Mariya.

Durante nuestra estancia en Qurtuba, Hastein y yo hablamos a menudo del Grupo de la Almenara, que nos esperaba en la pequeña ciudad portuaria. Aunque Khalid no comprendía nuestra lengua, reconoció el nombre y adivinó el resto.

—Da gracias a que Khalid sea tan despierto —dijo Hastein—. Nos contó que ya no estabas en Qurtuba. Los moros te habían llevado a un sitio llamado al-Hamra.

—Al-Hamra es fortaleza en montañas —intervino Khalid ansioso—. Lugar de entrenamiento para espías. Emir mantiene muy secreto. Por eso, todos en Qurtuba murmuran sobre ello.

Al-Hamra, contó Hastein, era un antiguo puesto de vigía en el promontorio más extremo de una gran cordillera a cuyos pies se extiende una planicie muy extensa. El sitio existía desde hacía centenares de años, pero los moros lo habían ampliado hasta convertirlo en una compacta fortaleza triangular rodeada de altos muros.

—¿Cómo conseguisteis entrar en un lugar así?

—No resultó tan difícil como se podría creer. Al-Hamra tenía un aspecto intimidatorio, pero tan solo estaba vigilado por un puñado de hombres. Escalamos el muro en mitad de la noche, como Bjørn Costado de Hierro nos ha enseñado, y neutralizamos a la mayoría de los vigilantes mientras dormían. Después esperamos al alba para empezar a buscarte. Al-Hamra debe de contar con una dotación escasa desde que el emir se llevó a la mayoría de sus soldados a Oporto.

La deriva de la alta política había jugado en nuestro favor. Y en cualquier caso no podía dejar de pensar que habíamos tenido bastante suerte.

—¿Qué sabes de Ibn Asmun? —pregunté a Khalid.

—Hombre muy malo —respondió asustado el muchacho—. Servidor más ferviente de emir. Buen señor no debe querer encontrarlo.

—Me he encontrado con él —dije pensando en los ojos garzos que me habían observado a través de la lucera de la puerta de la celda.

—Entonces, buen señor solo vive porque Ibn Asmun tiene planes para él.

—Se los hemos estropeado. —Hastein puso la mano sobre mi hombro—. Ibn Asmun y su emir se llevarán una sorpresa cuando saqueemos Qurtuba.

—Yo sigo sin entender cómo vamos a hacerlo —dije.

—Yo tampoco lo sé aún. —Hastein saltó desde la plataforma del carro a su caballo—. Pero mi honor lo exige más que nunca. Y tu nueva espada.

Señaló con la cabeza la cimitarra que descansaba junto a mí sobre el heno. Alargué la mano en su busca y otra vez se me extendió desde la empuñadura un agradable calor por el cuerpo.

—Aguileña —dije en alta voz.

—Buen nombre.

Hastein espolé su caballo y cabalgó avanzando hasta la cabeza de nuestra pequeña comitiva. El carro siguió retumbando, y Fridtjof *el Largo* se concentró de nuevo en el camino.

—Cuéntame algo más de Ibn Asmun —le dije a Khalid.

El nombre provocó una mueca de angustia en el rostro del chaval, aun cuando ni siquiera fuera un nombre verdadero.

—Ibn Asmun significar «Hijo de Asmun». Hace un año llegó a Qurtuba desde el norte. Dirigir caza de enemigos de emir. Ibn Asmun rapta y tortura para encontrar esos enemigos. Hombre malo, buen señor, hombre muy malo.

—¿Quién es ese Asmun del que él es hijo?

—Khalid no seguro. Gente dice que Asmun no es hombre sino *djinn*: un demonio árabe del desierto. Vuela alrededor durante la noche y come almas.

Un jefe de espionaje tiene que causar temor. Ibn Asmun había elegido cuidadosamente su pseudónimo. Khalid no sabía nada concreto del hombre, y los rumores no me decían demasiado, así que le pedí que en lugar de ello me hablase del dios de los moros. La vivencia de la plácida oración en la mezquita de Qurtuba persistía aún en mi cuerpo a pesar de todo lo que había sucedido después.

—Alá es único dios verdadero y elegir a Muhammed para hablar por él como profeta. Muhammed vivir hace cientos de años. Alá revela al profeta sus normas: venerar a Alá, rezar cinco veces al día, ser honesto y veraz, ser bueno con los pobres, ser fiel a libro sagrado Quran. Entonces se es buen musulmán.

Intenté saber más, pero así como cuando yo era niño sabía poco de los Ases, Khalid no conocía de su religión más que unas sencillas normas de conducta de fácil comprensión. Enseguida empezó a repetirse, de modo que cambié de tema y le pregunté por su infancia en Qurtuba.

—Ningún papá —dijo triste—. Mamá pobre. Muerta por enfermedad cuando Khalid tenía ocho años. Khalid totalmente solo en el mundo, pero se las apañaba de todas formas.

El mandato de generosidad hacia los pobres era probablemente la causa de que el muchacho siguiese con vida, aparte de su facilidad para los idiomas, que le habían permitido ayudar a viajeros cristianos a desenvolverse por la ciudad.

Khalid afortunado —prosiguió—. Primera vez solo en mercado ayudar extranjero. Comerciante de Montpellier. Él también hablar árabe. Estar medio año en ciudad. Enseñar mucho a Khalid.

Desde entonces, el muchacho había ayudado a innumerables viajeros cristianos y conocido a todos los comerciantes del mercado.

—¿También a aquel que vendió a Hastein la djubba azul celeste? —pregunté.

—El comerciante de ropa Abdul uno de los mejores clientes de Khalid.

—¿Hastein hizo una buena compra?

El chaval se aseguró de que Hastein se hallaba lo suficientemente lejos para que no le oyera.

—Precio razonable por calidad. Precio muy elevado por basura barata. Abdul dar a Khalid ocho por ciento.

—¿Y el hospedero de la pensión junto a la muralla de la ciudad?

—Diez por ciento —sonrió orgulloso, aunque entonces se acordó de lo que había sucedido—. Por supuesto no saber que hospedero era espía de Ibn Asmun. Ibn Asmun creer que buenos señores son piratas que amenazar ciudades portuarias al-Lishbuna y Qadis, y saquear al-Yazira. Al-Madjus, los que veneran el fuego, los llaman muchos. Vikingo dicen otros.

Callé, pues la última denominación me era familiar. Lo que me extrañó fue cómo los moros podían conocer la manera en que los propios nórdicos se referían a un pirata.

En ese momento, Fridtjof *el Largo* tiró de las riendas y con una sacudida detuvo el carro. Dejamos atrás el desierto y llegamos a un terreno fértil que bajaba en pendiente desde la cordillera hasta una amplia bahía enmarcada a ambos lados por montañas dentadas. La calzada romana atravesaba campos y granjas hasta un grupo de casas blancas junto a la costa. Detrás de ellas, y extendiéndose a todo lo que alcanzaba la vista, descansaba el mar, de un intenso color azul.

—Mucho azul —murmuró Khalid.

La ilimitada superficie debía de resultar abrumadora para un muchacho que había crecido en las angostas callejuelas de una ciudad donde no se puede ver el horizonte.

—¿Cómo es posible que ya hayamos llegado a al-Mariya? —pregunté a Fridtjof *el Largo*—. ¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—La fortaleza donde te mantuvieron prisionero solo dista unos tres días a caballo de aquí.

—Así que nos ha ido bien que Ibn Asmun me llevase justo allí.

—El sabio toma lo que el destino le aporta —respondió el marinero pecoso con uno de sus muchos refranes—; el necio examina la boca del caballo que le toca.

—No entiendo la mitad de las cosas que dices, Fridtjof.

—Yo tampoco —rio—. Nunca llegué a preguntarle a mi tío Ketil lo que significaban.

Cabalgamos a través de la pequeña ciudad de casas torcidas encaladas, en cuyas calles no se veían apenas personas. Solo había unos pocos barcos en el puerto, y nuestro *knarr* era el mayor. Hastein me ayudó a subir a bordo mientras los demás ponían la nave a punto. El Lindo Dagfinn contemplaba a Khalid con hostilidad.

—¿Él también viene?

—Ha traicionado a su emir para salvarme la vida —respondí—. No puede regresar a Qurtuba.

—Es posible, pero ¿cómo va a prosperar entre nosotros?

El Lindo Dagfinn no tenía demasiadas dotes para ponerse en el lugar de los demás, pero reconocí que en este asunto llevaba razón. Miré a Khalid y supe que le tenía que decir la verdad.

—*Somos* vikingos, Khalid —dije—. Fuimos nosotros los que amenazamos al-Lishbuna y Qadis. Los que saqueamos y quemamos al-Yazira. Nos hallábamos en Qurtuba para hacer un reconocimiento de la ciudad y ahora navegaremos lejos, rumbo a nuestro cuartel de invierno en el reino de los francos. Te llevaremos si así lo deseas, la elección es únicamente tuya.

Khalid contempló el *knarr* como si lo hubiera sabido todo el tiempo.

—¿Cuándo zarpamos?

El tiempo invernal envolvía Camargue en una densa niebla que descansaba como un edredón sobre la extensa zona de pantanos. Hacíamos avanzar lentamente el *knarr* mediante la pértiga a través de la neblina. Mientras tanto, dejábamos atrás juncales y pequeñas porciones de tierra firme para aproximarnos a la isla que Bjørn Costado de Hierro hallara y de la que tomó posesión al comienzo del invierno.

Habíamos navegado rumbo al norte desde al-Mariya, siguiendo la costa pedregosa de Hispania, donde las montañas de color arena caían escarpadas hacia el mar. Pasamos la desembocadura del Ebro y el puerto de la flota de al-Turtusha sin toparnos con enemigos, y continuamos junto a las ruinas abrasadas de Perpignan y Narbonne. Cuando pernoctábamos cerca de la costa, hacíamos guardia de dos en dos. En alta mar teníamos siempre nuestras armas al alcance de la mano. Tanta precaución resultó excesiva. Vimos pocos barcos y ninguno nos amenazó.

—¿Qué es eso?

El Lindo Dagfinn señalaba una sombra alargada en la niebla. Al aproximarnos descubrimos que era una cabeza cortada clavada en una estaca. La piel estaba oscurecida y resquebrajada, la boca abierta en un bostezo con torcidos raigones amarillentos. Hacía tiempo que gaviotas o cuervos le habían sacado los ojos, así que los huecos negros nos miraban vacíos. Dejamos de usar la pértiga para observaren silencio desde la borda mientras nos

deslizábamos junto a la macabra marca. Detrás de la primera cabeza apareció una pequeña concentración entre la bruma.

—En Lethra también mostramos así los cráneos cuando hemos vencido a un enemigo —dijo Sture de Selandia.

—Pero ¿quién lo ha hecho aquí, en la Laguna de Thor? —preguntó el Lindo Dagfinn—. ¿Acaso los francos han subyugado a Bjørn Costado de Hierro durante nuestra ausencia?

Si Costado de Hierro había muerto en el cenagal, su espíritu seguiría pendiendo sobre el paisaje persiguiendo a todo aquel que lo molestase. Thorvald miró alrededor aterrado, pues los hombres de Noruega eran aún más supersticiosos que otros nórdicos.

—Ningún franco puede matar a mi padrino —sentenció Hastein—. Y además ninguna de las cabezas tiene el pelo rubio.

Aquello nos sirvió de consuelo, y pronto llegamos al gran lago poco profundo que constituía el centro de la marisma, donde continuamos avanzando con pértiga. La niebla atenuaba todos los sonidos y solo se oía el chapoteo de los remos en el agua. Incluso yo, que no solía hacer caso de la cháchara de otros sobre los fantasmas, estaba poniéndome tenso. Después de lo que pareció una eternidad asomó lentamente frente a nosotros una forma dentada que se fue convirtiendo en la irregular empalizada de la fortificación del islote. Los troncos formaban un parapeto de dos hombres de altura que se reflejaba en el agua. No había guerreros sobre el terraplén y seguíamos sin ver signos de vida. Mediante la pértiga hicimos que el *knarr* se dirigiera a la parte de la fortificación que daba a tierra firme. Allí atisbamos los mástiles de las naves que asomaban detrás del muro de madera.

—¿Quién es?! —gritaron desde la torre de maderos situada por encima de un ancho portón.

—¡Amigos! —gritó a su vez Hastein.

El hombre de la torre vaciló hasta que nos hubimos aproximado tanto que logró vernos con cierta nitidez. La silueta alargada de Sigurd Ojo de Serpiente resultaba inconfundible.

¡Hastein! —chilló—. Ya era hora. Costado de Hierro está de mal humor desde tu partida y muchos han tenido que sufrirlo.

—Sí, ya hemos visto las cabezas.

—¿Las cabezas?

Hastein señaló hacia atrás entre la niebla.

—Los cráneos descarnados en las estacas junto a los que acabamos de pasar.

—Ah, esos... —Sigurd Ojo de Serpiente rio—. No son más que unos siervos francos que intentaron huir y se llevaron su merecido. Es Halfdan Camisa Blanca quien los ha plantado ahí para espantar a los atacantes.

—Entonces, ¿os han descubierto los francos?

—Todavía no, pero seguro que sospechan dónde nos ocultamos.

Hastein esperaba que prosiguiera.

—Pero ¿qué sentido tienen las cabezas? —preguntó al fin.

—Son obra de Halfdan Camisa Blanca. Para asustar a los francos.

—¿Cómo pueden los francos constituir una amenaza si solo tienen una ligera sospecha? —indagó Hastein irritado.

—Quizá tienen algo más que eso. A nadie le apetecía esperar hasta la primavera, así que hace un mes remontamos el río Rhône. Primero encontramos una pequeña población a medio día de travesía desde la costa. Al internarnos más en el país dimos con una metrópoli mayor, y como algunos cabecillas pensaban que no habían obtenido suficiente rapiña, continuaron adentrándose en el país hasta dar con otra ciudad. En definitiva, las tres fueron saqueadas y quemadas, y el botín obtenido llena nuestros arcones.

Los nudillos de Hastein se tensaron blancos alrededor de la borda. Sigurd Ojo de Serpiente prosiguió hablando acerca de los afortunados saqueos sin pensar en el efecto que ello produciría en hombres que habían dedicado un invierno entero al infructuoso reconocimiento de una ciudad inexpugnable.

—Así que no nos hemos aburrido aquí en la Laguna de Thor —concluyó el conde de la barba negra—, y todos regresarán a casa mucho más ricos de lo que habíamos calculado.

El *knarr* se hallaba ahora quieto frente al portón de la fortificación del islote.

—¿Pensabas dejarnos entrar? —gruñó Hastein.

—Claro que sí.

Sigurd Ojo de Serpiente empezó a bajar por una escala al tiempo que gritaba a alguien que tenían que abrir al pupilo de Bjørn Costado de Hierro.

Unos hombres junto a un cabrestante oculto pusieron en marcha la tracción de una cuerda hasta que el portón de la empalizada se abrió lentamente. Frente a nosotros se veían las naves largas pegadas unas a otras en un puerto enorme excavado en la isla que formaba un amplio semicírculo. Nos aproximamos remolcándonos con la pértiga y, cariacontecidos, bajamos al muelle de tablas. Sigurd Ojo de Serpiente abrió los brazos, cargados de esclavas de plata, para darnos la bienvenida.

—Mis hermanos residen en el *hall*. —Señaló el edificio alargado cuyo tejado asomaba en la niebla como la espalda de un poderoso animal dormido—. Están contando nuestra plata mientras beben el riquísimo hidromiel que nosotros mismos hemos fabricado con la miel de abejas silvestres. Como podéis ver nos hemos mantenido bien ocupados.

Envuelto en la niebla, el poblado de la Laguna de Thor parecía un trocito de algún país nórdico. Una fila de casas bajas formaba una calle que subía hasta el *hall*. Hombres barbudos iban y venían por los caminos de tablones o se sentaban delante de las casas y las tiendas a beber o a trabajar. Todos llevaban adornos de plata y pulseras. Ninguno reparó en nosotros.

—¿Dispone de iglesia el hermano Jarvis? —pregunté.

—Está junto a la empalizada, detrás de las jaulas de los siervos. Te enseñaré el camino, cuñado.

—Os acompaño —prorrumpió Hastein—. Hace mucho tiempo que no hablo con el bueno de Jarvis.

A decir verdad, jamás los había visto a los dos conversando, pero Hastein intentaba retrasar el encuentro con su padrino. Khalid nos seguía pegado, mirándolo todo con los ojos muy abiertos. Subiendo el terraplén junto a la cara sur de la empalizada había una hilera de jaulas descubiertas. En ellas languidecían centenares de francos que esperaban a que los llevaran en barco hasta al-Turtusha y los vendieran.

—Costado de Hierro sigue comerciando con siervos —constaté con un nudo en el estómago y náuseas en la garganta.

—Sí, es una enorme fuente de ingresos —sonrió Sigurd Ojo de Serpiente—. Casi más que los saqueos.

—Y sigue siendo indigno —murmuró Hastein.

La iglesia del hermano Jarvis resultó ser una tienda manchada y moteada

de humedad hecha con un trozo de vela de un barco franco. Sobre la entrada había una modesta cruz de madera. Fuera, junto a la entrada de la tienda, aguardaba Ylva.

—Bienvenidos de nuevo —dijo la escudera como si nos esperara justamente ese día—. ¿Alguna nueva de Qurtuba?

—Nada bueno —admití.

—Bah. —Sonrió enseñando sus dientes irregulares—. Los francos se defienden peor que los moros y no poseen menos riquezas. Como veis, por una vez he podido participar en los saqueos mientras Bella se quedaba aquí a salvo.

Las mangas ajustadas de la saya de cuero lucían una decena de brazaletes de plata, y alrededor del cuello llevaba diversas cadenas de oro.

—El monje sacerdote está enfadado conmigo —dijo Sigurd Ojo de Serpiente—, por eso no voy a entrar con vosotros. Les diré a mis hermanos que habéis regresado.

—No lo hagas —apuntó Hastein.

—¿Porqué?

—Porque prefiero hacerlo yo mismo.

Entré en la tienda. En su interior, Jarvis estaba sentado sobre un tocón serrado frente al altar, compuesto por una mesa baja con dos grasientas velas de sebo. El cáliz y la cruz de plata colocada en vertical procedían sin duda de alguna iglesia franca.

Delante del pequeño hermano lego, Bella se hallaba en cuclillas, el mentón contra el pecho. Llevaba puesto un vestido azul de terciopelo suave y largas mangas de corte franco. De su cuello pendía una cadena de oro con muchos eslabones forjados de manera exquisita. Sobre los hombros llevaba una capa roja con la capucha echada por encima del negro cabello.

—*Ego te absolvo* —dijo Jarvis haciendo la señal de la cruz en su frente antes de levantar la mirada y hacer gestos para que nos acercásemos.

No había demasiado sitio, así que cuando Hastein, Ylva, Khalid y yo nos sentamos pegados en un bastidor de madera cubierto de paja que debía de servirle de cama a Jarvis, nuestras cabezas chocaron contra la flácida lona.

Jarvis examinó ansioso nuestros semblantes. Su sonrisa palideció enseguida.

—No tuvisteis suerte en Qurtuba —constató decepcionado—. Pues habría sido una bendición del Señor purificar la guarida de esos infieles.

Su rostro arrugado se veía gris, y tenía el pelo blanco grasiento y desgredado. El aliento de Jarvis podía olerse en toda la tienda, y al verlo alargar la mano torpemente en busca del cáliz de plata me convencí de que estaba borracho. Miré a Bella, que se encogió de hombros.

—Como veréis, aquí nos ha ido muy bien —prosiguió Jarvis con sarcasmo—. Cayeron Arles y Nîmes. A Valence la dejaron seca. Sigurd Ojo de Serpiente fue muy atento al traerme la cruz y el cáliz que halló en una iglesia.

Bebió un largo trago del recipiente de plata y reprimió un eructo. El hábito parduzco presentaba sobre el pecho manchas de vino de diferentes épocas.

—Pero el conde Sigurd es un buen cristiano cuando le es posible. Perdona tanto a sacerdotes como a monjes. Cosa que no hacen las demás tripulaciones, así que no está muy claro si su piedad marca alguna diferencia. —Sonrió agrio ante su propio sarcasmo—. Y Bjørn Costado de Hierro no me deja viajar.

—¿Viajar adónde?

—A Roma. A buscar el perdón para mis pecados. —Jarvis fijó una mirada ciega en el vacío mientras su voz comenzaba a temblar—. He incendiado la mezquita de al-Yazira. Ayudé a prender fuego a al-Mazimma. Maté a esos infieles en cuanto tuve la ocasión. Sin embargo, no fui capaz de impedir el pillaje en las ciudades francas. No hice nada mientras se vendían a buenos cristianos como esclavos. ¿Qué destino estarán sufriendo ahora?

Sus lágrimas formaban pequeños círculos en el vino.

—¿Roma? —repitió Hastein, que no había escuchado el resto—. Creía que los romanos eran un pueblo legendario y extinto.

—Porque eres un pagano ignorante —gangueó Jarvis—. Roma fue conducida a la fe verdadera por el emperador Constantino hace centenares de años, y hoy día la ciudad constituye la sede del papa, el mensajero de Dios en la tierra.

—¿Y es rico ese papa?

—Más rico que cualquier diablo infiel. Su iglesia, la basílica de San Pedro, es la mayor del mundo y subsiste desde hace quinientos años. Peregrinos de toda la cristiandad acuden allí para redimir sus almas. ¡Que si es rico, preguntas! Como si eso pudiera medirse con tus conceptos mundanos.

—Me podría hacer una idea de la medida con una porción.

También para mí fue una sorpresa que se conservara la ciudad patria de los romanos. Quizá la esperanza de ver Roma había llevado al pequeño hermano lego a acompañarnos en la expedición.

—¿No queda Roma demasiado lejos para que puedas llegar hasta allí? —indagué preocupado.

—Si partiese mañana a pie, estaría allí dentro de un mes. Por mar, la travesía duraría como máximo diez días. Un viaje, por cierto, mucho más corto que el que habéis emprendido desde Hispania. Pero Bjørn Costado de Hierro dice que me necesita aquí. Para que le preste ayuda en sus crímenes. —Exasperado, Jarvis lanzó el recipiente lejos de sí, derramando vino en la saya de Khalid—. ¿Quién es el que os acompaña?

Presenté al muchacho, que sonrió complaciente.

—Suen a moro —dijo Jarvis receloso.

—Porque lo es. Lo hemos traído de Qurtuba. Nos ayudó...

¿Has invitado a un *infiel* —interrumpió el pequeño hermano lego irguiéndose sobre sus temblorosas piernas— a entrar en mi *iglesia ungida*?

—Pero si no es más que un niño —dije—. Y esto solo es una tienda.

—¡FUERA! —Jarvis tuvo que apoyarse en el altar, que se tambaleó bajo su peso—. ¡Desaparece, apóstata! ¡Vete al infierno!

Khalid y yo nos retiramos. Hastein e Ylva nos siguieron.

Bella se quedó para tranquilizar al que cuidaba de su alma, pero salió enseguida con nosotros. Tras ella, Jarvis escupía juramentos e imprecaciones en el aire viciado de la tienda.

—Estoy preocupada por él —dijo, pareciendo más irritada que alarmada—. Lleva así todo el invierno.

—Nunca le había visto beber —dije—. Ni siquiera en el monasterio, donde los demás monjes iban bien servidos. ¿Es cierto que Bjørn Costado de Hierro no le deja viajar?

Bella suspiró y sus ojos azul celeste parpadearon.

—Los sacerdotes suelen hablar en latín cuando Halfdan Camisa Blanca los somete a tortura. Con Jarvis como intérprete, Costado de Hierro y él han hallado muchas reliquias enterradas y montones de plata de la Iglesia.

Me estremecí al pensar cómo le martirizaría su conciencia al hermano

Jarvis. No era de extrañar que se hubiese dado a la bebida. Yo miraba de reojo la tienda, que se había quedado en calma.

—Seguro que no me crees —continuó Bella—, pero te he echado de menos.

Llevaba razón. No la creí, y me encaminé de nuevo a la tienda.

—Aquí el tiempo es siempre frío y húmedo —se quejó ella—. Mi ropa huele a humedad. Hay moho en mi arcón. Los adornos de cobre se ponen verdes y la plata se vuelve gris. Solo el oro mantiene el brillo. Y tampoco hay nada que hacer. Ninguna otra cosa que no sea ver cómo los hombres se emborrachan y violan a las siervas. Créeme, enseguida se convierte en algo trivial. Con Sigurd no hay manera de tener una conversación. El estado de Jarvis..., tú mismo lo has visto. Ylva es mi única amiga.

Mi hermanastra había trabajado duro para alcanzar la posición que ostentaba. Tenía a sus pies a dos de los tres hijos de Lodbrog, gozaba de más poder que la mayoría de las mujeres, y sin embargo no estaba satisfecha. A lo mejor ocurre eso con todas las aspiraciones humanas.

—¿Y qué hay de Halfdan Camisa Blanca? —pregunté.

Intentó adoptar su habitual expresión altiva. Lo consiguió solo a medias.

Sigo dándole de vez en cuando lo que quiere. Lo considero una obra de caridad. Modera sus peores instintos. No ha matado a ningún siervo desde que se alzaron las estacas en el pantano. Pero nunca será un auténtico ser humano.

Procuró que su voz sonara severa y obstinada, pero las palabras encerraban una sinceridad que yo no podía ignorar. Un largo y húmedo invierno en la Laguna de Thor había erosionado la combatividad de Bella. Estaba cansada, frustrada y puede que incluso un poco sola en ese estatus que ella había elegido.

—¿Me has echado de menos a mí también? —preguntó Hastein, que se encontraba unos pasos más allá y parecía un perro mojado al que alguien hubiera apartado de una patada.

Bella lo contempló con los ojos apretados.

—A lo mejor un poquitín —rio ella.

Cuando Hastein sonrió y sacó pecho, me di cuenta de que aún estaba enamorado de ella. Su decisión de partir en la expedición vikinga, su anhelo de ganar renombre y gloria, su esperanza de saquear Qurtuba... Todo ello

formaba parte del intento por impresionar a mi hermosa hermanastra. Los jóvenes son esclavos de sus impulsos, y de manera impulsiva Hastein quería recuperar a la mujer de la que había sido dueño por un breve instante. Lo que le oyó decir fuera de la cueva que encerraba el cadáver —y lo que él mismo afirmó de ella a continuación— no importaba. Anhelaba a la esposa de su tío adoptivo y ese anhelo gobernaba todos sus actos.

Naturalmente, esta es la reflexión posterior que hace un hombre viejo. En aquella ocasión, hace muchísimos años, no tenía las ideas tan claras. Sin comprender realmente porqué, alargué la mano hacia él y lo acerqué a mí. Mi otra mano tomó la de Bella, y de forma totalmente natural ella extendió su brazo en busca de Ylva. Antes de que nos diéramos cuenta los cuatro nos fundimos en un desmañado abrazo que dejaba fuera el horror y la violencia que nos rodeaba, permitiéndonos vislumbrar una existencia mejor al final del oscuro túnel en el que cada uno de nosotros se encontraba. Fue una sensación agradable. Deberíamos abrazar a nuestros amigos y parientes más a menudo. Deberíamos apreciarlos en mayor medida mientras aún están con nosotros. Antes de que uno se dé cuenta de que es demasiado tarde.

—Encantador —ronroneó una voz profunda a nuestras espaldas—. ¿Cuándo pensabas comunicarme tu regreso?

Ancho, gris y poderoso, Bjørn Costado de Hierro avanzó desde la niebla con los brazos cruzados sobre la panza, que parecía haber crecido en el transcurso del invierno. Su rostro era hermético; sin embargo, sus ojos sonreían.

—¿Quién se ha chivado? —preguntó Hastein.

—Sigurd Ojo de Serpiente ha venido al *hall* y me ha dicho que habías vuelto.

Padrino y pupilo se observaron en silencio.

—Entonces, ¿nos vamos a Qurtuba para conquistar la ciudad del emir? —preguntó Costado de Hierro finalmente.

—No —respondió Hastein, y tomó una decisión—. Nos marchamos a Roma.

Bjørn Costado de Hierro no quería viajar con nosotros a la metrópoli del Cristo Blanco ni prestarle a su pupilo una de sus naves largas. Ambos sabían que Hastein no podía presentarse como líder de una expedición sin tener su propia cubierta bajo los pies, y el *knarr* no valía. Nadie se agruparía en torno a un vikingo que navegase en una embarcación de vientre redondo y prominente destinada al comercio.

—¿Por qué tienes que usar necesariamente una de mis naves? —cortó la discusión al fin Costado de Hierro—. Constrúyete la tuya.

¡Eso puede llevar varios años!

Para la construcción de una nave larga diestra en la navegación hacen falta al menos cincuenta árboles de diferente clase y tamaño. La tarea exige el enorme esfuerzo colectivo de un equipo de hábiles constructores. La elaboración de la vela y la soga supone cientos de horas de trabajo suplementarias.

—¿Crees que nuestra campaña habría sido tan exitosa si yo no la hubiese planificado durante muchos años? —prosiguió Costado de Hierro.

—Åsgeir partió sin más —arguyó Hastein.

—¿Y cómo le fue? Regresó a casa con treinta de las sesenta naves que se llevó, y conservó una décima parte de sus bienes.

Me percaté de la inquietud de Bjørn Costado de Hierro por lo que le pudiera pasar a su pupilo en Italia. Era un país desconocido. Ninguno de

nosotros sabía más que lo que el hermano Jarvis en estado de embriaguez había contado, y él mismo lo sabía solo por relatos de otros. Pero, como todos los jóvenes, Hastein no iba a esperar hasta ser un hombre de mediana edad para cumplir su sueño de adquirir renombre y prosperidad. Quería tenerlo todo ya.

Así que en lugar de eso comenzó a preguntar por el campamento si a alguien le interesaba venderle una embarcación. Después de algunas dosis de persuasión, un gran señor noruego declaró que estaba dispuesto a prescindir de una nave larga de dieciséis pares de remos, calculada para treinta y dos hombres. Carecía de bancos incorporados, de modo que la tripulación debía sentarse sobre los arcones para remar. Además, había que reparar el casco, se tenía que reemplazar el mástil por completo y faltaban tres remos. Sin embargo, tanto la vela como la jarcia se encontraban en perfecto estado, y Hastein manifestó que ese era el único motivo por el que tomaría en consideración el desorbitado precio del noruego.

Con la ayuda de los demás miembros del Grupo de la Almenara, Hastein y yo raspamos el casco para arrancarle las incrustaciones y embreamos a conciencia la parte exterior. Durante una incursión a tierra firme encontramos un largo pino cuyo tronco podía servir de mástil. Lo derribamos y tiramos de él hasta la Laguna de Thor a través de las aguas poco profundas de la laguna. Era un trabajo duro, pero éramos jóvenes, fuertes y lo bastante tercos como para deslomarnos desde la mañana temprano hasta entrada la noche; al terminar, los ocho solíamos sentarnos todos junto a la hoguera para discutir el trabajo del día siguiente.

—Hay que sustituir la regala de la borda de babor —dijo Hastein una noche al distribuir las últimas tareas—. ¿Podrías ocuparte de ello, Dagfinn?

El Lindo Dagfinn levantó la vista con una mueca en su bello semblante.

—Me duele todo el cuerpo —se quejó—. ¿No podemos tomarnos un día libre?

—Cuando hayamos terminado la nave —dijo Hastein.

Mientras los demás estábamos preparando los tablones de la cubierta o recortando las últimas poleas a la luz de la hoguera, el Lindo Dagfinn era el

único que permanecía sentado sin ocupación ninguna; esa debió de ser la razón por la que Hastein le abordó a él, ya que no era un hábil carpintero y la regala estaría mejor en manos de otro.

—¿No da igual si la parte superior de la borda está un poco desgastada? —preguntó el Lindo Dagfinn.

—Quien mal se prepara, en el mar lo paga —respondió Fridtjof *el Largo*, contemplando satisfecho el nudo que acababa de hacer.

—Nadie puede prepararse lo bastante para apaciguar a Njord. Él te traiciona si le apetece, con independencia de lo que hagas.

—En mi patria, en Lethra, no se considera muy buena idea ofender al dios del mar poco antes de empezar a navegar —dijo Sture de Selandia echando en el cesto que tenía delante el cuadernal que acababa de terminar.

—Igual que en Escania —remarcó Bård, quien recibió un gruñido de corroboración por parte de su hermano mayor, Bjarni.

El Lindo Dagfinn se quedó un momento en silencio.

—¿Qué tal un trago de hidromiel? —nos tentó—. Necesitamos también un poco de diversión.

Por toda la fortificación del islote podía oírse claramente que el resto de las tripulaciones no se contenían.

—¿Tienes monedas? —preguntó Thorvald.

Los hombres que por propia iniciativa se habían erigido en maestros fermentadores de Punta Thor exigían dinero contante y sonante por su hidromiel. Habían tenido malas experiencias al fiar.

—Por una vez podríais pagar alguno de vosotros.

Nadie reaccionó ante la petición del Lindo Dagfinn, pues igual que este derrochaba su propia plata, también solía malgastar la de los otros, y a nadie le apetecía ver cómo menguaban sus bienes para calmar la sed de un amigo.

—A quien sabe ahorrar la riqueza le habrá de durar —dijo Fridtjof.

El Lindo Dagfinn se levantó de golpe y se colocó con las manos en jarras delante del marinero de largas extremidades.

—¿No sabes salir con otra cosa que no sea un refrán de tu tío? ¿Cuándo te hartarás de ellos? ¿Nunca hablas por ti mismo?

—Deja en paz a Fridtjof, Dagfinn —dijo Thorvald.

—Exacto —dijo Bård mientras su hermano mayor gruñía.

El Lindo Dagfinn trasladaba la mirada del uno al otro.

—¿En cualquier caso, si vais a confabularos todos contra mí, no tengo problema en beber solo! —gritó iracundo, y desapareció en la oscuridad hacia una casa excavada donde vendían bebidas y en cuya entrada había plantados un grupo de hombres.

Los demás continuamos trabajando en silencio.

—¿Por qué tus amigos aguantan a ese hijo de puta? —preguntó Khalid, que estaba sentado a mi lado sobre la hierba.

—¿Qué dice el moro? —preguntó Thorvald, que no comprendía el franco.

—Pregunta por qué aguantamos al Lindo Dagfinn —respondí—. Debo reconocer que a mí también me está empezando a extrañar.

Mis amigos se miraron entre sí como para decidir quién iba a responder. Al final, todas las miradas se posaron en Hastein.

—Dagfinn no lo ha tenido fácil —comenzó—. Su padre, un gran señor de Jutlandia, siempre lo ha despreciado por su aspecto agraciado.

—Y a lo mejor también por sus escasas dotes como guerrero —dijo Bård, lo cual le provocó una risa zumbona a Bjarni.

—Es cierto que no es muy bueno con la espada —admitió Hastein—, pero aun así antes de cumplir los diecisiete ya quiso formar parte de una expedición, porque esa era la costumbre en su familia.

El padre del Lindo Dagfinn no lo admitió en su propio barco, así que Dagfinn decidió partir con un grupo de cuatro naves procedentes del Reino de Suecia que habían atracado para comprar comida en su región. Acordó con el conde de los suecos que pagaría con dos ovejas. No debería haberlo hecho, pues el conde sueco no era otro que Uggla Ugglasson. A bordo de su nave larga, el Lindo Dagfinn fue marginado y escarnecido. No le permitieron ni una vez comer con los demás, y tuvo que vivir de las gachas y los restos que rebañaba de la cubierta. Cuando finalmente el barco llegó a Isla Thor, lo rechazaron. Allí recibió además la noticia de que su padre lo había repudiado por robar las dos ovejas. Ahora era un proscrito que jamás podría volver a presentarse en su lugar de procedencia.

—Escuché su historia —concluyó Hastein— e intenté que acompañase a la tripulación de mi padrino. Más tarde lo escogí para que formara parte del Grupo de la Almenara.

El carácter bondadoso de Hastein era la razón de que el Lindo Dagfinn perteneciese a nuestra comunidad. Estaba convencido de que yo mismo me sentaba junto a la hoguera por la misma causa. Aun así, no podía contener mi recelo.

—¿Cómo sabes que lo que te ha contado es verdad?

Los demás me observaron en silencio.

—El Lindo Dagfinn será muchas cosas —dijo finalmente Fridtjof *el Largo*—, pero no es un mentiroso.

—Y después de salir con alguno de sus exabruptos —continuó Sture—, lo normal es que procure reparar la falta, aunque nunca pida perdón.

Como para corroborar las palabras del de Selandia, el Lindo Dagfinn regresó de inmediato a la hoguera trayendo un barril de hidromiel con la espita preparada.

—¿Nos emborrachamos? —preguntó jovial.

Los demás se levantaron de un salto y le acercaron sus tazas.

—Así podremos festejar esto —dijo Thorvald al tiempo que mostraba el tronco del árbol de forma arqueada que había estado labrando con el escoplo.

Uno de los motivos por los que el gran señor noruego accedió a venderle la nave a Hastein fue que el mascarón de proa se había perdido en algún lugar de nuestro viaje alrededor de Hispania. Cuando una embarcación pierde su alma de esta manera, muchos tienen reparos en utilizarla de nuevo para atacar costas extranjeras, pero Thorvald había esculpido en el tronco la forma de dos cabezas de serpiente escamosas con las bocas abiertas sacando sus lenguas. Nos explicó dónde había pensado añadir algunos detalles y de qué colores iría pintada su obra.

—Será el mejor mascarón de toda la flota —vociferó Sture de Selandia al tiempo que agitaba los brazos—. Jamás he visto nada parecido, ni siquiera en Lethra.

—Una nave sin ofidio no convocará hombres a porrillo —aportó Fridtjof.

En silencio, el Lindo Dagfinn se sentía molesto porque las dotes de Thorvald como tallista habían ensombrecido su generosidad al haberles traído el barril de hidromiel.

La bestia de proa con dos cabezas fue el motivo por el que llamamos a la nave *Dos Sierpes*. El largo casco tenía líneas curvas y la proa y la popa

inclinadas, el estilo predominante en Vestfold, al sur de Viken, y unos días después de la conversación junto a la hoguera la arrojamos al agua.

Muchos de los hombres asintieron con la cabeza en reconocimiento del resultado de nuestro duro trabajo, pero no se presentó ningún candidato para ocupar las plazas libres en los remos. Casi todos habían robado de sobra y solo deseaban regresar a casa sanos y salvos con sus bienes. Por eso despertó gran interés que quince hombres de Bjørn Costado de Hierro, que conocían a Hastein desde niño, se personaran declarándole su lealtad. Como Costado de Hierro no podía impedir la partida de Hastein, juzgó que lo más inteligente era prestarle el máximo apoyo posible.

Solo nos faltaban diez hombres para que la tripulación estuviese completa. Hastein recolectó nueve entre los cabecillas que en el transcurso del invierno se habían pulido sus bienes bebiendo o jugando. El décimo fue Halfdan Camisa Blanca.

—Estoy cansado de la mirada de mi hermano —afirmó el bien afeitado hijo de Lodbrog—. Y así contarás con otro hombre apto para llevar armas. Ambos podemos sacar provecho en distintos sentidos, y por eso estoy dispuesto a jurarte fidelidad, aunque debería ser a la inversa.

—Es posible —dijo Hastein—. Pero ¿cómo te las apañarás sin Bella?

Era la primera vez que alguien se atrevía a mencionar abiertamente la relación del menor de los hijos de Lodbrog con la esposa de su hermano mayor. Halfdan Camisa Blanca sonrió, reconociendo la valentía del joven líder de la expedición.

—Cuando Bella oiga que me marchó, quizá intente persuadir a su marido de que se una a nosotros.

Fueron estas palabras las que convencieron a Hastein más que la declaración de lealtad de Camisa Blanca. Y una vez que Sigurd Ojo de Serpiente se hubo comprometido a acompañarnos en nuestro viaje a Roma, muchos escépticos se convencieron de las ventajas de apuntarse a una nueva campaña. A lo largo de los días siguientes no dejaron de aparecer guerreros interesados en regresar a casa pudiendo decir que habían participado en el saqueo de la metrópoli del Cristo Blanco. La coalición de vikingos dispuestos a viajar creció paulatinamente, de forma que la flota de Hastein sumaba mil hombres repartidos entre cuarenta y dos naves cuando zarpó del puerto de la

Laguna de Thor uno de los últimos días de la primavera.

El sol brillaba en el agua salobre de la marisma. Garzas y gaviotas levantaban el vuelo desde los postes que sujetaban los cráneos descarnados. Hastein, al timón de *Dos Serpes*, no volvió la vista atrás durante la salida del pantano con pértiga. Por eso no reparó en la silueta gris de enorme vientre que, con los brazos cruzados y preocupación, nos miraba desde la torre.

Íbamos viendo la accidentada costa italiana por babor. Solían primar las laderas escarpadas y pedregosas, cubiertas de verde, pero en ciertos lugares se veía la roca de base gris mortecino, como un muro entre el mar y las frondosas colinas del interior. Viajamos durante ocho días sin ver nada más que costa y pequeñas poblaciones que se aferraban cual exótica vegetación a rellanos y pendientes. Los habitantes eran pescadores y gente pobre cuyas casas de piedra deterioradas por la intemperie no merecieron ni una mirada por parte de la mayoría de los tripulantes de las naves largas. Hastein mantuvo una velocidad baja y cada atardecer desembarcaba para que la flota permaneciese unida.

Tanto Bella como Ylva se quedaron en el campamento de la Laguna de Thor; sin embargo, el cabello blanco de la coronilla del hermano Jarvis se podía ver en la borda de la nave larga de Sigurd Ojo de Serpiente. Desconozco por qué razón decidió acompañarnos. A lo mejor le impulsó la esperanza de ver Roma antes de que la saquearan y quemaran.

A bordo de *Dos Serpes* pasábamos el tiempo lo mejor que podíamos. Hastein había ordenado a los hombres que no llevaran consigo más que algunos bienes, que muy a su pesar tendrían que dejar bajo la protección de Bjørn Costado de Hierro en la Laguna de Thor. Este había prometido que no partiría antes de nuestro regreso.

—A no ser —añadió— que al final del verano no estéis de vuelta, en cuyo

caso nos veremos obligados a marchar a casa. Aunque sería estupendo que viajáramos unidos, pues tendremos que cruzar de nuevo el estrecho junto a al-Yazira, y si la flota del emir nos espera allí, no nos quedará más remedio que atravesarlo luchando. En tal caso, lo ideal sería que contáramos con el mayor número posible de hombres.

Junto a mi arcón se sentaba Khalid, quien solo se separaba de mí cuando no tenía más remedio que hacerlo. Dado que muchos no estaban familiarizados con un nombre como el suyo y que siempre iba pegado a mis talones, los hombres, por diversión, empezaron a llamarlo Perro de Rolf. Aquello le molestaba bastante.

—El perro es animal impuro —refunfuñaba—. Khalid no quiere que lo llamen así.

—¿Quién dice que los perros sean impuros?

—Tanto Alá como su profeta dicen.

—Entonces, ninguno de los dos tiene demasiado sentido común. Los perros son animales útiles que guardan las propiedades de su dueño, le ayudan en la caza y lo defienden de los enemigos.

—El perro se lame el culo.

Resultaba difícil argüir algo en contra de esa verdad.

—¿Hay otros animales que no le gusten a Alá? —pregunté.

El cerdo también es impuro: *haram*. Prohibido comerlo para los musulmanes.

—¿Y la carne de oveja? ¿Pollo? ¿Buey?

—Todo eso *halal*: permitido.

Entonces, ¿hacen falta más cosas para ser un buen musulmán que las reglas que mencionaste la última vez? Ahora resulta evidente que sabes más sobre ello.

Mi observación le causó desazón. Parecía atormentado, desdichado e inquieto, cuando por lo general era risueño, alegre y complaciente. Pensé que se debería al mareo que, como bien se sabe, puede sacar lo peor de los mejores, así que intenté reconfortarlo con un comentario desenfadado.

—Quizá Alá simplemente prefiera reservarse para él la carne más jugosa.

—Alá es bueno, generoso, magnánimo. Mejor que tus estúpidos dioses.

—¿Qué sabes tú de mis dioses?

—Sé —respondió enfadado— que son muchos y necios. Siempre riñen y pelean, siempre en desacuerdo y... —Buscaba la palabra—. Siempre *murtabik*: confusos. Y envejecen y mueren sin sus manzanas. —Calló mirando de reojo hacia la costa.

—¿Te refieres a las manzanas de Idun? —pregunté sorprendido.

Después de pasar muchas noches con mis amigos junto a la hoguera fui conociendo la mayoría de los mitos divinos, y también aquellos que nunca me contó mi madre. El mito de las manzanas doradas era uno de los más famosos.

Por causa de una deuda de gratitud, el dios burlón Loke juró ayudar al gigante Tjasse a lograr la inmortalidad. El único modo que tenía de cumplir dicho deseo era raptar a Idun, la esposa del dios poeta Brage, ya que ella cultivaba las mágicas manzanas doradas que garantizaban la juventud e inmortalidad a los dioses. Sin las manzanas, muchos en Asgård comenzaron a padecer las molestias de la vejez. Thor, el dios del trueno, sufrió artritis. Freja, la diosa del amor, perdió su belleza. Odín, el de mayor edad y sabiduría, empezó a tener problemas de memoria y regresó a la infancia. Loke, a quien también hizo mella la edad, recuperó a Idun y las manzanas, y tras castigar a Tjasse los dioses recobraron su juventud.

Conscientemente había evitado contarle a mi amigo moro relatos de Ases y Vanes. Al contrario que los cristianos, los nórdicos no intentan imponerle a nadie su religión si no muestran interés. La creencia en los Ases es un bien — un pacto de amistad entre los dioses y los seres humanos— y no una misión que pretenda extenderse a todos y cada uno.

—¿Dónde has oído ese mito, Khalid?

—Vosotros siempre contar mitos divinos. Khalid conocer muchos ahora.

—¿Hablas nuestra lengua?

Me acordé de que el muchacho aprendió franco en medio año, y eso que es un idioma bastante más complicado que el de los nórdicos. Durante el mes que empleamos en poner a punto la nave larga se había sentado junto a nosotros escuchando nuestras charlas. De vez en cuando me preguntaba lo que significaba una locución o un giro determinados, sin embargo, jamás me había tomado su interés como algo que no fuera simple curiosidad.

—Khalid no *hablar* lengua nórdica —respondió—, pero entiende suficiente para saber lo que otros dicen. Me llaman nombres feos. Nariz

aplastada. Cocorota negra. Piel sucia. Y ahora, ¡Perro de Rolf!

La última denominación era claramente la que más le hería. Escupió la palabra con un enojo que me sorprendió.

—¿A quién se le ha ocurrido llamarte de ese modo?

Cabeceó por encima del hombro en dirección a un joven de cabello dorado.

—Khalid, no debes hacer caso de lo que diga el Lindo Dagfinn.

—Pero ¿por qué me llama así? Yo no le he hecho nada.

Ahora yo sabía que el escarnio y la burla eran la lengua con la que el Lindo Dagfinn había crecido. Importunar a los que eran más débiles que él se había convertido en su modo de desenvolverse en el mundo.

—No lo ha tenido fácil en la vida —dije con las palabras de Hastein, aunque sin su convicción. Puede que yo no tuviese tan buen corazón.

—No motivo para comportarse mal. —Khalid se puso en pie elevando la voz—. También llama a mi dios débil y tonto. Pero Alá no es débil. Alá es el mejor y más grande. Mejor que vuestros dioses que castigan.

Una poderosa mano interrumpió sus protestas. Sujeto firmemente por la nuca, alzaron al muchacho y lo asomaron por encima de la borda.

—No provoques a los dioses en el mar, Perro de Rolf —bufó Halfdan Camisa Blanca—. Ese es un privilegio mío.

Khalid pataleaba suspendido sobre las olas. Al ser un niño de la calle, nunca había aprendido a nadar. Si el hijo de Lodbrog lo soltaba, estaría perdido.

—Te salvé en Dyflin —dijo Halfdan Camisa Blanca volviéndose hacia mí—. Me debes una vida. Este pequeño blasfemo me parece un precio justo. A no ser que quieras defenderlo. ¿Lo vas a defender, Rolf Hijo de Sierva?

La ira por el humillante apodo me encendió como un rayo. Saqué mi cimitarra. Un murmullo corrió por la tripulación al ver esa arma tan singular. Los espasmos del rostro de Halfdan Camisa Blanca se reunieron en una sonrisa.

—Como quieras —dijo mientras dejaba caer a Khalid sobre la cubierta y sacaba la espada.

Los caprichos de Halfdan Camisa Blanca le hacían imprevisible. Probablemente fue el aburrimiento lo que le incitó al reto. Por ese mismo

motivo, igual se le ocurría matarme, aunque nos conociésemos desde hacía mucho tiempo, y al haber sido yo tan necio de aceptar su desafío, Hastein, como líder de la expedición, no podría inmiscuirse.

El temor provocó que un sudor frío me recorriese la espalda. La figura vestida de blanco aparecía borrosa ante mí.

Una feliz coincidencia me salvó.

—¡Gozoso se torna aquel que ve tierra extraña aparecer! —se oyó gritar desde la proa.

Fridtjof *el Largo* colgaba del mascarón bicéfalo aferrado al cuello con un brazo. Con el otro señalaba el delta de un río. Hacia el interior, entre el verdor primaveral de un paisaje llano, asomaban torres, agujas y tejados detrás de árboles y juncos.

Todos se agolparon en la borda.

—¿Eso es Roma? —preguntó Sture de Selandia.

Hastein se quedó mirando largo rato con los ojos entrecerrados y la cabeza ladeada.

—No podría afirmarlo a esta distancia —respondió—. Pero vamos a averiguarlo.

## OTOÑO DE 870 - NOCHE DEL CUARTO DÍA

El barco está desierto. Desasosegado, deambulo por la cubierta levantando tablones sueltos. Miro en el interior de cavidades y escondrijos. Abro la trampilla bajo la bancada. Todo está vacío. No encuentro lo que busco, y tampoco recuerdo ya lo que era. Levanto la vista hacia las estrellas, completamente visibles a pesar de las oscuras nubes. Las ascuas de Muspelheim fluctúan alrededor de la parte interna del cráneo del gigante primigenio Hymer. Lentamente se reúnen en una forma semejante a la luna nueva. Extiendo el brazo y me lo acerco.

En mi mano descansa una cimitarra con su funda forrada de cuero.

Comienzo a luchar contra la ilusión. Golpeo la materia arcillosa del sueño. Estiro sus extremos oscuros. Al fin me obligo a abrir los ojos.

La cimitarra ha desaparecido. En su lugar, veo recortarse contra las estrellas la silueta de Ylva al timón. Se cimbrea acompañando los movimientos de la nave larga. Su ajustada saya de cuero cruje al compás de las olas. El asta de la lanza cuelga de su mano. Duerme de pie. La contemplo mientras disfruto del excepcional silencio. Incluso el resuello de los remeros y sus rítmicas paladas han enmudecido.

Me quedo rígido al ver una figura oscura deslizarse delante de la escudera. El desconocido, que lleva puesta una larga capa con la capucha echada, avanza de puntillas y tira de la capa que he dejado sobre el herido que yace en la bancada.

La figura se detiene y mira a sus espaldas, hacia la parte delantera de la nave. No por asegurarse de que nadie se haya dado cuenta de su presencia, sino para obtener una ratificación. Es evidente que alguien le hace señas desde la proa, pues a continuación el desconocido se sienta a horcajadas sobre el herido, rebusca en su cinto y alza la mano. La afilada hoja de un puñal refulge en la oscuridad.

Suelto una patada que alcanza a la silueta en la espalda. Deja escapar un grito de sorpresa y pierde el sax, que repiquetea a lo largo de la cubierta. Me impulso desde el costado de la nave para lanzarme sobre el asesino, que gruñe debajo de mí y se retuerce estirándose en busca del puñal.

Le golpeó fuertemente los dedos contra la cubierta. Emite un gáñido y suelta un puñetazo que me da en la cara. El dolor me atraviesa el ojo y el pómulo. La noche se disuelve en un resplandor. La mano cerrada alrededor de mi cuello sofoca mi grito. Me tira sobre la cubierta, se sienta a horcajadas encima de mí, aprisionando mis brazos con sus piernas, y se echa hacia atrás. Cuando se incorpora tiene de nuevo el sax en la mano.

—Qué alegría poder cerrarte el pico, Rolf Hijo de Sierva.

## QUINTA PARTE

Verano de 870

Era pleno día y por ello resultaba imposible acercarse a la ciudad por la vega plana sin ser visto. Hastein ordenó a todos los barcos bajar los mástiles y remar río arriba. Los hombres, de buen humor, colocaron los remos en las chumaceras y se pusieron al trabajo, porque por fin había un poco de acción.

Los barcos se aproximaron en una larga fila para que fuera más difícil determinar el tamaño de la flota desde tierra. Con *Dos Sierpes* a la cabeza entramos en el estuario corriente arriba, pero no hubo cánticos a los remos. En su lugar, respirábamos rítmicamente en cada palada. Tal era la costumbre en los saqueos de una ciudad fluvial, pues el espíritu guerrero y las esperanzas ardían en todos. En mí, tan solo ardía un ligero desagrado. A medida que nos acercamos, empezamos a tener una visión general de la ciudad y sus posibilidades.

—Hay un montón de barcos descargando a lo largo del río —gritó Fridtjof *el Largo* desde la roda de *Dos Sierpes*—, El muelle es de piedra. Tiene cien pasos en la orilla norte y al final hay un puente de piedra que cruza hacia el sur.

—Parece una ciudad grande —dijo Sture de Selandia.

—Sí, es bastante grande —confirmó Fridtjof *el Largo*, empujando a Sture, pues, al estar más experimentado en el mar, pensaba que el trabajo de vigía le correspondía a él—. Las casas del muelle son de dos o tres pisos con fachadas enfoscadas y tejados de teja.

—¡Bogad! —gritamos a coro los demás a los remos. Los dos enormes hermanos de Escania, Bjarni y Bård, hacían ellos solos la mitad del trabajo.

—Y un montón de almacenes.

—Con las puertas abiertas y muchos productos. ¡Apártate, Sture!

—Aparta tú, larguirucho inútil.

—¡Bogad! —gritamos.

—¿La ciudad tiene murallas? —preguntó Hastein desde la caña del timón.

—Sí, pero no son gran cosa.

—¡Bogad!

—Un muro tan penoso no lo construiríamos nunca en Lethra —gritó Sture de Selandia—. De un hombre y medio de altura, o menos.

—¡Bogad!

—Cualquier adulto puede trepar por él —dijo Fridtjof, que tenía las piernas más largas que la mayoría.

¡Bogad!

—Y la puerta de la ciudad sigue abierta. ¡Todavía no nos han visto! —Sture hizo aspavientos con los brazos—. Estúpidos comerciantes.

¡Bogad!

—Claro que nos han visto, pero no saben con quién están tratando. Mientras el necio se cree a salvo, cubre sus espaldas el sabio.

—¡Bogad!

—Todavía están trasteando por el muelle. ¿Lo harían si nos hubiesen descubierto, huevón?

¡Bogad!

—¿A quién llamas huevón, culo gordo?

La ciudad estaba ahora tan cerca que incluso Hastein, desde la bancada, podía ver el muelle de piedra y las altas casas. Los residentes las habían enfoscado con tonos amarillos y ocre, como para hacer alarde de su riqueza. No trató de detener la pelea de Fridtjof y Sture en la proa, sino que corrigió ligeramente el curso de *Dos Sierpes* y gritó a los pilotos de las otras naves largas que estuviesen atentos junto a la borda exterior de los barcos italianos amarrados para que nadie tuviera la oportunidad de escapar.

Caímos como un grupo de avispas en un tarro de miel. Con ganchos y sogas trepamos por las altas bordas y nos lanzamos con las armas

desenvainadas sobre las cubiertas abiertas de los buques de carga. Hastein no había ordenado tomar prisioneros, y los guerreros estaban cansados de la preocupación que supone la venta de los esclavos, por lo que cualquiera que se cruzara en el camino era asesinado o mutilado. Esta expedición se había hecho a la mar para saquear, y a saquear se dedicaría.

En las bodegas de un buque de carga grande y ancho encontramos una partida de valiosas telas de seda. En otro, había cientos de cántaras de vino puestas en fila debajo de la cubierta. En otros barcos hallamos grano, cerámica y lana cardada. Las jarcias estaban fabricadas de sólido cordaje, el mobiliario era de buena calidad. Debajo de la cubierta había piezas de plata y ollas de cobre. Todo podía saquearse y sin contemplaciones.

Estallaron acaloradas disputas para determinar quién había sido el primero en poner el pie en las cubiertas de cada buque, ya que por ello tenía derecho a lo que encontrara allí, y también se discutía acerca de la nave larga a la que debían transportar los tesoros. Los guerreros se excitaron y gritaron, el compañero luchó contra el compañero. Se tiró con fuerza de los coloridos rollos de tela. La seda brilló al sol al tiempo que se rasgaba en jirones. Una cántara de vino se hizo añicos contra las tablas de la cubierta, y los hombres resbalaron en el líquido rojo. Atravesaron el aire acusaciones recíprocas de causar desperfectos y de derrochar los bienes.

Las discusiones dieron tiempo a los lugareños para ponerse a salvo: cruzaron la puerta de la ciudad y se encerraron en ella.

Los guerreros salieron en tromba de los barcos al dique de piedra para inspeccionar las cajas, vasijas y carros cargados que los trabajadores del puerto habían abandonado. Hastein intentó detener ese caos sin éxito. Quería atacar las murallas antes de que la ciudad hubiera establecido una defensa adecuada, pero todo el mundo se hallaba ciego y sordo por la codicia. Los hombres correteaban por todos los lados sin escuchar al líder, al que habían jurado fidelidad incondicional.

En el muelle, de diez pasos de ancho, Hastein consiguió por fin que todos se colocaran en fila frente al muro. Golpeamos las armas contra los escudos para asustar a los habitantes, quienes, a su vez, lanzaron insultos y maldiciones contra nosotros. Se encontraban detrás de un parapeto, a la altura de un par de hombres, agitando lanzas y hachas. Fridtjof *el Largo* y Sture de Selandia tenían

razón en que la muralla de la ciudad no era impresionante, pero con hombres armados en la parte superior, escalarla constituía todo un reto.

—¿Cómo entraremos?! —grité por encima del ruido, al tiempo que evitaba un trozo de granito del tamaño de un puño que alguien nos arrojó desde detrás del muro. Sentía náuseas y me esforzaba por no vomitar.

—¿Y cómo lo voy a saber? —murmuró Hastein irritado—. Hemos desaprovechado la oportunidad de cruzar la puerta.

Los guerreros bramaban impotentes contra la gente de la ciudad. Nadie quería ser el primero en correr hacia la barrera de armas sobre la muralla.

—¿Es inútil! —gritó Sigurd Ojo de Serpiente.

—Dime algo que no sepa —refunfuñó Hastein apartándose de una flecha que pasó volando sobre el borde del escudo.

—Hemos tomado un buen botín de los barcos —dijo el Lindo Dagfinn—. No hay razón para arriesgar la vida.

—¿Nuestras pobres familias van a languidecer allá en casa porque no nos atrevimos a tomar lo que se nos ofrecía? —se quejó Thorvald Tallador.

—¿Estoy empezando a hartarme de vosotros, borregos! —Agitando los brazos, Sture de Selandia salió de la fila y se paró frente a nosotros de espaldas a la ciudad—. ¿Hemos hecho todo el camino a Italia solo para quedarnos temblando como gallinas frente a un muro que apenas es una valla de jardín? ¿Nosotros, que hemos luchado y vencido a sajones y moros, vamos a tener que oír que nos asustamos de un montón de miserables patizambos? ¿Los vikingos, que hemos navegado todo el mar Interior y esclavizado a pueblos enteros, vamos a huir de esos enanos? ¿Va a perseguirnos esa vergüenza el resto de nuestros días? ¿O vamos a avanzar todos en masa y a luchar como hombres y saquear lo que, con o sin la ayuda de los dioses, es nuestro?

Sture de Selandia rara vez usaba su amplia boca para otra cosa que no fuera fanfarronear, pero en esa ocasión se reveló elocuente como pocos. Algo muy oportuno, porque esas fueron sus últimas palabras. Alguien desde la muralla debió de pensar que se trataba de nuestro líder y que verlo muerto socavaría nuestra moral. Además, tenía buena puntería, pues una lanza cruzó volando el muelle y se hundió tan profundamente en la espalda de Sture que la punta abolló el peto de la cota de malla. El selandés jadeó y escupió sangre.

Se miró el pecho y cayó de rodillas.

El silencio se cernió sobre el muro de escudos. Sture nos miró ojiplático y se inclinó hacia atrás. El asta que sobresalía de su espalda se asentó entre dos adoquines y lo mantuvo erguido en una incómoda posición. Su cabeza cayó hacia atrás con los ojos sin vida mirando al cielo.

—¿Van a salir con vida esos miserables después de haber hecho arrodillarse a Sture de Selandia? —se oyó en el silencio la voz ronca de Halfdan Camisa Blanca.

Los demás necesitamos un momento para recuperarnos. Entonces rugimos la respuesta, que se convirtió en un no.

Me había olvidado de mis náuseas cuando avancé junto con los otros portadores de escudos. Protegidos por estos contra los cortes, golpes y proyectiles, ayudamos a nuestros camaradas de la retaguardia a subir para que despejaran un tramo de la parte superior de la muralla de la ciudad y atacaran a los defensores situados detrás del parapeto. No pasó mucho tiempo antes de que los habitantes de la ciudad comenzaran a retirarse. La resistencia se desmoronó. El saqueo podía comenzar.

Nuestro objetivo inicial en Italia había caído. Se cobró la primera vida de los miembros del Grupo de la Almenara, y, aunque los demás lo lamentamos, hay que decir que Sture de Selandia fue nuestra única pérdida ese día.

La ciudad era antigua y, según nuestra escala, grande y rica, pero ciertamente había conocido tiempos mejores. En su día debió de estar situada a las orillas del mar, pero siglos de depósitos fluviales desplazarían la línea de la costa a varios cientos de pasos de distancia. Por eso, el muelle a lo largo de la orilla del río se usaba ahora para carga y descarga de barcos. Al oeste de la ciudad había un antiguo puerto cubierto de arena y abandonado, y al norte y al este, grandes áreas de antiguos distritos yacían en ruinas.

El hermano Jarvis, Khalid y yo nos hallábamos de pie junto al borde desigual y cubierto de musgo de la antigua dársena del puerto. Ahora era un lago rodeado de arena con patos y plantas, aislado del mar por una lengua de tierra que se extendía unos quinientos pasos hacia el oeste. Por encima de la vegetación de este istmo, formada por cañaverales, arbustos y árboles, brillaba el sol en las olas del mar.

De uno de los almacenes abandonados a nuestras espaldas llegó un grito prolongado. La cara arrugada del hermano Jarvis hizo una mueca que podía interpretarse como de enojo y asco. Khalid y yo ignoramos el sonido lo mejor que pudimos. Yo sabía lo que estaba sucediendo en el almacén. El chico moro también lo sospechaba. Ninguno de nosotros quería ahondar en ese pensamiento.

—Tengo que ir —dijo el hermano Jarvis, volviéndose.

—Harías bien en quedarte —le dije.

Hastein nos había pedido que esperáramos hasta que nos necesitara. En realidad, se refería más concretamente a Jarvis.

—No puedo aprobar esta...

El pequeño hermano lego extendió la mano hacia la gastada puerta del almacén.

—¿Abominación? —continué su frase.

Él asintió.

—Entonces, ¿por qué viajaste a Italia? Ya viste lo que sucedió en los otros saqueos. ¿Pensabas que este sería diferente?

Yo estaba enojado porque mi viejo amigo y mentor, a diferencia de mí, había tenido otra opción. Jarvis, consciente de su caída, de que había dejado de ser el fervoroso confesor de la esposa cristiana de un conde para convertirse en un borracho y desilusionado escéptico, miró avergonzado hacia el suelo.

—Temo sucumbir de nuevo —dijo en lugar de responder—. El precio es demasiado alto.

—¿El precio de qué?

En ese momento, la puerta del almacén crujió. Apareció la cara pálida de Hastein.

—Jarvis. Rolf —nos llamó—. Os necesitamos.

Hizo un gesto para que entrásemos en la oscuridad de la nave. Cuando Khalid, curioso, hizo ademán de seguirnos, Hastein levantó la mano.

—Esto no es para niños —dijo con rudeza en lengua franca.

A pesar de que a Khalid no le gustaba que lo llamaran niño, comprendió la gravedad del asunto y se detuvo.

A través de las grietas y agujeros en el tejado del gran edificio, la luz del sol arrojaba una luz pálida sobre las vigas del techo y el húmedo suelo de tierra apisonada. En el centro de la sala desierta había una mesa entre charcos de agua. Una figura vestida de blanco se inclinaba sobre el hombre que se encontraba atado a la mesa: un sacerdote de cabellos oscuros que hallamos en una cripta situada debajo de la iglesia de la ciudad que se alzaba al noreste de la muralla.

Cuando el hermano Jarvis vio al clérigo de cabellos oscuros, respiró acaloradamente. Yo mismo tuve que tragar saliva un par de veces para

mantener en su sitio el contenido de mi estómago.

—¿Cómo puede seguir con vida? —conseguí preguntar.

—Se pueden hacer muchas cosas en el cuerpo humano antes de que se apaguen las ganas de vivir. —El rostro rasurado de Halfdan Camisa Blanca se hallaba contraído en un espasmo de sonrisa—. Lo más importante es detener a tiempo la hemorragia.

En el borde de un brasero había unas tenazas y entre las ascuas se veía una barra de hierro revestida de cuero. Camisa Blanca asió el hierro y, como demostración, colocó su punta al rojo vivo sobre una herida sangrante. El prolongado grito del sacerdote hizo que las palomas, que zureaban en las vigas del techo, echaran a volar.

El hermano Jarvis se tapó los ojos con las manos. Hastein luchó para no vomitar. Sigurd Ojo de Serpiente, de pie a unos pasos de distancia, cerró los ojos disgustado.

Jarvis se tambaleó hasta la mesa y se arrodilló con su rostro próximo al del pastor de cabellos oscuros. Puso su mano sobre la cabeza del desgraciado, la única parte de él que estaba intacta.

—*Commisero tibi in dolore tuo, pater* —dijo.

—*Tu es Christianus?* —gimió el sacerdote.

—*Monachus Anglicus, pater.*

—*Monstris his ades ferocissimis circumdatus. Quare?*

—Quiero que me traduzcas cada palabra —los interrumpió Hastein—. No olvides que Rolf Lenguaraz os entiende.

El hermano Jarvis levantó la vista. Bajo la arrugada piel de su cara, se movían los músculos de la mandíbula. Sus ojos brillaban con una ira que le ataba la lengua.

—Jarvis ha lamentado el sufrimiento del sacerdote —dije yo en su lugar—. El sacerdote le ha preguntado a Jarvis si es cristiano. Él ha respondido que es un monje inglés. El sacerdote le ha dicho que por qué estaba aquí rodeado de monstruos.

—Monstruos —asintió Halfdan Camisa Blanca satisfecho—. No está mal.

—Pregúntale cómo se llama esta ciudad —dijo Hastein— y cómo podemos llegar a Roma.

Supimos por el pastor que la ciudad era Pisa, que el río se llamaba Arnus

y que Roma quedaba mucho más al sur. Continuó con una frase que no entendí.

—Dice —empezó Jarvis mirando con sorna a Hastein— que si llevases zapatos de hierro, los gastarías antes de llegar a Roma.

—Entonces es una suerte que vaya navegando —respondió Hastein—. ¿Roma es el nombre local de la ciudad del Cristo Blanco?

—Es el nombre eterno de la ciudad, oh, monstruo —murmuró Jarvis.

A Hastein no le complacía esa denominación, a diferencia de Halfdan; sin embargo, no por ello se distrajo.

—Necesito indicaciones precisas del viaje.

Jarvis se levantó. Su cuerpo temblaba de ira.

—¿Cómo va a darte indicaciones este desgraciado? ¡Seguramente nunca haya estado en Roma!

—Entonces tendrá que usar su imaginación —dijo Halfdan Camisa Blanca sacando las tenazas del brasero—, porque mi paciencia con él se ha agotado.

Puso la punta al rojo vivo de las tenazas en torno a uno de los dedos de las manos del sacerdote. Este había resistido hasta entonces el dolor con resignación, pero, al ver que iba a perder los miembros uno por uno, decidió hablar.

—Detente, bestia —gritó Jarvis—. Dice que te indicará.

Jarvis acercó la oreja a la boca del sacerdote. Traté de escuchar, pero no quería acercarme demasiado a las herramientas de Halfdan Camisa Blanca. Parecía haber olvidado nuestro enfrentamiento en el barco, pero no estaba seguro del todo.

—El sacerdote dice —relató finalmente Jarvis— que hay un lugar tierra adentro en el que tienen un mapa.

—¿Un mapa? —repitió Hastein—. ¿Qué es eso?

—Una especie de plano de imperios y países del mundo. Dice que debemos navegar río arriba. En unos días entraremos en un valle alargado y plano. Allí está el mapa, en una ciudad fortificada llamada Fiesole.

—¿Un desvío tan largo para encontrar la ciudad más famosa de la cristiandad? —interrumpió Halfdan Camisa Blanca con vehemencia—. Nos está tendiendo una trampa.

—¿Cómo podría este pobre hombre tendernos una trampa? —preguntó Jarvis furioso—. Apenas puede moverse por el dolor.

—Hay algo más, ¡seguro!

Los demás esperamos pacientemente la decisión de Hastein. Ya no le hacía gracia desempeñar el papel de líder, pero sabía que él mismo lo había elegido. Ahora se veía obligado a tomar una decisión. Tenía la cara tensa y la voz ronca cuando por fin habló.

—Aquellos que no quieran ir río arriba pueden quedarse aquí, en Pisa, y esperar. Mi gente y yo seguiremos las indicaciones del sacerdote. Y lo llevaremos con nosotros, para que Halfdan Camisa Blanca pueda seguir atormentándolo si nos ha mentido.

Pocas jornadas más tarde, nueve barcos con casi trescientos hombres remontaban a remo la corriente del Arnus, que serpenteaba a través de un paisaje de campos en ciernes, bosques y setos. Tras unos días de navegación, llegamos a una zona verde con colinas donde el río se hacía más estrecho y la corriente más fuerte. Jarvis dijo que, según el sacerdote de cabello negro, el valle donde se encontraba el mapa estaba al otro lado de las colinas.

—Bien —dijo Hastein—. Entonces acamparemos y pasaremos aquí la noche.

Los hombres se dispersaron para recoger leña y buscar comida mientras el hermano Jarvis permanecía a bordo de *Dos Sierpes*, cuidando al horriblemente malherido sacerdote. Allí los encontré por la noche.

Un bovino en estado salvaje, que algunos de los guerreros habían encontrado y abatido, se asaba sobre el fuego en medio del campamento levantado a la orilla del río. Hubo risas y brindamos con vino de Pisa, pero ninguno de nosotros le dedicamos al sacerdote ni un pensamiento. El hermano Jarvis miró obstinadamente hacia otro lado cuando trepé por la borda.

—Pronto estará lista la comida —dije.

—No quiero nada.

—Al sacerdote le vendría bien alimentarse.

—Mejor le vendrá dormir.

El nervudo sacerdote estaba sentado con la espalda apoyada en el mástil y

la cabeza de pelo negro sobre el pecho. Jarvis había tratado primorosamente sus múltiples quemaduras con grasa y miel y las había vendado con una tela limpia. Me senté en la caja más cercana.

—No necesitas vigilarle —dijo Jarvis—. Su estado no le permite huir, aunque yo le ayudaría con gusto.

—Halfdan Camisa Blanca os encontraría rápidamente y entonces el castigo también caería sobre ti.

—Y tú disfrutarías, ¿no es cierto, pagano? —murmuró con hostilidad.

—Desde luego que no —dije en voz baja.

Jarvis se sorprendió por un momento de mi mansedumbre, pero la hostilidad que creía que existía entre nosotros resucitó de inmediato.

No haces nada para evitar el sufrimiento que Hastein impone a cristianos buenos e inocentes.

—Hastein se halla bajo presión. Su reputación depende de la cantidad de bienes y plata que lleve a casa desde Italia.

—¡Su reputación!

Jarvis escupió su desprecio sobre la cubierta. Me dio la espalda y miró furioso el río azul oscuro.

—No estoy más cómodo que tú en esta expedición —admití.

Me había llevado tiempo reconocerlo. Me negaba a mirar la verdad de frente, pero ya no podía esquivarla más. Necesitaba confiarme a alguien, y quién mejor que mi viejo amigo y mentor, que ahora me observaba por encima del hombro con incredulidad.

—No me siento lleno de ira contra todo el mundo —continué—. Solo trato de encajar. Viajé con Hastein hasta Qurtuba para eludir el saqueo de más ciudades de Francia. Me pongo malo cada vez que caemos sobre un lugar nuevo, lleno de personas inocentes, que solo intentan sobrevivir al día a día. Después de todo, hacen algo útil. Crean una vida para ellos y su familia. Construyen algo. Nosotros destruimos, demolemos y quemamos.

—¿Siempre sientes eso en la batalla?

—En la batalla no. Cuando me defiendo a mí mismo y a mis amigos contra un enemigo estoy bien. Incluso soy capaz de alzarme por encima de la contienda, y esa es la mejor sensación que existe. Pero no me gustan los saqueos.

Reconocer la derrota era duro, y mi voz se quebraba. Lo que soñaba ser y por lo que me había esforzado arduamente se había convertido en un objetivo imposible debido a mi propia debilidad. Si no podía saquear como mis compañeros, nunca me convertiría en un verdadero vikingo.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó Jarvis.

—Hastein es mi amigo. Como lo fuiste tú una vez.

El pequeño hermano recuperó la tranquilidad y se mesó sus blancos cabellos. Esa observación lo hirió. Bebió de una jarra de vino que tenía a su alcance.

—Piensa que una vez fuiste cristiano —refunfuñó— y ahora ayudas a los saqueadores a encontrar la ciudad santa de la sede papal. Si ni siquiera participas en esta lucha de corazón, has caído más bajo que ellos, Rolf.

Esa moralidad de la que hacía gala provocó mi indignación.

—No estaríamos aquí si no fuera por ti. El plan de Hastein era atacar Qurtuba, pero los moros nos ganaban en número y eran demasiado fuertes.

—¿Y en lugar de ello ahora quiere ir a Roma? No va a sacar nada en limpio. La ciudad del papa es incluso más grande que la capital de los infieles.

Las palabras de Jarvis me hicieron pensar. Hastein había renunciado a la idea de tomar Qurtuba. Pero ¿iba camino de una derrota aún más segura?

—Si no hubieras alabado la ciudad del Cristo Blanco y sus riquezas en Punta Thor —le reproché—, a Hastein nunca se le habría ocurrido saquearla. ¿Lo has olvidado?

—¿Por qué iba yo a mencionar Roma ante Hastein? —preguntó, sinceramente asombrado.

—Estabas borracho —respondí—. Como ahora.

El hermano Jarvis guardó silencio mientras digería la información. La expresión de su arrugado rostro pasó por varias fases, de la incredulidad a la ira y al desprecio a sí mismo, pasando por la confusión. Con un movimiento brusco, lanzó la jarra por encima del costado del barco, y esta desapareció en la comente tras un pequeño chapuzón.

—Soñaba con ver la ciudad del papa —dijo—. Aunque solo fuera una vez en mi vida.

—Y lo harás. Hastein no parará hasta que la haya encontrado.

Permaneció sentado, abatido en la cubierta durante un rato.

—Quizá Roma todavía pueda salvarse. —Revivió con dicha idea—.  
Depende de nosotros obrar el milagro.

—¿Qué milagro?

Avanzó hacia mí de rodillas y me asió las manos.

—Rolf, te lo ruego. Por el Señor y por ti. Salvemos a Roma de los monstruos. Ayúdame y nunca te pediré nada más.

Dudé mientras veía la esperanza y la luz en su mirada anegada. Poco a poco fui captando su idea. Quería que alejara con engaños a mis compañeros de la ciudad del Cristo Blanco.

—¡Ni hablar!

Me liberé y salté a tierra. Temblando de ira regresé al campamento sin mirar atrás. Junto al fuego, Hastein levantaba una jarra y bramaba hacia el cielo estrellado entre los vítores de los demás.

—¡Cuidado, Roma, porque estamos en camino!

A primera hora de la mañana siguiente continuamos remontando con vigorosas paladas el río que serpenteaba entre las colinas. Bien entrada la mañana llegamos a un valle plano, rodeado de montañas por todos lados. Los picos más altos brillaban entre la neblina, con la cima blanca por las últimas nieves del invierno.

El nervudo clérigo de cabello oscuro seguía sentado debajo del mástil, con aspecto bastante intranquilo. En el momento en que el río giró suavemente en dirección sudoeste y continuó recto entre campos de flores y árboles de color verde claro, trató de levantarse al tiempo que gritaba un nombre.

—¿A quién llama? —preguntó Hastein.

—A alguien llamado Florencia, por lo que puedo entender —respondí.

—¿Tal vez una moza sobre la que cabalgó?

El hermano Jarvis habló largamente con el sacerdote, que parecía no sentir dolor. O bien sus heridas tenían peor aspecto de lo que eran en realidad, o estaba hecho de una sustancia más dura de lo que uno hubiera esperado de un hombre de la Iglesia.

—Florencia —dijo el pequeño hermano lego después— no es una mujer, sino una ciudad. Nuestro amigo es de allí. Han pasado casi diez años desde que la abandonó, y durante todo ese tiempo la ha añorado terriblemente. Dice que él es hijo de uno de los comerciantes de la ciudad y que su familia pagará un importante rescate por él cuando sepan de sus tribulaciones.

—¿Y por qué dejó su ciudad natal si la amaba tanto? —preguntó Thorvald Tallador, que solo había salido de Viken por obligación.

Una vez más, Jarvis habló con el pastor durante un largo rato. Entretanto, comenzamos a divisar la ciudad entre los árboles de la orilla del río. Era significativamente más grande que Pisa y estaba rodeada por una muralla de piedra gris de la altura de cinco hombres, con torres de vigilancia y bastiones.

—Se parece a Jorvik —exclamó Hastein.

Era cierto que Florencia recordaba mucho a la ciudad comercial inglesa que habíamos tomado tres años antes. Ambas ciudades habían sido campamentos militares romanos, que con la desaparición de ese pueblo legendario habían perdido su función original y ahora se hallaban habitadas por artesanos y comerciantes. A pesar de las similitudes externas, las diferencias eran llamativas. Mientras que la ciudad sajona se había construido con madera y paja, se veía claramente en tejados y torres que la gente de Florencia prefería la piedra y la teja. Así como la muralla de Jorvik estaba cubierta de musgo y en mal estado, no se les podía criticar nada a las obras de defensa de Florencia. Incluso un gran ejército tendría problemas al intentar tomar la ciudad.

—Parece una ciudad rica —dijo el Lindo Dagfinn con una sonrisa esperanzada.

—Rica e inexpugnable —replicó Hastein—. Nunca entraríamos con trescientos hombres. Además, tampoco estamos aquí para eso.

Fiesole, nuestra meta, descansaba en la cima de una colina verde pocos kilómetros tierra adentro. En la depresión entre dos corcovas se veían los puntos blancos y amarillos de las casas, con techos de color marrón rojizo asomando entre el verde. La delgada línea de un muro rodeaba la cima de la montaña, como la corona de un rey sobre su cabeza.

Jarvis, que una vez más había estado hablando con el sacerdote, se nos acercó a los demás, reunidos en la roda de *Dos Serpentes*. Contó que entre Florencia y Fiesole había una feroz rivalidad. Las dos ciudades se hallaban a menudo en auténtica guerra, y los habitantes sentían un odio visceral mutuo.

—El error de nuestro amigo fue —continuó Jarvis— que se enamoró de la hija de uno de los hombres más ricos de Fiesole, quien casó a la muchacha con otro fiesolano solo para fastidiarle. Esa situación provocó una serie de hechos

sangrientos que lo obligaron a aceptar un puesto en la costa. Pero si lo ayudáis a vengarse y a recuperar a la chica, os estará siempre agradecido.

—Pero los sacerdotes cristianos viven en celibato —dijo Sigurd Ojo de Serpiente, que creía conocer todo sobre el cristianismo, al que se había convertido en Inglaterra por su esposa sajona.

—Al parecer no se lo toma tan al pie de la letra —murmuró Jarvis.

—¿Odia a sus rivales compatriotas más que a nosotros, que lo hemos torturado? —preguntó Halfdan Camisa Blanca con aire de sorpresa en el rostro rasurado.

Ahí el pequeño hermano lego se sintió realmente incómodo. Tosió y carraspeó mientras seguía contando.

—El sacerdote dice que sois unos bárbaros sin dios, que no conocéis nada, y por lo tanto no se puede esperar nada más de vosotros que la ocurrencia de atormentar a un hombre de Iglesia. Pero ha conservado todos sus miembros, incluyendo el que es más importante para un hombre, y por eso puede que hasta rece por vuestra salvación si le permitís participar en el ataque a Fiesole y matar a su rival.

El resentimiento entre las dos ciudades vecinas era tal que la venganza sangrienta resultaba más importante para el orgulloso sacerdote que el que sentía por su tormento, cuyas huellas sanarían con el tiempo. Tal vez incluso se ganaría una reputación entre sus compatriotas y parientes por haber soportado el martirio de los piratas paganos y haber alejado la ira de estos de su ciudad natal.

—Dile al sacerdote que puede guardarse sus oraciones —indicó Hastein—, pero que con gusto lo llevaremos a la ciudad de las montañas.

Jarvis regresó donde el sacerdote para darle la buena nueva.

—El sacerdote cristiano es el tipo de hombre que me gusta —declaró Halfdan Camisa Blanca—. Debería habernos contado su historia antes y tal vez habría sido menos duro con él.

Pasamos la tarde contactando con la familia del sacerdote en Florencia. Fueron lo suficientemente astutos como para no permitir que ninguno de nosotros traspasara las sólidas murallas de la ciudad, y las negociaciones tuvieron lugar en la ribera del río, junto a la pasarela de *Dos Sierpes*. El padre del sacerdote, un comerciante de cabellos grises con ropajes de colores,

frunció el ceño preocupado cuando su hijo lo saludó desde la cubierta del barco con un vendaje manchado de sangre en el brazo. Sin embargo, con una gran sonrisa, le aseguró que estaba bien, por lo que se fijó un rescate que satisfizo todos.

Al día siguiente nos adentramos en el campo con nuestro nuevo amigo sentado en un carro de dos ruedas, mientras unos pocos guerreros se quedaban en los barcos con Khalid. A pesar de que el viaje por el irregular empedrado de la vía romana le debía de provocar muchos dolores, el sacerdote estaba de buen humor. Nos mostró el camino a la iglesia de Fiesole, que se hallaba al pie de la montaña, y Hastein permitió a los hombres saquear hasta saciarse el bello edificio blanqueado, que poseía complejos motivos en negro con círculos y arcos grabados sobre la fachada. El sacerdote habló de nuevo con Jarvis, que se sentía cada vez más desilusionado con su hermano en la fe.

—Fue en esta iglesia donde su amada se casó con el hombre de Fiesole —dijo— y, por lo tanto, sois invitados a robar y tomar todo lo que podáis. Y si quemáis el edificio, él os pagará de su bolsillo una bolsa de plata de una libra de peso, además de lo que su padre os prometió.

—Algo se podrá hacer —dijo Hastein.

Pasamos la noche alrededor de la iglesia mientras nos calentamos con las llamas. Al amanecer comenzamos a andar hacia la montaña. El camino era largo y sinuoso, y la ascensión duró la mayor parte de la mañana. Cuando doblamos la última revuelta y vimos las puertas de Fiesole, que cerraban el espacio entre las dos elevaciones de la montaña, observamos que el incendio de la iglesia había advertido a los habitantes de nuestra llegada, pues se habían armado hasta los dientes y ahora nos esperaban tras los gruesos parapetos de la vieja muralla de la ciudad. Las troneras y los torreones estaban tomados por los arqueros, y, en conjunto, Fiesole no daba la impresión de querer recibir la visita de unos monstruos.

El sacerdote de cabello negro tenía de nuevo algo que decir.

—Como podéis ver, la ciudad se encuentra bien fortificada —tradujo Jarvis, que parecía empezar a hartarse—. Pero si dejáis en las puertas vuestra fuerza principal, fuera del alcance de los proyectiles, él, rodeando la montaña,

os conducirá a cincuenta de vosotros hasta un lugar donde el muro se derrumbó en su día, cuando él era pequeño. Por ahí podréis entrar fácilmente, ya que los fiesolanos son tan vagos como estúpidos y cobardes, y nunca han llegado a reparar los desperfectos.

Hastein, el resto del Grupo de la Almenara y yo nos abrimos paso con cuarenta hombres a través de un camino estrecho que rodeaba la montaña, entre matorrales y peñascos. Como el sacerdote tenía dificultades para caminar, lo atamos a la espalda de Halfdan Camisa Blanca. Sigurd Ojo de Serpiente se había quedado en la puerta con el resto de nuestra fuerza para atraer la atención de los habitantes.

Después de una difícil escalada llegamos a un lugar donde el sólido muro había cedido por un deslizamiento de tierra. Como el sacerdote había dicho, debió de ocurrir mucho tiempo atrás, pues los arbustos y la vegetación habían enraizado en las piedras y las rocas sueltas. Más que la pereza debió de ser la inaccesibilidad del lugar la que llevó a los fiesolanos a renunciar a reparar el daño, porque incluso después de atravesar el agujero en el muro tuvimos que subir una empinada pendiente. Cuando finalmente llegamos a la cima, estábamos sudorosos, sedientos y exhaustos. Descansamos a la sombra de unos pinos comiendo y bebiendo nuestras provisiones. En el valle, a nuestros pies, se hallaba Florencia, como un rectángulo oscuro entre los campos.

La cima de la montaña estaba llena de campos y prados manchados de blanco por cabras y ovejas. Había algunas casas deshabitadas entre las calles empedradas, pero a medida que nos acercábamos a la zona llana los edificios se fueron apiñando. El sendero que seguía a la cresta se convirtió en una larga calle. En la planta baja de las casas había grandes sillares grises, mientras que la parte superior estaba hecha de madera o de entramado de yeso descascarillado y enfoscado en ocre. No encontramos un alma, Fiesole parecía desolada y deshabitada.

El camino desembocaba en una plaza de aproximadamente cien pasos por cada lado y daba al alto portón delante del cual habíamos estado un par de horas antes. Allí estaban reunidos los habitantes de Fiesole para mantener alejados a los atacantes. Los que no habían encontrado sitio en el parapeto esperaban con hachas, palos y otras armas en la plaza. Hastein evaluó la situación desde la última casa de la calle.

—Habrá unos mil hombres reunidos y otros quinientos más en la muralla. Las mujeres y los niños deben de haberse atrincherado en las casas. Debemos hacer cundir el pánico tanto como podamos y abrir rápidamente la puerta a nuestros compañeros, porque si los habitantes descubren que somos tan pocos, nos pueden vencer rápidamente.

Se volvió hacia mí.

—Pregúntale al clérigo dónde está el mapa.

Como respuesta, el sacerdote de cabello oscuro señaló una magnífica casa de tres pisos en el lado largo de la plaza, frente al portón de la ciudad. En la puerta que daba a la calle, dos columnas sostenían un tejadillo. La fachada estaba enfoscada de amarillo y tenía ventanas cerradas con portillos.

—¡Que nadie toque la casa amarilla! —gritó Hastein.

—¿Informarás tú a los demás cuando ataquen? —preguntó Halfdan Camisa Blanca.

—No, lo harás tú, porque te situarás entre las columnas y defenderás la puerta ante cualquiera que intente entrar.

—Parece que te estás acostumbrando a dar órdenes.

Hastein ignoró el sarcasmo de su tío adoptivo y nos indicó que ocupáramos todo el ancho de la calle. Los ciudadanos de Fiesole se hallaban entretenidos vigilando la parte interior de la puerta, como si esperasen un ataque en cualquier momento. Hastein levantó su espada al aire. Cuando la bajó, todos rugimos a coro y, a pesar de mis náuseas, avancé a la carrera junto a mis compañeros y comencé a luchar.

La confusión se extendió rápidamente. Los fiesolanos solo pensaron en alejarse de nuestras espadas y hachas, y abrimos fácilmente una cuña en la multitud que se apartaba a nuestro alrededor. Los defensores del muro, que se volvieron al oír el revuelo, pudieron apreciar nuestro número mejor que sus compañeros en tierra, y comenzaron a gritar que solo éramos un puñado y que tenían que resistir. Al menos a eso sonaba su tono de voz, pero nadie los escuchó en medio de la barahúnda de hombres aullando y vikingos rugiendo.

Hastein fue el primero en llegar al portón, levantó la tranca, empujó las pesadas hojas para abrirlas e hizo señas a nuestros amigos. Sigurd Ojo de Serpiente gritó emocionado al ver a su sobrino adoptivo en mitad del portal abovedado. Con el escudo sobre la cabeza, el conde de barba negra se lanzó

al ataque. Los demás guerreros lo siguieron. Aunque las flechas de los fiesolanos llovieron desde las torres y las murallas, tan solo un par de hombres cayeron en el camino.

La confusión de la plaza se convirtió en pánico cuando un torrente de rugientes guerreros atravesó el portón. En ese momento, también los hombres del muro comenzaron a huir. Hastein condujo al Grupo de la Almenara por una estrecha y desgastada escalera hasta el parapeto.

Allí la muerte le estaba esperando a uno de nosotros.

Fue Bård de Escarria quien cayó durante el combate en la muralla cuando un pequeño fiesolano con la cabeza descubierta y una gastada espada de hierro saltó sobre él y le atacó por la espalda. Bjarni gritó a su hermano menor para avisarle, pero no pudo hacer nada para evitar que el fiesolano clavara su arma en el muslo de Bård.

El cuerpo orondo se derrumbó como un árbol caído en el bosque. Bård buscó apoyo en vano y resbaló por el borde del adarve. Bjarni lanzó un grito y salió tras el asesino de su hermano, que, con el estómago y el pecho atravesados, siguió a su víctima y se abrió el cráneo contra el pavimento a los pies del portal abovedado. Quedó tendido al lado del hombretón de Escama, que se había roto el cuello en la caída. Nuestros compañeros, que todavía se precipitaban por la puerta, evitaron los cadáveres, empujando a los ciudadanos aterrorizados por las calles de la ciudad, abatiéndolos con estocadas o tajos, gritando y rugiendo como animales salvajes y derribando puertas y postigos. Se volcaron arcones, se registraron sótanos y gabinetes, se arrambló con la plata de las mesas antes de que los saqueadores continuaran su camino cargados de bienes.

Entretanto, Halfdan Camisa Blanca defendía la puerta de la gran casa amarilla en el lado largo de la plaza. Una vez que las cosas comenzaron a calmarse, vimos a sus pies cinco de nuestros hombres muertos junto a los fiesolanos que él había abatido cuando pasaban por ahí. El nervudo clérigo de

cabellos oscuros se apoyaba contra una de las columnas del pórtico con el hacha ensangrentada de Camisa Blanca en las manos.

—¿Has matado a nuestros compañeros? —preguntó Hastein, que tenía manchas de sangre en la cota de malla y una abolladura en el casco, donde un defensor le había alcanzado con un golpe inofensivo.

—A dos de ellos los ha abatido el sacerdote cristiano. —La expresión en el rostro rasurado de Halfdan Camisa Blanca presentaba una sonrisa de orgullo, como la de un padre que cuenta que su hijo ha dado sus primeros pasos—. La fiebre del pillaje se ha apoderado de ellos y no han atendido a razones.

Los miembros supervivientes del Grupo de la Almenara se acercaron con curiosidad. Lo mismo hizo el hermano Jarvis, que se había atrevido a entrar en la ciudad. A nuestro alrededor, el saqueo continuaba.

—¿Qué hay en esa casa que valga la pena defender contra los nuestros? —preguntó Sigurd Ojo de Serpiente.

Antes de que Hastein respondiera, una teja cayó al suelo y se rompió a medio paso de donde se encontraba parado. Buscamos refugio entre las columnas, que sostenían un tejadillo encima de la puerta de la calle, porque comenzó a caer una lluvia de terracotas y muebles. Los sirvientes de la casa amarilla estaban en las ventanas del último piso, y algunos incluso habían trepado hasta el tejado. Desde allí defendían las propiedades de su amo con todo lo que tenían a mano.

—¡Cobardes miserables! —gritó excitado Bjarni, amenazándolos.

Su hermano pequeño siempre había hablado por los dos, y creo que era la primera vez que oía la voz del mayor de los de Escama.

—¿No es suficiente con que me hayáis quitado a mi hermano? El pobre Bård, que nunca había hecho ningún daño.

Era tan dócil como un cordero. Tan puro como nieve recién caída. Tan bueno y agradable como...

Bjarni no pudo continuar porque una teja le abrió la frente. Por un momento permaneció de pie con el brazo levantado y el puño cerrado. Luego cayó sobre el pavimento de la plaza sin moverse, con sangre y masa cerebral sobre la barba. De esta manera, Bjarni murió el mismo día que su hermano Bård. Más tarde, los demás coincidimos en que, aunque era una gran pérdida,

probablemente fue lo mejor, porque era difícil imaginarse al uno sin el otro. El Grupo de la Almenara, que una vez había contado con ocho hombres jóvenes y valientes, ahora se reducía a Fridtjof *el Largo*, Thorvald Tallador, el Lindo Dagfinn, Hastein y yo mismo.

Halfdan Camisa Blanca se abrió paso a tajo limpio a través de la sólida puerta de la casa mientras las tejas seguían cayendo a nuestro alrededor. Penetramos en un oscuro corredor que recorría toda la vivienda, con habitaciones a ambos lados. Mientras los demás seguían a Sigurd Ojo de Serpiente por una escalera para vengar la muerte de Bjarni, Hastein y yo permanecemos de pie en la penumbra del pasillo. Habíamos descubierto a contraluz a un hombre de pie en el otro extremo del corredor con una gran espada en la mano.

El sacerdote debió de reconocerlo, pues pronunció algunas palabras y se abalanzó hacia la figura. Blandió el hacha de Halfdan Camisa Blanca en dirección a su oponente, que lo esperaba preparado con su espada larga. Como un guerrero experimentado, el sacerdote hizo que su hacha se deslizase a lo largo del filo de la espada, la enganchó y giró el mango para arrancarla de las manos del oponente. La espada salió volando y resonó contra el suelo.

Con el hacha levantada, el sacerdote obligó a su desarmado oponente a retroceder hacia la puerta que había a sus espaldas, bajar una escalera de cinco peldaños y entrar en un atrio rodeado por una columnata, donde gritó unas palabras en su propio idioma. Parecía que hiciese una declaración solemne ante todo el mundo. A la luz del día, vimos que el otro hombre, de mediana edad y barriga prominente, tenía una expresión aterrada en el rostro.

El sacerdote blandió el hacha. Esta vez no era un mero gesto. El hombre de mediana edad lanzó un fuerte grito cuando fue alcanzado en el muslo. El sacerdote liberó el hacha y la levantó de nuevo. Cuando Hastein, Jarvis, Halfdan Camisa Blanca y yo llegamos al atrio, su víctima yacía de espaldas con la cabeza partida.

El sacerdote volvió a hablar en latín con un tono solemne.

—Este hombre era el esposo de mi amada —tradujo Jarvis—. Me habéis ayudado a vengar un gran deshonor, y como muestra de agradecimiento os ofrezco mi amistad.

—La amistad ofrecida con sinceridad nunca debe subestimarse —dijo

Hastein—, pero estoy más interesado en saber dónde está el mapa.

—¡Francesco! —gritó alguien a nuestras espaldas.

El Grupo de la Almenara había neutralizado a la gente del servicio de los pisos superiores, y Sigurd Ojo de Serpiente llegó arrastrando a una mujer. De pelo castaño y elegantemente vestida, era ágil y hermosa, aunque no muy joven. Tras soltarse de Sigurd Ojo de Serpiente corrió hacia el nervudo sacerdote, al que abrazó por la cintura.

En silencio observamos el reencuentro de los amantes.

—Si matamos al sacerdote —dijo el Lindo Dagfinn—, podremos compartir a la mujer. Yo primero porque fui quien la encontró.

—Puedes intentarlo —susurró Halfdan Camisa Blanca—, pero solo si también quieres probar mi espada.

—Estoy con mi hermano —dijo Sigurd Ojo de Serpiente—. El sacerdote es un caballero, y le hemos dado nuestra palabra de que él y la viuda se irán tan intactos como lo están ahora.

El Lindo Dagfinn, afligido, se pasó la mano por el dorado cabello. Los músculos de la mandíbula se movieron bajo su piel lisa, pero no dijo nada más.

—¿Qué pasa con los niños? —preguntó Thorvald Tallador.

—¿Qué niños?

Fridtjof *el Largo* empujó a dos muchachos. El pequeño debía de tener cinco años, el mayor siete u ocho. Sus caras estaban empapadas en lágrimas y el miedo brillaba en sus ojos.

—Estaban con la mujer. Ella los ha defendido con pasión, así que hemos supuesto que son sus hijos.

La mujer abrió los brazos cuando los niños corrieron hacia ella. Con sus pequeños puños se agarraron a sus faldas. El sacerdote se quedó quieto y trasladó la mirada de ella a los niños, con una expresión malhumorada en el nervudo rostro.

—*Putana!*

Aún resonaba la palabra entre las columnas del atrio cuando alzó la palma de la mano y golpeó con tanta fuerza a la mujer en la cara que esta cayó sobre las baldosas.

—Nuestro cura se lleva a su casa de Florencia más de lo que esperaba —

dijo el Lindo Dagfinn sonriendo.

El sacerdote evitó mirar a los niños mientras sacaba el hacha de la frente del muerto, la limpiaba en su distinguido ropaje y se la devolvía a Halfdan Camisa Blanca.

—Quédatela —dijo el hijo de Lodbrog con voz ronca.

El sacerdote lo entendió sin necesidad de traducción y se colocó el hacha, decorada con motivos de estilo nórdico, en el cinturón.

—Cuando los hombres se unen en amistad —continuó Halfdan Camisa Blanca tendiendo la mano— es costumbre decirse el nombre completo. Soy Halfdan, hijo de Ragnar Calzas Peludas, llamado Camisa Blanca por compañeros, parientes y enemigos.

El hermano Jarvis tradujo y el sacerdote estrechó la mano tendida.

—Francesco de Médici —dijo.

—Dile que ahora puede irse a su casa —le indicó Hastein al pequeño hermano lego—. Confiamos en que su familia pague el rescate cuando vayamos a buscarlo.

El sacerdote escuchó la traducción, asintió satisfecho y tiró de la mujer y los niños.

—El mapa —dijo Hastein en alto cuando se iban.

El sacerdote no necesitó traducción. Se volvió en el escalón inferior y señaló con el brazo el suelo del atrio. Seguimos el movimiento y miramos hacia abajo, donde había unos motivos irregulares de contornos y áreas coloreadas, que en un primer momento no pudimos interpretar. Poco a poco, nos dimos cuenta de que Hastein estaba en medio de un largo tramo de costa. Los demás nos encontrábamos en el mar entre dos continentes. El cuerpo del dueño de la casa se desangraba sobre el norte de Italia y los Alpes. El suelo del atrio era un gran mapa de desgastado mosaico que representaba los países que rodean el mar Interior.

—Es asombroso. ¡Excepcional! —El hermano Jarvis caminó encorvado sobre el mapa y nos fue señalando países y ciudades—. Aquí está Hispania. Aquí, donde la gran península aparece unida a tierra firme con el imperio de los francos, se encuentra Predio de Thor. Aquí está Bregancio, en otros tiempos Brigantium. Mirad, el nombre se lee perfectamente. Portus Cale es la ciudad que los moros llaman Oporto. Olisippa es la al-Lishbuna actual. Aquí, en el estrecho por el que se entra al Mare Nostrum —el mar Interior— se encuentra Portus Albus. Es la ciudad que los infieles llamaron al-Yazira, y que por la gracia del Señor ya no existe.

El pequeño hermano lego también encontró Qurtuba con el nombre de Colonia Patricia. En la costa este de Hispania había un conjunto de manchas con el nombre colectivo de Baleares. Eran las islas que Bjørn Costado de Hierro denominó Islas de los Esclavos. Hastein seguía con la mirada el viaje de Jarvis por Europa e intentaba relacionar las superficies del mapa y los pequeños puntos de color rojo pálido de terracota esmaltada con los lugares y ciudades que había visto y visitado.

—¿Dónde queda Inglaterra? —preguntó.

Jarvis saltó excitado a la esquina superior izquierda del mapa y señaló un pedazo de tierra que inexplicablemente se salía del marco.

—Los romanos llamaron a la isla Britannia. En aquellos tiempos el reino de los francos se conocía como Gallia.

—Entonces, ¿así veríamos el mundo si pudiéramos volar como los pájaros?

—No creo que ni los pájaros puedan volar lo suficientemente alto como para ver todo esto a la vez. —Jarvis agitó los brazos—. El mapa tiene siglos de antigüedad. Escondido en una pequeña ciudad de montaña, ha sobrevivido al paso del tiempo y al declive del mundo. ¡Es un milagro!

Tanto Hastein como yo entendíamos el valor del mapa. Todas las vías fluviales y las ciudades portuarias aparecían claramente ante cualquiera que supiera leer su representación de costas e islas.

—Si el mapa representa Midgård —dijo Thorvald Tallador—, ¿dónde están nuestros países?

—Los romanos nunca llegaron tan al norte —pensaba Jarvis.

—Ellos se lo pierden —dijo Fridtjof *el Largo*—, porque nuestras patrias son mejores que todas las demás. Oriente, Occidente, en ningún lugar mejor que en el hogar.

Los demás estuvieron de acuerdo en que los países del norte eran más bonitos y más verdes que todo lo que habían visto en el largo camino, y con lágrimas en los ojos todos ellos alabaron su territorio y comenzaron a disputar acerca de cuál era el más hermoso. Hastein los interrumpió.

—¿Halfdan Camisa Blanca ha defendido la casa contra los nuestros para que este tesoro acumule polvo? Fridtjof y Dagfinn, reunid todo lo que encontréis que se pueda repartir. Thorvald Tallador, quiero que hagas una copia del mapa. Tienes que incluir todas las ciudades y las costas.

—Llevará su tiempo. —Thorvald echó un vistazo al suelo del atrio—. Va a hacerse de noche antes de que termine.

—Encenderemos antorchas para que puedas ver. Nada es más importante que esto.

Mientras el noruego iba a buscar una pieza de madera del tamaño apropiado, Hastein agarró del brazo a Jarvis y se volvió a inclinar sobre el mapa.

—La gran península que se ve aquí debe de ser Italia —dijo señalándola—. Ayúdame a encontrar Pisa.

—Eso no tiene ninguna ciencia. Se encuentra aquí en la costa.

—¿Y Florencia y Fiesole son estos puntitos rojos que están juntos en el

interior?

—Ciertamente, aunque se llaman Fluentia y Faesulae. ¿Ves aquí esta línea negra gruesa? Es el río Arnus, por el que navegamos.

—Por supuesto. —Hastein asintió y observó con ojos entrecerrados al pequeño hermano lego, que estaba absorto por la belleza del mapa—. ¿Y Roma?

En su entusiasmo, el hermano Jarvis había olvidado el objetivo de Hastein.

—Pues, así de pronto, no lo sé —murmuró, fingiendo que estaba buscando—. Mis ojos ya no son lo que eran.

—Rolf, ayuda a Jarvis a encontrar la ciudad del Cristo Blanco.

Las ciudades de Italia eran más numerosas y se hallaban más juntas que las del resto de los países. Quizá el rico que había pagado para que le hiciesen el mapa en su atrio había querido que su patria se representara con más detalle que otros países, o tal vez estaba realmente más poblada. En cualquier caso, Roma no era difícil de encontrar.

—¡Aquí está! —exclamó Jarvis.

Nos acercamos a él y miramos al suelo, hacia donde él apuntaba.

—¿Estás seguro? —le preguntó Hastein—. ¿Roma está de verdad en la costa al norte de Pisa? Si es así, hemos pasado a su lado sin verla.

—Aquí lo pone muy claro: R-O-M-A.

Hastein levantó la mirada de las letras latinas hacia mí.

—¿Tú qué dices, Rolf?

Confiaba en mi veredicto, pero obviamente dudaba de Jarvis, que se preparó para que le castigaran por su mentira.

—Tampoco puedo entender cómo no hemos visto una ciudad tan grande —le dije—. Pero es cierto lo que dice el hermano Jarvis.

En la cara arrugada del pequeño hermano se leía nítidamente la sorpresa. Los dos sabíamos que al lado de ciudad que él había señalado ponía LUNA.

—Espero que seas consciente —le dije poco después— de que has sentenciado a un saqueo vikingo a una ciudad que de otro modo habría seguido viviendo en paz.

—Mejor Luna que Roma —murmuró con un tono de culpabilidad.

Recorriamos un callejón estrecho entre altos muros al que accedimos por la puerta trasera del atrio. Thorvald Tallador necesitaba tranquilidad para copiar los motivos del suelo, y ni a Jarvis ni a mí nos apetecía participar en el saqueo de la casa. Al final de la callejuela entrevimos un poco de hierba y el cielo azul.

—El mapa tiene cientos de años —continué—. Si Luna ya no existe, tendré que ayudar a Hastein a encontrar Roma.

—Eso queda en manos de Dios.

No respondí, porque en ese mismo momento salimos del callejón y nos encontramos en una zona cubierta de hierba en la parte posterior de Fiesole. La colina continuaba bajando, pero estaba interrumpida por una estructura que tenía más de cien pasos de ancho y que había sido tallada en la pared de roca. Se abría hacia los valles y montañas del paisaje circundante en un amplio semicírculo, como un gran embudo cortado por la mitad. Las filas escalonadas en los lados bajaban hasta un suelo en forma de arco de unos veinte pasos de ancho.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—Es un teatro romano —suspiró Jarvis.

—Hay un lugar similar en Jorvik, pero está construido en un edificio de piedra, no en una montaña. Estuve allí una vez con Ivar Sin Piernas.

—Aquí representaban obras aquellas gentes legendarias —continuó sin escucharme—. En las filas de bancos se sentaban miles de personas. La plataforma de allí abajo era el escenario, donde los actores desarrollaban su arte: el de hacer creer a los espectadores que veían cosas diferentes y mayores de como eran en realidad.

—¿Como los artistas ambulantes que iban a Teurintone los días de mercado y entretenían a los habitantes con acrobacias?

—Ese tipo de trivialidades no se dan en un teatro. Las obras de los romanos se escribían en manuscritos y las mejores se representaban una y otra vez para regocijo de la gente y la educación del pueblo.

Jarvis continuó describiendo un buen rato las bendiciones del teatro, el uso de accesorios y las habilidades especiales de los actores para declamar y actuar para que el público pudiera vivir esos mundos y personajes de ficción.

—Desafortunadamente, yo solo he leído sobre ese tipo de cosas —

concluyó con un suspiro—. Estos lugares ya no se usan. Ni siquiera aquí en Italia.

Sobre el paisaje abierto de la montaña que se extendía frente al arco de asientos del teatro, la oscuridad estaba cayendo. Detrás de nosotros, las casas se iban iluminando a medida que nuestros compañeros les prendían fuego. Los gritos de los residentes se elevaban hacia el cielo.

—¿Por qué no has revelado mi mentira? —preguntó Jarvis.

Sabía a qué se refería y había estado esperando la pregunta.

—Si Roma es una ciudad tan grande como Qurtuba —respondí—, no la podrá asaltar una flota vikinga de cuarenta y dos naves. Pero Hastein lo probará de todos modos. Y morirá en el intento.

El pequeño hermano lego asintió sombríamente cuando se dio cuenta de que yo había mentido para proteger a mi amigo, no para salvar la ciudad del papa.

—Ninguno de nosotros sabe nada sobre... —comenzó, dudando al decir el nombre de la ciudad—. La otra ciudad hacia el norte.

—Solo esperemos que Luna no sea demasiado grande ni demasiado pequeña como para que no pueda pasar por una Roma creíble.

Satisfechos, regresamos a Pisa con la corriente del Arnus. Cuando llegamos, muchos de nuestros camaradas miraron con codicia los ricos artículos de nuestros cofres, y pensaron que habían salido perjudicados al quedarse, aunque lo habían hecho por voluntad propia. Hastein acalló las inevitables quejas repartiendo, con generosidad, el rescate pagado por la familia de Francesco de Médici.

Las preguntas sobre Roma fueron muchas, pero Hastein guardó de las miradas indiscretas la copia del mapa de Thorvald Tallador, grabada en la parte posterior de una puerta de un retablo de la casa amarilla. Antes de retirarnos de Fiesole, incluso nos pidió a mí y al resto del Grupo de la Almenara que picáramos el suelo del atrio hasta romperlo. El enorme mapa desapareció en una nube de polvo negro y en pedazos sueltos que nunca más podrían reunirse en un conjunto significativo. El hermano Jarvis se entristeció, pero en silencio.

Después de un par de días navegando hacia el norte con la costa a estribor, vimos las torres y los tejados que se elevaban en la desembocadura de un río. Luna se hallaba donde terminaba la costa montañosa del norte de Italia y comenzaba la llanura. Se destacaban dos promontorios separados por una amplia bahía que ocultaban la ciudad a quien llegara del norte. Viniendo del sur, era tan fácil localizarla que incluso sin mapa lo hubiéramos hecho.

A remo, nuestra flota se acercó lentamente al estuario con Hastein, Halfdan

Camisa Blanca y Sigurd Ojo de Serpiente reunidos en la proa de *Dos Sierpes*.

—Las murallas son altas —comentó Sigurd Ojo de Serpiente innecesariamente, pues cualquiera podía ver que Luna estaba mucho mejor protegida que Pisa y Fiesole.

Aunque era menor que Qurtuba, la ciudad parecía una capital. Incluso yo, que poseía más información, no estaba lejos de creer que era Roma lo que habíamos encontrado.

—Los habitantes nos han visto —dijo Halfdan Camisa Blanca señalando con la mano—. Han cerrado las puertas.

—Yo también lo haría si fuera ellos —repuso Hastein.

Las bestias de las proas de las naves largas se habían retirado, pero aun así la visión de tantos barcos extraños podía asustar a la mayoría de las personas. Entramos en el puerto, donde solo había un puñado de naves de carga en el muelle. Los marineros y los trabajadores del puerto habían huido al verlos, y las calles estaban desiertas. Una vía romana de unos mil pasos de longitud, bordeada de almacenes, recorría como una cinta gris los campos desde el puerto hasta la plaza rectangular con la estatua de un caudillo del centro de la ciudad. Entre la gente local, Luna era llamada la Ciudad Blanca. Durante siglos había sido puerto de acceso para la cantera de mármol más grande de Italia, en Carrara, en las montañas, desde donde el precioso y eterno material se exportaba a todo el mundo. A pesar de que el comercio había disminuido mucho tras la desaparición de los romanos, aún era un rasgo distintivo de la ciudad. Es cierto que muchas secciones de su muralla habían sido construidas con arenisca amarilla, pero tanto sus parapetos como los arcos de sus puertas y las torres brillaban blancos a la luz del sol.

—La ciudad del Cristo Blanco es un botín importante, Hastein —dijo Halfdan Camisa Blanca con respeto en su voz—. Si podemos tomarla.

—¿Dudas? —Hastein miró sorprendido a su tío adoptivo, que rara vez era pesimista en lo que a pillajes se refería.

—Son las cifras lo que me preocupan: veo un par de miles de cabezas con cascos en la muralla. Si tuviera que apostar, diría que aquí viven al menos diez mil personas. Quizá quince mil. Entre nuestros cuarenta y dos barcos debemos de sumar mil. Aun cuando la parte de la flota que se quedó con Bjørn Costado de Hierro se encontrase también aquí, sería complicado. Dime cómo

tomar una ciudad con tantos habitantes que se han hecho fuertes detrás de esos altos muros.

Hastein entrecerró los ojos y se frotó la barba rubia.

—Con astucia —dijo.

El hermano Jarvis y yo nos acercamos hasta la puerta de Lima a la cabeza de los restantes miembros del Grupo de la Almenara. Fridtjof *el Largo* sostenía una rama frondosa como símbolo de paz. Thorvald Tallador y el Lindo Dagfinn transportaban unas andas. En ellas yacía Hastein bajo una gruesa piel, temblando como si tuviera fiebre. Ninguno de nosotros llevaba armas.

Cuando nos detuvimos frente al muro, los defensores de la ciudad observaron desde el parapeto nuestra pequeña comitiva. Un hombre de barba gris sacó la cabeza. Llevaba una brillante coraza y un casco con un alto penacho de crin roja, que debía de ser increíblemente molesto en la guerra. Era el duque de la ciudad.

—*Chi siete, voi?* —nos preguntó—. *Cosa volete?*

—Creo que pregunta quiénes somos y qué es lo que queremos —dijo Jarvis—. Pero el italiano es un idioma terrible de campesinos.

—Contéstale en latín —susurró Hastein desde su parihuela—. E insiste en hablar con un sacerdote o un obispo.

—*Sacram cum sacerdote malimus linguam loqui* —gritó Jarvis al hombre en la pared— *aliam nullam!*

Los soldados charlaron animadamente mientras el duque se iba a buscar al obispo de la ciudad. Pasó algún tiempo antes de que un flaco caballero de edad avanzada, con un sombrero de fieltro blanco con la forma de un casco pero con bordados de oro en los ribetes, sacara la cabeza por encima del muro.

—*Pax vobiscum, domine* —gritó Jarvis en voz alta cayendo de rodillas. Los demás seguimos su ejemplo.

Tras haber asegurado al obispo de Luna que nuestras intenciones eran pacíficas, el pequeño hermano lego explicó que éramos gente de mar de la Inglaterra sajona y que íbamos a casa después de haber hecho buenos negocios en el este. Se disculpó si los numerosos barcos de la flota habían causado

inquietud, pero estando tan lejos de casa, era más seguro navegar todos juntos. Al tener viento en contra en nuestro viaje de regreso, habíamos ido a parar involuntariamente a esa zona, y teníamos la intención de continuar en cuanto las condiciones lo permitieran.

Después Jarvis explicó que muchos de nosotros éramos buenos cristianos, y nos señaló con la mano a los demás, que portábamos en las sayas cruces de plata bien visibles procedentes de los saqueos. Pero nuestro líder, continuó, siempre se había mantenido fiel a los antiguos dioses sajones. Ahora que había enfermado gravemente, su mente estaba bastante más receptiva, y después de informarse acerca de las bendiciones del paraíso, quería convertirse. Jarvis le pidió al obispo ayuda en el cumplimiento de este deber sagrado, porque, como noble, el enfermo prefería que el bautismo tuviera lugar en una iglesia y no en la cubierta de un sencillo barco..., y si fuera posible en una catedral.

Dudoso, el obispo se rascó la cabeza bajo el sombrero de fieltro blanco. Admitió que era un placer saber de la conversión de un pagano, pero no pareció entusiasmado con la idea de dejarnos entrar en la ciudad. Jarvis se apresuró a decir que, por supuesto, traíamos varios obsequios, haciendo una señal a Fridtjof *el Largo*. El pecosó marino presentó dos cofres pequeños de plata con la tapa abierta. Uno estaba lleno de piedras preciosas, mientras que el otro contenía un collar de perlas. Ambos procedían del patrimonio personal de Hastein.

El obispo entrecerró los ojos, echó un vistazo a los tesoros y dijo que la dicha del santo bautismo no se podía comprar con baratijas. Jarvis contestó que era muy consciente de eso y que por ello habíamos traído más riquezas, y colocó entre los cofrecitos la cruz de plata de la iglesia de su tienda en la Laguna de Thor.

En la muralla, el obispo guardó silencio durante largo rato, pero finalmente dijo que tenían suficientes objetos como aquel en las iglesias de la ciudad.

Jarvis lo comprendía muy bien, y por eso habíamos traído una última cosa.

Entonces me hizo un gesto para que avanzara. Con todo tipo de reverencias, puse un cofrecito oscuro de madera noble con incrustaciones de plata delante de los otros tesoros. La tapa era de cristal y a través de ella se podía ver una mano momificada sobre una almohada de seda roja descolorida.

Jarvis dijo que eran la mano y el dedo de santo Tomás, con los que el incrédulo apóstol había hurgado en las llagas de Jesús antes de creer en la resurrección del Salvador. La reliquia procedía de la catedral de Perpignan, aunque evitó mencionarlo.

Durante mucho tiempo hubo silencio en la muralla. Luego, el obispo de Luna dijo que difícilmente podría haber ningún peligro en abrir la puerta a seis hombres desarmados, uno de los cuales estaba enfermo, y que él en persona se encargaría de organizar el bautismo de Hastein.

—Seguro que el hombre se queda con la plata —dijo el Lindo Dagfinn cuando ya llevábamos un buen rato esperando—. Yo lo haría.

El sol estaba bajo y los edificios proyectaban sus largas sombras en el camino.

—Un obispo del Señor no rechaza a un converso —dijo Jarvis.

—¿Obispo? —repitió Hastein desde sus andas, que habían sido colocadas a la sombra de un almacén para que no padeciera demasiado bajo las pieles—. ¿El viejo que estaba ahí no era el papa del Cristo Blanco?

—Por supuesto. —Jarvis se sonrojó por el desliz—. Pero el papa es también el obispo de Roma, aunque es el primero entre sus iguales.

Hastein aceptó la explicación, porque en ese mismo momento la puerta de la ciudad chirrió sobre sus goznes al abrirse. Cincuenta soldados fuertemente armados nos hicieron señas para que entráramos en la calle principal de Luna, que se hallaba flanqueada por casas cuyas fachadas, columnas y cornisas eran de mármol blanco. Los miembros supervivientes del Grupo de la Almenara miraron asombrados, pues ninguno de nosotros había visto hasta entonces residencias tan lujosas, y aunque en las calles laterales se podía adivinar que otros habitantes de Luna vivían más modestamente, la ciudad daba la impresión de ser inusualmente rica. Había poca gente en la calle. Con toda intención, el obispo no nos había abierto la puerta hasta que los ciudadanos se hubieron sentado a cenar.

El antiguo foro de Luna era un espacio alargado rodeado de una columnata. Había dos templos romanos deteriorados, uno en cada extremo, transformados en iglesias. Nos acompañaron a la parte norte de la ciudad, donde los mejores

palacios se levantaban en torno a una plaza junto a una gran basílica. En ella destacaban varias estatuas de santos en nichos a ambos lados de la puerta y un enorme rosetón de piedra en el centro de la fachada de mármol.

—La catedral de San Pedro —dedujo Hastein apoyado en el codo.

—Recuerda que estás enfermo e inválido —susurró Jarvis.

Hastein refunfuñó y se quedó tumbado, por lo que, cuando cruzamos el pórtico de la iglesia, tuvo mejores vistas de los mosaicos de los apóstoles que con vivos colores adornaban las paredes del ábside central. Al final de la nave de la iglesia, el Cristo Blanco se hallaba sentado en un trono de oro en un mosaico de piedra que se elevaba hasta el techo abovedado del coro. Su rostro estaba rodeado por un halo de rayos dorados y nos miraba con una expresión dura.

—Seguro que llevaría varios días amontonar todo ese oro —dijo Fridtjof, inclinándose hacia atrás su cuerpo de largas piernas.

—El trabajo de la madera es pobre —dijo Thorvald Tallador poco impresionado, pues las pesadas vigas que sostenían el techo de terracota de la nave de la iglesia eran de roble crudo y no tenían ninguna talla. Luna era una ciudad de canteros y la madera no constituía un material apreciado por sus artesanos.

—Haced como si hubierais visto cosas así antes —susurró Hastein desde sus parihuelas—. Recordad que habéis estado en Oriente y habéis visto sus maravillas.

En el altar, los esperaba el obispo, con un manto morado y guantes blancos. Un barril lleno de agua aguardaba listo para el bautismo, pero por desgracia Hastein se encontraba tan débil que apenas podía levantar la cabeza de la almohada. Por eso, durante su apresurado recitado del ritual del bautismo, el obispo roció, con una escobita de crin de caballo, un poco de agua sobre el enfermo antes de preguntarle su nombre de converso.

El hermano Jarvis frunció el ceño y por un momento pareció confuso.

—Alstignus —dijo luego con voz fuerte y clara.

El obispo repitió el nombre y presionó un crucifijo contra la frente de Hastein. Mi amigo suspiró conmovido, y, aunque había ensayado esa reacción, el viejo obispo quedó convencido. Los soldados nos hicieron señas para que sacáramos a Alstignus. Regresamos a la puerta de la ciudad con sus miradas

vigilantes fijas en nuestras nuca.

Tres días después, el hermano Jarvis y yo estábamos de nuevo frente a Luna. Esta vez solos. El duque con el penacho de crin en el casco intentó otra vez interrogarnos en italiano, pero se dio por vencido y llamó al obispo. El viejo preguntó con irritación en la voz cómo podía ser útil ahora.

—*Dux noster mortuus est* —dijo el hermano Jarvis triste.

Nuestro líder enfermo había muerto de fiebre en la noche. El último deseo de Alstignus había sido que lo enterraran en terreno consagrado, y había legado todas sus riquezas a la ciudad que celebrara una misa por él.

El obispo interrumpió el torrente de palabras del hermano Jarvis y dijo con frialdad que el cementerio de Luna estaba lleno y que no se podían celebrar misas así sin más para cualquier extranjero recién convertido. Jarvis lo entendía perfectamente, pero Alstignus también había querido desprenderse de una reliquia que compró en Constantinopla a un comerciante de Tierra Santa.

Saqué un cofre plano y rectangular, una caja de madera con monturas de plomo gris azulado que de ninguna manera era tan elegante como las que le habíamos traído al obispo la última vez, pero de ella Jarvis y yo extrajimos con cuidado una pesada pieza de lino y comenzamos a desdoblarla. Cuando finalmente sostuvimos la larga pieza de tela, estábamos cada uno en un lado de la vía. El paño, que debía de medir un brazo de ancho y más de dos hombres de largo, tenía levemente impreso, en color sepia, el cuerpo de un hombre desnudo. En mi extremo, se percibían sus musculosas piernas y los pies, un par de fuertes brazos unidos sobre la entrepierna, una caja torácica ancha y un rostro barbado y sereno. En el otro extremo, el que sostenía Jarvis, se podían distinguir las piernas, muslos y espalda del mismo hombre bajo su espeso cabello. Las dos imágenes se reflejaban como en un espejo desde la coronilla, como si se hubiera acostado al hombre en un extremo de la tela con la cara hacia arriba, y el resto del paño se hubiese doblado por encima de él, juntando los bordes alrededor de sus pies.

—*Haec est sindon Iesu Christi* —dijo Jarvis solemnemente.

Los hombres de la muralla se quedaron mirando fijamente. Ninguno de

ellos dijo una palabra. El paréntesis duró mucho tiempo, y supe que habíamos ido demasiado lejos. ¿Quién creería que un grupo de comerciantes sajones podía tener en su poder el sudario del mismísimo Cristo Blanco?

Como la mano momificada de santo Tomás nos había dado acceso a la ciudad, tras su bautismo Hastein le preguntó al hermano Jarvis qué tendría que aportar para que el obispo de Roma oficiara por él una misa funeraria. El pequeño hermano lego respondió que la reliquia adecuada sería la que ahora sosteníamos frente al asombrado obispo. En el libro sagrado de los cristianos está escrito, negro sobre blanco, que el sudario del Salvador se hallaba en la cueva de Jerusalén después de su resurrección, pero desde entonces nadie lo había visto. Había muchos rumores de que se encontraba en algún lugar de Tierra Santa; e incluso en la lejana Inglaterra, Jarvis había oído qué aspecto se suponía que tendría.

Siguiendo sus instrucciones, cortamos una de las velas de los barcos italianos cuyo lino era de buena calidad, pero tan gastado y amarillento por el viento y el clima que podría parecer que tenía cientos de años. Sigurd Ojo de Serpiente se embadurnó en el lodo rojizo y férrico que cubría el fondo de la desembocadura del río y se tumbó desnudo en el trozo de vela. Los demás lo doblamos sobre él, dejamos que el barro penetrara bien en la tela y luego la tendimos al sol.

Cuando el barro se secó y limpiamos los restos, el hermano Jarvis indicó los lugares donde se decía que el Cristo Blanco había sangrado por sus heridas. Hastein se hizo un corte en la mano y dejó que la sangre goteara en cantidades apropiadas en esos lugares.

Esperaba oír en cualquier momento la risa de los soldados de la muralla. La farsa era tan obvia que nadie se dejaría engañar. Cuando el obispo de Luna abandonó el blanco parapeto, no esperaba volver a verlo.

Para mi sorpresa, la puerta chirrió poco después. Con una escolta de sacerdotes vestidos de negro, el anciano avanzó. No nos miró ni a Jarvis ni a mí. Todo lo que tenía en la mente era la pieza de tela que sosteníamos

nosotros.

—*Miracoloso, miracoloso* —murmuró mientras tocaba con manos temblorosas la impresión de Sigurd Ojo de Serpiente. Con suavidad pasó las yemas de los dedos sobre las manchas de la sangre de Hastein, sin darse cuenta de que tenían solo unos días.

—*Il sangue di Cristo* —susurraron detrás de él los sacerdotes con admiración en las voces y manteniéndose a distancia porque temían quemarse.

—Pensaba que habías exagerado a propósito —le dije al hermano Jarvis durante nuestro regreso al puerto.

Tenía una expresión ausente en la arrugada cara. Probablemente, el acuerdo solemne que había suscrito con el obispo de Luna era lo que ocupaba sus pensamientos.

—¿Exagerado? —repitió.

—Con la esperanza de que el obispo nos rechazara —le expliqué— y Hastein abandonara su plan.

—Tienes mucho que aprender sobre los cristianos —respondió Jarvis con una voz que sonaba como si llevara una pesada carga.

Sin embargo, era yo quien transportaba el cofre engastado en plomo con el sudario que sería transferido a la ciudad como pago por la misa funeraria de Alstignus. Jarvis había acordado con el obispo que la misa se celebraría en la catedral blanca sin ninguna demora al día siguiente. El viejo obispo nos había observado con mirada codiciosa mientras doblábamos con cuidado la mortaja y la colocábamos en el cofre.

—Cuanto más exagerado sea un gesto —continuó Jarvis—, cuanto más burda sea una mentira, más dados serán los cristianos a creerla.

Observé su silueta hundida.

—Hablas de los cristianos como si no fueras uno de ellos —le dije.

—¿Lo soy? La fe es una venda en los ojos a través de la cual solo unos pocos pueden distinguir la realidad. Veo claramente lo que está pasando. El obispo es piadoso, pero muy humano. Con su ambición y su credulidad ha sellado el destino de su ciudad. Me habría sorprendido que nos rechazara. Si lo hubiera hecho, todo habría terminado de manera pacífica para Luna. Ahora ya no es posible.

—¿Te sientes mal ayudando a Hastein?

—¿Mal? —Jarvis se detuvo y me miró con ojos llorosos—. ¡Me torturo! Sufro todos los tormentos del purgatorio. Lo único que me consuela es que la caída de Luna salvará a la Ciudad Santa de un destino similar. Esa certeza me permite completar la última maldad a la que mis acciones y las de otros me han llevado.

El cortejo fúnebre se aproximó el día siguiente a Luna. Según el acuerdo con el obispo, tendría cuarenta hombres, aparte del hermano Jarvis y yo mismo. Detrás de nosotros, los tres miembros supervivientes del Grupo de la Almenara y Halfdan Camisa Blanca llevaban una caja abierta sobre los hombros. En sus laterales brillaban cadenas de oro engarzadas con piedras preciosas. Hastein yacía sobre almohadas de seda procedentes del barco del puerto de Pisa. Sus manos cruzadas sostenían la espada sobre su pecho. Estaba pálido gracias al polvo de mármol de los almacenes y, para cualquiera que no supiera la verdad, parecía muerto y bien muerto.

Los guardias de la puerta de Luna no perdieron el tiempo con el cuerpo, pero nos registraron a fondo a los demás. Ninguno de nosotros llevaba ni siquiera una navaja de afeitar. Cuando nos permitieron entrar vimos que las calles rebosaban de gente. Todos en la ciudad sabían ahora que nuestra flota estaba formada por comerciantes pacíficos y que nuestro comandante se había convertido y bautizado antes de que el Señor lo llamara a su seno, pero, sobre todo, sabían que en el futuro el sudario de Jesucristo descansaría en su catedral y atraería anualmente a miles de peregrinos con los bolsillos llenos. Era un día de alegría, y la ruta desde la puerta hasta la catedral se hallaba regada de flores. Probablemente fue esa la primera y única ocasión en que la población de una ciudad daba la bienvenida con cantos y aclamaciones a una fuerza vikinga.

Dentro de la catedral esperaba el obispo, con el manto y el sombrero de fieltro, bajo el mosaico dorado del coro. En esta ocasión no había precipitación en su ceremonia. Delante del ataúd abierto, que el Grupo de la Almenara había depositado sobre un soporte en el pasillo central, levantó sus manos arrugadas hacia el techo y cantó durante largo tiempo con un hilo de voz que llegaba a todos los rincones de la gran nave. En los laterales de la basílica se encontraban los hombres más destacados de Luna escuchando con sumo respeto. Sus ropajes eran coloridos y variados. Sus sombreros, forrados de piel y cubiertos de seda, estaban adornados con velos y cintas. El duque de barba gris había reemplazado la coraza de plata y el casco por un manto oscuro guarnecido con seda roja y un sombrero negro con una pluma rosa.

Los sacerdotes de la ciudad se hallaban detrás del altar y cantaban su alegría a los cielos. Los muchachos del coro agitaban unos recipientes de cobre ornamentado sujetos por una cadena, de modo que el humo hacía remolinos en el aire a su alrededor. Durante toda la misa, Hastein permaneció en el ataúd abierto sin moverse, pero cuando estaba terminando la ceremonia y el obispo hizo una señal para que izáramos el ataúd y lo sacáramos fuera, sucedió algo que ninguno de los distinguidos invitados había previsto. El muerto se aferró a los bordes del ataúd y saltó con la espada en alto.

El obispo siguió con ojos absortos la afilada hoja hasta que se hundió en su cuello, y él, como respuesta, sacó la lengua en una mueca silenciosa. Con el libro sagrado en los brazos cayó de rodillas. La sangre corrió desde la herida hasta las páginas de densa escritura y bellamente iluminadas. Solo cuando Hastein liberó la espada y corrió hacia el duque del manto negro, los allí reunidos comenzaron a comprender lo que estaba sucediendo. Nadie intentó contraatacar. Todos corrían hacia la puerta gritando, pero Thorvald Tallador y Fridtjof *el Largo* la habían atrancado en el momento en que Hastein comenzó a moverse. La nobleza de Luna estaba atrapada en la catedral junto con nosotros. Halfdan Camisa Blanca rasgó la seda del fondo del ataúd. El alto lecho en el que descansaba Hastein no era de plumas ni de lana, sino de acero. Con un rictus de placer en el rasurado rostro, el hijo de Calzas Peludas nos lanzó hachas y espadas a todos.

Los guerreros comenzaron a atacar a diestro y siniestro mientras se arremolinaban entre sus aterrorizadas víctimas. La sangre salpicó las

columnas blancas, el ruido se hizo ensordecedor por los gritos, alaridos y estertores de los nobles de elegantes ropajes, que correteaban por todas partes como pollos sin cabeza y caían como moscas. Un brazo mutilado chocó contra las baldosas de mármol frente a mis pies. Un grupo de figuras vestidas de negro se estrujaban en una puerta estrecha a la derecha del altar. Unos pocos consiguieron salir, pero cuando me fui a por los demás, retrocedieron hacia la catedral y mis compañeros se ocuparon de ellos.

La puerta conducía a un corredor con pilares. El puñado de sacerdotes que había escapado se desperdigó en su huida por el jardín de un monasterio, rodeado por todos los lados de columnas de mármol blanco como la nieve. En el exterior de la puerta había un pestillo. Cuando lo cerré casi se hizo el silencio. En el centro del cuadrado que conformaba el jardín había un pozo, en cuyas profundidades el agua murmuraba suavemente. Me pareció que podía oír un pájaro cantando en algún lugar mientras me apoyaba sobre la sólida puerta y luchaba contra las náuseas. Mis manos temblaban tanto que apenas podía sostener mi sable moro. Me preguntaba si había comido algo que me hubiese sentado mal. Solo cuando todo se calmó al otro lado de la puerta, me encontré un poco mejor y regresé a la catedral.

La sangre se me pegaba a los zapatos mientras caminaba sobre el suelo de piedra. El hermano Jarvis yacía oculto detrás del altar. Su rostro aparecía agobiado y gris. Repartidos por toda la iglesia veía a mis compañeros entre cadáveres. Ninguno de ellos había notado mi ausencia. Confundidos, miraban en todas direcciones mientras despertaban de su frenesí sangriento y esperaban a que alguien tomara la iniciativa. Sus miradas buscaron naturalmente a Hastein, que señaló la puerta. El Lindo Dagfinn y Thorvald Tallador levantaron la tranca. Hastein corrió por la nave, saltó por encima de los cadáveres y se dirigió solo a la plaza. Cuando los habitantes de Luna allí reunidos, y extrañados por el alboroto de la iglesia, vieron el cuerpo vivo que poco antes había entrado al interior en un ataúd, se apoderó de ellos un pánico instantáneo. Resultó ser un mito que los cristianos no creen en las apariciones. La plaza quedó desierta en unos segundos. Incluso los soldados fuertemente armados huyeron gritando.

—¡Huid, miserables, porque ahora el castigo caerá sobre vosotros! — rugió Halfdan Camisa Blanca desde la parte superior de la escalinata de la

catedral.

Qué castigo —y por qué— no quedó claro. Tal vez fuera solo el castigo por ser ciudadanos acomodados, bien alimentados y ricos en un reino pacífico mientras él era un miembro atormentado y sediento de pillaje de un pueblo empobrecido de guerreros codiciosos. Fue ese grito lo que finalmente me hizo darme cuenta de que no era yo quien estaba equivocado. Mi repulsión por lo que hacíamos era una reacción natural. El mundo era un lugar brutal y violento en el que se cometían injusticias a diario, y aunque yo solo no pudiera evitarlas, no estaba obligado a formar parte de ellas. Fue en ese instante, en la vacía plaza de Luna, cuando decidí no volver a participar en un saqueo.

—¡A la puerta! —bramó Hastein, pues, después de todo, era solo cuestión de tiempo que los ciudadanos de la ciudad se dieran cuenta de que cuarenta hombres no podrían resistir mucho contra una población de miles de personas.

Con Thorvald Tallador, Fridtjof *el Largo* y el Lindo Dagfinn a la cabeza, veinte hombres echaron a correr por la calle desierta, sobre hojas de palma y flores tejidas.

Hastein nos indicó por gestos que volviéramos a la catedral. Ayudé a Jarvis a ponerse de pie. Temblaba tanto que apenas podía controlar su encorvado cuerpo.

—*Sic absolvat me, Dominus* —repetía una y otra vez.

No levantó la vista cuando un rugido lejano procedente del exterior anunció que el Grupo de la Almenara había abierto las puertas de Luna a nuestros camaradas. Durante la noche, la totalidad de los prácticamente novecientos cincuenta hombres se habían repartido entre las casas que había en el camino del puerto. Solo Khalid quedó de guardia en los barcos mientras Sigurd Ojo de Serpiente conducía a los guerreros por las calles.

El saqueo de Luna podía comenzar.

Incluso a una fuerza de mil vikingos le lleva tiempo vaciar una ciudad del tamaño de Luna. La mayoría se cansó rápidamente de matar y permitió que los ciudadanos escaparan hacia las montañas, y nos concentramos en asaltar las iglesias y las casas más ricas. Arrastramos el botín hasta la ciudad portuaria, donde pronto se acumuló una gran cantidad de bienes en la plaza, bajo la estatua del comandante de los ejércitos.

Nadie se quejó mucho por la distribución. Solo unos pocos preguntaban con envidia a los otros qué habían encontrado. Reinaba una extraña satisfacción.

—¡Os prometí las riquezas de Roma! —gritó Hastein a la asamblea en la tarde del octavo día—. ¿Os he decepcionado?

Los guerreros rugieron y golpearon las armas contra los escudos, de modo que nadie podía dudar de su satisfacción. El jefe de la expedición había entregado exactamente lo que esperaban. Todos eran más ricos de lo que se habían atrevido a soñar, y cada uno tenía una historia para contar a amigos y familiares cuando volvieran a casa.

Al final del camino de piedra todavía se alzaban las murallas de la ciudad saqueada. Aunque se levantaban columnas de humo negro de muchas casas en llamas, asolar una ciudad de piedra era una tarea imposible. Ni una sola casa estaba intacta, pero Luna sobreviviría. Los ingresos del mármol de las montañas asegurarían el regreso de los habitantes, porque la voluntad y la

fuerza creadora del ser humano son indomables.

—Hemos conseguido más bienes de los que podemos llevarnos —continuó Hastein—. Debemos elegir lo mejor y dejar el resto. Ya es hora de regresar a la Laguna de Thor si queremos acompañar a casa a Bjørn Costado de Hierro.

Los hombres bramaron y asintieron con seriedad. Pocos habían olvidado la visión de la barrera de la flota morisca en el estuario donde Uggla Ugglasson cayó, y nadie quería compartir el destino del conde sueco. Por lo tanto, lo mejor era permanecer juntos cuando navegásemos de nuevo por aguas moras. Todos aceptaron de buen grado clasificar los productos y almacenarlos bajo las bancadas y las cubiertas. Un equipo había estado trabajando durante varios días cortando el mosaico de oro del techo del coro de la catedral, y el lastre de los barcos fue reemplazado por las pequeñas piedras doradas. También se utilizaron algunos de los buques italianos abandonados. Regresaríamos a la base de Bjørn Costado de Hierro con más naves que cuando salimos, con menos hombres pero mayor carga.

—¿Dónde está Jarvis? —me preguntó Hastein.

Unos días antes, yo mismo había buscado al pequeño hermano lego. Lo encontré en el anfiteatro de la ciudad. Estaba sentado en el banco superior, donde la pared exterior lo protegía de los ruidos y la visión del saqueo. Yo me senté a su lado. Durante mucho tiempo estuvimos en silencio.

—No iré con vosotros —dijo finalmente.

No me sorprendió. Después de la masacre en la catedral, esa decisión flotaba en el aire.

—¿Y qué vas a hacer?

—Encontrar la auténtica Roma. Rezar por la salvación de mi alma. El resto de mi vida.

—¿Qué quieres que le diga a Hastein?

—Dile lo que quieras. Todo excepto la verdad.

Con dificultad, como si padeciera un gran dolor físico, mi viejo amigo y mentor se levantó y bajó la escalera cojeando. Me ofreció una última mirada melancólica antes de desaparecer por la puerta del coliseo. Sin impedimento alguno, continuó hacia la puerta sur de Luna, que se hallaba abierta para los otros muchos que habían huido.

—Jarvis nos ha dejado —me limité a decirle a Hastein.

Movió la cabeza, como si le hubiera propuesto un acertijo.

—Pero tenemos que agradecerle todo esto. —Señaló el montón de objetos de la plaza—. Sin su treta nunca habríamos penetrado en Roma. ¿Por qué no quiere participar de ese honor?

Yo conocía y entendía los motivos del hermano Jarvis. Estaba cerca de compartírselos, pero ¿cómo explicárselos a un pagano que no había sido educado en la fe cristiana y consideraba el mundo fuera de su propio territorio abierto al pillaje?

—Roma es el centro de la fe de Jarvis —dije—. Se siente como te sentirías tú si le hubieras mostrado a una flota de guerreros cristianos el camino a la ciudad más sagrada de los Ases para que la saquearan.

—¿Uppsala? —Se encogió de hombros—. No tiene gran cosa. Nosotros no llenamos nuestros templos con plata y oro. Compartimos nuestras riquezas con la familia o las guardamos en casa para disfrutarlas.

—¿No temerías el castigo de los Ases si ayudases a quemar Uppsala?

—Ese templo ya ha ardidido muchas veces, tanto por saqueo como por accidente. Siempre lo reconstruyen, y cada vez lo construyen más grande y hermoso que antes para satisfacer las ambiciones de los reyes de Uppsala. A los dioses no les importan los edificios humanos.

A diferencia del Cristo Blanco, que odia a los musulmanes y a los gentiles, los Ases no condenan a nadie que mediante sus acciones demuestre ser digno de su ayuda, independientemente de la moral o el credo. Un hombre libre actúa de acuerdo con su elección personal y sus necesidades, y luego no siente arrepentimiento a menos que se haya menoscabado su honor. Busqué otra manera de explicar los motivos del hermano Jarvis.

—Ha perdido su honor cristiano —intenté—, solo puede recuperarlo mediante la oración y la ascesis.

—Sería más inteligente darse cuenta de su error y dirigirse a los verdaderos dioses —pensaba Hastein—. Si el Cristo Blanco entrega su ciudad santa tan fácilmente, no merece que le sigan.

Difícilmente podía continuar argumentando sin revelar que Luna no era Roma, así que me contenté con encogerme de hombros. Hastein, sin embargo, entendió el pesar que me había supuesto la separación y no hurgó más en la herida.

—También Odín perdió una vez su honor —dijo para consolarme.

—¿El rey de los dioses? ¿Cómo fue?

La historia, una de las pocas que yo aún no conocía, hizo que desaparecieran el recuerdo del rostro lloroso de Jarvis y mi propia mala conciencia por haber contribuido a su engaño.

—Un día, los Ases decidieron rendir homenaje a su padre creador por sus muchas hazañas —comenzó Hastein—, para ello, ordenaron a los maestros enanos que forjaran una estatua suya. El resultado fue una magnífica obra que destacaba todas sus cualidades: la fuerza y la belicosidad, la nobleza y la paciencia, la perspicacia y la sabiduría. Odín colocó la estatua, recubierta de oro de la cabeza a los pies, a la entrada de su salón. Su esposa, Frigg, que amaba mucho el oro, le pidió permiso para fundir la estatua y convertirla en joyas, pero Odín se negó.

A nuestro alrededor, los hombres iban repartiendo las mercancías en los barcos. No era difícil imaginarse la estatua dorada del rey de los dioses con el brillo de los tesoros.

—Frigg ardía de ira. Para castigar la avaricia de su marido, primero yació con uno de los sirvientes de Odín y se ocupó de que el rumor llegara a oídos de todos. Luego persuadió a su amante para que robara la estatua y la fundiera para ella. Todo esto hizo que los otros dioses cambiaran la idea que tenían de su rey. Expulsaron a Odín de Asgård y en su lugar pusieron como reyes a sus dos hermanos, Vile y Ve.

—Pero Odín no había hecho nada —le interrumpí.

—Precisamente. No fue capaz de proteger su propiedad. ¿Cómo podía un hombre de verdad tolerar que su esposa le robase y se acostase con su criado?

En mi opinión, teníamos entre nosotros a un líder exactamente así, al que todos obedecían con gusto.

—Sigurd Ojo de Serpiente comparte los brazos de su esposa con otro conde, que además es su hermano. No es debilidad. Es generosidad, y solo infunde respeto —aclaró Hastein antes de volver a la historia—. Pasaron muchos años en los que Odín caminó entre la gente de Midgård. Aprendió mucho y llevó a cabo magníficas hazañas, como se narran en otras sagas. Pero cuando por fin supo que Asgård estaba sumido en el caos debido a la incapacidad de sus hermanos, decidió regresar a casa y recuperar su trono.

Con espada y lanza se abrió paso entre una multitud de sus propios guerreros hasta la puerta de Asgård. Los mató a todos, porque sabía que volverían a la vida al atardecer para poder celebrar su victoria con ellos. Expulsó a Vile y Ve de Asgård, recuperó su poder y de nuevo gozó de la admiración de su esposa.

—¿Odín tomó de nuevo a Frigg después de que ella fuera la culpable de su destierro?

—Claro. Él recuperó lo que era suyo.

Para mí, no estaba nada claro.

—Bueno, ¿al menos mató a Vile y Ve?

—No, porque así habría mostrado debilidad otra vez. Vile y Ve fueron desterrados al más lejano Udgård y nunca trataron de tomar de nuevo el poder. Habían aprendido la lección y quedaron sojuzgados para siempre.

Pensé en la historia mientras estibábamos los barcos. Reflexioné sobre la generosidad de Sigurd Ojo de Serpiente con su hermano menor mientras los demás estaban de celebración junto a la hoguera por la noche. Cuando zarpamos a la mañana siguiente, había profundizado en lo lejos que estaba del modo de vida de mis amigos, de su mundo, en lo diferente que era nuestra manera de pensar. ¿Qué iba a ser de mí si no podía disfrutar de un pillaje como el de Luna? ¿Qué planes me tenían reservados los dioses?

Mis reflexiones no eran muy distintas de las que se plantea cualquier joven tarde o temprano. Había soñado con ser como los nórdicos, pero finalmente me di cuenta de que eso nunca sucedería. Estaba destinado a vivir algo distinto, pero solo percibía los contornos difusos de mi destino cuando pusimos rumbo a la isla de Bjørn Costado de Hierro en el reino de los francos, donde nos esperaba una desagradable sorpresa.

Y una batalla a vida o muerte.

Cabalgamos sobre las olas a lo largo de la costa franca. El sol refulgía en el mar. Sobre nosotros el cielo estaba azul y despejado en todo el horizonte. Las playas bajo los acantilados se curvaban con los embates regulares de las olas. Un fino manto de neblina veraniega flotaba tierra adentro.

Cuando cruzamos la desembocadura del Ródano y nos acercamos a las marismas de la Camarga donde se encontraba la Laguna de Thor, ya no eran solo las aves las que se movían por tierra. Vimos hombres en pequeños botes desplazándose con pértigas entre los cañaverales. Las figuras señalaron hacia nosotros. Gaviotas, garzas y bandadas de extrañas aves rosadas de largas patas con pico negro y curvado se elevaron cuando *Dos Sierpes* remontó la corriente de un afluyente encenagado. Sacamos los remos de las chumaceras y nos desplazamos con pértiga por el agua salobre de poca profundidad. Los demás barcos nos seguían.

La visibilidad era buena. Al avanzar por el pantano pudimos divisar la fortificación de Bjørn Costado de Hierro, que se elevaba como un arbusto oscuro en el plano paisaje. Los mástiles sobresalían en el puerto detrás del techo curvo del *hall*. Ninguno de nosotros se fijó en las cabezas clavadas en picas que ya eran solo cráneos pelados, pues cuando nos acercamos lo suficiente, pudimos ver que la laguna en torno al islote bullía de vida. Hombres afanosos en grandes botes abarrotados se movían con pértigas alrededor de las empalizadas de la Laguna de Thor.

—Björn Costado de Hierro los debe de haber enviado fuera a todos —dijo Hastein entrecerrando los ojos—. Pero ¿qué están haciendo?

—No son de los nuestros —avisó Halfdan Camisa Blanca—. Son francos.

Aunque el ejército franco se hallaba formado por campesinos, estaba bien organizado y dirigido por nobles. En varias de las cubiertas de las balsas de madera había máquinas de guerra como las que los moros habían usado en al-Lishbuna, y las utilizaban con habilidad. Enormes piedras, envueltas en estopa ardiente, volaban sobre el fortín junto con oleadas de flechas y lanzas. Desde la empalizada, nuestra gente se defendía, pero se encontraban en clara minoría.

—¡Esas pértigas, más rápido! —gritó Hastein.

Los francos divisaron a *Dos Sierpes* cuando salimos de los juncos, pero una sola nave larga no los asustó. Por el contrario, se burlaron de nosotros y nos hicieron señas para que nos acercáramos. Detrás de ellos, el tejado de paja del *hall* prendió y una densa y negra columna de humo empezó a elevarse en el aire.

—Vamos demasiado lentos —susurró Halfdan Camisa Blanca saltando por la borda.

En los meses de verano, el nivel de las aguas era tan bajo que las naves largas tenían que navegar siguiendo un sinuoso curso para evitar encallar. Por eso, el resto de la tripulación de *Dos Sierpes* dio un rodeo mientras Hastein y yo seguimos el ejemplo de Halfdan Camisa Blanca. Bajo el peso de las armas y las corazas avanzamos vadeando el agua, que nos llegaba hasta la mitad de los muslos, hacia una balsa de madera donde los francos se preparaban para recibirnos con espadas, cuchillos y mazas con clavos.

Cuando Halfdan Camisa Blanca llegó a donde nos alcanzaban sus armas se zambulló. Los francos pinchaban con furia buscándolo bajo el agua, pero solo golpeaban su escudo, que llevaba sujeto a la espalda. No comprendían cuál era su intención. Hastein y yo sí, y los entretuvimos mientras él buceaba bajo la balsa hasta el otro extremo. Allí apoyó la espalda contra la parte inferior y las piernas contra el fondo del lago, se enderezó y con un gran esfuerzo logró que la cubierta se inclinase. Sorprendidos, los francos se tambalearon y algunos cayeron al agua donde nosotros estábamos; unos murieron enseguida, otros gritaban de dolor por las heridas que les infligíamos con las espadas en sus desprotegidas piernas. El agua se tiñó del rojo oscuro de la sangre. Los

francos se alejaron del borde de la balsa. Subimos a ella y comenzamos a luchar en igualdad de condiciones.

Halfdan Camisa Blanca saltó al otro extremo de la balsa de madera y se abrió camino entre la multitud de los francos con la espada y el hacha. Guerreros y campesinos gritaban y se defendían, pero no había defensa contra la ira del hijo de Calzas Peludas. Con espasmos en el rostro, abrió una cuña en la tripulación. Nos encontramos con él en el centro mientras los supervivientes saltaban de la cubierta y se dirigían hacia las balsas de sus compañeros.

—¡A por ellos! —gritó Hastein a la tripulación de *Dos Sierpes*, que se había aproximado—. ¡Tomad más balsas! ¡Abortad el ataque!

Las siguientes naves largas surgieron entre los juncos en la desembocadura del canal. Los hombres a bordo habían oído el ruido y estaban listos para la batalla. Los francos más avisados señalaron y gritaron a sus camaradas que los mástiles llegaban hasta el mar, y muchos comenzaron a alejarse remando. Las naves largas iniciaron la persecución a una velocidad que resultaba cómicamente lenta. En las proas había hombres con pértigas midiendo la profundidad del agua e informando a los timoneles de dónde era más profunda.

Hastein, Halfdan Camisa Blanca y yo estábamos sufriendo un duro ataque con flechas y lanzas desde la balsa más cercana, donde un noble franco mantenía la moral con fuertes gritos y órdenes. Thorvald Tallador y Fridtjof *el Largo* saltaron hacia nosotros, con Khalid y un puñado de guerreros de *Dos Sierpes*. Juntos formamos un muro de escudos en el borde de la balsa.

Los escudos de los francos eran alargados, de la altura de un hombre y terminados en punta, poco flexibles e incómodos en comparación con los escudos redondos, pero el ánimo de su jefe contagiaba al resto. Cuando las balsas chocaron con estruendo, peleamos en el espacio que quedaba entre las cubiertas. Khalid usaba mi lanza para pinchar entre nuestras piernas los pies del enemigo. Sus víctimas se tambaleaban y caían al agua. Algunos quedaban aplastados entre las balsas, otros atrapados debajo de ellas. Fridtjof *el Largo* se alzó sobre el muro de escudos, y en ese instante uno de los francos tuvo suerte: su lanza atravesó el ojo del pecoso marinero. Fridtjof se tambaleó erguido con la punta rota profundamente clavada en el cráneo.

—Odín, recíbeme en tu mesa —dijo—, ahora vengaré mi muerte.

La sangre corría por su rostro cuando se arrojó a la balsa de los francos y

con la ayuda de su escudo abrió una brecha en su línea. Con su sax atravesó el pecho de su asesino y cayó. A Fridtjof no le faltaba valor. Siempre había sido un alma alegre y un buen amigo, y su tío, Ketil *el Chato*, se habría sentido orgulloso de él. Muchos otros cayeron durante la corta y feroz batalla de las balsas, pero más tarde Hastein mencionó a Fridtjof *el Largo* para destacar que él fue quien nos había facilitado el avance y la victoria. Al menos, el pecoso guerrero que amaba más el mar que la tierra murió con una cubierta bajo sus pies; por desgracia, siempre había sido demasiado largo para esconderse detrás de los escudos.

Halfdan Camisa Blanca aprovechó la confusión para saltar él mismo a la balsa franca. Su ferocidad hizo retroceder a sus ocupantes, y derribó al noble con unos pocos golpes. Privados de su líder, los francos saltaron al agua y se alejaron mientras les arrojábamos sus propias lanzas. Halfdan Camisa Blanca estaba cubierto de sangre de otros, pero él no tenía ni un rasguño. Hastein hizo un gesto con la mano para que *Dos Serpentes* se aproximara y saltó a bordo. Ayudé a Khalid a subir por encima de la borda. El chaval estaba enardecido y excitado. Sus rizos negros se agitaban sobre su cara redonda.

—¡A las pértigas, avanzamos hacia el frente de la fortificación! —gritó Hastein, empapado en agua salobre, barro y sangre.

—Tampoco hay ninguna prisa —dijo el Lindo Dagfinn, que no estaba ni mojado ni sucio—. Hemos echado a los francos a pesar de que eran muchos más que nosotros.

—Sí, en este lado de la fortificación —refunfuñó Halfdan Camisa Blanca—. Imagínate cuántos se amontonarán delante del portón.

Y, ciertamente, los francos estaban apostados con balsas y hombres frente a la puerta de la Laguna de Thor. Habían colocado escalas en la empalizada, pero sus numerosos guerreros cubiertos con cotas de malla eran contenidos por Ylva, que blandía la espada y el hacha contra cualquiera que asomara su cabeza por encima del parapeto. El ruido de los combatientes era ensordecedor. Heridos y muertos flotaban en el agua, y aunque muchos nórdicos también habían perdido la vida, las fuerzas invasoras ya estaban cediendo. Cuando los francos vieron las naves largas, comenzaron a remar hacia el continente.

La cara de barba gris de Bjørn Costado de Hierro apareció por encima de

las tablas de la empalizada. Detrás de él, el humo del salón ascendía hacia el cielo.

—¡Ya era hora de que regresases, cachorro! —rugió.

—Mejor tarde que nunca, viejo chucho —respondió Hastein—. Ya veo que tenéis un buen lío montado. Deberíais haber abandonado el cadáver.

—No antes de que volvieras. Te estábamos esperando.

Poco después de nuestra partida a principios del verano, los francos descubrieron que los que permanecían en la Laguna de Thor solo representaban la mitad de nuestras fuerzas, y comenzaron a hostigarlos. El intento de invasión de ese día era el último de un gran número que habían llevado a cabo durante el verano.

El resultado de sus esfuerzos fue evidente al entrar en el puerto al anochecer. El techo en llamas del *hall* se derrumbó mientras amarrábamos *Dos Sierpes*. La empalizada se hallaba llena de flechas, y muchos guerreros necesitaban ayuda para bajar del terraplén, porque apenas podían moverse por su propio pie.

Sin embargo, Bjørn Costado de Hierro estaba de buen humor cuando nos recibió en el muelle.

—Me alegro de veros tan bien —gruñó con sus amplios brazos cruzados sobre el estómago.

—Pues vosotros no tenéis buena pinta —dijo Hastein—. ¿Cuánto tiempo habéis estado bajo asedio?

—Eso ya está olvidado. —Los ojos gris pálido de Costado de Hierro parpadearon de alegría—. Contadme cómo ha ido vuestro viaje.

Hastein le habló del saqueo de Pisa, de la ayuda del sacerdote de pelo negro y del rescate que su familia había pagado.

—Suená bien —sonrió el gigante de ojos grises contemplando a los

lozanos y joviales guerreros que abandonaban las naves largas en grandes grupos—. ¿Y qué hay de Roma? ¿Llegasteis a la ciudad del Cristo Blanco?

—Lo hicimos —respondió Hastein—, y, respecto a eso, tengo mucho que decir sobre el hermano Jarvis. Sin su ayuda, no habríamos tenido éxito.

—¡Roma saqueada! —Costado de Hierro rio en voz alta, dirigiendo la mirada al cielo azul oscuro—. Gracias, Thor y Odín. Entonces pronto dejaremos de escuchar a los monjes y sacerdotes alabar al miserable de la cruz, pues cuando la noticia de la derrota se extienda sus seguidores perderán la confianza en él.

Bella vino corriendo desde las casas con las faldas ondeando y serpenteó entre los hombres para adelantarlos.

—¡Esposo! —gritó al ver a Sigurd Ojo de Serpiente, que acababa de saltar por la borda. El hermoso conde de barba negra rodeó con sus fuertes brazos a su esposa y se enderezó levantándola en el aire.

—¡Ylva! —gritó Sigurd Ojo de Serpiente a la escudera, que bajaba por el camino de la empalizada—. Te agradezco que hayas cuidado de mi consorte, y por ello tendrás la mitad de los bienes que obtuve en Roma.

—Gracias, conde Sigurd, pero será difícil llevarlos a casa.

—Seguro que encuentras el modo.

—Si tuviera una nave larga... —dijo Ylva deteniéndose.

—Pero no la tienes —replicó él.

—Exactamente. Por eso será difícil.

Él la observó sin comprender la indirecta.

—Puedes darle uno de tus barcos —dijo Bella empujándolo—. Dentro de poco no los utilizaremos.

Bella ya no parecía tan frágil. Había ganado peso durante el verano y mostraba un aspecto saludable.

—¿Por qué no?

—Porque vas a ser padre.

—¿De quién?

—Del niño o la niña que llevo aquí.

Ella se colocó la manaza del conde sobre la tripa, que no era mucho más redonda que la última vez. Por fin el lento conde comprendió lo que quería decir. Halfdan Camisa Blanca también sonrió. El aumento de la familia lo

alegraba tanto como a su hermano mayor..., fuese cual fuese el origen.

—Voy a ser padre —anunció Sigurd Ojo de Serpiente en lengua nórdica, porque muchos no habían comprendido su conversación en sajón con Bella. Los guerreros golpearon los escudos y las tablas del muelle, y lo celebraron ruidosamente.

—¡Ylva! —gritó Sigurd Ojo de Serpiente—, el jefe de mi segundo mejor barco murió durante la lucha. Si lo llevas a casa sin dañarlo, es tuyo en lugar de los tesoros.

—Muchas gracias, conde Sigurd.

El valioso regalo demostraba claramente que la suerte de la escudera se contaba entre las mejores de las que se había oído hablar en mucho tiempo. Pronto volvería a ser condesa con su propia cubierta bajo los pies, y muchos cuchichearon que lo más sensato sería ir a su lado.

En medio de las aclamaciones, Bella me miró.

—¿Dónde has dejado al hermano Jarvis? —preguntó.

—Se quedó en Italia.

Su sonrisa se apagó como cuando se sopla una vela.

—Debería haber oído mi confesión —dijo cerrando la mano sobre la pequeña cruz de plata que llevaba al cuello.

—¿Qué tendrías que confesar? —pregunté—. ¿Eres tal vez una puerca que se abre de piernas ante cualquiera?

Reconoció sus propias palabras pronunciadas en la pequeña iglesia de Jarvis en Isla Thor y me miró airada. Antes de que pudiera disculparme, ya se había vuelto hacia su marido. Mientras tanto, Bjørn Costado de Hierro llevó a Hastein a un aparte.

—Solo la mitad de los hombres están ilesos —dijo—. Debemos distribuir a los hombres que pueden luchar entre los barcos para el viaje de regreso, porque es urgente salir de aquí. No sabemos cuándo volverán los francos.

—¿Son realmente tan tercos?

—Incluso los perros son peligrosos cuando huelen la sangre. Pero háblame más de Roma. ¿La iglesia de San Pedro era grande y rica?

—¡El techo de la nave era de oro! Traemos piedrecillas doradas como lastre y también nos llevamos muchos barcos del puerto.

—Bien hecho —exclamó Bjørn Costado de Hierro, aunque iba a ser difícil

manejar las nuevas embarcaciones—. Estoy orgulloso de ti.

No todos los días se oían alabanzas tuyas. Casi como si se hubiera dado cuenta de que había ido demasiado lejos, bajó la voz y el rostro de barba gris se puso serio.

—No servirá de nada si encontramos obstáculos en nuestro viaje de regreso. Debemos mantenernos lejos de tierra y evitar la lucha. ¿Cuántos hombres tienes de tu Grupo de la Almenara?

Thorvald Tallador y el Lindo Dagfinn se mantuvieron cerca esperando que se mencionaran sus esfuerzos. Seguro que Thorvald se acordó de su pobre familia, en Noruega. Dagfinn solo anhelaba su reconocimiento.

—¿Dónde está Khalid? —pregunté yo.

Todos me miraron.

—¿Quién? —se extrañó Bjørn Costado de Hierro.

—El chico que trajimos con nosotros de tierra mora.

—¿Echas de menos a tu perro, Rolf Hijo de Sierva? —dijo el Lindo Dagfinn burlón.

—Se acabó lo de llamar a Rolf Hijo de Sierva.

El Lindo Dagfinn estaba habituado a que Hastein fuese indulgente con él, por lo que la furia de sus ojos sorprendió al hermoso joven.

—Pero *es* hijo de una sierva y...

—¿A qué te has dedicado realmente durante la batalla, Dagfinn? —le interrumpió Hastein—. No tienes ni sangre ni barro en la ropa. Tus armas están en sus vainas y no las has utilizado. Khalid ha sido más útil que tú.

—Ese perrito de moro...

Hastein le dio un golpe con el brazo. Dagfinn cayó sobre las tablas del muelle, cubriéndose la cara con una mano. Se hizo el silencio entre nosotros.

—Lamento haberte aceptado en mi Grupo de la Almenara, Lindo Dagfinn —dijo Hastein para que todos pudieran oírlo—. No hay sitio para ti a los remos de *Dos Serpes*. Saca tu arcón de mi cubierta y encuentra otra tripulación de la que aprovecharte.

Dagfinn se levantó lentamente. Sus ojos brillaban mostrando que tenía el orgullo herido.

Trató de alejarse, avergonzado, y para lograrlo tuvo que empujar a los más próximos. Cuando desapareció, Hastein se dio la vuelta y nos señaló con la

mano a Thorvald Tallador y a mí.

—Aquí están los únicos hombres que me quedan —dijo—. Thorvald ha luchado bien, y sin Rolf nunca habríamos encontrado Roma. Los otros han caído; te lo contaré esta noche junto al fuego.

Dejé a la alegre comitiva, que se dirigía hacia los rescoldos del *hall*. Después de buscar durante un rato, hallé a Khalid con una flecha de los francos en el muslo. Se había arrastrado hacia el terraplén junto a la empalizada y permanecía oculto bajo un arbusto. Se resistió cuando lo arrastré fuera.

—¿Por qué no has dicho que estabas herido? —pregunté enojado.

—En Qurtuba, cuando alguien se enferma, es mejor esconderse. De lo contrario, te robarán.

—Eso no sucede entre nosotros.

Es cierto que normalmente se deja el destino de un hombre herido en manos de los dioses, pero yo había aprendido algunas cosas del hermano Jarvis. A pesar de las quejas de Khalid, hice que la flecha atravesara su pierna y le rompí la punta para que las púas no rasgaran la carne al sacar el asta. Luego unté la herida con miel y la cubrí con tela de araña y una tela limpia. Acaricié con suavidad el cabello del joven hasta que lentamente cayó en un pesado sueño, que sana más que cualquier otra cosa.

Habría hecho mejor quedándome cerca de Hastein. No estoy seguro de que hubiera podido evitar la catástrofe que se avecinaba, pues contra las normas incluso la vigilia es inútil, pero quizá podría haberle explicado con más detenimiento las circunstancias que ahora él mismo tendría que descifrar.

—¿Qué pasa entre Hastein y tú, hermano?

Bella salió de la oscuridad cuando me acercaba al *hall* quemado. A la luz de la luna, mi media hermana me miró con una arruga de preocupación en la frente.

—¿Qué quieres decir?

—Toda la noche se ha jactado junto a la hoguera de la caída de Roma. Ahora ya todos saben de qué manera Jarvis y tú engañasteis al papa y a su duque para que os abrieran la ciudad. Hastein mostró el mapa de Thorvald Tallador. Señaló las ciudades que habíais saqueado y explicó que aún quedaban riquezas que usurpar el próximo verano. Ya hay muchos que esperan impacientes.

—Entonces, todo está bien.

No participaré en la expedición del siguiente año. Estaré en Ripa, donde, gracias a mi parte de los botines, liberaré a mi madre. Hastein se llevará una decepción, pero lo entenderá.

—No sé hasta qué punto está bien —dijo Bella—. Se puso muy serio cuando le corregí y le expliqué que Roma se hallaba más al sur, y que la ciudad que él había señalado se llamaba Luna. Abandonó la hoguera y nadie lo ha visto desde entonces.

Un torrente helado me recorrió la espina dorsal.

—¿Cuántos te oyeron decir eso? —pregunté.

—Sigurd Ojo de Serpiente estaba a mi lado, pero no entendió nada. Si Hastein y tú tenéis un secreto, soy la única que lo sabe. Pero ¿por qué creía que Luna era Roma?

Bella había intuido la verdad, pero no a tiempo para evitar que Hastein la entendiera. Por otro lado, yo comprendía claramente lo que había sucedido y lo que él pensaría sobre mí.

—Si has hecho lo que creo —me gritó mientras yo desaparecía en dirección al puerto—, harías bien dejándolo en paz.

Si hubiera pensado con claridad, habría sabido que ella tenía razón. Pero mis pensamientos volaban como gaviotas luchando contra el viento y cambiaban constantemente de dirección. Sentía vértigo. Tenía que encontrar a Hastein y hacerle entender las verdaderas circunstancias del caso.

Busqué en las tiendas y las casas excavadas. Pasé corriendo por delante de las jaulas vacías de los esclavos. Incluso miré en la pequeña iglesia del hermano Jarvis, donde los restos de las velas ya consumidas aún se podían ver en el primitivo altar y me trajeron un regusto de añoranza. Al fin encontré a Hastein en el puerto, sobre la tablazón del muelle apoyado en *Dos Sierpes*. Su rostro estaba oculto por la roda de la nave.

—¡Ah!, estás aquí. —Traté de parecer despreocupado—. Esperaba encontrarte junto al fuego.

Vi la puerta del altar con el mapa de Thorvald Tallador. La plancha de madera, que tenía un motivo de una madona con el niño Jesús en la parte posterior, temblaba en las manos de Hastein.

—Debes de haberte reído a gusto de mi estupidez al engañarme para que Roma se salvara y saqueáramos Luna en su lugar —me dijo.

Notaba mi boca seca como el paisaje de Hispania.

—Fue Jarvis quien te mintió.

—Por supuesto que sí, pero tú *no dijiste* nada.

Me encogí de hombros.

—La ciudad del Cristo Blanco seguirá allí. Volveremos el próximo año con diez mil hombres. —Ni siquiera a mí me parecía convincente, pero seguí hablando—. Cientos de naves largas. Entonces, las murallas de la ciudad del papa se desmoronarán.

—¿Igual que mi reputación? —Su voz temblaba de ira reprimida.

—¿Qué tiene que ver la caída de Roma con tu reputación?

Hastein aspiró profundamente buscando las palabras. ¿Realmente tenía que explicarme lo obvio?

—¿Cómo le digo a alguien que Roma todavía existe sin admitir que me he jactado de una hazaña que nunca realicé?

—No fue culpa tuya. Los demás también lo creyeron.

—¿Que no fue culpa mía? —Cuando salió a la luz de la luna, vi lágrimas en sus mejillas—. ¿Que me dejase engañar como un crío? ¿Que fuera estúpido e ingenuo cuando debería haber sido listo y sabio? «Ahí va Hastein. Ese pobrecillo se dejó engañar por un monje cristiano y un falso amigo», dirán. ¿Será esa mi necrológica? ¿Es así como la gente me recordará?

Golpeó el mapa contra un poste de amarre. La puerta del altar resistió, y tuvo que levantarlo y aporrearlo varias veces antes de que la evidencia de su ingenuidad por fin comenzara a astillarse. No se detuvo hasta que el mapa se rompió y los pedazos quedaron sobre el muelle, esparcidos a su alrededor. Luego sacó su sax.

—Todavía *tú* puedes contar la historia —susurró.

—Yo nunca haría eso.

—¿Y qué sé yo lo que harías? ¿Te conozco realmente?

Agarró mi saya y levantó el largo cuchillo.

—¿Cómo explicarías mi muerte —pregunté— sin que nadie preguntara por Roma?

Se detuvo con el cuchillo contra mi garganta y respiró pesadamente por la nariz.

—Cuando abandonemos la Laguna de Thor mañana —dijo finalmente— no irás a bordo de *Dos Serpes*. Navega con tu hermana y tu cuñado si quieres. O arrástrate hasta Italia con Jarvis, así estarás seguro, porque nunca volveré a poner mis pies *allí*.

Me soltó y se dirigió hacia la hoguera. Traté de ir tras él, pero una mano pesada me detuvo.

—Déjalo.

Los ojos juntos de Ylva miraron a Hastein. La escudera no soltó mi brazo, y era mucho más fuerte que yo. Finalmente me di por vencido.

—¿Lo has oído todo? —le pregunté.

—Sí. También la conversación junto al fuego. Estaba detrás de Bella. Ninguno de ellos se fijó en mí.

Ylva había sido la sombra de Bella tanto tiempo que ni su dama se había percatado de su presencia.

—Hastein se recuperará —le dije—. La verdad no importa mientras todos piensen que es el vencedor de Roma.

—Ningún hombre puede vivir en una mentira. Ni siquiera siendo el único que conoce la verdad. Si me hubiese encontrado en el lugar de Hastein, no estoy segura de si te habría dejado con vida.

Me di cuenta de que tenía razón.

—¿Y eso qué significa? —pregunté abatido.

—Que es mejor amigo que cualquiera de nosotros dos.

A la mañana siguiente, Björn Costado de Hierro abrió las puertas de la Laguna de Thor. En formación de a uno, las naves se deslizaron a través de los juncos por el canal de la marisma. Los escudos colgaban de las bordas, y detrás de ellos los hombres podían manejar las pértigas con relativa seguridad.

Desde botes y balsas, miles de ojos francos nos seguían con la mirada. Ninguno de ellos se movió. No se disparó ni una flecha, ni se arrojó una lanza. Se mantuvieron a distancia, pero sus intenciones eran claras. Si hacíamos amago de dar la vuelta, no dudarían. Pero prefirieron deshacerse de nosotros sin sufrir más pérdidas.

Björn Costado de Hierro los ignoró hasta que subió a bordo y, como el último de la larga fila, zarpó. Mientras su nave larga se deslizaba entre los cañaverales, vi desde la nave de Sigurd Ojo de Serpiente que se despedía alegremente de ellos. La fortaleza quedó abandonada en la isla. Las puertas abiertas y las empalizadas llenas de flechas. No habíamos dejado atrás nada de valor.

Llevó mucho tiempo atravesar el canal que serpenteaba hasta el mar. En todo momento nos mantuvimos alerta para rechazar un ataque, pero no pasó nada. En la desembocadura nos esperaba una vista majestuosa. Por todas partes, sobre las brillantes olas, las naves largas se mecían mientras esperaban al líder de la expedición.

Soplaba el viento. Desde las marismas se elevó una columna de humo

negro, pues, tan pronto como nos fuimos, los francos quemaron el castillo del islote. Costado de Hierro olfateó el aire del mar. Estaba de nuevo en su ambiente. Su voz resonó sobre las olas.

—¡A casa, muchachos!

Un clamor de júbilo se elevó desde los numerosos barcos. Las coloridas velas, izadas y desplegadas, restallaron y se hinchieron con el viento.

Cruzamos la costa franca y solo atracamos cuando estuvimos seguros de estar solos. Nos mantuvimos alejados de las ciudades que habíamos saqueado, y cuando llegamos a aguas moriscas nos adentramos tanto en el mar que ni siquiera las gaviotas podían encontrarnos. Nos alimentamos de pescado salado y no hicimos ninguna escala en las Islas de Esclavos.

Remaba cuando era necesario y me sentaba al abrigo de la amura si navegábamos a vela. Desde el banco, Bella me veía melancólico, pero me dejó en paz. Casi no hablé con nadie más que con Khalid, cuya herida de flecha mejoraba lentamente. Solo después de catorce días de navegación sin incidentes, cuando nos acercamos a los áridos y escarpados acantilados de la costa sur de Hispania, volvimos la proa hacia tierra.

Bjørn Costado de Hierro encargó a Sigurd Ojo de Serpiente aprovisionarse de agua dulce en al-Mariya. Las bien conocidas casas blancas de la pequeña ciudad portuaria caían hasta la playa bajo las antiguas ruinas de la torre. Ylva nos siguió con el barco que el conde Sigurd le había confiado para llevar a casa, pero nos esperó en la amplia bahía cuando remamos hacia tierra. El día era claro, caluroso y ventoso. El muelle y el pequeño malecón estaban desiertos. Atracamos al sol entre los pocos barcos que se veían. Como siempre, había mucho espacio en el único puerto del reino del emir donde fuimos bienvenidos.

—Que vengan conmigo cinco hombres —dijo Sigurd Ojo de Serpiente saltando al malecón de piedra y dirigiéndose con paso decidido a tierra. Cuando las seis figuras desaparecieron entre las casas, me incliné sobre Khalid y lo zarandé para despertarlo.

—¿Puedes ponerte de pie? —le pregunté.

Se tocó la pierna para ver cómo estaba la herida.

¿Ponerme de pie? —repitió—. ¿Por qué?

—Ven. Te lo mostraré.

Lo ayudé a bajar por la borda. Los demás miembros de la tripulación no nos miraron mientras caminábamos por el malecón. En la casa más cercana de la ciudad lo ayudé a sentarse apoyado en la pared. Las olas bañaban la playa, en la que se encontraban los barcos pesqueros. Los amarres de las embarcaciones crujían. Las gaviotas chillaban con voz ronca en el cielo. Por lo demás, no se oía ningún sonido. No me preocupé de cuál sería la razón.

—He decidido que te quedas aquí —le dije.

Durante la travesía, los demás no habían mostrado más que desprecio por el Perro de Rolf. Nadie compartiría la comida con él. Cuando traté de imaginar su futura vida entre los nórdicos, solo vi tragedia y exclusión. Los animales de presa tienen un instinto ante la debilidad, y la manada de lobos había notado que mi estatus estaba decayendo. Ser el cuñado del conde Sigurd me salvaba de las agresiones físicas, pero a Khalid no podría protegerlo.

—¿Que me quede aquí? —repitió.

—Entre los tuyos —le expliqué, entregándole una bolsa de cuero llena de monedas de plata—. Esto puede pagar tu viaje a Qurtuba.

—No quiero ir a Qurtuba —exclamó.

—Bobadas, Khalid. Ya hace casi un año que nos ayudaste a escapar. Nadie te recuerda. Tu habilidad con la lengua franca ha mejorado tanto que puedes ayudar a los viajeros mejor que antes. Incluso hablas un poco nuestro idioma, por si vuelve a aparecer algún nórdico.

Bajó la cabeza varias veces antes de que sus ojos oscuros se encontraran con los míos.

—No entiendes —dijo—. Nunca te he explicado...

El sonido de pasos a la carrera lo interrumpió. Sigurd Ojo de Serpiente y sus hombres pasaron corriendo por el lugar donde estábamos sentados. Ya no eran seis, sino cinco. Uno tenía una flecha en la pierna y se apoyaba en un compañero.

—¡Lárgate! —rugió el conde de barba negra—. Partimos. ¡Ahora!

Avancé unos pasos. En la nave larga, la tripulación se había apresurado con los amarres.

—Eres tú quien debe quedarse —gritó Khalid a mi espalda—. Puedo

protegerte.

—¿Cómo me protegerías? —pregunté antes de que una flecha volase cerca de mi oreja.

Me volví y vi a un grupo de jinetes a galope tendido que bajaban por la calle principal de al-Mariya. Llevaban cimitarras y arcos en sus manos, amplias sayas verde claro sobre las cotas, cascos puntiagudos en la cabeza.

¡Espera! —gritó Khalid cuando eché a correr—. ¡Vuelve!

La tripulación alejó la nave de tierra cuando Sigurd Ojo de Serpiente y sus hombres saltaron sobre la borda. El hombre con la flecha en la pierna tropezó y cayó al agua. Varias manos se tendieron para subirlo a bordo.

Yo llegué al malecón y me di impulso desde el borde. Las yemas de mis dedos tocaron el costado del barco, pero no pude aferrarme a él y caí al mar.

Los sonidos se volvieron suaves y apagados. El sol jugueteaba en el agua. Salí a la superficie y vi que la popa del barco se alejaba. Las flechas golpearon la superficie en torno a mí. Los cascos de los caballos resonaban en el malecón. Una cuerda cayó sobre mi cabeza.

—¡Agárrate, Rolf! —Era la voz de Bella.

Fui arrastrado siguiendo la estela mientras las flechas caían a mi alrededor como si fueran lluvia. Cuando el barco comenzó a virar de bordo, pude avanzar y estiré la mano hacia la de Bella. Me ayudó lo suficiente como para que yo consiguiera subir por mí mismo el resto del tramo. Boqueando, me quedé tumbado en la popa y alcé la vista hacia el sol.

—¡Una emboscada! —gritó furioso Sigurd Ojo de Serpiente a la caña del timón—. Esos bastardos nos esperaban.

Bjørn Costado de Hierro entrecerró los ojos gris pálido como si fueran rendijas. Sigurd Ojo de Serpiente se había puesto al paio junto a su nave ya en alta mar para que los dos pudieran hablar. Miraron hacia tierra, donde los peñascos se alzaban sobre el oleaje. Al-Mariya era de nuevo una colección de manchas blancas en el borde del mar, a los pies de las montañas.

—Casi lo esperaba —gruñó Costado de Hierro.

—Entonces, ¿has enviado a tu hermano a los moros? —preguntó Bella en sajon al lado de su esposo.

—Sí —respondió el gigante de barba gris en la misma lengua—, porque sé que Sigurd puede cuidarse solo. ¿Y acaso no ha salido bien?

—Hemos perdido a un hombre. Otro está herido. Los barcos ya andaban escasos de tripulación.

Sigurd Ojo de Serpiente asintió, estaba de acuerdo con las palabras de su esposa. Todos habían renunciado a la ilusión de que Bella no hablara por él. El embarazo había elevado su estatus y ahora los dos eran igual de importantes.

—Ahora sabemos que los moros están vigilantes —dijo Bjørn Costado de Hierro—. Tal vez tengan preparadas más trampas. Haríamos bien en ir hacia el sur y navegar a lo largo de la costa de la Tierra Azul.

—El paso que lleva al mar Exterior es estrecho —insistió Bella—. Los moros nos verán desde allí.

—Tal vez sea más útil dividir la flota.

Era Hastein el que intervenía ahora en la discusión desde *Dos Sierpes*, que se había deslizado hacia la otra amura de Costado de Hierro. Me ignoró de manera notoria. El gigante de barba gris consideró las palabras de su hijo adoptivo.

—Los moros buscan una flota —continuó Hastein—, no barcos que navegan solos o en parejas. Podemos prepararnos y escabullimos silenciosamente por el estrecho y continuar hacia el norte.

Bjørn Costado de Hierro se cruzó de brazos valorando la situación. Hacía tiempo que se había decidido por una estrategia.

—Nos conocerían por nuestras velas de colores y nos irían pescando uno por uno. Juntos somos más fuertes. ¿Qué pueden hacer los musulmanes ante una flota de ochenta naves?

—Una flota con mucha carga —intervino Bella—. Y con muchos heridos a bordo.

—Eso ellos no lo saben.

Después de un par de días en alta mar atracamos en un promontorio alargado en la costa de la Tierra Azul. Allí compramos comida y agua a los lugareños antes de continuar. Dormíamos en tierra y, en el crepúsculo junto a la hoguera,

Bjørn Costado de Hierro se esforzaba por mantener alto el ánimo de los prohombres. Nos habló de los Ases y los Vanes, y todos asentían confiados en que los dioses seguían nuestro viaje de regreso con el mismo interés que habían seguido el de ida. Presentó imágenes de la admiración que despertaríamos cuando volviéramos a casa con ricos bienes y buenas historias. Se aseguró de que todos estuvieran con él.

Hoy es difícil determinar quién tenía razón en su estrategia, si Hastein o Bjørn Costado de Hierro. Es cierto que unas embarcaciones sueltas podrían colarse a través del estrecho hacia el mar Exterior, pero también es cierto que una gran flota podría luchar y pasar si se mantenía unida. Ocurrió lo que tenía que ocurrir. La catástrofe nos estaba esperando cuando avanzábamos lentamente hacia el oeste, con la seca costa de la Tierra Azul a babor y el sol como un eterno compañero de viaje. Nadie se sentía perseguido viendo las coloridas velas que llenaban el mar.

Evitamos los lugares que habíamos saqueado a la ida, pero esa precaución a muchos les parecía exagerada, porque ninguno de los pequeños reyes de Nakur podía ofrecernos resistencia. Sin embargo, quienes tenían ansias de pillaje solo debían echar una mirada a sus arcones o a los sacos con tesoros que se amontonaban en las cubiertas de paso para constatar que podían ahorrarse el esfuerzo. De ninguna otra expedición que se recordase habíamos vuelto con tantas riquezas, y no era aconsejable añadir más carga a las naves.

A medida que la costa se volvía hacia el norte, muchos comenzaron a inquietarse, y de cuando en cuando afilaban las hachas, espadas y puñales. Bruñeron los cascos y se quitaron las cotas de malla, porque si se producía un combate en el mar, era mejor pelear sin ellas. El que cayera por la borda cargando con tanto peso, se ahogaría. Todo el mundo contaba con una dura pelea en las playas moras, pero nada podría habernos preparado para lo que nos esperaba.

Cuando después de navegar una larga noche nos acercamos al final de la Tierra Azul, y la montaña a la entrada del estrecho apareció frente a nosotros como un triángulo oblicuo e irregular en el horizonte, todos teníamos una sensación de anticlímax. Apparentemente, nadie nos esperaba. Rodeamos una pequeña península y nos adentramos en el estrecho, que era más ancho de lo que recordábamos.

—¡Barcos! —gritó de repente Sigurd Ojo de Serpiente señalando hacia atrás.

A contraluz, un gran número de mástiles se mecían por el este. Los moros nos habían estado esperando en el lado oriental del peñasco, pero ya los habíamos dejado atrás. Contaban con que navegaríamos a lo largo de su propia costa, no bordeando la Tierra Azul.

—Unas treinta o cuarenta naves. —Bella se tapaba el sol oblicuo con la mano—. Ahora están izando las velas.

¿Qué os dije? —Bjørn Costado de Hierro rugió por encima de las olas desde su bancada—. Hemos pillado a los musulmanes con los pantalones bajados. Cuando terminen de cagar, ya habremos cruzado. ¡Los dioses están con nosotros!

A ambos lados había tierra y montañas. Ante nosotros se extendía la planicie del mar abierto. Era un día claro y se podía ver a gran distancia.

—¡Al-Yazira! —gritó Sigurd Ojo de Serpiente señalándola.

En la bahía, frente al poderoso peñasco, se levantaban los ennegrecidos muros de la ciudad saqueada. El conde de barba negra aflojó el timón y siguió a Bjørn Costado de Hierro cuando se hubo aproximado más.

—¡Están reconstruyendo su templo! —bramó Costado de Hierro—. Podremos regresar más veces.

Parecía bastante claro que los moros estaban reconstruyendo la cúpula azul de la mezquita que había dominado la silueta de al-Yazira. El cuadrado del minarete se hallaba rodeado de andamios y lo estaban encalando de nuevo.

—El hermano Jarvis podría haberse ahorrado las molestias —dijo Bella, que se había acercado a mí.

Nos dirigimos una sonrisa cómplice. Contra las grandes religiones, los individuos luchan en vano.

—¿No estamos demasiado cerca de la costa? —preguntó Sigurd Ojo de Serpiente.

—Tonterías —respondió Costado de Hierro—. Hemos dejado atrás a los moros y pasaremos rápidamente.

En una amplia formación en uve, las naves largas se desplazaban por el estrecho hacia mar abierto. Al final del paso, la costa se quebraba bruscamente hacia el norte, pasando ante acantilados altos y escarpaduras

submarinas. Teníamos que permanecer cerca de la costa para mantener nuestra ventaja. Una peña plana y baja marcaba el lugar en el que debíamos virar hacia el norte.

—¿Son árboles eso que se eleva por encima del farallón? —preguntó Sigurd Ojo de Serpiente señalando la roca que sobresalía en el estrecho.

Miré en la misma dirección entrecerrando los ojos. Realmente parecía como si su cima estuviera cubierta de multitud de troncos rectos y desnudos.

—No son árboles —grité—. ¡Son mástiles!

Al mismo tiempo, la primera nave mora se deslizó hacia nosotros desde su refugio tras la peña. A su estela siguieron las demás.

No tenían fin.

## **SEXTA PARTE**

Otoño de 870

# 51

Había transcurrido ya mucho tiempo desde que dejamos atrás los despojos del naufragio. Flotábamos en medio de la nada. El cielo estaba cubierto. El mar, oscuro y agitado. Las dos superficies se diluían en una bruma grisácea que hacía difícil ver la línea donde se unían en el horizonte.

Sé que ya he escrito estas palabras antes. Acabo de hojear mis borradores y he hallado esta hoja de pergamino que en su día escribí. En aquella ocasión, mi idea era usar el texto cuando llegase a este momento de mi relato. Ahora se me antoja que sería más acertado emplearlo en un lugar ~ distinto. ¿En un prólogo quizá? Por el camino he ido haciendo otras anotaciones que incluiré en los sitios adecuados para así enlazar con el final los diferentes sucesos que tuvieron lugar durante la expedición de Bjørn Costado de Hierro al mar Mediterráneo, pues no fue hasta los últimos días cuando ocurrieron los asesinatos que después me pareció que habían invadido la campaña entera.

A pesar de dominar el arte de escribir desde mi juventud, en el monasterio de Creca, nunca lo había practicado tan concienzudamente como ahora. Me muevo a tientas por la oscuridad del texto no escrito, reescribo y añado, corrijo y cambio lo que ya he revelado. ¿O acaso cualquier cronista que a lo largo de la historia haya puesto la pluma sobre el pergamino no ha trabajado en realidad a ciegas, confiando únicamente en que el resultado fuese el mejor? El invierno en mi castillo es largo y, aunque el fuego crepita en la chimenea mientras estoy sentado envuelto en pieles y mantas, mis dedos tiemblan tanto

que apenas puedo sujetar la pluma. Sin embargo, mi decisión es inamovible. Continúo fiel a mi propósito de poner por escrito la historia de mi longeva vida antes de morir, así la posteridad podrá conocer la verdad acerca de los hechos que los escaldos desfiguran bastante a menudo cuando los vuelven a contar hasta tornarlos irreconocibles. Los numerosos muertos merecen ser recordados tal y como existieron.

Al releer mis propias notas sobre cómo aquella vez, en el año del Señor del 870, remábamos entre la bruma tras la batalla naval —rememorando la desesperanza a bordo de la solitaria nave larga en aguas enemigas, a Bjørn Costado de Hierro con su lejana e insondable mirada, la pesadumbre de Bella junto al cuerpo inconsciente de Sigurd Ojo de Serpiente sobre la bancada, la demencia de Halfdan Camisa Blanca remando, y la pregunta no proferida en los ojos juntos de Ylva—, surgen los interrogantes. ¿Qué habría pasado si Hastein no hubiese desafiado a su padrino junto a la hoguera de Isla Thor delante de los grandes señores y condes? ¿O si tras la escaramuza frente a la iglesia de Brissarthe no hubiera experimentado la embriaguez al oír las aclamaciones de los hombres? ¿Habría puesto en marcha Bjørn Costado de Hierro la expedición a Hispania, de la que llevaba hablando veinte años, si su pupilo no le hubiese provocado? ¿Y qué habría pasado si Costado de Hierro no hubiese permitido que su borrachera recayera sobre Ugglá Ugglason, ganándose así un enemigo que le presionó para que navegase mucho más al sur de lo que tenía previsto? ¿Nos habría llevado él hasta el interior del mar Mediterráneo? ¿Habríamos saqueado y quemado al-Yazira? ¿Alguna vez habríamos llegado a Italia?

Plantearse este tipo de consideraciones carece de sentido tanto como preguntarse lo que hubiera sido de mí en caso de no haber ido con ellos. ¿Tendría yo el poder que hoy día ostento sin el ejemplo de liderazgo de Bjørn Costado de Hierro? ¿Sería yo el hombre que soy sin las múltiples aventuras que siguieron a nuestra derrota?

¿Podría haber sido más feliz?

¿Me habría enamorado de la mujer más bella del reino de los francos, me habría ganado su respeto y su cariño? ¿Habría tenido con ella el niño y la niña que hoy me ven como un obstáculo para su propia felicidad? ¿O mi vida habría transcurrido de forma modesta y frugal, como campesino o artesano, sin

capacidad para elegir pero ahorrándome más de un disgusto?

Si son las nornas quienes con sus caprichos y ocurrencias han marcado el rumbo de mi vida, o si he sido bendecido por el Cristo Blanco, o si por el contrario mi singular destino se debe a la intervención de Alá a favor de nuestro enemigo en la batalla naval de aquel lejano día, no sabría decirlo. Pero a medida que los barcos moros iban saliendo del cabo dirigiéndose hacia nosotros, no cabía duda de que estábamos en apuros.

—Apenas cuarenta embarcaciones —dije.

—Nosotros contamos con más de ochenta naves excelentes —sonrió Sigurd Ojo de Serpiente seguro de sí mismo—. Tenemos a nuestro favor tanto el viento como la corriente. Pasaremos justo entre ellos.

Bella y yo no compartíamos su optimismo. La pesada carga de la flota y los múltiples heridos podían fácilmente rebajar nuestra ventaja. La mirada de Sigurd Ojo de Serpiente se topó con la de su esposa.

—Quédate cerca de la bancada, querida —dijo en sajón—. Yo te defenderé si los moros suben a bordo.

—Así que estoy a salvo —dijo ella secamente.

—Exacto —respondió él.

Frente a nosotros, la nave larga de Bjørn Costado de Hierro mantenía el rumbo hacia los moros. Mientras, su tripulación ataba los escudos a la borda, allí donde nunca iban cuando nos hallábamos en alta mar para no restar navegabilidad a los barcos. Como una cuña, pretendía meterse entre la formación enemiga para separarla.

—¿Qué dices tú, Hastein? —preguntó Sigurd Ojo de Serpiente hacia *Dos Sierpes*, que se adelantaba por babor—. ¿Ayudamos a Costado de Hierro a que los moros zozobren?

—Nos ocuparemos de esos necios por vosotros —bramó Hastein en respuesta—. Todos ellos llevan cotas de malla. Se ahogarán cuando los echemos por la borda.

En la proa de *Dos Sierpes* se veía a Thorvald Tallador con un puñado de guerreros preparados para el combate. La tripulación de Hastein estaba casi al completo y los hombres tenían gran confianza en sí mismos. La espuma envolvía la pendiente de la roda donde la doble cabeza del monstruo se retorció en actitud desafiante.

—¿Qué es ese tubo? —preguntó Bella, y lo señaló.

Delante de los pesados barcos de guerra moros navegaban dos embarcaciones más ligeras. De cada una de las proas de los barcos menores asomaba un tubo de bronce de la longitud de un hombre. Cuando un instante después Bjørn Costado de Hierro pasaba a un tiro de piedra de los barcos, comenzaron a salir leves chorros de un líquido semitransparente. El líquido, que resultó ser petróleo, prendió formando una franja horizontal de llamas anaranjadas.

Un bramido espontáneo se elevó entre la tripulación de Bjørn Costado de Hierro. Podíamos notar el calor a cien pasos de distancia en la nave larga de Sigurd Ojo de Serpiente. El fuego lamía el mascarón de proa de Costado de Hierro y la borda incendiando las sayas, el pelo y las barbas de los hombres. Con sonoros alaridos de pavor, algunos saltaron al mar mientras otros agitaban los brazos en torno a sí con las capas ardiendo. La confusión a bordo era absoluta.

Costado de Hierro dejó atrás los dos barcos incendiarios y continuó adentrándose entre la flota mora. Cuando los cascos chocaron crujiendo con gran estruendo, ya había pocos guerreros en la cubierta dispuestos a hacer frente al enemigo, pero Halfdan Camisa Blanca era uno de ellos. La blancura de su saya brilló a la luz del sol en el instante en que saltaba al abordaje de la nave mora más próxima, luchando a tajo limpio entre la tripulación.

*Dos Sierpes* recibió la siguiente salva de fuego, pero los hombres de Hastein ya conocían el modo en que atacaban los moros, así que, resueltos, buscaron protección detrás de los escudos y los laterales de la nave. A pesar de tener el casco en llamas y la vela humeando, *Dos Sierpes* logró pasar entre los barcos incendiarios de manera casi indemne; después se introdujo en medio de las demás embarcaciones. Con gritos de guerra, los moros saltaron el abismo entre las bordas mientras Hastein y su tripulación contraatacaban. Muchos de los asaltantes fueron empujados al agua. Ninguno de ellos salió a la superficie. Vi a Thorvald Tallador repartir tajos y golpes a diestra y siniestra, aunque enseguida desapareció de mi vista entre la multitud de la cubierta.

La nave larga de Sigurd Ojo de Serpiente entraba ahora en el área de alcance de los barcos incendiarios. El rugido de las llamas corrió desde la

proa hasta el centro del barco. La tripulación gritó saltando hacia atrás por encima de los bancos, yo hui con los demás a la parte posterior de la nave cuando una salva recorrió la bancada. El vestido de Bella se prendió. Su grito irrumpió en el alboroto como un rayo de luz en un cuarto oscuro. La agarré al vuelo y me la llevé conmigo por encima de la borda mientras el fuego me rozaba la nuca. Por un instante noté que se me chamuscaba el pelo y que la ropa humeaba, entonces las olas nos absorbieron. Los sonidos se atemperaron y disminuyeron, pero retomaron con nuevos bríos cuando los dos nos asomamos entre hombres que chillaban luchando por escapar.

Me topé con los ojos de Bella y seguí su mirada.

Sigurd Ojo de Serpiente embestía con el espolón a toda velocidad uno de los barcos incendiarios. Tras el encontronazo, el mástil de su nave se partió, con el crujido de un árbol al caer en el bosque. La vela se depositó como una manta ignífuga sobre las llamas de la parte delantera de la nave y la proa. El conde de la barba negra no vaciló, saltó por encima de los bancos y corrió por el mástil derribado para pasar al barco incendiario. Allí alzó el hacha de guerra sobre los tubos de la proa. Con cada corte saltaban chispas a su alrededor. Hastein brincó desde la bancada de *Dos Serpes* para ayudarle y se abrió camino a tajo limpio hasta el depósito de bronce, situado bajo el mástil, que contenía el petróleo. Ambos se sonrieron cuando Hastein la emprendió a golpes con las bombas. La tripulación mora no intentó detener a los dos hombres, sino que gritaron presas del pánico y saltaron por la borda. Sabían lo que iba a pasar a continuación.

Con un bramido sordo, el barco incendiario se transformó en una bola de fuego que ascendía hacia el cielo. Vimos hombres atravesar el aire y chorros de aceite ardiendo regar los barcos más próximos. El fuego corría por cubiertas y bancadas, se adhería a las maderas y prendía el lino de las velas. Los moros que llevaban las cotas de malla bajo las sayas verdes se lanzaron al agua, hundiéndose como piedras. Desprovista de mástil, la nave larga de Sigurd Ojo de Serpiente se deslizaba con tibieza por una poderosa piscina de llamas junto a los restos carbonizados del barco incendiario que había explotado.

La dotación de la flota vikinga bramó de júbilo por la proeza de Sigurd y Hastein. Alentada, avanzó hacia el enemigo, que se hallaba en situación

crítica, pasando entre las naves que ardían hasta las embarcaciones que se encontraban detrás. Los guerreros saltaron por las bordas cegados por la sed de venganza. Musulmanes y nórdicos luchaban gritando en un infierno de muerte, fuego y enajenación.

Flotando en la superficie del agua vi frente a mí la cabellera oscura de Thorvald Tallador.

—¡Ayúdame! —gritó.

Manoteaba con el brazo izquierdo para mantenerse a flote, pero algo en su otra mano le arrastraba hacia abajo.

—¿Estás herido?! —le grité aproximándome a nado.

Se agarró a mí como si yo fuera un trozo de madera flotante.

—Aquí hay una fortuna —gritó antes de que desapareciésemos.

Aferraba crispado el asa de su arcón. Juntos nos hundíamos por su peso en las profundidades del mar. Intenté gritarle que lo soltase, pero mis palabras se transformaron en burbujas y mi boca se llenó de agua salada. Thorvald entendió lo que quería decirle, se empecinó y se agarró con más fuerza a mi saya.

Empecé a golpearle el brazo. Sus músculos eran recios como la madera. Pataleábamos y nos retorcíamos. El mundo se tornaba más oscuro, las burbujas ascendían, el agua salada de mi boca penetraba en mi garganta. Sentía ese dolor de hielo y fuego bombeado a través de mi cuerpo. Como un destello me asaltó la imagen del torturador y el tullido de la fortaleza de al-Hamra. Me arranqué el cinturón y me quité la ropa. Thorvald continuó bajando, colgado del arcón igual que un muñeco sin voluntad. Mi saya ondeaba perezosa de su mano como la cola de un enorme pez.

Mi amigo Thorvald Tallador dejó que sus tesoros lo arrastrasen al fondo: Su mísera familia de Noruega no los disfrutaría jamás, pero él tenía de sobra para pagar su estancia en el *hall* de las profundidades donde habita Ran, la bruja del mar. No era ese un destino que yo envidiase, y todavía sigo pensando en las hermosas tallas con las que él habría enriquecido el mundo si no hubiera estado tan apegado a su plata.

El cinto con mis armas pendía de mi mano mientras yo ascendía hacia la superficie. Varios cascos de naves se deslizaban sobre mí. Armas, tesoros y hombres vestidos con cota se hundían a mi alrededor. Los sonidos atenuados

me llegaban a oleadas como latidos del corazón. Me dirigí hacia un par de piernas pálidas que pataleaban bajo un ondulante vestido oscuro de corte franco, y salí a la superficie.

—¿¿Dónde está Sigurd?! —chilló Bella.

No se había dado cuenta de mi ausencia.

—Ni idea. —Tosí expulsando agua salada en las olas—. Tenemos que irnos.

¡No sin el padre de mi hijo!

El mar continuaba ardiendo en torno a los restos de la nave de Sigurd Ojo de Serpiente. Bella se puso a nadar hacia allí, pero el costado de otra nave larga se deslizó entre ella y la embarcación naufragada. Unas manos extendidas la cogieron por su ropa. Me desgarré los dedos hasta sangrar en el costado embreado de la nave. Desde la bancada, una mano fuerte se adhirió férreamente a la mía en el último momento. Ylva me alzó a bordo del barco que Sigurd Ojo de Serpiente le había confiado para navegar con seguridad de vuelta a casa.

—¡Te he visto salvar a Bella! —gritó—. ¡Bien hecho!

Permanecí tumbado, vomitando agua salada entre los arcones de la cubierta desprovista de bancos. Los miembros de la tripulación colgaban de la borda para rescatar a todos los compañeros en apuros que podían. A mi alrededor, los hombres caían exhaustos y empapados sobre la cubierta. Continuamos a través de las llamas de la piscina de petróleo mientras los restos del naufragio golpeaban la nave. Los hombres que Ylva tenía bajo su mando se agacharon a causa del calor, pero cuando nos adentramos entre los barcos de guerra moros bramaron rencorosos blandiendo lanzas y espadas contra el enemigo. El contundente tintineo de las armas pobló el aire caliente y escaso de oxígeno. El mediodía apestaba a petróleo y a fuego.

De repente se produjo un extraño silencio. Se oía el chillido ronco de las gaviotas y el ruido de la lucha parecía más lejano. Me puse en pie, alzándome sobre rodillas y codos para mirar por la borda. Durante la confusión que siguió a la explosión, los barcos de guerra moros se habían desperdigado tanto que habíamos podido navegar libremente entre ellos hasta pasar al otro lado. Rápidamente Ylva comenzó a tirar de la caña del timón.

—¡Volvemos! —gritó.

El viento nos golpeó. Al virar en contra de él, la vela ondeó azarosamente. El botalón que permite navegar de bolina se soltó y barrió la cubierta. Los hombres se apartaron de un salto para evitar el pesado tronco, cuya función era mantener estable la parte baja de la vela. Las jarcias se quebraron con un ruido de trallas.

—¡Sujetad la vela! —bramó Ylva.

Sin el peso del botalón, la vela se irguió en el aire como una bandera. Las sogas resbalaron entre los cuadernales. Los hombres gritaron al tiempo que tiraban en sentido contrario, sin éxito. La pesada lona se soltó, ondeando al alejarse sobre las olas del estrecho.

—¡La vela! —bramó la tripulación a coro.

Un barco dañado se puede reparar. Una vela perdida es irremplazable.

—¡A partir de ahora remaremos! —vociferó Ylva.

Los hombres se apresuraron a quitar las protecciones de los agujeros para sacar por ellos los remos. Bella subió a la bancada y vino hacia nosotros. Estaba aturdida.

—¿Qué sabéis de mi marido? —dijo medio tartamuda por el pánico.

—Si damos media vuelta, señora, es para buscar al conde Sigurd. Aunque sería más prudente huir.

A nuestro alrededor vimos otras naves que habían pasado junto a los moros y estaban a salvo. Se dirigían al cabo de donde había salido el enemigo para huir hacia el norte.

Ylva me miró. Yo estaba de pie sobre la cubierta, medio desnudo y empapado.

—Ve a por la saya de lana de mi arcón.

La tripulación se puso a remar. No sirvió de mucho. Una de las caprichosas corrientes del angosto estrecho nos atrapó y nos acercó nuevamente a la batalla naval que continuaba de manera encarnizada. Pasamos a unos ciento cincuenta pasos, pero no pudimos aproximarnos más. Parecía como si mástiles y jarcias se hubiesen enredado unos con otros, atrapando a los combatientes en una lucha atroz a vida o muerte. Sobre las olas nos llegaban voces, gritos y ruido de armas. Mientras, el otro barco incendiario se transformó a su vez en una bola de fuego que, con un profundo retumbar, se elevó en el cielo. Velas ardiendo. Hombres gritando presas del pánico.

Muchos nos vieron al pasar. Nórdicos y moros saltaban al mar e intentaban nadar hacia nosotros. La corriente les era propicia. Solo aquellos que no llevaban cota de malla lograban alcanzarnos.

Animamos a nuestros compañeros mientras se acercaban chapoteando, exhaustos y medio ahogados. Alzamos por encima de la borda un gran número de hombres maltrechos y empapados.

—¿Habéis visto a Hastein? —les preguntaba.

Los que tenían fuerza para ello, negaban con la cabeza.

—¿Y a Bjørn Costado de Hierro? ¿O a Sigurd Ojo de Serpiente? —les interrogaba Ylva desde la bancada.

Siempre la misma respuesta.

Bella escudriñaba absorta la enorme maraña de barcos arracimados en mitad del estrecho al tiempo que cabalgábamos sobre la corriente de vuelta al mar Interior.

—¡En cuanto atravesemos el estrecho damos media vuelta! —gritó Ylva.

Bella se agarró el vientre.

—¿Qué te ocurre?

Ella metió una mano bajo el vestido empapado y, al verlos dedos manchados de sangre, tuvo que apoyarse en la borda. Ylva soltó la caña del timón para ayudarla a sentarse.

La tripulación abandonó lentamente sus ocupaciones. En silencio miraban boquiabiertos a las dos mujeres acurrucadas frente a la bancada. Aparte del burbujeo de las olas y el estruendo lejano del combate, solo se oían los sollozos de Bella.

—Parece que la esposa de Sigurd Ojo de Serpiente ha enviudado —cuchicheó una voz sobre mi hombro—. Y por si fuera poco ya no está preñada. Su mano va a estar muy solicitada.

No se contaba entre las virtudes del Lindo Dagfinn hablar con tacto, pero siempre se mantenía alerta para saber lo que se cocía entre los condes y grandes señores. Tras el escarnio público por parte de Hastein en la Laguna de Thor, yo no esperaba que nadie quisiera llevar a bordo al hermoso joven; sin embargo, hacían falta muchos mozos y supo infiltrarse para embarcar de nuevo. También él estaba empapado, aunque ileso y con la ropa limpia. Probablemente no había alzado la espada ni una sola vez antes de abandonar a

sus nuevos compañeros de navegación para nadar hacia nosotros.

—Como hermano de Bella, tú también tienes algo que decir acerca de con quién se casará. —Me dedicó una sonrisa destinada a encandilarme—. Nadie verá con malos ojos que quieras favorecer a un viejo amigo.

—¿Cómo puedes pensar en eso justo ahora?

Lejos de amilanarse, Dagfinn mostró asombro en el semblante mientras se peinaba el dorado cabello hacia atrás, de forma que cayeron gotas de agua salada a su alrededor.

—Si Bella ya no espera el hijo de otro, ningún hombre que se precie va a contenerse. ¿Por qué iba a hacerlo yo?

—Por desgracia tiene razón. —Ylva dirigió a Dagfinn una mirada de indignación—. Durante dos años, las tripulaciones han estado contemplando a la costilla de Sigurd. Tu amigo es más tonto e indiscreto que la mayoría, pero todos piensan lo mismo.

El Lindo Dagfinn se sonrojó. Sin embargo, no se atrevió a decir nada a la espalduda escudera que le sacaba media cabeza.

—¿Ya me habéis casado? —preguntó Bella, que seguía acurrucada junto al costado de la nave. En su voz se percibía llanto y enojo a partes iguales. El Lindo Dagfinn, que no entendía el sajón, me miró como si esperase que yo tradujera.

—Sin el conde Sigurd, muchos obrarán como les plazca —dijo Ylva—. Pero propongo regresar a la batalla naval y buscarlo.

—Ya que hablamos de la batalla... —dije señalando el mar.

El poderoso peñasco sobre la bahía de al-Yazira dominaba una vez más nuestro campo de visión. A sus pies se veía una multitud de velas blancas. Se trataba de la flota que al comienzo de la mañana Bjørn Costado de Hierro no hizo más que despreciar. Había izado las velas y acudía en auxilio del resto de los moros.

—No podemos dejar a nuestros amigos en la estacada —bufó Ylva.

—No tenemos otra opción —sonrió Dagfinn—. Quizá se trate de toda la flota de al-Turtusha. Cuarenta barcos o más. No podemos combatir contra ellos.

—Tenemos que intentarlo —gruñó Ylva—. Cualquier otra cosa sería de poca hombría.

—Pero en esta nave el capitán no es un hombre.

Un guerrero se había colocado sobre la cubierta de paso con las piernas separadas y una mirada desafiante. Tenía la coronilla calva como una bola. Su larga barba rubia le llegaba hasta la mitad del pecho. Goteaba agua salada. También él había subido a bordo mientras retrocedíamos a través del estrecho.

—¿Y quién eres tú?

Dispuesta a luchar, Ylva miraba de hito en hito al recién llegado, que tenía los brazos cruzados a modo de réplica de la postura predilecta de Bjørn Costado de Hierro.

—Mi nombre es Hjalmar Hijo de Asmund. —Sonriendo, se llevó una mano a la coronilla para hacer una puntualización—. Me llaman Hjalmar Melenudo.

El apodo de un hombre tiene que ver con su oficio o con su físico, pero también puede ser un comentario irónico de su aspecto. En lo que se refiere a Hjalmar Melenudo, se trataba de eso último.

—Soy conde y procedo de Møre, en Noruega. —Asintió en dirección a un grupo de guerreros empapados—. Me acompañan a bordo veinte excelentes hombres de mi tripulación. Y te puedo decir ahora mismo que ninguno de ellos está dispuesto a recibir órdenes de una mujer.

Hjalmar Melenudo, que debía de rondar los cuarenta años y estaba curtido por el sol y la intemperie, se presentó con la arrogancia propia de un conde. Emanaba dignidad y autoridad. Estaba acostumbrado a tratar con hombres. En ese momento le disputaba el mando a Ylva.

—Yo misma he sido condesa en Møre —respondió con tranquilidad la escudera— y cuento con serlo de nuevo a mi regreso. Soy hija de una hija de Ragnar Calzas Peludas, y es su hijo Sigurd Ojo de Serpiente quien me ha otorgado el mando de esta nave.

—Ese Ojo de Serpiente pertenece al pasado. A mí las frágiles féminas no me sirven de nada al timón, sino junto al barreño de lavar...

Hjalmar Melenudo no llegó a decir más porque Ylva salió disparada y lo agarró de su larga barba. Con el mismo movimiento le obligó a postrarse y le puso una rodilla sobre la caja torácica.

—También sirvo para cortarte el vello de la cara —le amenazó con el puñal bajo su garganta—, pero como soy frágil podría fácilmente llegar a

marcarte el cuello.

Los veinte excelentes hombres del conde de Møre echaron mano a sus espadas. Una mirada de los ojos juntos de la escudera les conminó a detenerse.

—Es una pena que tus hombres y tú no estéis contentos con el modo en que las cosas funcionan en mi nave. De manera que si os arrepentís de haber subido a mi embarcación, tenéis licencia para buscar suerte al otro lado de la borda.

Hjalmar Melenudo se puso en pie abochornado. Se hallaba demasiado furioso como para pronunciarse, y fue otro quien tomó la palabra.

—Sigurd Ojo de Serpiente te confió la nave larga con la condición de que la condujeses sana y salva a casa —indicó el Lindo Dagfinn—, pero si el conde Sigurd ha muerto, tanto la nave como su carga pertenecen a su viuda. Eso no lo puedes negar.

—No me cabe duda —gruñó Ylva— de que la señora condesa coincide con su marido en quién debe ir al mando.

—Es posible, pero tantos bienes no pueden quedar en manos de una mujer. Se tiene que casar, así la nave irá con ella.

Todos los hombres a bordo le dieron la razón. El nuevo marido de Bella, fuese quien fuese, sería el nuevo propietario de la nave larga. El Lindo Dagfinn sonrió lleno de expectativas. Creía que su aspecto le daría ventaja en este asunto.

—Resulta muy halagador que mis pretendientes se personen incluso antes de que la muerte de mi esposo sea un hecho cierto —dijo Bella en la lengua de los nórdicos al tiempo que mostraba las palmas de las manos—. No obstante, podríamos aplazar la discusión hasta que no tenga la sangre de su hijo muerto en mis manos.

Asustados, los hombres apretaron los nudillos en torno a sus amuletos del cuello. No hay hechicería más poderosa que la sangre de un feto muerto, así que no tenía sentido acercarse demasiado a ella.

—Acabas de dejar de hablar solo en sajón —constaté.

—Resultará poco práctico a la larga. Si por lo demás todos estamos de acuerdo, creo que lo más inteligente sería que nos alejásemos de aquí.

Bella movió la cabeza hacia atrás en dirección al estrecho, donde cinco

barcos habían abandonado la formación mora para poner rumbo hacia nosotros. Nos quedamos petrificados mirando cómo se aproximaban. A bordo de uno de ellos, los profundos golpes acompasados de un tambor marcaban el ritmo de los remeros, que se esforzaban con ahínco por alcanzarnos.

—¡A los remos! —bramó Ylva.

—No nos queda más remedio —dijo Hjalmar Melenudo— puesto que se ha perdido la vela.

El comentario no iba dirigido únicamente a criticar el modo en que la escudera guiaba la nave, sino que además manifestaba que el asunto no había quedado zanjado. Mientras se sentaban a los remos, el Lindo Dagfinn y Hjalmar Melenudo asintieron el uno al otro en un acuerdo tácito. Los veinte excelentes hombres que acompañaban al conde calvo de Møre se situaron en un anillo defensor en torno a los dos. Todos ellos iban armados con sax y espada.

—¿En cuántos de los que hay a bordo podemos confiar? —susurré a Ylva.

Con los guerreros que habían nadado hasta nosotros en el estrecho, debíamos de ser más de sesenta, casi el doble de lo habitual.

—La tripulación originaria son hombres de Sigurd Ojo de Serpiente —respondió Ylva al tiempo que agarraba una lanza y comenzaba a golpear al compás sobre la cubierta, a modo de eco del tambor de los moros—. ¿Y si el conde Sigurd ha muerto?

—Pinta mal, pues todavía no hemos oído la última palabra de Hjalmar Melenudo.

Ylva observaba a su nuevo enemigo, que hablaba con el Lindo Dagfinn al remo.

—¿Ese puto calvo ha creado problemas anteriormente? No había reparado hasta ahora en él.

En una expedición que al principio sumaba dos mil cuatrocientos integrantes, nadie podía conocerlos a todos.

—Estoy seguro de haberlo visto antes —dije—. Ha tenido que sentarse junto a la hoguera de los grandes señores.

—A lo mejor podéis esperar a discutir el asunto —nos interrumpió Bella— cuando nos encontremos a mayor distancia del verdadero enemigo.

Los cinco barcos de guerra moros nos estaban alcanzando. Ylva descendió

de un salto junto a los hombres para hacer que remaran más deprisa. Bramó en las caras del Lindo Dagfinn y Hjalmar Melenudo que aquellos que no quisieran remar iban a nadar.

—¿Por qué va contra ti el tipo de cabellos dorados? —me preguntó Bella cuando la escudera estuvo lo bastante lejos para no oírnos—. ¿Por qué apoya al calvo? ¿No era uno de tus amigos?

No debía de haber muchas mujeres capaces de mostrar tal sangre fría solo instantes después de perder un hijo. El respeto que sentía por la clarividencia de mi hermanastra era cada vez mayor.

—El Lindo Dagfinn es por encima de todo amigo de sí mismo —dije—. Es de los que se arriman a un señor poderoso para convertirse en su hombre de confianza. Hastein ha desaparecido, así que se ha buscado un nuevo líder.

Corregí el rumbo. La caña del timón parecía más pesada y respondía con mayor lentitud que la de *Dos Sierpes*. No me paré a pensar en ello.

—Por desgracia, ese cabroncete tiene razón. —A pesar de su aparente calma, la voz de Bella temblaba cuando prosiguió—: No cesarán las rencillas hasta que encuentre un nuevo marido.

Ylva regresó a la bancada golpeando acompasadamente la cubierta con el asta de la lanza.

—Vaya un par de caras largas. Levantad el ánimo. Nos estamos alejando de los moros.

—Pero ¿qué pasará una vez que estemos solos en el mar Interior? —pregunté—. ¿Sin compañeros, rodeados de enemigos y con un montón de hombres a bordo deseosos de casarse?

—Cada cosa a su tiempo. —La escudera recuperó la caña del timón y la movió de un lado a otro, extrañada—. ¿Qué ocurre con el timón?

Se asomó por el costado de la nave y soltó una exclamación de sorpresa. Lo mismo hicimos Bella y yo.

Pocos centímetros por encima de la línea de flotación se veían los nudillos de una mano aferrada convulsivamente al cabo de la caña del timón. Un segundo después, tras ella apareció un pálido rostro bien afeitado.

—Ya era hora —bufó Halfdan Camisa Blanca con una voz casi fina.

Bella empezó a llorar aliviada. No se alegraba solo de volver a ver a su amante. La mano izquierda de Halfdan Camisa Blanca sujetaba firmemente a

otros dos hombres por el cuello de las sayas. Bjørn Costado de Hierro perneaba en la estela de la nave intentando mantener la cabeza por encima del agua. Sigurd Ojo de Serpiente flotaba laxo al costado de su hermanastro mayor.

El cadáver yacía en posición fetal. Al principio creí que el hombre dormía, pero al zarandearlo descubrí que se hallaba tieso por el *rigor mortis*. Cuando vi de quién se trataba, el mundo se detuvo en torno a mí. Los sonidos se atenuaron. Mi respiración sonaba inusualmente fuerte en mis oídos. Sentí que me iba a desmayar y tuve que apoyarme en un arcón.

El día anterior, Ylva había subido a los tres hijos de Lodbrog a bordo, pero no hubo tiempo de oír de qué forma alcanzaron la nave o la razón por la que Sigurd Ojo de Serpiente no podía despertar de su inconsciencia a pesar de que parecía haber salido de la explosión del barco incendiario sin un rasguño.

Las embarcaciones moras no aflojaron en su persecución. Al comienzo nos distanciamos de ellos porque éramos dos o tres hombres por remo; sin embargo, bajo ese sol despiadado resultó imposible sostener un ritmo tan fuerte. Pronto desapareció el continente de nuestra vista a ambos lados. A diferencia de nosotros, los moros conservaban aún la vela. Eso nos obligó a navegar contra el viento.

Sobre la bancada, Bjørn Costado de Hierro se repuso físicamente con rapidez, pero se le veía apático y callado. Con una mirada vacía de sus ojos gris pálido, se pasaba una y otra vez la mano por la barba, fijando la vista atrás, hacia la derrota y el enemigo, como si no comprendiese qué había

fallado.

Halfdan Camisa blanca declaró con Convulsiones en el semblante rasurado que se hallaba en condiciones de remar con nosotros. A nadie le apetecía manejar el mismo remo que él, y quizá por tal motivo en lugar de ello Ylva permitió que remásemos cada uno dos horas para ceder luego el puesto a un compañero que hubiese descansado.

Bella se sentaba junto a su marido, que yacía tendido sobre la cubierta de la bancada. Con la cabeza de Sigurd Ojo de Serpiente en el regazo, las manos rodeaban su cara acariciándole en silencio el cabello negro.

Hjalmar Melenudo y el Lindo Dagfinn parecían haber aceptado la situación tan confusa en la que el estado de Sigurd Ojo de Serpiente nos había dejado a todos. Dado que estaba vivo, nadie podía exigir ni la mano de su esposa ni el mando de la nave, pero mientras estuviese inconsciente nada les impedía seguir albergando esperanzas.

No fue hasta muy entrada la tarde cuando nos deslizamos al amparo de un banco de niebla. El tambor de los moros se alejaba hasta que al fin enmudeció por completo. Nos sentábamos muy juntos sobre los arcones. Cuando miré alrededor desde el sitio en el que remaba, ninguna otra mirada se topó con la mía. El intenso olor a sudor y la peste acre de la ropa mojada se cernía sobre nosotros. Nos había abandonado la esperanza de sobrevivir a la catástrofe que había sufrido la expedición. Aunque nos esforzábamos, la resignación se dibujaba nítidamente en nuestros rostros ensimismados. Solo el rechinar de los remos en los gastados agujeros de la borda se escuchaba por encima de la eterna canción de viento y olas.

Los hombres que no se sentaban a los remos se tumbaban a descansar allí donde encontraban un sitio: sobre la cubierta de paso, pegados al costado de la nave, entre los arcones... Mientras la niebla se oscurecía en torno a nosotros, seguimos remando. Las espaldas dobladas se movían adelante y atrás a un ritmo repetido sin fin. Una única vez, cuando descansaba en mitad de la noche, percibí medio dormido una agitación en el centro del barco, pero cesó y volví a caer en un pesado sueño. Aun en el caso de que hubiera comprendido lo que estaba sucediendo, no podría haberlo impedido.

Cuando amaneció, el día era gris. Resultaba imposible determinar dónde se hallaba el sol. Los puntos cardinales se desdibujaban en una difusa luz

tenue. No se veía ningún otro barco.

Solo sabíamos que continuábamos en el mar Interior, por el momento invisibles, pero rodeados por todos lados de enemigos y en la más completa soledad.

Muy entrada la mañana, Ylva dijo que cada hombre podía tomar una medida de agua del tonel situado en la mitad del barco. Fue entonces, al levantarse todos, cuando descubrieron al muerto. Algunos lo zarandearon, gritando que ahí había uno que no quería despertarse, y que si no podría Bella soltar un momento a su marido y sentarse a horcajadas sobre el pobrecillo para ver si así tenía algo por lo que levantarse. Hubo sonrisas y carcajadas. Pronto cesaron. Los hombres se arremolinaron alrededor del cadáver de Uggla Ugglasson.

Ylva percibió el cambio en el ambiente y abandonó la caña del timón para ver qué sucedía. Pude ver en su mirada que ella también había reconocido el feo careto desfigurado con los raigones bajo el torcido labio superior.

Al preguntarme quién era él, levanté la vista y comprendí que quería evitar el pánico a bordo. Mientras yo respondía que el muerto tenía que ser uno de los que rescatamos de las olas el día anterior, a nuestras espaldas crujió la cubierta y los hombres se hicieron a un lado. Bjørn Costado de Hierro se había levantado de la bancada y ahora estaba en pie parpadeando. Su rostro de barba gris permanecía vacío mientras intentaba comprender la inesperada situación.

—¿Alguien a bordo reconoce a este hombre? —bramó entonces sin que nadie se pronunciara.

—Se lo podemos ofrecer a Njord para que favorezca nuestra travesía.

Sigue siendo un enigma para mí que yo no reconociese de inmediato la voz de Ravn Hijo de Bue. Habló precisamente con la esperanza de que yo comprendiera lo que sucedía a bordo en realidad. Por desgracia, todavía me encontraba demasiado estupefacto como para fijarme en él, y a continuación Halfdan Camisa Blanca objetó que no podíamos ofrecer a un hombre que de antemano estaba muerto.

Cuando Ylva respondió que el dios del mar seguro que admitiría la ofrenda si obtenía además el arma, yo debería haber desconfiado al ver la espada que colgaba del costado de Uggla Ugglasson; era exactamente igual que

Aguileña. Sin embargo, tampoco llegué a captar esa evidencia, pues la discusión derivó en si se podía ofrecer el cadáver al dios de los moros. Vi en sus miradas asustadizas que varios habían reconocido al muerto.

—Si me oyes, Njord, entonces acepta nuestra víctima sangrienta —zanjó por fin el asunto Bjørn Costado de Hierro levantando el encogido cadáver sobre la cabeza—. Y si estás escuchando tú también, dios de los moros, toma si quieres tu parte. No me voy a inmiscuir en cómo dirimáis el asunto entre vosotros.

Uggla Ugglason alcanzó las olas con un sonoro chapuzón y desapareció en las profundidades. Ylva y yo miramos las anchas espaldas de Costado de Hierro mientras atravesaba con fuertes pisotones la cubierta de paso de la nave para sentarse de nuevo sobre la bancada. Si había empezado a quitarles la vida a los tripulantes, no nos apetecía saber dónde estaría el límite.

Solo en ese instante reconocí a Ravn Hijo de Bue. No por su voz, sino al ver un destello de los huesecillos de la barba trenzada antes de que él los embutiese en el cuello de la capa. Hjalmar Melenudo le siguió hacia la parte delantera del barco con una mano firme rodeando su hombro. Los dos se unieron al resto de los excelentes hombres del conde calvo de Møre.

Me quedé petrificado junto a la borda.

¿Cómo podía Ravn Hijo de Bue hallarse en el mar Interior cuando debería estar festejando su victoria sobre los moros en Oporto como varego del ejército de Vímara Peres? ¿Se escondía de mí? ¿Fue él quien mató a su antiguo amigo? ¿Se le habría ocurrido a algún otro trenzar huesos en su barba?

Todo me parecía posible e imposible al mismo tiempo, aunque naturalmente había una explicación. Solo que todavía no era capaz de encontrarla. En lugar de ello miré fijamente hacia la parte delantera del barco y percibí un cambio con respecto al día anterior. Los hombres que habían sido rescatados a bordo se sentaban de distinta forma. Me llevó un rato comprender lo que sucedía.

Durante los cambios de guardia que se sucedieron a lo largo de la noche, Hjalmar Melenudo y sus veinte excelentes hombres debieron de organizarse para sustituir a los ocupantes de la proa originarios. Uno tras otro se habían sentado en los primeros puestos a los remos, de modo que ahora dominaban la parte delantera del barco, de igual manera que Ylva conservaba la bancada

con el timón. Entre ambas fuerzas de poder se sentaba la tripulación originaria, comprimida con los numerosos hombres que habían sido rescatados de las olas durante la batalla.

El Lindo Dagfinn estaba sentado al lado de Hjalmar Melenudo y le explicaba algo con una expresión crispada en su bello rostro. Yo no tenía dudas acerca de cuál era el tema. Al echar un vistazo a la nave me convencí de que la mitad de los tripulantes ya estaban chismorreando sobre la inesperada aparición del cadáver de Uggla Ugglasson. No pasaría mucho tiempo antes de que el resto supiera también de las circunstancias sobrenaturales que habían rodeado la muerte del conde sueco.

Mientras Hjalmar Melenudo escuchaba al Lindo Dagfinn, sus duros ojos garzos se toparon con los míos. Sonrió y se puso a evaluarme en la misma medida que yo a él. Cada uno sacamos nuestras propias conclusiones. La mía fue que pretendía aprovechar la muerte de Uggla Ugglasson para asumir el poder de la nave. De qué modo lo intentaría aún estaba por ver. Entretanto, había muchas otras cosas que deseaba aclarar.

Me volví hacia Bjørn Costado de Hierro, sentado sobre el borde de la bancada con una mirada lejana en sus ojos grisáceos. Me armé de valor y fui con tiento hacia él.

—¿Viste lo que le sucedió a Hastein en el barco incendiario? —pregunté—. Tú te encontrabas más cerca que yo.

El gigante de la barba gris se percató de mi presencia, pero se quedó largo rato en silencio, al compás de los movimientos de la nave.

—Hastein desapareció entre las llamas —respondió al fin.

—Si saltó por la borda a tiempo, puede haber sobrevivido.

—En ese caso, el cachorro tendría que haber nadado bajo el mar en llamas. Cien pasos o más. Nunca pudo mantener la boca cerrada tanto rato.

Bjørn Costado de Hierro prefería creer que su pupilo había caído con el arma en la mano, así las valquirias podrían reconocerlo como guerrero y llevárselo al Valhalla para que formara parte del ejército de Odín en lugar de terminar con Ran bajo el mar.

—*Nosotros* nos libramos —argumenté—. Así que él también pudo hacerlo.

—Hastein es más joven que yo y lucha mejor que tú, Rolf Lenguaraz. Será

útil entre los *Einherjer* de Asgård. Nosotros no le servimos de nada a Odín.

—Tú eres un gran guerrero. También irás al reino de los dioses cuando el combate de tu vida haya pasado. Si Hastein está allí, te lo volverás a encontrar.

Costado de Hierro sacudió lentamente la cabeza.

—No seré capaz de pelear durante todo el día, morir y renacer al caer la tarde solo para seguir peleando al día siguiente. Prefiero ir a los infiernos cuando llegue mi hora.

La idea era absurda. A nadie le tentaban los fríos dominios del Reino de la Muerte.

—Cambiarás de opinión el día que te sientes a la mesa de Odín —dije—. Cuando bebas de la ubre de Heidrun y comas la grasienta carne de Sserimner.

Todos sabían que los dos animales mágicos —la cabra de cuya ubre fluye el hidromiel y el cebón al que le crece el tocino nada más cortarlo— se hallaban en la sala del Valhalla, y que todo el mundo podía gozar libremente de sus obsequios. Sin embargo, Bjørn Costado de Hierro no estaba convencido.

—Marchamos al reino de Odín tal y como somos en el momento de morir. Soy viejo, me pesa el cuerpo y estoy cansado. ¿De qué sirven el hidromiel y la carne de cerdo contra las maldiciones de la edad? Me he dado cuenta de que ellas tan solo las agravan.

Era cierto que constituía una ventaja ir al Valhalla de joven. Ningún verdadero adorador de los Ases tenía nada en contra de morir a temprana edad siempre que ello sucediera en combate y con el arma en la mano.

—Es curioso —prosiguió Costado de Hierro melancólico—. Cuando partisteis hacia Roma tuve una corazonada. Temí no volver a ver a Hastein. Sin embargo, esperé de todas formas. Y me alegro de ello. Porque eso significa que he logrado verlo una vez más, aunque solo se tratara de una breve moratoria.

Se quedó un momento meciéndose con las olas antes de proseguir:

—Aún recuerdo el día en que lo vi por primera vez. Mis hombres y yo saqueábamos una pequeña aldea franca. No hubo supervivientes. Tampoco demasiados bienes, por cierto. Pero en una de las chozas hallé al niño. No podía tener más de tres años. Pequeño y delgaducho. Pringoso. No obstante,

había alegría en él, por así decirlo. Intenté auparlo y me mordió en el dedo. Me hizo una marca. Hace ahora quince años de eso.

Emitió una risa profunda y volvió a sacudir la cabeza.

—Le permití vivir. «El chaval podría convertirse en siervo», pensé. Pero demostró ser un niño despierto. Aprendió rápido a usar una espada. Era valiente y alegre a pesar de su desgracia.

—¿Hastein es franco? —pregunté incrédulo.

Björn Costado de Hierro se volvió hacia mí.

—¿Qué tiene eso que ver? Yo lo eduqué. Ahora es uno de nosotros. He tenido incontables mujeres. ¡Incontables te digo! Pero si llegaban a quedarse preñadas, perdían el niño. —Miró de reajo a Bella, que estaba sentada con la cabeza de Sigurd Ojo de Serpiente en el regazo, a una distancia que no podía oír—. Creo que Odín nos impide procrear a los hijos de Calzas Peludas. No le interesa que la estirpe de mi padre se prolongue y rivalice con él. Esa es nuestra maldición.

Björn Costado de Hierro se imaginaba que el rey de los dioses temía a sus descendientes y los de sus hermanos, lo que atestiguaba cierta dosis de megalomanía. Quizá una inevitable consecuencia de haber conseguido tanto poder y renombre.

—Pero Hastein no era de mi sangre —prosiguió—, por eso confiaba en que Odín me permitiese conservarlo. Ahora, en lugar de ello, ha sido merecedor de sentarse a la mesa del Padre de Todos. Es lo que me consolará en los infiernos.

Se atusó la barba gris entregado a su melancolía. Aproveché esa rara confianza entre los dos para hacerle la pregunta que todo el tiempo había acudido a mi boca, con la esperanza de que me pudiera dar una respuesta que me aclarase las ideas.

—¿Cómo es posible que Uggla Ugglasson subiera a bordo?

Se irguió con una mirada intensa, como si se tratase de algo obvio.

—El conde sueco me persigue. En mis pensamientos. En mis sueños. No quiere dejarme en paz. Lo he visto muchas veces desde que los moros lo apresaron. Anoche también vino a mi vera. Se reía afirmando que pronto nos volveríamos a ver. Ahora entiendo lo que quería decir.

—El cadáver de Uggla Ugglasson no era ningún sueño —objeté—. Ambos

lo hemos tocado.

—Sí, estuvimos cerca de él. —Observó sus manos como si estuvieran cubiertas de restos—. Pero ya se ha ido. Igual que Hastein. Igual que papá. Igual que todos los que significaban algo para mí.

Miré por encima del hombro a Ylva en el timón. Me hizo señas para que me acercase.

—Tras la batalla naval no es el mismo de antes —susurró contemplando al gigante de la barba gris en el borde de la bancada.

—Tienes razón.

Debería haberle mencionado que había visto a Ravn Hijo de Bue entre los hombres de Hjalmar Melenudo. Pero, en primer lugar, seguía sin estar seguro, y en segundo lugar, contárselo a la escudera me obligaría a explicarle a Bella por qué razón Hijo de Bue no yacía en su tumba de la cueva al norte de Oporto.

Decidí investigar el asunto por mi cuenta. No debería haberlo hecho.

Por culpa de mis dudas, Ravn Hijo de Bue se convirtió en la siguiente víctima del asesino.

Poco tiempo después de mi conversación con Bjørn Costado de Hierro se nos reveló la manera en que Hjalmar Melenudo pensaba aprovechar la muerte de Uggla Ugglasson para hacerse con el mando de la nave.

Sin armar ruido, el conde calvo de Møre empezó a recordarle a la tripulación la falta de escrúpulos de Costado de Hierro al dejar al conde sueco en manos de los moros. Les describió detalladamente cómo el mísero de Uggla Ugglasson fue torturado y muerto por el despiadado enemigo, señalando a continuación que su fantasma había regresado con el fin de vengar esa traición.

Suena estúpido, pero pocos hay tan supersticiosos como los piratas en alta mar. El peligro real acecha por todas partes, por eso lo ficticio parece cobrar mayor veracidad. Los hombres escuchaban aquellas historias mientras con el miedo en los ojos crispaban las manos callosas alrededor de los amuletos de Odín o los martillos de Thor para protegerse del mal.

—Nadie sabe si el conde Sigurd despertará algún día. —Hjalmar Melenudo señalaba el cuerpo inanimado del conde de la barba negra sobre la bancada—. Por eso debéis pensar quién preferís que vaya al timón: una escudera, una *mujer*, que apoya a un hombre acosado sin descanso, o un conde de Møre con las manos limpias.

Prescindía de su escolta y se deslizaba a través de la cubierta de forma tan discreta que cuando me quise dar cuenta había esparcido su veneno por la

mitad del barco y ya alcanzaba las filas de remeros más próximas a la bancada.

—Hjalmar Melenudo está enredando a la tripulación —le dije a Ylva, que se hallaba de pie con una mano en la caña del timón.

—Ya lo he visto —respondió.

—¿Qué podemos hacer?

Suspiró y sopesó las ventajas y los inconvenientes de acelerar una confrontación que de todos modos parecía inevitable.

—Toma el timón —dijo finalmente; abandonó la bancada y atravesó a grandes zancadas la cubierta de paso para plantarse frente a Hjalmar Melenudo.

—Conde de Møre, harías mejor permaneciendo en la parte delantera del barco donde tu gente y tú habéis establecido vuestro refugio —dijo, pues también ella era consciente del cambio de fuerzas en la proa.

—Bueno, somos hombres libres que pueden ir a donde quieran. —Hjalmar Melenudo la miró sonriente.

—No cuando sois necesarios a los remos.

—Tengo descanso.

—Por poco tiempo. Largo.

Los dos acaparaban ya la atención de todos los que nos encontrábamos a bordo. Los hombres esperaban, aguantando la respiración, a escuchar la respuesta de Hjalmar Melenudo. Incluso Bella levantó la vista de su marido inconsciente.

—Una mujer que estaría mejor pariendo niños en lugar de jugando con un timón no tiene que meterse en lo que yo haga. Claro que tú eres demasiado fea como para que a alguien le apetezca montarte.

Lo más sensato habría sido que Hjalmar Melenudo no hubiese provocado de nuevo a Ylva, pero él insistía en menospreciarla. No era fácil sacar de quicio a la escudera; sin embargo, en ese instante sus ojos juntos echaban chispas a causa de una furia incontenible. Antes de que alguien pudiese detenerla, le dio un fuerte puñetazo en la nariz a Hjalmar Melenudo que hizo que le crujiera el cartílago.

En la proa, sus veinte excelentes hombres se pusieron en pie de un salto. Me percaté de que los doce de mayor edad —todos ellos rondaban los

cuarenta— fueron los que enseguida acudieron a auxiliar a su conde, mientras que los más jóvenes demostraban menos entusiasmo. En cualquier caso eran veinte contra una, pues ningún otro guerrero hizo amago de inmiscuirse en la pelea.

—Nos necesitan en el centro del barco —le dije a Halfdan Camisa Blanca, el único que seguía remando—. ¡Ahora!

Gruñó como un predador al que hubieran obligado a salir de su madriguera. Cogí la lanza de Ylva, que se había dejado olvidada en la bancada, y arrastré a Halfdan Camisa Blanca entre la aglomeración de la cubierta de paso. Todos se apartaron para dejarnos pasar.

—Mal parado saldrá aquel que se rebele contra quien guía nuestra nave y su conde —grité amenazando con la punta de la lanza.

Los hombres de Hjalmar Melenudo se detuvieron, aunque no fue el arma ni mis solemnes palabras las que los asustaron, sino ver a Halfdan Camisa Blanca detrás de mí. Durante el tenso silencio tuve la oportunidad, por vez primera, de observar a los veinte guerreros de cerca. Los de mayor edad estaban quemados por el sol y curtidos como cuero viejo bajo la barba salpicada de gris, mientras que los jóvenes presentaban un aspecto más pálido y menos maltratado por la intemperie. Formaban una mezcla heterogénea con el menor de apenas quince años, aunque mi mirada se desplazaba rápidamente sobre ellos. Yo buscaba un hombre en concreto.

—Bjørn Costado de Hierro tomará un rehén para asegurarse la colaboración de Hjalmar Melenudo —declaré, aunque Costado de Hierro permanecía sentado en la bancada.

Yo no tenía autoridad alguna para negociar en mi propio nombre, y mientras el dueño de la nave siguiera inconsciente, su hermanastro mayor era la máxima autoridad a bordo. Señalé al hombre de los huesos en la barba trenzada.

—A ver, tú, ven. Los demás, retiraos. Largo.

—¿De qué va a servir un rehén? —susurró Ylva, que había vuelto a ser ella misma—. Hjalmar lo sacrificará de buen grado.

—Desde luego, si tuviese ocasión de hacerlo.

El hombre que yo había señalado se aproximó vacilante. Ahora estaba seguro de que se trataba de Ravn Hijo de Bue, a pesar de que llevaba la

capucha bien calada sobre la frente y la barba trenzada oculta bajo la capa. Tiré de él hacia mí con violencia mientras los demás guerreros de Hjalmar Melenudo ayudaban a su aturdido conde a levantarse de la cubierta. Yo sabía que disponía de poco tiempo, pero resultó ser todavía más breve de lo que esperaba.

—¿Va una mujer a salirse con la suya después de haberle privado de su libertad a uno de nosotros? —bramó Hjalmar Melenudo con sangre en el bigote, dirigiéndose a todos los hombres con los que había parloteado acerca del cadáver de Uggla Ugglasson—. Ya es hora de que nos defendamos de la comadre. Pocos la apoyan, nosotros somos muchos. ¡Ganaremos si es la voluntad de los dioses!

Los tripulantes se dividieron en dos: los cautos, que preferían mantenerse al margen de las querellas, y una chusma que apoyaba al conde de Møre. Nadie se puso del lado de la escudera. Ylva, Ravn Hijo de Bue, Halfdan Camisa Blanca y yo nos vimos rodeados por una multitud hostil. Sobre la bancada, Bjørn Costado de Hierro miraba ausente hacia el horizonte.

—Tu rehén nos va a costar la vida —bufó Ylva—. Estás loco, Rolf Lenguaraz.

—Demente por completo —confirmó Halfdan Camisa Blanca—. ¡Me encanta!

No había lugar adónde huir. Nos hallábamos a su merced. En unos segundos los veinte hombres de Hjalmar Melenudo nos cortarían en pedacitos mientras el resto de la tripulación miraba sin hacer nada. El conde calvo de Møre se permitió disfrutar del momento. Los ojos duros sonreían en el semblante bronceado, seguros del triunfo.

—¡Sigurd! —se oyó un chillido estridente que atravesó el tenso ambiente.

Todos se volvieron hacia la voz.

Bella se había levantado de la bancada y estaba ayudando a una silueta a ponerse en pie. Un rostro proporcionado de barba negra con una pálida cicatriz sobre el ojo izquierdo levantó la vista y entrecerró los ojos por la luz grisácea.

Sigurd Ojo de Serpiente había vuelto en sí.

Aprovechando la asombrosa resurrección nos retiramos sin trabas a la parte posterior del barco. Solo los hombres de Hjalmar Melenudo se interesaban por nosotros, pero escapamos de ellos fácilmente entre el gentío. Ylva y Halfdan Camisa Blanca se dirigieron a la bancada donde Sigurd Ojo de Serpiente, algo aturdido, recibía el homenaje de la tripulación con los brazos en alto. El alivio a bordo se podía palpar. Los hombres, temerosos e inseguros en su ausencia, sabían ahora a qué atenerse.

Me llevé a Ravn Hijo de Bue a un lado de la nave y le obligué a esconder la cabeza entre los jubilosos guerreros erguidos por completo. Nadie se fijó en nosotros en medio del alborozo ensordecedor.

—¿Cómo es posible que estés aquí? —pregunté.

—Vímara Peres no tenía la plata que nos prometió —respondió jadeante—. Luchamos con bravura por él, pero al acercarse el día en que debía pagarnos, el muy farsante dejó que los moros nos apresaran...

—¡Rolf Cuñado de Sigurd! —nos interrumpió una voz desde la bancada.

Hice una mueca de fastidio.

—Bella cree aún que estás muerto —susurré.

Ravn Hijo de Bue comprendió el motivo por el que su historia debía esperar, a pesar de que él ardía en deseos de contarla. Me erguí para toparme con la mirada firme de Sigurd Ojo de Serpiente. A su lado se hallaba mi hermanastra.

—Según mi esposa, he de agradecerte que la nave siga siendo mía —dijo por encima de las cabezas.

—Solo intento ser útil, cuñado —respondí saliendo a la cubierta de paso, donde los hombres se apartaban según avanzaba.

Sigurd Ojo de Serpiente me abrazó, dándome las gracias delante de toda la tripulación. Hijo de Bue desapareció entre los barbudos rostros vueltos hacia arriba, que vociferaban en reconocimiento de mi intervención. Quería evitar que lo vieran hasta que pudiésemos volver a hablar.

Bella susurró algo al oído de su marido.

—Y ahora quiero intercambiar unas pacíficas palabras con Hjalmar Melenudo —gritó Sigurd Ojo de Serpiente a fin de vencer el alboroto—. No

es bueno que reine la discordia entre hombres que están sentados tan cerca unos de otros.

La deferencia de Sigurd Ojo de Serpiente despejó cualquier duda acerca de quién era el conde de la nave según el criterio de la mayoría de los tripulantes. Muchos tenían mala conciencia por haber estado a punto de fallarle, y gritaron todavía más fuerte cuando Hjalmar Melenudo se abrió paso desde la parte delantera del barco hasta la bancada con dos de sus hombres de mediana edad como apoyo. Los tres llevaban las manos sobre la empuñadura de las espadas y vigilaban cada movimiento; sin embargo, aunque la tripulación les escarnecía, nadie osó tocarlos. Hjalmar Melenudo se enjuagó la cara con agua dulce del tonel que había en el centro de la nave, aun así su larga barba rubia aún tenía manchas de sangre en el momento en el que Sigurd Ojo de Serpiente y él se sentaron sobre el borde de la bancada, donde todos pudieran verlos y oírlos.

—Un día, Thor viajó a Udgård con un propósito bien concreto —comenzó el conde de la barba negra—. Se vistió como un joven corriente de Midgård porque no deseaba que los gigantes de Udgård lo descubriesen.

Todos reconocimos la historia por la introducción, pues no existían demasiados mitos acerca del dios del trueno en los que recurriese a una artimaña tan desleal como es disfrazarse. El silencio se cernió sobre la nave. Estábamos ansiosos por oír adonde quería llegar el conde Sigurd con su relato.

—Thor llegó a la casa del gigante Hymer, una carcomida y ruinosa choza

en el borde del mar del mundo, y pasó allí la noche. Aunque dicho gigante era un simple pescador, lo llamaban nada más y nada menos que gigante primigenio, cosa de la que se enorgullecía mucho. La mañana siguiente, cuando el gigante fue a meter su barca en el agua, Thor, todavía disfrazado, insistió en salir a navegar con él. Hymer pensaba que semejante chavalín no aguantaría demasiado en el mar glacial, pero Thor, sin dejar que se burlara de él, se limitó a preguntar qué iban a usar de cebo. El gigante respondió que él debía traer su propio cebo. Thor le tomó la palabra. Fue detrás de la casa, cortó la cabeza del buey más grande que encontró en el redil y se la llevó.

Hjalmar Melenudo parecía confuso, pero guardó silencio.

—Una vez que se adentraron tanto en el mar que ya no podían ver tierra, Thor lanzó el sedal con la cabeza del buey. Enseguida se oyó un hondo retumbar. Algo que semejaba el cuerpo escamoso de una enorme serpiente apareció bajo las olas, y el océano entero se abrió. Era el ofidio de Midgård, Jormungandr, que había mordido el anzuelo, justamente la serpiente del mundo a la que Thor pretendía capturar, pues deseaba desmentir la profecía que auguraba que los dos habrían de luchar hasta la muerte en Ragnarok. Thor pensaba que las profecías no tenían ningún sentido tratándose de un dios, así que prefería ajustar cuentas de inmediato.

Hjalmar Melenudo se removía impaciente. Sus ojos garzos parpadeaban como si el relato no fuera de su agrado.

—Thor luchó mucho tiempo con el ofidio de Midgård y lentamente comenzó a tirar del sedal hacia él. Pero cuando el monstruo irguió su poderosa cabeza de ojos rojos y dientes afilados para vomitar sapos y culebras contra la barca, Hymer perdió los nervios. Mientras Thor se hallaba en la borda con su martillo dispuesto a matar a la bestia, el cobarde gigante cortó el sedal con su cuchillo de destripar el pescado. El ofidio de Midgård desapareció entre las olas y Thor blandió entonces a Mjølner contra Hymer. El golpe fue tan violento que tanto el gigante como la barca se rompieron en mil pedazos. Thor, en cambio, como llevaba a Megingjord, su cinturón de fuerza, llegó a tierra y pudo ponerse a salvo. El ofidio de Midgård no le alcanzó, de modo que, como la profecía auguraba, se encontrarían de nuevo cuando sobreviniese Ragnarok.

La intención de Sigurd Ojo de Serpiente al contar esa historia resultaba ya obvia para todo el mundo; incluso los dioses desafían en vano el orden

establecido, y la discordia a bordo de una nave conduce inevitablemente al desastre. Hjalmar Melenudo fue el único que no entendió el significado.

—No sé por qué me sueltas esas patrañas —dijo—, pero tu estúpido cuento no va a lograr que cambie de opinión.

—Pues debería —respondió Sigurd Ojo de Serpiente mientras Bella le susurraba una respuesta al oído—, pues piensa que solo tienes a tu lado a veinte hombres y la mayor parte de ellos han dejado de ser jóvenes. Sin embargo, yo cuento con el resto de la tripulación. Creo que lo mejor sería que nos pusiésemos de acuerdo, dado que seguimos en aguas enemigas y rodeados de moros.

—Y yo creo —dijo Hjalmar Melenudo— que lo mejor sería que el conde de la nave fuese alguien que no se dejase guiar por mujeres.

Bella levantó la vista con un destello de ira en los ojos azul celeste. Antes estaba dispuesta a hacer borrón y cuenta nueva, pero ahora había cambiado de opinión.

—Es cosa sabida, no obstante —respondió Sigurd Ojo de Serpiente, por una vez sin haber escuchado primero la opinión de su esposa—, que una decisión solo es mejorable si una mujer sensata la cambia. Y pocas mujeres hay tan sensatas como la mía. En cuanto a Ylva, lucha mejor que la mayoría, se lo puedes preguntar a cada uno de mis hombres. O a mi hermano Bjørn Costado de Hierro.

El gigante de la barba gris continuaba sentado sobre la bancada sin mostrar interés por lo que sucedía; sin embargo, los guerreros asintieron con un ronroneo. Nadie podía difamar a Ylva en lo que se refería a sus capacidades para luchar, ni tampoco cuestionar el liderazgo de Sigurd Ojo de Serpiente.

—Sigo con el propósito de derrocarte —dijo Hjalmar Melenudo, que ya no ganaba nada encubriendo sus intenciones. Su postura quedaba clara a pesar de tenerlo todo en contra.

—En ese caso, no hay sitio para los dos a bordo —dijo Sigurd Ojo de Serpiente—. De todos modos, prefiero dejaros en tierra a ti y a tus guerreros antes que perder los hombres que harían falta para venceros. Podéis permanecer en la proa, pero si la abandonáis, os llevaréis la peor parte.

Con un gesto asertivo, Hjalmar Melenudo se dio por enterado tanto de la

promesa como de la amenaza. Mientras atravesaba el barco miraba de soslayo buscando a Ravn Hijo de Bue, aunque ya no le sería posible acercarse a él. La cubierta de paso era un corredor de guerreros hostiles con las manos sobre las armas.

Sigurd Ojo de Serpiente ordenó despejar una fila de remos de borda a borda, entre la proa y el centro de la nave. En la estrecha tierra de nadie situó una guardia de guerreros empuñando largas lanzas que dirigían hacia Hjalmar Melenudo y sus veinte excelentes hombres. Sus únicas armas seguían siendo las espadas y los puñales, que nada podían hacer contra las armas de mayor alcance que estaban dispuestas detrás de los escudos.

—Ylva, pon rumbo a Tierra Azul. Ya veremos qué será del calvorota una vez que hayamos llegado.

—Resulta complicado poner algún rumbo sin sol ni estrellas, conde Sigurd.

—Haz lo que puedas. —Por vez primera, Sigurd Ojo de Serpiente miró detenidamente a su hermanastro mayor, sentado en el borde de la bancada—. ¿Qué le pasa a Bjørn?

Ylva dijo que la apatía de Costado de Hierro posiblemente se debiese a la pérdida de Hastein. Sigurd Ojo de Serpiente asintió sombrío.

—Recientemente hemos sufrido reveses terribles. Ni siquiera yo me encuentro en mi mejor momento. —Se frotó la frente como si le picase el interior del cráneo—. Me siento igual que cuando fui con papá a la guerra contra los de Escania y recibí un golpe en la cabeza. También desperté sin acordarme de nada. Algunos recuerdos volvieron, otros no.

—Te encontré flotando en el agua. —Halfdan Camisa Blanca intentó ayudar a su memoria—. Estabas enrollado en tu propia vela. Es lo que debió de protegerte en el momento en que el barco incendiario se convirtió en llamas. Yo ya había remolcado a Bjørn, así que podía llevarte a ti también conmigo.

—Cosa que he de agradecerte, hermano. —Sigurd Ojo de Serpiente recuperó rápidamente su buen humor y miró alrededor a su desasosegada tripulación—. No hay razón alguna para estar cabizbajos. Vamos a recordar a

los muertos y festejar que seguimos vivos, porque nadie sabe lo que el día de mañana nos reserva.

Con el instinto nato de un conde que sabe lo que se necesita para fortalecer el ánimo inseguro de los hombres, sacó de la cavidad de la bancada un barril del hidromiel elaborado en la Laguna de Thor. Había que celebrar que hubiese sobrevivido antes de que aconteciesen nuevas catástrofes. La vida era corta, así que mejor emborracharse hoy que aguardar con sobriedad la muerte al día siguiente. El ambiente cambió en un instante. La tripulación bramó entusiasmada, golpeando las armas contra los laterales del barco y los escudos mientras alargaban las jarras por turnos para que el conde las llenara. Guerreros bien fornidos saltaban los unos sobre las espaldas de los otros, o se ponían a bailar con sus compañeros, de modo que la cubierta cedía y Bjørn Costado de Hierro se bamboleaba sobre la bancada. Desde la parte delantera de la nave, Hjalmar Melenudo miraba extrañado al otro lado de la fila de guardianes sobrios. En medio del jaleo, una silueta de cabello dorado se acercó hasta el conde de la barba negra.

—Qué bien que hayas regresado, conde Sigurd —dijo el Lindo Dagfinn—. Nunca he dudado de que volveríamos a verte.

No había dudado en dejar a sus nuevos amigos en la estacada cuando la relación de fuerzas a bordo los puso en desventaja. Sigurd Ojo de Serpiente se volvió sonriente, pero apretó los ojos verdes cuando su esposa comenzó a susurrarle al oído. Mientras ella hablaba, él observaba al joven con una mirada cada vez más disgustada.

—Te llaman el Lindo Dagfinn —dijo al fin—, y por lo que creo entender has dudado bastante.

Ambos se quedaron callados unos instantes. El ruido se extinguió tan rápido como había surgido.

—No lo comprendo, conde Sigurd —intentó el Lindo Dagfinn.

—Querías tomar posesión de mi esposa antes de que mi muerte fuese un hecho cierto. Te uniste a Hjalmar Melenudo mientras yo estaba inconsciente. ¿Y ahora vienes aquí afirmando que nunca has dudado de mi fortaleza?

—Te aseguro, conde Sigurd...

—Eres un impostor de dos caras, y yo te aseguro que seré clemente y te dejaré en tierra junto al calvorota y sus hombres. En mi nave no hay sitio para

ti.

El Lindo Dagfinn se marchó con el rabo entre las piernas. Había sufrido una gran humillación, que sin embargo nadie juzgó desproporcionada y enseguida fue olvidada. Sigurd Ojo de Serpiente sirvió a todos sus hombres, aunque los que estaban custodiando a Hjalmar Melenudo y sus hombres en la proa tuvieron que conformarse con media jarra. Después de hacer la ronda, le alargó el barril de hidromiel a su hermanastro mayor, quien lo acogió con una expresión cansada en el rostro de barba gris para beber de la espita. Los hombres tragaban alegres la dorada bebida de dioses, y cuando se hubieron vaciado jarras y tazas, Sigurd Ojo de Serpiente sacó un par de odres con vino franco.

Aquella era la primera vez desde el comienzo de la expedición que Bjørn Costado de Hierro disfrutaba del alcohol, y no pasó mucho tiempo antes de que en medio del barullo comenzase a cantar unos versos acerca de una familia cuyos miembros se ahogaban uno tras otro en campaña, hasta que la madre se quedaba sola en la pobreza. La triste letra le hizo llorar, y todos se mantuvieron a distancia. Se conformó, no obstante, con su acostumbrada amenaza de doblar por la mitad a los más próximos y golpearlos en el cielo de la boca.

El ruido era cada vez más fuerte. La improvisada fiesta por la vuelta del conde se alargó hasta muy entrada la noche. Naturalmente, lo sensato habría sido que la celebración se hiciera cuando hubiésemos alcanzado la costa de la Tierra Azul, pero todos necesitaban divertirse. Yo mismo me divertí. En lugar de eso, tendría que haber buscado al Hijo de Bue para escuchar su historia.

No lo hice, cosa que hoy todavía me pesa.

Cuando por la mañana temprano hallamos el cadáver de Ravn Hijo de Bue, aún no estaba rígido. Había transcurrido menos de un día desde la muerte de Uggla Ugglasson, y el cuerpo seguía todavía caliente.

—Fijaos —sentenció Halfdan Camisa Blanca—. Tantos huesos en la barba y no le han traído buena suerte.

El menor de los hijos de Lodbrog nunca oyó el verdadero motivo por el que Ravn Hijo de Bue se adornaba la barba de aquella forma tan macabra, y yo no tenía intención de traicionar la confianza de mi amigo asesinado. Aunque me había quedado mudo y las manos me temblaban, tuve la entereza suficiente para revisar el cadáver. No me llevó mucho tiempo.

—El asesino le ha clavado un sax en el estómago.

Me enderecé y miré a los hombres. Los rostros barbudos y asustados se deslizaban ante mi mirada. Se me ocurrió pensar que no era capaz de ponerle nombre a la mayoría de los hombres que se encontraban a bordo, pero que el culpable no podía ocultarse entre las filas de los desconocidos.

Tenía que ser uno de los que conocía bien.

Me oí a mí mismo responderle a Ylva cuando objetó que habíamos dormido unos junto a otros, y que nadie podría haber matado a uno de nosotros sin que los demás nos diésemos cuenta. Yo me quedé mirando mientras Halfdan Camisa Blanca explicaba de manera detallada de qué forma se había producido el asesinato; quien le acuchilló clavó la hoja a través del diafragma

de Hijo de Bue y la subió hasta el corazón. Fulguró ante mí el rostro contraído de una mujer de mediana edad en el preciso instante en que moría de la misma forma.

Me hizo regresar a la realidad una voz de sobra conocida.

—Nadie veía con malos ojos a Ravn Hijo de Bue. ¿Por qué alguien querría asesinarlo?

Sigurd Ojo de Serpiente apenas acababa de levantarse de la bancada y ya sabía la razón que nos había reunido al resto en el centro de la nave. Conocía de quién era el cadáver sobre el que nos inclinábamos. Si normalmente tenía dificultades de comprensión, ahora parecía tan sabio como para formular una cuestión relevante que a los demás no se nos había ocurrido. Lo miré extrañado por su inusual agudeza. Después, mi mirada se desplazó más allá, detrás de él.

Sobre la bancada se sentaba una delgada silueta bajo una capa enorme. Desde la sombra que le proporcionaba la capucha me observaban con intensidad un par de ojos azul celeste.

Bella tiritó y estrechó la capa en torno a su cuerpo.

En ese instante algo distinto acaparó nuestra atención.

El cadáver tosía.

Algunos de los hombres gritaron y la mayoría se limitaron a recular al tiempo que agarraban los amuletos de sus cuellos. Se formó un amplio semicírculo alrededor de Ravn Hijo de Bue. Fui el único que se atrevió a ponerse en cuclillas junto a él.

—¿Es un fantasma? —preguntó Ylva a unos pasos de distancia.

—Por supuesto que no —sentenció.

El intento de asesinato sucedió como Halfdan Camisa Blanca había descrito, pero quien había pretendido matar a Hijo de Bue o tenía demasiada prisa o carecía de mano para hacerlo. El puñal había penetrado a través del diafragma sin dañar los órganos vitales ni alcanzar el corazón. El cuerpo sufrió una conmoción y mostró todos los signos de la muerte, excepto el enfriamiento y la rigidez. Eso me había llevado a engaño. Le abrí uno de los párpados y noté que la pupila se contraía. Eso era lo que debería haber hecho enseguida.

Lo más normal habría sido que los derrames internos hubieran acabado

con la vida de Ravn Hijo de Bue y no que recuperara la conciencia. Sin embargo, me oí a mí mismo decir otra cosa.

—Vive, está respirando. Su cuerpo necesita tiempo para reponerse, pero despertará dentro de pocos días y señalará a su asesino, que muy probablemente es el mismo que mató a Uggla Ugglason.

Acomodaron a Ravn Hijo de Bue sobre la bancada, en el lugar donde antes había yacido Sigurd Ojo de Serpiente. Bella permaneció a los pies de Ylva mientras yo le limpiaba y vendaba las heridas. Los bufidos de la esforzada respiración se oían débilmente por encima de los golpes de remo mientras los pensamientos bramaban en mi cabeza como una tormenta.

Los vigilantes de la parte delantera de la nave juraron que se habían mantenido serenos durante toda la noche y que ni Hjalmar Melenudo ni ninguno de sus veinte hombres habían abandonado la proa. A no ser que mintiesen, era imposible que el conde calvo de Møre hubiese empuñado el cuchillo. A primera vista, eso dejaba un solo sospechoso del intento de asesinato.

Bella estuvo esforzándose por eliminar a Ravn Hijo de Bue, si bien se había marchado lejos para mantener sus propias manos limpias de sangre. Había sobrevivido a muchas situaciones difíciles sin otra arma que su fuerza de voluntad, ¿de qué no sería capaz con un sax en la mano?

Mientras yo reflexionaba, ella se había levantado y se había acercado a mis espaldas.

—¿Cómo es posible que Ravn Hijo de Bue haya terminado aquí? —preguntó de manera inocente.

Con el rabillo del ojo observé sus pequeños zapatos, que asomaban bajo el ribete del vestido de terciopelo azul. Como siempre, dudaba de sus intenciones, pero tampoco veía motivos para continuar mintiendo.

—Ravn estuvo luchando de varego para Vímara Peres en Oporto, pero lo traicionaron —dije—. No le dio tiempo a contarme más antes de que ayer por la tarde el conde Sigurd sacara los barriles de hidromiel.

Ella estudió al hombre inconsciente y los huesecillos de su barba trenzada.

—¿Y el cadáver que me enseñaste en la cueva?

Le expliqué de qué manera decoloramos la barba del soldado cristiano muerto y trenzamos en ella huesos de conejo. Escuchaba con una mirada

distante.

—Lo creas o no —dijo al fin—, me alegro de que dejaras vivir a Ravn Hijo de Bue.

Me volví a medias y la miré.

—¿Para así poder matarlo tú misma?

—¿Es eso lo que piensas?

Sonrió negando con la cabeza, como si se tratase de una broma cómplice, mientras se ponía en cuclillas junto al costado del barco. Ladeó la cabeza y me miró.

—Ni siquiera sabía que se encontrara a bordo, Rolf.

Admití que probablemente decía la verdad. Yo mismo descubrí a Hijo de Bue únicamente porque me desplazé hasta el centro del barco. Bella nunca abandonó la bancada.

—Me engañaste —prosiguió, y amortiguó la voz hasta hacerla un susurro—, y estoy aliviada por ello. Empezaba a creer que la pérdida de mi hijo había sido un castigo por lo que te obligué a hacer aquella vez.

—Esas dos cosas no tienen nada que ver.

—¿Y si lo tuvieran?

Se retorció las manos y miró a lo largo del barco. Los pocos que tenían los ojos puestos en nosotros no entendían el saujón.

—No he sido una buena cristiana —reconoció—. He hablado en las asambleas. Me he comportado de forma altanera. He faltado al matrimonio. He incitado a la fornicación y al asesinato. Jarvis ya no está aquí para darme la absolución de mis pecados.

Yo seguía escéptico. Pero, al pensar en ello después, tenía sentido.

El perdón de los pecados era la recompensa que el Cristo Blanco otorgaba a sus fieles cuando no podían vivir de acuerdo con sus desorbitadas exigencias de pureza espiritual. Antes de la expedición, Bella visitaba con frecuencia la pequeña iglesia de Jarvis en Isla Thor, aunque negase que fuera para confesarse. Cuando Hastein y yo regresamos de Qurtuba, vi cómo Jarvis le hacía la señal de la cruz diciendo las palabras de rigor: *Ego te absolvo*. Privada del perdón del sagrado sacramento, a Bella no le quedaba otro camino que pensar que su despiadado dios la castigaba duramente por sus defectos y carencias humanas, de los que los Ases se habrían estado riendo.

Miré sin querer a Sigurd Ojo de Serpiente, que continuaba dando vueltas por el centro de la nave con el fin de mantener alta la moral entre los hombres. En el último remo Halfdan Camisa Blanca se esforzaba, con una furibunda mirada en sus ojos castaños.

—¿Les has hablado del aborto a los dos posibles padres? —pregunté.

—¿Acaso he tenido ocasión? ¿Y de qué serviría ahora? Ya se enterarán si sobrevivimos.

—Muchos vieron la sangre en tus manos después de la batalla naval.

—¿Quién tendría el valor de contárselo a Sigurd Ojo de Serpiente y a Halfdan Camisa Blanca?

El ambiente tenso que se respiraba a bordo no se debía únicamente al asesinato. Observé a los hombres en los remos. Sus miradas desprendían temor. Ninguno de nosotros volvería a casa siendo el mismo que partió. Era posible que no regresáramos jamás. Quizá mi hermanastra era sincera. A lo mejor perseguía algo al intentar convencerme de su inocencia. En ese momento solo había dos cosas ciertas.

—El que le clavó su sax a Ravn Hijo de Bue no debe salirse con la suya —dije—. Y Hjalmar Melenudo es demasiado peligroso como para que vaya armado por ahí. He pensado en una solución. Posiblemente sea mala, pero es mejor que nada. Necesito tu ayuda.

Bella me dejó hablar, dándome la razón en que mi plan no era muy sensato. Sin embargo, reconoció que justo por ello podía lograr su objetivo. Fue a hablarle de ello a su esposo. Como siempre, el conde de la barba negra prestó oídos a la propuesta de su mujer. Casi seguro que no la comprendió del todo, pero confió en ella.

Acordamos poner el plan en práctica al día siguiente.

El anuncio de Sigurd Ojo de Serpiente de confiscar todas las armas no gozó de una buena acogida entre la tripulación, pues a ninguno le agradaba la idea de quedarse desarmado. Aun siendo reacios, los hombres de la popa obedecieron. Todos respetaban al conde de la barba negra: además, la orden tenía sentido. Las protestas comenzaron en el momento en el que la recolecta alcanzó la parte delantera de la nave.

Como era de esperar, fue Hjalmar Melenudo quien alzó la voz para decir:

—¿Cómo me voy a defender del asesino si te doy mi espada?

Yo ya había previsto esa negativa y le había pedido a Sigurd Ojo de Serpiente que respondiese que nadie necesitaría defenderse si nadie tenía armas. Igual de previsible fue la réplica de Hjalmar Melenudo.

—¿Y qué le impediría a alguien ocultar un sax con el que podría asesinar al resto si estamos indefensos?

A partir de ahí, los acontecimientos se precipitaron. Si fue buena o mala idea no lo voy a juzgar, pues tuvieron que ser las nornas las que le hicieron explicar a Sigurd Ojo de Serpiente que una vez que se hubieran recogido todas las armas, sus hombres registrarían el barco.

—¿Y si el asesino se encuentra entre tus hombres? —preguntó Hjalmar Melenudo.

—Ellos también han dejado sus armas en el tonel. Solo Ylva, mis hermanos y yo vamos armados.

No estaba seguro de si me ignoraba adrede o si simplemente se había olvidado de que yo aún llevaba mi espada mora, Aguileña, y mi sax, Sed de Sangre, al cinto. Sin embargo, nadie reparó en mí porque la disputa entre los dos condes acaparaba ahora la atención de todos.

—¿Y qué nos garantiza que no encargarás a tu guerrera o a tus hermanos que nos maten? —vociferó Hjalmar Melenudo.

—¡Mi palabra! —respondió el conde de la barba negra.

Halfdan Camisa Blanca objetó que con cualquier cosa sería posible matar a un hombre, y nombró una serie de maneras de asesinar que no precisaban armas. Sigurd Ojo de Serpiente reconoció que había pocos hombres tan expertos en ese terreno como Camisa Blanca, pero hizo hincapié en que ninguno de esos métodos era discreto, de manera que si alguno los utilizaba, los demás reconoceríamos al culpable.

Sigurd Ojo de Serpiente hablaba sin tener en cuenta mi opinión ni la de Bella, y quizá este fuera un indicio de que no era tan lento como todos suponían. Pronto nos iba a sorprender: cuando Hjalmar Melenudo dijo que iba a conservar sus armas, Sigurd Ojo de Serpiente, sin dudarlo, alargó el brazo para agarrarlo.

Ylva pilló desprevenido a Hjalmar Melenudo en dos ocasiones, pero se cuidaba mucho de subestimar a un hombre. Hjalmar se agachó para zafarse y al mismo tiempo sacó su sax y lo clavó en el estómago de su agresor. Los gritos se elevaron sobre la cubierta cuando Sigurd Ojo de Serpiente se quebró.

Para asombro de todos, se irguió de inmediato, arrancó el puñal de la mano de su oponente y desenfundó su espada. Sigurd Ojo de Serpiente no necesitó apresurarse porque Hjalmar Melenudo se encontraba tan paralizado que no pudo reaccionar. A continuación lanzó las dos armas por la borda.

—Mi mujer me pidió que llevase la cota de malla de Ylva bajo la saya —dijo con una amplia sonrisa—. Ya ves que resulta rentable dejarse aconsejar por mujeres. Si montas más jaleo, acompañarás a tus armas al fondo del mar. Cualquier otro puede desembarcar también si así lo desea.

Protestas y acusaciones mutuas atravesaron el aire. Por eso, en un primer momento nadie oyó la voz de Ylva desde la bancada cuando le preguntó a Bella si dormía y tuvo que repetir la pregunta más alto. La escudera, en pie, se inclinaba sobre algo que parecía un montón de ropa oscura.

Mi hermanastra yacía junto al cuerpo inconsciente de Ravn Hijo de Bue. Tenía el rostro pálido. El suelo bajo ella estaba rojo oscuro. La desgastada cubierta de madera absorbía la sangre como una esponja. La examiné mientras los demás se aproximaban poco a poco. No me apresuré, pues antes de que prosiguiera era preferible que todos se hubiesen reunido en el pequeño espacio comprendido entre el centro de la nave y la bancada. Finalmente me enderecé, cubrí a Bella con la capa de Ylva y me volví hacia los hombres.

—Está muerta —susurré sombrío—. El asesino ha atacado de nuevo.

Por un instante reinó el silencio en el barco.

—Eso no es posible —prorrumpió Sigurd Ojo de Serpiente mientras se acercaba tambaleándose—. ¿Cómo puede haber ocurrido? ¿Cómo lo han permitido los dioses?

Su tristeza era visible. A decir verdad, ligeramente *demasiado* manifiesta, pensé intranquilo; sin embargo, logró que los últimos escépticos se arremolinaran para verlo de rodillas doblado sobre el cuerpo sin vida de su esposa.

Después de que los cuerpos de Uggla Ugglasson y Ravn Hijo de Bue aparecieran de repente a bordo, víctimas de un asesino desconocido, muchos ya se habían olvidado de ellos. Por el contrario, Bella estaba muy presente en la mente de la tripulación masculina. Hermosa, atractiva, inaccesible y exótica, se había paseado entre ellos, de manera que no era únicamente su muerte lo que ahora lamentaban, sino el desmoronamiento de sus sueños y sus deseos de estar con ella. Los curtidos guerreros escuchaban avergonzados, con la cabeza baja, los sollozos de su conde. Un par de ellos incluso se secaron alguna lágrima.

—La pregunta es quién ha asesinado a la condesa —dijo Hjalmar Melenudo.

El revuelo de la bancada había provocado que él y sus veinte hombres osaran abandonar el bastión de la proa en cuanto sus guardianes soltaron sus escudos y lanzas. La curiosidad primó sobre la cautela.

—Sigurd Ojo de Serpiente y Halfdan Camisa Blanca están aquí —continuó Hjalmar Melenudo extendiendo el brazo—. Como podéis ver, Bjørn Costado de Hierro duerme apoyado en el costado del barco con el barril de hidromiel en el regazo. Gracias al conde Sigurd, ningún otro hombre lleva armas..., con

una sola excepción.

Intenté ocultar mis armas, aunque no tenía nada que temer. Hjalmar Melenudo señalaba a Ylva, que seguía junto al timón. Llevaba un sax a la cintura, una espada a un lado y una lanza en la mano.

—Solo una pérfida escudera puede haber matado a la condesa —declaró seguro de sí mismo.

Sigurd Ojo de Serpiente, fuera de sí y sin su mujer para aconsejarlo, levantó la vista con una furia aterradora en sus ojos verdes.

—¡Ylva! —bufó.

Con un movimiento felino, resultado de muchos años de entrenamiento, sacó la espada, saltó y dio una estocada. La escudera se echó a un lado y el arma se hundió profundamente en la regala. Mientras Sigurd Ojo de Serpiente la retorció para liberarla, ella fue hasta la bancada de babor y agarró un escudo de la borda con el que se protegió cuando Sigurd la volvió a atacar.

Ninguno de los tripulantes jaleaba, como solía hacerse en un duelo. Los hombres se habían quedado clavados en el suelo sin saber qué debían hacer. ¿Era posible que la escudera, que había protegido lealmente la vida de Bella durante toda la expedición, hubiese matado a su señora? ¿Tenía también sobre su conciencia a las demás víctimas? Y, en cualquier caso, ¿por qué?

Hjalmar Melenudo no albergaba dudas. Aunque quizá fue simplemente la alegría de ver a sus enemigos pelear lo que hizo que esbozara una amplia sonrisa tras la larga barba rubia y animase a Sigurd Ojo de Serpiente, preparado para volver a luchar. Ylva desenvainó su espada en el momento en que Sigurd Ojo de Serpiente atravesó con la suya el borde del escudo y penetró un buen trozo en el tablero circular de madera de tilo. Cuando tiró del arma hacia sí, se llevó consigo tanto el escudo como a la escudera.

Los dos combatientes estaban de perfil respecto a la tripulación, por eso todos pudieron ver la punta de la espada de Ylva embadurnada de sangre en la espalda de Sigurd. Ella retiró el arma de inmediato y saltó hacia atrás, como si su intención no hubiese sido matarlo.

Sigurd Ojo de Serpiente se tambaleó gimiendo. Tosió, cayó de rodillas y se derrumbó al lado de su esposa.

Los hombres fijaron la vista en su conde en medio de un silencio sepulcral. Ylva se volvió hacia los pálidos semblantes como si esperase alguna

reacción.

—¡Agarrad a la escudera! —ordenó Hjalmar Melenudo.

Él y sus hombres se habían reunido en el centro de la nave, a cierta distancia del resto. Uno de sus guerreros armados le alargó un hacha en sustitución de la espada. El conde de Møre la blandió entonces por encima de su cabeza calva.

—Ylva es una asesina infame —prosiguió— y Bjørn Costado de Hierro no sirve para nada. Si queréis sobrevivir, lo más sensato será que obedezcáis al único conde que queda a bordo. ¡Y ese soy yo!

—Parece que te olvidas de mí —sonó una voz ronca detrás de él.

En la proa de la nave se hallaba Halfdan Camisa Blanca con diez guerreros que formaban en un muro de escudos que atravesaba la cubierta. Durante el duelo, y sin que nadie se percatara, se habían deslizado a la parte delantera del barco y habían recogido las lanzas y los escudos que los guardianes de Hjalmar Melenudo habían soltado al formarse el revuelo. Las lanzas apuntaban ahora hacia delante por encima de los bordes curvos de los escudos firmemente presionados unos contra otros. Solo asomaba la cabeza de pelo corto de Halfdan Camisa Blanca, que sonreía malicioso a Hjalmar Melenudo, quien por un momento no supo qué hacer.

En ese instante, Sigurd Ojo de Serpiente volvió milagrosamente a la vida.

Los gritos de sorpresa de aquellos que se encontraban más próximos hicieron que todos se volvieran, y vieron cómo Ylva le ayudaba a ponerse en pie. Él tenía un desgarrón en la saya bajo una de las mangas, pero no se veía nada de sangre.

—¡Vives! —exclamó Hjalmar Melenudo.

—¿Has olvidado que llevaba la cota? —Sigurd Ojo de Serpiente abrió el desgarrón mostrando las anillas de hierro bajo la saya—: Como me hallaba de perfil, os ha parecido que la espada me atravesaba, pero en realidad Ylva la ha introducido bajo mi axila. Antes había embadurnado el filo con vino franco de un odre que ocultaba bajo el escudo.

Un silencio temeroso se cernió sobre la nave a pesar de la explicación. A todos les costaba creer que su conde no fuese un fantasma. Cuando Sigurd Ojo de Serpiente se dirigió de nuevo a sus hombres, su entusiasmo infantil por la representación dio paso a una áspera voz de mando.

—¡Muro de escudos! —bramó.

De forma instintiva, todos echaron mano del escudo más próximo. Tantos años de entrenamiento habían inculcado ese efecto en los guerreros. En un instante surgió otro muro de escudos, esta vez en la parte posterior de la nave. Enseguida, Ylva repartió las lanzas que había almacenado bajo los tablones sueltos de la cubierta. Un nuevo muro de escudos apuntó hacia Hjalmar Melenudo y sus excelentes hombres, que no tenían escudos ni armas de largo alcance. Encajonados entre el muro de escudos de Halfdan Camisa Blanca en la parte delantera del barco y el de Sigurd Ojo de Serpiente frente a la bancada, Hjalmar Melenudo y sus hombres daban vueltas en redondo, acorralados.

¡Cuéntame —gritó Sigurd Ojo de Serpiente— cómo te las vas a apañar con espadas, hachas y cuchillos frente a dos escuadras de lanzas!

¡Cuéntame —bramó perverso el conde de Møre— cómo te las vas a apañar sin tu mujer susurrándote al oído!

—Tienes razón en que difícilmente podría prescindir de Bella. —Sigurd Ojo de Serpiente se volvió—. Afortunadamente no tengo por qué hacerlo.

Al levantarse, mi hermanastra dejó caer sobre la cubierta de la bancada el pellejo con vino tinto que tan convincentemente había sangrado en el entablado.

—¡Engaño femenino! —bramó Hjalmar Melenudo al tiempo que las dos líneas de escudos se movían hacia él.

Lanzó el hacha, que rebotó contra la abolladura de un escudo, y se vio obligado a retroceder con las puntas de las lanzas a la altura de su cara.

—Tus hombres y tú podéis elegir entre saltar por la borda —dijo Sigurd Ojo de Serpiente— o dejar vuestras armas en el tonel. Decidíos.

—¿Qué os impedirá asesinarlos?

¡Mi palabra! Esta vez harías bien en otorgarle el valor que se merece.

Hjalmar Melenudo dudaba.

—¿Sigues teniendo la intención de dejarnos en las costas de la Tierra Azul?

—Lo juro por la vida de mi esposa.

La indecisión entre los hombres de Hjalmar Melenudo duró solo un instante. El más joven, que llevaba la capucha echada sobre la frente, fue el

primero en dejar su arma en el tonel. Los demás siguieron su ejemplo. Cuando todos estuvieron desarmados, pasaron de uno en uno a través de una abertura en el muro de escudos de Halfdan Camisa Blanca; a continuación les ataron las manos a la espalda y los dejaron en la proa bajo vigilancia.

Mientras tanto, Sigurd Ojo de Serpiente se volvió hacia mí.

—¿Cómo se te ocurrió esta disparatada artimaña, cuñado? —me preguntó.

—Hjalmar Melenudo no iba a renunciar a sus armas de forma voluntaria —respondí—. Debíamos engañarlo si queríamos evitar un derramamiento de sangre. Por fortuna, el hermano Jarvis me habló de las representaciones teatrales de los romanos, cuya finalidad era precisamente que el público creyese que veía algo distinto de lo que veía.

—Puede que algún día nosotros también pongamos en marcha ese tipo de cosas. Sería divertido.

La tripulación de la nave larga profería gritos de alegría a coro, dándome fuertes palmadas en la espalda al comprender que la recolecta de armas, la muerte de Bella y el combate de Ylva contra su conde habían formado parte de una representación que yo había ideado. Incluso Halfdan Camisa Blanca me otorgó su reconocimiento con un leve gesto de la cabeza, aunque las convulsiones en su rostro hacían difícil saber si lo pensaba de verdad o no.

—Aquí tenéis al asesino —gritó Sigurd Ojo de Serpiente señalando con la espada a Hjalmar Melenudo, que estaba sentado, atado, entre sus hombres.

La tripulación bramó de ira y desprecio hacia el noruego.

Yo no estaba convencido. Que yo supiera, Hjalmar Melenudo no tenía motivos para quitarle la vida a Ugglá Ugglasson y, en el momento en que le habían clavado un sax en el pecho a Ravn Hijo de Bue, el conde calvo de Møre se hallaba en la proa bajo severa vigilancia. Además, seguía faltando alguna explicación razonable acerca del modo en que ambas víctimas llegaron a bordo.

Sin embargo, por el momento no pude indagar más, pues comenzó a soplar un fuerte viento del norte. Si hubiésemos conservado la vela, habríamos mantenido una buena velocidad rumbo a la Tierra Azul. En lugar de eso tuvimos que continuar remando. La oscuridad se cernió sobre la nave y empezó a caer una fina llovizna.

Hjalmar Melenudo y sus veinte guerreros permanecían sentados en la proa. A pesar de que Sigurd Ojo de Serpiente había ordenado que no se los molestara, de vez en cuando los pinchaban con las lanzas. Hjalmar Melenudo gruñía y voceaba, pero ya nadie lo temía. Los guerreros, que no dudaban en mostrar su desprecio por los derrotados, escupían y se tiraban pedos delante de ellos.

Sigurd Ojo de Serpiente se había echado a dormir sobre la cubierta delante de la bancada, con la capa de lana por encima. Bella estaba acomodada entre sus brazos, descansando. Bjørn Costado de Hierro roncaba con el barril de hidromiel en el regazo. En sueños, pasaba la mano sobre él como si acariciase la cabeza de su pupilo. Halfdan Camisa Blanca no había vuelto a su remo, sino que estaba apoyado en el costado del barco con los ojos medio cerrados.

La tensión de los últimos días se disolvió. La calma reinaba de nuevo en la nave larga. Solo los hombres a los remos continuaban esforzándose al compás que Ylva marcaba con el asta de la lanza.

—Duerme un poco —me dijo—. Apenas has dormido los dos últimos días.

—Tú tampoco.

—Me las arreglo.

Ravn Hijo de Bue respiraba pesadamente bajo su capa. No podía hacer más por él, así que decidí seguir el consejo de la escudera. El ritmo fijo del asta de la lanza se acompasó con mi pulso. Notaba la fresca llovizna contra la cara.

Me dormí casi al instante.

El barco estaba desierto. En sueños deambulaba por la cubierta levantando tablones sueltos. Mirando en el interior de cavidades y escondrijos. Abría la trampilla bajo la bancada. Todo estaba vacío. No encontraba lo que buscaba, y tampoco recordaba ya lo que era. Levantaba la vista hacia las estrellas, completamente visibles a pesar de las oscuras nubes. Las ascuas de Muspelheim fluctuaban alrededor de la parte interna del cráneo del gigante primigenio Hymer. Lentamente se reunían en una forma algo semejante a la luna nueva. Extendía el brazo y me lo acercaba.

En mi mano descansaba una cimitarra con su funda forrada de cuero.

El saber común defiende que los sueños constituyen el modo en el que los dioses nos revelan a los seres humanos verdades que permanecían ocultas. Sin embargo, yo creo más bien que esa clase de visiones nocturnas son el destello de algo que ya sabemos pero que aún no hemos reconocido. Una vez que capté el significado de la cimitarra, comprendí el resto. La secuencia entera de acontecimientos que habían tenido lugar en la nave desde la batalla naval, e incluso mucho antes, se desplegaron ante mí, completamente claros e iluminados como bajo el deslumbrante resplandor del sol.

Comencé a luchar contra la ilusión. Golpeé la materia arcillosa del sueño. Estiré sus extremos oscuros. Al fin me obligué a abrir los ojos.

La cimitarra había desaparecido. En su lugar, vi recortarse contra las estrellas la silueta de Ylva al timón. Se cimbrecaba acompañando los

movimientos de la nave larga. Su ajustada saya de cuero crujía al compás de las olas. El asta de la lanza colgaba de su mano. Dormía de pie. La contemplé mientras disfrutaba del excepcional silencio. Incluso el resuello de los remeros y sus rítmicas paladas habían enmudecido.

Me quedé rígido al ver una figura oscura deslizarse delante de la escudera. El desconocido, que llevaba puesta una larga capa con la capucha echada, avanzó de puntillas y tiró de la capa que yo había dejado sobre Ravn Hijo de Bue. El vendaje de lino limpio brillaba pálido contra la piel.

La figura se detuvo y miró a sus espaldas, hacia la parte delantera de la nave. No por asegurarse de que nadie se hubiera dado cuenta de su presencia, sino para obtener una ratificación. Era evidente que alguien le hacía señas desde la proa, pues a continuación el desconocido se sentó a horcajadas sobre el herido, rebuscó en su cinto y alzó la mano. La afilada hoja de un puñal refulgió en la oscuridad.

Ravn Hijo de Bue suspiró y abrió los ojos.

Solté una patada que alcanzó a la silueta en la espalda. Dejó escapar un grito de sorpresa y perdió el sax, que repiqueteó a lo largo de la cubierta. Me impulsé desde el costado de la nave para lanzarme sobre el asesino, que gruñía debajo de mí y se retorció estirándose en busca del puñal.

Era un hombre.

Le golpeé fuertemente los dedos contra la cubierta. Emitió un gañido y soltó un puñetazo que me dio en la cara. El dolor me atravesó el ojo y el pómulo. La noche se disolvió en un resplandor. La mano cerrada alrededor de mi cuello sofocó mi grito. Me tiró sobre la cubierta, se sentó a horcajadas encima de mí, aprisionando mis brazos con sus piernas, y se echó hacia atrás. Cuando se incorporó, de nuevo tenía el sax en la mano.

—Qué alegría poder cerrarte el pico, Rolf Hijo de Sierva.

Un relámpago recorrió el cielo, seguido de cerca por el estallido de un trueno. El barco y el mar se estremecieron. El destello blanco azulado iluminó un semblante que yo conocía. Los rasgos eran bellos, casi femeninos, enmarcados por un largo cabello dorado.

—Has venido para quitarle la vida a Ravn Hijo de Bue —traté de decir con la mano del Lindo Dagfinn en la garganta—. Pero se te da mejor tejer intrigas que matar.

—¡Cierra el pico!

—Primero te uniste a Bjørn Costado de Hierro —proseguí—. Después a Hastein. Y en esta nave a Hjalmar Melenudo. Si Sigurd Ojo de Serpiente no te hubiese rechazado, te habrías unido a él.

—Fue una estupidez por parte del conde Sigurd —me dio la razón, tomó aire por la nariz y alzó el puñal.

Recordé lo que Hastein nos contó a los demás junto al fuego y lo expuse en voz alta:

—No debe de haber sido fácil ser el hijo menor de un conde tan intransigente. Ir de expedición con Uggla Ugglasson. Convertirte en el blanco de su desprecio. Comer los desperdicios de la cubierta.

La ira por las humillaciones sufridas a bordo de la nave larga de Uggla Ugglasson pasó por la mente del Lindo Dagfinn y le hizo vacilar.

—¿Qué más te hicieron? —proseguí—. ¿Te tocaron el culo?

Entonces, su mano tembló y su mirada flaqueó.

—¿Cómo puedes saber eso? —dijo con voz trémula—. Nunca se lo conté a Hastein.

Mis palabras habían sido una flecha disparada en la niebla, un intento de alargar el tiempo, pero ahora me daba cuenta de que durante un largo viaje sin mujeres los guerreros buscarían otros modos de calmar sus apetencias. Sin miedo a perder la reputación, los miembros de la tripulación solían abusar de un hermoso joven, situado en lo más bajo del escalafón social, y que además era tildado de *arg*: débil y femenino. Intuí lo que el Lindo Dagfinn habría tenido que soportar en su viaje desde Jutlandia hasta Isla Thor y me arrepentí de haberme burlado de él.

—Podría hablarle en tu favor a mi cuñado —dije con sinceridad.

El Lindo Dagfinn no era tonto. Sabía que con Hjalmar Melenudo se arriesgaba a correr la misma suerte que con Uggla Ugglasson una vez que ya no fuera útil. De manera que prefería con creces la rectitud de Sigurd Ojo de Serpiente, que no permitía ese tipo de cosas a bordo de su nave.

—Tengo que decirte algo... —comenzó.

Crujió la cubierta a sus espaldas. Se volvió a medias, pero no tuvo tiempo de reaccionar antes de que una espada fulgurante le atravesase el tórax. Los labios blandos esbozaron un grito, aunque no salió de ellos ningún sonido. El

cuerpo se quedó sentado en una posición incómoda. La sangre resbalaba desde la punta de la espada, mojando mi saya.

A continuación, retiraron la espada y el Lindo Dagfinn cayó sobre mí.

—Ahora me debes una vida más, Rolf Lenguaraz —dijo Halfdan Camisa Blanca con voz ronca.

El menor de los hijos de Lodbrog se alzaba sobre mí con las piernas separadas. Un único espasmo recorrió los cañones de la barba castaña de su semblante. Secó la espada en la saya de su víctima y me cedió la tarea de echar el cadáver hacia un lado.

—¿Qué se proponía este perro? —preguntó.

—Regresó para acabar el trabajo —respondí—. Fue el Lindo Dagfinn quien intentó matar a Ravn Hijo de Bue la primera vez.

Me incliné sobre Hijo de Bue. Sus ojos estaban abiertos.

Sonrió débilmente al reconocermelo. Por lo general, se recomienda descansar para reponerte después de una punzada de arma blanca; sin embargo, el ataque del Lindo Dagfinn tuvo un efecto positivo. Los dolores despertaron a Ravn Hijo de Bue, aunque se encontraba demasiado débil para hablar. O demasiado sediento. Tomé el cazo del tonel de agua y lo sujeté junto a su boca. Bebió con avidez.

Nuestras voces despertaron a Ylva, de pie sobre la bancada, que apartó la mirada de mí para dirigirla al cadáver. La dorada cabellera había quedado extendida sobre la cubierta como una aureola en torno al pálido rostro. Hasta muerto era el Lindo Dagfinn. Lo contemplé con una mezcla de alegría por seguir vivo, abatimiento por haber descubierto su secreto y pesar por no haber podido impedir su muerte. Se me ocurrió que aún tenía salvación.

—¿Este cobardica era el culpable? —preguntó Ylva extrañada—. Entonces, ¿ya está todo solucionado?

—No —bufó Halfdan Camisa Blanca mirando a lo largo de la cubierta de paso—. Parece que solo acaba de empezar.

Bajo el mástil pululaban varias figuras oscuras con armas en las manos y cascos sobre la cabeza, igual que sombras chinescas de guerreros que se preparaban para combatir.

—Puede ser que el Lindo Dagfinn viniera a deshacerse de su víctima pero de camino liberara a sus recientes amigos —dije.

Eso es lo que había intentado decirme antes de morir.

El resplandor de un rayo lejano brilló sobre la cubierta. A su luz vimos con nitidez que muchos miembros de la tripulación estaban tendidos encima de los remos. Otros yacían sin vida sobre la cubierta o apoyados contra los arcones. El rayo iluminó con frialdad sus ojos entreabiertos y refulgió en la sangre que corría por el rudo entablado. Cuando oímos el trueno, hacía rato que la oscuridad había caído de nuevo sobre la nave.

—Y ahora ese *nidding* ha asesinado al resto —bufó Halfdan Camisa Blanca.

Un *nidding* es un hombre que mata de forma desleal, deja en la estacada a sus compañeros, rompe su palabra y paga la ayuda que le brindan con la traición. Todo ello describía de maravilla la cuestionable hazaña que Hjalmar Melenudo había llevado a cabo.

Tan pronto como Ylva se quedó dormida al timón y el compás del asta de la lanza cesó, los exhaustos remeros se durmieron sobre los remos. Cuando el Lindo Dagfinn se aseguró de que no había nadie despierto, se escurrió hacia la parte delantera de la nave y liberó a los prisioneros. Una vez que se hubo provisionado de las armas del tonel, Hjalmar Melenudo se fue moviendo con paciencia para matar a los durmientes uno por uno. La masacre se llevó a cabo sin hacer ruido.

—¡Admiro tu afán, Melenudo! —bramó Halfdan Camisa Blanca—. Has asesinado a más de treinta buenos guerreros a sangre fría. ¡Ni siquiera a mí se me habría ocurrido!

Sigurd Ojo de Serpiente se despertó con los gritos y lanzó la capa a un lado. Bjørn Costado de Hierro parpadeó enojado y murmuró una aletargada amenaza contra la llovizna. Si eran las oscuras nubes o los dioses a quienes quería doblar por la mitad y golpear en el cielo de la boca no lo explícito. Bella comprendió enseguida lo que sucedía y le susurró algo a su marido.

Hjalmar Melenudo y diez de sus veinte excelentes guerreros se hallaban tras un muro de escudos que atravesaba la cubierta delantera, justo en el mismo sitio donde Halfdan Camisa Blanca se erigiera con sus hombres a primera hora de la tarde. Las piernas estaban muy separadas. Los ojos desprendían sed de venganza. Detrás de ellos se encontraba el resto de los hombres, con hachas y lanzas por encima de los bordes de los escudos.

Miraban en silencio mientras nosotros formábamos una fila. Quedábamos únicamente los tres hijos de Lodbrog, Ylva y yo. Ni Bella ni Ravn Hijo de Bue podían ayudarnos a defender la bancada.

—¿Cuentas con ir al Valhalla después de cometer esta hazaña tan rastrera? —bramó Sigurd Ojo de Serpiente iracundo—. ¿Crees que Odín quiere tener a su mesa canallas como tú?

—En absoluto, hijo de Calzas Peludas —respondió Hjalmar Melenudo, cuya coronilla calva brillaba junto con los cascos de los guerreros—. No voy a ir ni a los infiernos ni al Valhalla. A cambio estoy seguro de que iré al Jannah, donde me esperan doce vírgenes.

—¿Qué es toda esta majadería? —gruñó Bjørn Costado de Hierro—. ¿Se ha vuelto loco?

—En tal caso se trataría de una demencia religiosa —respondí—, porque Hjalmar Melenudo no cree ni en Ases ni en Vanes. Es musulmán.

En ese momento únicamente conocía de las creencias moras lo poco que yo mismo había experimentado en Qurtuba y lo que Khalid me había contado. No sabía nada del Jannah, el reino de la vida postrera, que solo se diferenciaba del paraíso cristiano en que cada hombre contaba con doce vírgenes a su entera disposición. Hoy también sé que Alá cuenta con un purgatorio, Jahannam, donde los apóstatas, ladrones y asesinos arden en un fuego eterno junto con mujeres cuyo único pecado es haber mostrado su cabellera a los extraños.

—¿Por qué piensas que el calvorota es musulmán? —preguntó Halfdan Camisa Blanca.

—Entre otras cosas, por su nombre —respondí—. El emir le confió nuestra captura a un hombre conocido como Ibn Asmun, Hijo de Asmun. Khalid creía que Asmun significaba «demonio que devora almas», pero se trata de una transcripción del auténtico nombre de Hjalmar Melenudo: Asmundson, Hijo de Asmund.

Los signos habían sido tantos y tan claros que me indignaba conmigo mismo por no haberlos visto antes. Entonces dirigí mi ira contra Hjalmar Melenudo, cuyo odio hacia mí ardía en la dura mirada de sus ojos garzos.

—Ibn Asmun iba en el pescante del coche blindado cuando los soldados a caballo nos trajeron las setenta mil monedas de plata a Predio de Thor —proseguí—. Nos volvimos a topar con él, pues fue quien nos atacó en Punta

Thor. En ambas ocasiones llevaba un casco con anillas cubriéndole la parte inferior del rostro, de forma que no se viera su barba rubia. Durante mi cautividad en la fortaleza de al-Hamra vi sus ojos a través de una lucera en la puerta. Él comandaba la emboscada de la flota mora mientras intentábamos escapar del mar Interior. Cuando vio a Halfdan Camisa Blanca alejarse nadando con Sigurd Ojo de Serpiente y Bjørn Costado de Hierro, saltó por la borda junto con sus veinte excelentes hombres. Seguro que otros soldados moros los siguieron, pero jamás llegaron a ninguna parte porque llevaban puestas las cotas de malla. Nada más subir a bordo de esta nave, Hjalmar Melenudo procuró hacerse con el control. Y lo ha intentado desde entonces... para conducirnos hasta las fauces de la flota del emir.

—¿Afirmas —bufó Halfdan Camisa Blanca— que el calvorota ha traicionado a su propia gente igual que a sus dioses?

—Nadie podría ser tan tonto —ronroneó Bjørn Costado de Hierro.

—Continuamente narráis historias sobre los dioses —respondí—. Sin fin, los mitos una y otra vez. Todos los conocen. Pero ¿recordáis cómo reaccionó Hjalmar Melenudo ante el relato de Sigurd Ojo de Serpiente acerca de Thor y el ofidio de Midgård?

Hubo una pausa durante la cual los únicos sonidos fueron el viento y la lluvia sobre los escudos.

—Rolf Lenguaraz tiene razón —afirmó Sigurd Ojo de Serpiente al fin—. El *nidding* dijo que el mito era un cuento estúpido y se quejó de que le soltara esas patrañas.

Más que mis argumentos, fue aquel desliz del propio Hjalmar Melenudo lo que persuadió a los hijos de Lodbrog de la acusación. Bjørn Costado de Hierro y Halfdan Camisa Blanca coincidieron con su hermano en que ningún creyente de los Ases se referiría de ese modo a una de las historias más conocidas y estimadas acerca del dios del trueno.

—El emir de Qurtuba —indicó Hjalmar Melenudo cansado de nuestra charla— ha prometido una recompensa a aquel que le lleve vivo a su ciudad al líder de los piratas que han acosado su reino.

Miramos a Bjørn Costado de Hierro.

—¿Todo esto es por mí? —se sorprendió el gigante de la barba gris, que aún tenía el barril de hidromiel en la mano.

—Serás torturado públicamente hasta morir como el criminal que eres — confirmó Hjalmar Melenudo—. La exposición de tu gordo cadáver en la muralla junto a la mezquita de Qurtuba convencerá a los habitantes del reino de que su emir vela por su seguridad.

—¡Nadie sale con vida después de haberme llamado gordo, calvo de mierda!

Costado de Hierro tenía bastante pundonor. Y la resaca no lo disminuyó. Resoplaba de ira detrás del escudo.

—Muy perspicaz —prosiguió Hjalmar Melenudo mirándome—. Es cierto que mis hombres y yo abrazamos la fe verdadera. En aquella ocasión, hace mucho tiempo, la alternativa era la muerte. Hoy estamos agradecidos.

—¿Hace mucho tiempo? —repitió Ylva—. Pero ¿cuándo cambiasteis de fe?

Tras el escudo, Hjalmar Melenudo miraba de soslayo. Se negaba a responder a una mujer.

—Hace más de veinticinco años —relaté en su lugar—. Cuando Åsgeir dejó a un puñado de hombres en la isla del río que corre al sur de Ishbiliya.

Tal y como Bjørn Costado de Hierro nos contó junto a la hoguera antes de comenzar la expedición, su viejo amigo se vio obligado, durante su viaje a Hispania, a abandonar a algunos de sus guerreros. Cada uno de nosotros recordó el relato y vinculó aquella tragedia con los hombres que ahora se encontraban frente a nosotros formando un muro de escudos sobre la cubierta de la nave larga.

—Espera un momento —protestó Sigurd Ojo de Serpiente, que tenía buena memoria una vez que había asimilado un dato—. Los que tenemos enfrente son un grupo de guerreros. Hermano, ¿no dijiste que los que fueron abandonados se convirtieron en campesinos y hacían quesos?

—A los más viejos y débiles se les permitió escoger ese modo de vida — interrumpió Hjalmar Melenudo—. Los que éramos jóvenes y fuertes, y estábamos familiarizados con la navegación, pagamos el precio por la supervivencia de nuestros compañeros. Ayudamos a construir una flota y a formar marinos con el fin de que el emir de aquella época, honrado sea su recuerdo, pudiese defender el reino contra los piratas.

—En aquel entonces no podías tener más de quince años —dijo Ylva—.

Así que no saliste de tu patria siendo conde, tal y como me contaste. Nunca ha habido un conde tan joven en Møre.

Esta vez sí que le respondió Hjalmar Melenudo, pues su honor no toleraba desoír que lo acusaran de mentiroso.

—Mi padre, Asmund, era conde. Heredé su título cuando él cayó durante el primer intento de conquistar Maiorica, Iviza y Minorica, que estaban en poder de los cristianos. Dicha contienda comenzó hace quince años, cuando el actual emir, Muhammed I, honrado sea su nombre, consideró que no abundaban los piratas. En aquella ocasión éramos ciento veinte excelentes guerreros nórdicos. Hoy solo quedamos nosotros.

El mar empezó a encrespase en torno a la nave larga, lanzada de aquí para allá por las olas. Ylva se volvía hacia el timón, pero no podía alcanzarlo sin debilitar nuestro muro de escudos. Los demás callamos mientras imaginábamos las penurias y los suplicios que habrían costado la vida a tantos de los hombres que Åsgeir abandonó al intentar conquistar, bajo el sol ardiente del sur, las pellas de tierra que nosotros denominábamos Islas de Esclavos.

—De hecho, debería daros las gracias —continuó Hjalmar Melenudo—. Mis últimos doce hombres y yo languidecíamos en la zona fronteriza de Pamplona recaudando impuestos. Después de vuestro ataque a al-Lishbuna nos reclamaron en el sur, porque el emir quería reunir de nuevo una flota. Nos encomendaron combatiros. Juré que no me recortaría la barba hasta que fuerais apresados. Le perdoné la vida a Uggla Ugglasson porque me prometió que nos ayudaría.

—Espera un momento —prorrumpió Sigurd Ojo de Serpiente, que había tenido ocasión de reflexionar mientras Hjalmar Melenudo se explayaba—. Muchos de tus excelentes hombres solo están en la veintena. Es imposible que se encontraran en la expedición de Åsgeir.

—Son los suecos de Uggla Ugglasson que han sobrevivido —dije.

El conde Sigurd titubeaba mientras formulaba lentamente una nueva objeción.

—Pero cuando los moros abordaron las naves de Uggla Ugglasson, este contaba con dos tripulaciones que sumaban más de setenta hombres. ¿Dónde está el resto?

—El emir no muestra piedad alguna con los infieles que no quieren convertirse —dijo Hjalmar Melenudo sombrío.

Bjørn Costado de Hierro no tardó en comprender las consecuencias de aquello: prácticamente la mitad de los hombres del conde calvo de Møre fueron obligados a convertirse y a ser testigos de la muerte de sus compañeros.

—Ahora os hablo únicamente a vosotros, suecos —bramó por encima del aullido del viento, señalando con el tonel de hidromiel a los hombres más jóvenes de la segunda fila, tras el muro de escudos de Hjalmar Melenudo—. Os han impuesto una fe y una lucha ajenas; no obstante, los verdaderos dioses volverán a acogeros encantados. Y yo hago lo mismo. Ayudadnos a combatir a los musulmanes uniéndoos a nosotros.

Percibí la duda en los suecos y proseguí:

—Fue Hjalmar Melenudo quien asesinó a Uggla Ugglasson. Apuñaló a vuestro conde aquí, a bordo, la noche siguiente al combate naval. Preguntadle por qué.

Los más jóvenes miraron a su líder calvo. Sus miradas exigían una respuesta.

—Uggla Ugglasson estaba cegado por la ira —gruñó Hjalmar Melenudo—. Solo quería ir a clavarle un cuchillo en el vientre a Bjørn Costado de Hierro. Lo detuve cuando se escabullía hacia la bancada.

Seguro que decía la verdad. La primera noche a bordo fui consciente de un breve disturbio en la parte delantera de la nave mientras los demás dormían. Debió de ser el ajuste de cuentas entre los dos.

—¿Por qué es tan importante que yo caiga en manos de tu emir? —preguntó Bjørn Costado de Hierro—. ¿Qué valor tiene mi vida?

—Nuestra libertad —respondió Hjalmar Melenudo.

—¿Vuestra libertad? —repitió Halfdan Camisa Blanca iracundo—. ¿Sois esclavos del emir a pesar de haber abrazado su fe y haberle servido durante veinticinco años? ¿Es esa una manera de vivir? Nosotros os ofrecemos la libertad sin condiciones y que veneréis a los dioses que queráis.

Ahora titubeaban también los guerreros más viejos de Hjalmar Melenudo. Quizá las bien escogidas palabras de Camisa Blanca hicieron dudar incluso al conde calvo de Møre. En cualquier caso tuvo que reforzar su determinación

bramando un prolongado mandato en la lengua de los moros, con el que seguramente los exhortó a capturar a Costado de Hierro y a matarnos a los demás. Su muro de escudos comenzó a avanzar por la cubierta.

—¡No nos gustaría tener que mataros! —gritó Sigurd Ojo de Serpiente—, pero si dais un paso más, le dejaré a mi hermano Halfdan hacer lo que quiera con vosotros, y entonces desearéis no haber subido jamás a bordo.

El gruñido de Halfdan Camisa Blanca, nítidamente audible sobre el aullido del viento, asustó a varios hombres del conde de Møre, que se detuvieron. Dado que en un muro de escudos todos deben moverse al mismo ritmo para mantener la unidad, la fila se desordenó. Hjalmar Melenudo bramó en lengua árabe dirigiéndose a los reacios.

—Podemos resolver esta cuestión mediante un duelo —siguió Sigurd Ojo de Serpiente con la clara intención de dirimir la contienda con el menor número de bajas posible—. Uno de nosotros lucha contra uno de los vuestros, y el bando del ganador decide el destino del bando del perdedor.

Hjalmar Melenudo intuyó la buena acogida de la propuesta entre sus hombres y empezó a sonreír.

—Voy a aceptar el desafío —respondió—, pero con el derecho a elegir al contrincante. Quiero luchar contra ese.

El hacha de guerra que llevaba en su mano apuntaba hacia mí.

—En estas condiciones no puedes exigir combatir contra nuestro hombre más débil —bufó Halfdan Camisa Blanca.

—Entonces propón otras condiciones. Lo que quiero es la vida del lenguaraz. ¿Qué dices tú, Rolf Hijo de Sierva?

De antemano ya estaba enardecido, pero el nombre que el Lindo Dagfinn me puso para burlarse de mí hizo que perdiese los estribos.

—¡Acepto el desafío! —chillé irreflexivamente.

Hjalmar Melenudo no esperó a que me arrepintiese. Saltó hacia delante y estampó el hacha contra mi escudo. Cualquier triunfo reforzaría su posición. Los titubeos y la cháchara no le beneficiaban.

Percibí el crujido de la madera de tilo bajo el rudo golpe al tiempo que yo iba hacia atrás en dirección a la bancada. Mi talón topó con su plataforma, me subí a ella e inicié el contraataque. Di algunos buenos golpes, provocando que el escudo de Hjalmar Melenudo retumbara, pero mi cimitarra mora era

demasiado ligera para hacer pedazos el disco, y el conde de Møre no me brindó la oportunidad de clavarla en el borde. Preveía cada uno de mis movimientos y manejaba el escudo con la misma destreza que el hacha. Era un guerrero mucho más diestro que yo.

Cuando se desplazó unos pasos a la derecha lo seguí y me sorprendió saltando de inmediato hacia la izquierda para intentar darme en la espinilla. Me protegí en el último momento bajando el escudo.

Él ya había contado con que me desprotegería y me lanzó su propio escudo a la cabeza. El reborde de cuero aminoró el golpe, pero, mientras yo seguía aturdido, dio una profunda estocada en el borde de mi escudo y lo desgarró con el filo de su hacha de guerra. Me quedé con un escudo abollado rodeado de astillas. Rio alzando de nuevo el hacha. Vi en sus ojos mi propia muerte.

En ese instante una gran ola sacudió la nave. La cubierta tembló. Un rayo nos iluminó con un áspero destello. El trueno gruñó en el cielo.

—¡Mis dioses presencian nuestro duelo! —grité para infundirme valor—. El tuyo se oculta en tierra firme.

—¡Alá jamás se halla lejos cuando combaten los que le son fieles!

—Fiel es la cualidad de un perro. ¡Y el perro se lame su propio culo!

La cólera veló la mirada de Hjalmar Melenudo. El pundonor constituía su punto más débil. Puede que el único. Yo tenía que aprovecharlo.

—Si tu Alá es tan poderoso —continué—, ¿cómo ha podido permitir que los vikingos entraran en su reino?

—¡No habéis entrado en mi territorio! Apenas habéis mordido en un extremo.

Una nueva ola zarandéó la nave y levantó la proa hacia el cielo. El movimiento provocó que uno de los tripulantes muertos cayese de su remo y su cuerpo sin vida se deslizó por la cubierta resbaladiza por la lluvia. Hjalmar no se dio cuenta hasta que la cabeza dio contra su tobillo, lo que le hizo tambalearse.

Aproveché el momento para clavar la cimitarra en el borde de su escudo. Al estar distraído, no reaccionó y logré arrancarle el escudo, que salió volando por encima de la borda hasta aterrizar sobre las olas.

—¡Parecéis paganos que obtienen ayuda de los muertos! —gritó mientras daba una patada al cadáver, que alcanzó las cuadernas del costado de la nave

con un golpe.

A pesar de todo, quizá tuviera sentido el miedo que los nórdicos les profesaban a los fantasmas. A lo mejor los muertos de la nave larga intentaban vengarse de su homicida, pues más cadáveres se deslizaban a sus espaldas. Saqué ánimos de dicha esperanza. De los vivos no podía esperar ninguna ayuda. Tanto los hijos de Lodbrog como los suecos y los excelentes hombres de Hjalmar Melenudo permanecían anclados a la borda o aferrados a todo aquello que estuviera firme.

—Es preferible la ayuda de un muerto que ninguna.

El conde de Møre atacó de nuevo. Eludí la cabeza del hacha saltando fuera de su alcance. Un golpe siguió a otro en rápida secuencia, pero los caprichosos movimientos del barco le hacían perder el equilibrio a cada intento. El hacha pasaba sin rozarme junto a mi rostro y mi cuerpo mientras yo me zafaba.

—Eres viejo y lento —me mofé.

¡—Tú eres joven y estúpido, por eso vas a morir!

La cubierta volvió a elevarse, en esta ocasión de popa a proa. Cadáveres y enseres patinaron hacia la parte delantera del barco. Con una patada desvié de su trayectoria un arcón desbocado que rozó la pierna de mi rival y se hizo añicos contra la borda.

Me alcé por encima de la contienda. Danzaba a mi aire por la cubierta. Despierto y ligero, presentía los movimientos de la nave antes de que tuviesen lugar. A Hjalmar Melenudo se le veía torpe y desquiciado, y le faltaba el resuello. Lo que ahora desprendía su mirada era miedo.

—Podemos aplazar la lucha hasta más tarde —dijo.

—¡Prefiero resolverlo ahora!

Su oferta era una treta. Mientras yo aún estaba respondiendo intentó darme una estocada. Con gran estrépito, el hacha se clavó en la cubierta, a un centímetro de mi pie derecho. Fijé la vista en la pesada cabeza que me habría cortado la pierna si un veloz arcón no hubiese alcanzado al dueño en pleno movimiento. Hjalmar Melenudo blasfemó, guardó el equilibrio con ayuda del mango y empezó a mover el arma para liberarla. Los ojos garzos levantaron la vista con odio en las tinieblas de su mirada. Ya solo estaba enganchada la parte más externa del filo, enseguida estaría dispuesto a atacar de nuevo.

Me lancé hacia delante gritando desaforado para hacerle un tajo con la cimitarra en el muslo. La afilada hoja le atravesó la ropa, los músculos y la carne. Hjalmar Melenudo bramó maldiciéndome en la lengua de los moros. Soltó el hacha, que se mantuvo erguida, y cayó sobre la cubierta.

Solo cuando fui a retirar el arma y noté la resistencia del hueso, comprendí que un solo corte bastaría para poner fin al combate, ya que Hjalmar Melenudo no era capaz de levantarse por sí mismo. Mi triunfo se ahogó en agua marina, porque en ese momento una ola invadió la nave. Resultaba imposible decidir qué era lluvia y qué eran salpicaduras. La cubierta basculó, perdí pie y resbalé hacia babor, aunque paré la caída tensando los pies contra las cuernas. Dos de los musulmanes de Hjalmar Melenudo se mantenían aferrados a la borda a mi lado.

Los miré.

Ellos me contemplaban embobados.

Se oyó un grito por encima de nosotros. Hjalmar Melenudo venía resbalando por la cubierta en pendiente, indefenso y haciendo aspavientos con las manos para tratar de agarrarse a algo. Topó con el costado del barco unos pasos más allá, chilló de dolor y continuó rodando hacia las olas. Ninguno de sus dos hombres hizo amago de ir a ayudarlo. A ciegas extendí el brazo por la borda, aferré algo ensortijado y cerré el puño alrededor de la larga barba rubia.

Durante un instante, Hjalmar Melenudo osciló sobre el mar de espumarajos. Entonces, la nave volvió a su posición y juntos caímos pesadamente sobre la cubierta. Me puse en pie y lo arrastré por el suelo tras de mí. Se quejaba gimoteando. No le solté la barba hasta que estuve cerca de los hijos de Lodbrog, que seguían aferrados al cierre del mástil.

—¡Aquí está! —grité mientras les arrojaba al contrincante al que acababa de vencer—. Ya que no habéis sido capaces de derrotarlo, al menos podríais custodiarlo.

Bjørn Costado de Hierro protestó con un ronroneo por mi desvergüenza. Yo seguía sintiéndome por encima de todo un guerrero y bramé:

—¡Cierra la boca, viejo chucho!

Lejos de ofenderse, el gigante de la barba gris parecía contento porque me hubiese referido a él con el insulto preferido de su pupilo. Me tambaleé hasta

la popa con la risa ronca de Halfdan Camisa Blanca en mis oídos. La cresta espumosa de las olas se alzaba ahora por encima del mástil. La lluvia martilleaba la cubierta. Un relámpago refulgió en el cielo y el estallido del trueno atravesó la nave larga. Ylva luchaba contra la tormenta con una mano en el timón. La otra sujetaba firmemente a Bella. Debía agradecer a la escudera y su manejo de la caña que los movimientos del barco me hubieran ayudado. La miré asintiendo con la cabeza de manera cómplice. Me respondió con una sonrisa.

—¿Estás vivo?! —chillé cayendo de rodillas junto a Ravn Hijo de Bue.

—A duras penas —me respondió—. Os he escuchado. ¿Cómo has adivinado todo aquello que no llegué a contarte?

—La cimitarra de Uggla Ugglasson.

Ya sea porque los sueños son mensajes de los dioses o un saber del que aún no somos conscientes, fue el sueño acerca del arma que el cadáver de Uggla Ugglasson llevaba en el cinto lo que me permitió adivinar lo ocurrido. El desliz de Hjalmar Melenudo a raíz del cuento del mito divino también fue muy revelador. Después, no quedaba más que atar cabos.

Ravn Hijo de Bue sonrió al comprenderme.

—Uggla Ugglasson estaba medio loco por vengarse —dijo—. Iba en compañía de Hjalmar Melenudo cuando vinieron a inspeccionar a los varegos supervivientes de Oporto, después de que Vímara Peres nos hubiese traicionado. Él me escogió por ser quien mejor conocía a Bjørn Costado de Hierro. Los demás fueron ajusticiados.

—De modo que Uggla al menos salvó a su viejo amigo.

—Solo para que lo ayudase a echarle el guante a Bjørn Costado de Hierro. Y hay algo más que debes saber... —La expresión de sus ojos cambió de expresión, se interrumpió a sí mismo señalando algo a mis espaldas—. ¡El chaval!

Una de las fuertes sacudidas del barco por la tormenta había arrancado de la borda al más joven de los hombres de Hjalmar Melenudo. El desgraciado intentaba en vano agarrarse a algo en el momento en que nos hundíamos sin previo aviso en la depresión de una ola. La rapidez de la caída le hizo salir despedido por el costado del barco. Lanzó un chillido estridente.

Supe de inmediato quién era. Entré en un torbellino junto al movimiento

descendente de la cubierta. Por un instante volé a veinte pasos de los hijos de Lodbrog y Hjalmar Melenudo, hasta que frené mi caída contra una cuaderna. Un arcón desbocado alcanzó la borda justo a mi lado haciéndose pedazos. Los tesoros que contenía desaparecieron en el mar.

El náufrago se había aferrado a una de las sogas que colgaban sueltas del mástil. Por breves momentos lo veía aparecer entre las olas. Él también intuyó mi presencia, levantó la vista y me reconoció. Me sonrió entre la lluvia y la espuma.

Agarré la soga, tensa debido a su peso. Centímetro a centímetro tiré de él hacia mí. Al fin pude darle la mano por encima de la borda y subirlo al barco. Caímos sobre la cubierta.

—Gracias, buen señor —dijo él sin resuello.

—Los jinetes que aguardaban en la emboscada de al-Mariya me llevaron con ellos hasta Ibn Asmun —explicó Khalid—. Durante la batalla naval, yo iba con él y con otros hombres en los barcos del emir. Vimos arder las naves largas. Vimos a Sigurd Ojo de Serpiente y a Hastein destruir el barco incendiario. Ibn Asmun me obligó a nadar hacia vosotros. Una vez aquí oculté mi cara todo el tiempo.

La situación de caos que siguió a la explosión del barco incendiario en el estrecho hizo que Ibn Asmun —o Hjalmar Melenudo— actuara de manera impulsiva. Si se hubiese parado a pensar, habría sabido que tanto la presencia de Uggla Ugglasson como la de Ravn Hijo de Bue y Khalid conllevaba sus riesgos. Por otro lado, tampoco contaba con que le fuera a resultar tan difícil hacerse con el mando de la nave.

Desde su lugar en la proa entre los excelentes hombres de Hjalmar Melenudo, Khalid no tuvo ocasión de revelar su identidad. El Lindo Dagfinn lo reconoció cuando se unió a ellos, lo cual hizo que Hjalmar Melenudo mantuviese aún más oculto al muchacho. Uggla Ugglasson intentó perpetrar el atentado contra Bjørn Costado de Hierro y fue asesinado. Ravn Hijo de Bue también probó el cuchillo. Cada nuevo acto convencía más a Khalid de que se hallaba en manos de hombres sin escrúpulos. Finalmente, apenas se atrevió a moverse. Solo cuando vencí en el duelo a Hjalmar Melenudo se decidió a salir, y entonces el agua lo barrió por encima de la borda.

Gracias a Ylva, que se mantuvo imperturbable al timón, nos salvamos de la tormenta. Granizos del tamaño de huevos de paloma cayeron sobre su tosco semblante, golpes de mar más altos que el mástil barrieron la cubierta, y cuando una costa rocosa apareció frente a nosotros entre los destellos de los relámpagos, la escudera logró llevarnos, rodeando una pequeña isla, hasta una amplia bahía con forma de media luna. La quilla se rajó con un prolongado crujido al toparse con la playa, pero todos salimos ilesos.

La orgullosa nave larga descansaba ahora sobre el costado, como una ballena varada bajo el brillo del temprano sol de la mañana. Khalid y yo buscamos artículos de valor entre las cuadernas rotas del barco mientras los demás náufragos registraban cadáveres y arcones en el oleaje. Sentado sobre una piedra, Halfdan Camisa Blanca se afeitaba el rostro con su sax. A su lado había acampado Bjørn Costado de Hierro con el barril vacío de hidromiel en el regazo. El único barril que consiguió poner a salvo.

—¿Sabías que conocíamos a Bjørn Costado de Hierro cuando te topaste con nosotros en Qurtuba? —pregunté.

No fue casualidad que Hastein y yo nos encontrásemos con Khalid durante nuestro primer día en la ciudad del emir, pues era uno de los muchos menores anónimos al servicio del emirato. Su misión consistía en engancharse y ganarse la confianza de los mercaderes extranjeros, que aunque aparentemente gozaban de total libertad en la mediría de Qurtuba eran sometidos a una estrecha vigilancia.

—En aquel momento creía que vigilaba a espías del rey de los francos o de Alfonso de León —respondió—. Solo más tarde comprendí que erais vikingos.

Khalid explicó que durante el viaje a al-Mariya, después de que el Grupo de la Almenara me hubiese liberado de la cámara de tortura en al-Hamra, nos había oído a Hastein y a mí mencionar el nombre de la ciudad, por lo que pensó que allí encontraría a quien me auxiliara. Aquella vez debería haberme parado a reflexionar sobre cómo un niño de la calle que nunca había salido de los callejones de Qurtuba podía conocer aquella pequeña ciudad portuaria, o incluso la geografía de la región y la red de calzadas que dejaron los romanos. Ahora ya daba igual.

—El torturador y el tullido evitaron causarme daños irreversibles al

torturarme —proseguí—, porque Hjalmar Melenudo esperaba que mis amigos vinieran a al-Hamra a liberarme y te lleváramos con nosotros hasta el escondite de Bjørn Costado de Hierro. Y así fue, e informaste a tu superior acerca de nuestros movimientos una vez que regresamos a aguas moras.

—Pero de eso tú mismo fuiste el culpable. Si no me hubieses dejado en al-Mariya, la gente de Ibn Asmun jamás me habría encontrado. Estaba solo, no podía sino contarle la verdad. —La cara aniñada bajo los rizos negros se iluminó con una sonrisa—. Ahora por fortuna ya no podrá hacerle más daño a nadie. Le di la razón a Khalid en que Hjalmar Melenudo era nuestro menor problema. Al seguir la costa con la mirada, vi nítidamente que habíamos varado en el extremo de una gran bahía que daba al sur. En la Tierra Azul, las costas miran hacia el norte, este u oeste, nunca hacia el sur. No sabía a qué lugar habíamos llegado, pero el territorio bien podía ser moro.

Ylva interrumpió mis reflexiones. La escudera regresaba a la carrera de los bosques situados bajo las montañas del interior. Mientras los demás buscábamos entre los restos del naufragio, ella intentaba encontrar madera que sirviese para reparar la nave.

Khalid, los hijos de Lodbrog, los nórdicos musulmanes de Hjalmar Melenudo, los sobrevivientes suecos de Uggla Ugglason, que ahora habían jurado fidelidad a Costado de Hierro, y yo nos arremolinamos alrededor de Ylva. Veinticuatro hombres ansiosos esperando oír lo que la escudera tenía que contar.

—Ni un roble —comenzó a explicar sin aliento y con las manos sobre las rodillas—. Solo pinos piñoneros. No sirven... para la construcción de un barco.

—¿A qué viene entonces esa prisa? —preguntó Bjørn Costado de Hierro arisco.

—Nos encontramos en Maiorica, la mayor de las Islas de Esclavos. —Ylva señaló la línea de la costa que formaba la bahía, que se extendía hacia el este hasta donde alcanzaba la vista—. Aproximadamente a medio día de viaje en esa dirección se encuentra la capital, Palmaria. La he reconocido por la cima de una colina en el interior del país.

—Desde luego, no creo que allí seamos bien acogidos.

Sigurd Ojo de Serpiente dijo lo que todos los demás pensábamos.

—No —continuó Ylva—, y los lugareños han debido de advertir a los grandes de la ciudad de que hemos sido arrastrados a tierra en este punto. Una tropa de cincuenta soldados se dirige hacia aquí. Totalmente armados y pertrechados con escudos y lanzas.

—Suenan bien —sonrió Halfdan Camisa Blanca a través de las convulsiones del rostro recién afeitado—. Estaba empezando a aburrirme.

—Perdimos el tonel con las armas durante la tormenta —ronroneó Bjørn Costado de Hierro—. No nos queda ningún escudo. Seríamos veintitantos hombres con espada y cuchillo contra cincuenta soldados que portan escudo y lanza. Es un suicidio, incluso tratándose simplemente de cristianos.

Con nuestro limitado armamento era inviable luchar contra un muro de escudos; sin embargo, no había que perder toda esperanza. Lo que debíamos hacer era ir al encuentro de los soldados de tal manera que se nivelase la relación de fuerzas.

—Les tenderemos una trampa —dije señalando el promontorio, cuyas maltratadas laderas rocosas asomaban entre el oleaje al final de la playa. La noche anterior nos habíamos esforzado por llegar allí desde la nave naufragada para buscar abrigo bajo la tupida vegetación de su cumbre mientras la tormenta arreciaba—. Los cristianos seguirán nuestras huellas en la arena. Cuando lleguen cerca de las rocas los sorprenderemos desde arriba.

Hablamos del tema a fondo. Ningún miembro de nuestro misceláneo grupo objetó en lo más mínimo la propuesta de conducir a los soldados cristianos de Palmaria a una emboscada. Incluso Bjørn Costado de Hierro estaba de mejor humor ante esa perspectiva. Le escuché alabar mi idea ante sus hermanos mientras nos esforzábamos por dejar en la arena las huellas más nítidas posible.

—Rolf ya casi es tan avisado como Hastein —dijo.

—Quizá —dijo Sigurd Ojo de Serpiente—, pero ¿qué te hace pensar que podemos confiar en el puñado de musulmanes y suecos que llevamos con nosotros?

Dales a esos alfeñiques el cuchillo —bufó Halfdan Camisa Blanca—. Ya dije que solo darían problemas.

—No hay como una pequeña contienda contra un enemigo común para establecer lazos en un grupo desigual —respondió Costado de Hierro—. Odín

nos sonrío.

—Al menos podrías haberme permitido matar al calvorota.

—Hjalmar Melenudo también puede sernos de utilidad. Ya lo verás.

Sonreí por la consabida coletilla de Costado de Hierro mientras trepábamos por el promontorio a través de la tupida vegetación, hasta el lugar donde se hallaban Ravn Hijo de Bue y Bella. Cada uno de ellos sostenía una lanza apuntando a Hjalmar Melenudo. Aunque el conde noruego no podía sostenerse sobre su pierna herida —que yo había vendado de forma muy simple—, teníamos que vigilarle, porque, a diferencia de sus hombres, él no tenía intención de aliarse con nadie. Ravn Hijo de Bue aún no se había recuperado de su herida en el pecho, pero se le veía lleno de optimismo.

—El *nidding* no ha causado problemas durante vuestra ausencia —informó—, y tampoco ha dicho gran cosa.

—Ay de los vencidos —murmuró Hjalmar Melenudo.

—Ahora que hablas de victoria —le dijo Bjørn Costado de Hierro—, pronto tendremos la oportunidad de saborearla, pues un grupo de soldados cristianos vienen de camino. Y tu herida no es tan grave como para que no puedas ayudarnos a derrotarlos.

Hjalmar Melenudo resopló ante la oferta.

—Si me uno a vosotros —dijo—, mi familia estará perdida.

—¿Tu familia? —repitió Sigurd Ojo de Serpiente.

—Tengo una esposa mora y tres vástagos esperándome en Qurtuba.

¿Tus hombres también?

—Ninguno de nosotros vio a su familia durante los años que languidecíamos en Pamplona. Nuestros hijos e hijas eran adolescentes cuando nos llamaron de vuelta a casa para apresarlos. Prometieron que nos reuniríamos con ellos de nuevo una vez que hubierais muerto. Ahora eso no sucederá jamás.

Los hijos de Lodbrog se encogieron de hombros ante aquella información; sin embargo, yo quería reflexionar sobre ella. Nos repartimos bajo los árboles y arbustos, y nos sentamos a esperar la llegada de los soldados cristianos.

En lugar de eso sucedió algo muy distinto.

—Viene un barco —prorrumpió Ylva señalando al mar.

Efectivamente, entre la reverberación del sol surgió algo parecido a una nave larga navegando en torno al cabo del otro extremo de la playa. Por un instante creí que se trataba de un espejismo, aunque en ese caso habría sido una visión en grupo, pues todos seguíamos la embarcación con la mirada. Un poco más lejos, bajo un pino, Hjalmar Melenudo y los doce nórdicos musulmanes comenzaron a hablar entre sí acaloradamente en lengua árabe.

—La vela es blanca. —Bjørn Costado de Hierro amusgó los ojos gris pálido—. Una de las naves del emir.

—La tormenta la ha conducido hasta aquí —concluí—. Como a nosotros.

—Me da igual quién haya traído hasta aquí a esos hijos de puta —ronroneó Costado de Hierro—. Van a estropearlo todo. No parece que los dioses nos favorezcan. Estamos malditos.

Derrotista, se sentó entre las hojas verdes de los arbustos con el barril de hidromiel en los brazos. Los demás no apartábamos los ojos del barco moro. Quien lo conducía descubrió nuestra nave larga en la playa y puso rumbo hacia ella. Fue una visión magnífica contemplar las hermosas tablas curvadas cuando la nave subió su proa a la arena. Los hombres vestidos de verde saltaron por la borda y, con las cimitarras en la mano, se acercaron con precaución a la nave naufragada.

—Ylva, si lográramos conquistar esa nave, podrías gobernarla como si se tratara de una de las nuestras, ¿verdad? —dije.

La escudera asintió con una expresión jovial en sus ojos demasiado juntos. Todos echábamos de menos hacernos de nuevo a la mar.

—¿Cómo reaccionarían los guerreros musulmanes de Hjalmar Melenudo si les pidiésemos que robasen un barco del emir? —preguntó Bella.

—Motín —dijo Bjørn Costado de Hierro secamente—. Rebelión. Oposición y discordia. También podríamos desistir de intentar convencer a los musulmanes. Quieren regresar a casa con sus familias.

—En el mejor de los casos, zarparían con sus correligionarios y nos dejarían solos luchando contra los cristianos de Palmaria —dijo Sigurd Ojo de Serpiente.

—Al menos así tendríamos una muerte gloriosa que nos llevaría directos al Valhalla —opinó Halfdan Camisa Blanca.

Yo no estaba de acuerdo con ellos. Me sentía aún un guerrero elevado por encima de la contienda, a pesar de que nadie había sacado todavía las armas. Notaba la cabeza ligera como el aire cuando, sin hacer ningún comentario acerca del pesimismo del resto, me levanté y fui hasta el pino bajo en el que se hallaban los doce guerreros de mediana edad.

—Por lo que he oído, el emir tiene custodiadas vuestras familias —les dije—. No sé qué puede esperarse de un líder que toma como rehenes a mujeres y niños para asegurarse la lealtad de sus hombres. Sin embargo, ahora estaba pensando en cómo se habrá interpretado el hecho de que os lanzaseis al mar durante la batalla naval para nadar desde su barco al nuestro. ¿Debió de parecer una estrategia militar o una fuga? Y si los moros han malinterpretado vuestras intenciones, ¿qué os imagináis que habrá pasado entonces con vuestras familias? Conocéis mejor que yo a vuestro emir, pero no da la impresión de que sea un hombre propenso a perdonar.

Los hombretones curtidos, morenos por el sol, se miraron entre sí. Esa consideración era nueva para ellos. No habían vacilado ante las órdenes de Hjalmar Melenudo ni tampoco se habían parado a pensar de qué modo verían sus actos los ojos de los demás. Mi pregunta provocó una gran discusión entre ellos.

Entretanto, los suecos y los hijos de Lodbrog no dejaban de vigilar atentamente. Casi toda la tripulación del barco moro, de unos cuarenta hombres, se encontraba ya en la playa reunida en torno a la nave naufragada. Buscaban supervivientes entre los restos y examinaban los muertos de la orilla. Entonces vieron nuestras huellas en dirección al promontorio. Era evidente que su líder dudaba acerca de lo que debía hacer, pero al fin envió a la mitad de sus hombres a investigar.

—La trampa de Rolf Lenguaraz funciona —oí que les decía Halfdan Camisa Blanca a sus hermanos—, pero los musulmanes son mejores guerreros que los cristianos. Todavía podemos llegar al Valhalla hoy.

No le faltaba razón. Sin embargo, yo tenía la impresión de que los acontecimientos iban en la buena dirección. Me volví de nuevo hacia los doce excelentes hombres de Hjalmar Melenudo, que seguían discutiendo entre sí.

—Habéis construido naves para el emir y habéis luchado por él durante veinticinco años —los interrumpí—. ¿Y cómo os lo ha agradecido? Todos vuestros compañeros han muerto. Puede que también vosotros muráis aquí y aniquilen a vuestras familias. No le debéis a vuestro emir nada en absoluto.

Callaron mirándose entre sí.

—Posiblemente tengas razón —me dijo uno de ellos—. Pero eso es *haram*: está prohibido que un musulmán luche contra otro musulmán.

A pesar de que, en su momento, aquellos doce hombres fueron convertidos a la fuerza, no combatirían de buena gana contra sus correligionarios. No obstante, Khalid comprendió adonde quería yo llegar. Les habló durante un rato en lengua árabe. Finalmente asintieron a lo que él les había dicho.

—Les he recordado —me contó— que Abd al-Rahman, antepasado de Muhammed I, se rebeló contra los valís musulmanes de Bagdad que habían conquistado al-Ándalus a los cristianos. Alá no se enfada por una rebelión contra soberanos que carecen de razón.

—¿Van a pelear?

—Quieren pelear para vengar a sus familias, pues ahora ya se han convencido de que han muerto. Y prefieren ser hombres libres que esclavos.

—Entonces pongámonos manos a la obra antes de que cambien de idea.

Los doce guerreros me siguieron, ocultos por la vegetación, en dirección al borde del promontorio. De camino hice señas a los hijos de Lodbrog para que nos acompañaran, ya que todos debíamos luchar juntos si queríamos vencer a los moros de la playa. Ni Bjørn Costado de Hierro, sentado con el barril de hidromiel en los brazos, ni Sigurd Ojo de Serpiente, que contemplaba a su esposa con mirada interrogativa, me hicieron caso. Lo mismo ocurría con Halfdan Camisa Blanca, inclinado sobre Hjalmar Melenudo.

—¿Qué es lo que estás diciendo, pedazo de *nidding* calvo? —preguntaba Halfdan Camisa Blanca iracundo.

—La verdad —respondió Hjalmar Melenudo encogiéndose de hombros, como si lamentara traer malas noticias—: Bella perdió a su hijo durante la batalla naval. Me sorprende mucho que no os lo haya contado ella misma.

Me detuve y no comprendí hasta un instante después lo que ocurría. Al ver la nave mora, Hjalmar Melenudo había recobrado el ánimo y había presentido que podía volver la situación a su favor si sembraba la discordia entre

nosotros. Infatigable, se puso a ello, lográndolo en el corto espacio de tiempo que tardamos Khalid y yo en convencer a los musulmanes de que nos ayudaran a luchar contra sus correligionarios.

—Rolf lo sabe —prosiguió Hjalmar Melenudo—. Ambos lo vimos cuando sucedió, al igual que otros hombres que por desgracia ya están muertos.

«Los hombres que tú mataste», pensé, aunque me había quedado petrificado y no podía hablar. Argumentar tampoco iba a resultar de mucha ayuda con Halfdan Camisa Blanca, quien se volvió hacia mí con una mirada ardiente de ira.

—¿Es eso cierto, Rolf?

—Puedes leerlo en su cara —dijo Hjalmar Melenudo triunfal—. Él obligó a Bella a silenciar el aborto.

La indecisión brillaba en los enormes ojos de mi hermanastra, aún fijos en mí. Como también brillaba la ira ciega y la pesadumbre en la mirada de Halfdan Camisa Blanca.

—Espera un momento —dijo Sigurd Ojo de Serpiente confundido—. ¿Qué iba Rolf a ganar con ello?

Hjalmar Melenudo tenía preparada su respuesta.

—Hijo de Sierva quiere impedir que repudies a tu esposa, conde Sigurd. No le gustaría perder el prestigio del que goza gracias a vuestro parentesco.

Me asombraba el talento de Hjalmar Melenudo para sacar partido a las informaciones que el Lindo Dagfinn le había confiado durante las conversaciones de ambos a bordo de la nave. Tomé aire para contradecir sus mentiras. Halfdan Camisa Blanca me interrumpió antes de que pudiera llegar a pronunciar palabra.

—¡Y yo he salvado la vida a este mierdecilla dos veces!

Mi campo de visión se estrechaba a medida que se aproximaba la furia de sus ojos castaños. Era mi propia muerte lo que veía en la mirada de Halfdan Camisa Blanca. Sus nudillos se tensaron blancos alrededor de la empuñadura del sax. El miedo volvió mi lengua un trozo de carne cruda en mi boca. Solo fui capaz de alejarme tambaleándome con las palmas de las manos extendidas hacia él.

—¡Alto!

Nos quedamos petrificados por la desesperación que había en el grito

estridente de Bella. Los moros de la playa, que ya habían llegado al pie del peñasco, también se detuvieron.

—Fui yo —susurró—. Fui yo la que quiso mantener el aborto en secreto.

—¿Por qué? —gruñó Halfdan Camisa Blanca con voz ronca.

—Por el mismo motivo que Rolf —respondió Hjalmar Melenudo rápidamente—. Por todo lo que había ganado. Para no perder sus privilegios.

—¿Así que mentiste? —La voz de Camisa Blanca se elevó un tono al mirar a Bella—. ¿También cuando decías que yo te gustaba? ¿Cuándo me contaste que el niño era mío y no de Sigurd?

Todos miraban a Bella, que temblaba. Ya no de miedo. Ahora era la indignación lo que la agitaba, puede que incluso el arrepentimiento por las cosas que había hecho para ganar poder entre los vikingos.

—¿Cómo iba yo a saber quién de vosotros era el padre? —Su voz sonaba estridente—. ¿Y cómo iba a gustarme un degenerado como tú?

—¿Un degenerado? —Halfdan Camisa Blanca extendió la mano en busca de la condesa pero ella se escabulló—. ¿No hablarás en serio, Bella? Di que no lo piensas de —verdad.

Por fin comprendí lo que Ylva quiso decir cuando afirmó que Halfdan Camisa Blanca era un pobre hombre. Todos lo temían, la mayoría lo respetaban, pero nadie le quería, que era lo único que él deseaba. El menor de los hijos de Lodbrog se dio cuenta de que si Bella había indicado su relación carnal con él fue por cuestiones prácticas. Eso lo volvía más dócil. Ella lo había hecho por su propia conveniencia. Él no comprendió que en aquella ocasión ella era otra.

—La mentira forma parte de la naturaleza de toda mujer.

La última apreciación impremeditada de Hjalmar Melenudo logró al fin aclarar la mirada confusa de Sigurd Ojo de Serpiente. Se decía que el conde de la barba negra era lento; sin embargo, reaccionó rápidamente y se situó delante de su mujer en el mismo instante en el que Halfdan Camisa Blanca, cegado, daba una puñalada.

Sigurd Ojo de Serpiente se quebró. Los hombres que nos rodeaban gritaron. Bella chilló. Ylva saltó hacia delante para separar a los hermanos.

—Sigurd —murmuró a espaldas de la escudera la voz ronca de Halfdan Camisa Blanca—, no era mi intención.

—Entonces es una suerte —jadeó Sigurd Ojo de Serpiente— que aún llevara la cota de malla de Ylva bajo la saya. ¿Realmente el *nidding* calvo va a conseguir sembrar la discordia entre nosotros, hermano?

Halfdan Camisa Blanca vaciló. Después contrajo el liso rostro rasurado en una mueca de pena.

—Nuestro hijo ha muerto —dijo con llanto en la voz.

—Fue culpa mía. Debería haber cuidado mejor de Bella. —Sigurd Ojo de Serpiente se volvió hacia su esposa—. ¿Podrás perdonarme?

Bella, acostumbrada a considerar a su marido como un bondadoso tontorrón, se había quedado de piedra ante su inesperada agilidad mental. Su mirada pasó de un hermano al otro, del esposo al amante, y asintió en silencio.

—Entonces no hablaremos más de ello —decidió el conde Sigurd.

En ese mismo instante oímos un grito de guerra que venía de las peñas cubiertas de vegetación. Nos volvimos a un tiempo como si se tratara de una orden y miramos hacia la playa.

Finalmente, los cincuenta soldados de Palmaria habían llegado. Sin que nadie se hubiese percatado de su presencia, se habían colocado formando un muro de escudos en medio del leymus, y ahora bramaban hacia los marineros moros. La ira de sus voces testimoniaba los múltiples intentos del emir de invadir sus islas, y asimismo un cierto alivio por no haberse topado con los nórdicos que esperaban encontrar, sino con el enemigo habitual del continente. A los moros los conocían. Ya los habían ahuyentado en otras ocasiones.

Con la espalda vuelta hacia el mar, los veinte guerreros moros estaban en desventaja. No sumaban ni la mitad de los atacantes cristianos. Aun cuando sus compañeros del barco acudiesen en su ayuda, estarían en menor número. Tras un mínimo instante de duda echaron a correr.

—Los moros huyen de regreso a su nave —rugió uno de los suecos.

—¡Si logran hacerse a la mar, nos quedaremos aquí varados! —gritó uno de los musulmanes.

—¡A por ellos! —bramó Halfdan Camisa Blanca, saltando desde la cima del promontorio. Aterrizó pesadamente sobre la arena a corta distancia, rodó y se puso de pie en medio de los marineros moros, que entraron en pánico al ser atacados por la espalda. Halfdan Camisa Blanca fue de aquí para allá y abatió en un momento a tres hombres con el puñal. Tomó sus armas y nos las lanzó al

resto, que bajábamos medio rodando por el promontorio. Nos pusimos a correr tras los moros, quienes tiraron sus escudos y sus cascos para huir más rápido.

Los veinte hombres que se habían quedado junto a la nave vieron lo que ocurría con sus compañeros y comenzaron a empujar febrilmente la proa. Al principio, la nave no se movía, pero consiguieron arrancarla de la arena, y al cabo de un instante se mecía en el oleaje.

La emprendimos a golpes con los que huían. Nos sentíamos embriagados por la sangre. Éramos una manada de lobos cazando un rebaño de ovejas, la muerte sobre dos piernas, más veloces que un cuervo y con mayor fuerza que un oso. Luchábamos contra un enemigo común, y ese era el mejor modo de establecer lazos en un grupo desigual. Detrás de nosotros yacían los cadáveres en la arena mientras enfrente la nave se deslizaba saliendo de la bahía.

Halfdan Camisa Blanca tomó la delantera. Con un gran salto se agarró a la borda. La tripulación, aterrada, le golpeaba las manos, la cabeza y los hombros como si se tratara de un animal peligroso. Alguien a bordo cogió una lanza para pincharle en la cara. Él se protegió con una mano. Los demás intentábamos avanzar con el agua del mar por la cintura y le gritábamos que se agarrase fuerte, que subiera a bordo y detuviese el barco. Todos habíamos depositado nuestras esperanzas en él.

Finalmente tuvo que soltarse. Bramando de ira intentó sujetarse a la pendiente de la proa, pero no lo logró. Cuando los moros empezaron a remar probó sin éxito a agarrar los remos. Los demás aguardábamos en silencio con el agua hasta la cintura y lo mirábamos desalentados. Bjørn Costado de Hierro nos alcanzó con la panza brincando, el sudor en la frente y una expresión sombría en su semblante de barba gris.

—Sabía que el intento sería infructuoso —ronroneó sin aliento.

Infructuoso por completo no había sido. Veinte cadáveres moros yacían en la orilla. Habíamos acabado con más de la mitad de los tripulantes de la nave, aunque al final no ganáramos nada. Ahora éramos nosotros los que estábamos frente a los guerreros cristianos de Palmaria, quienes nos habían seguido entre las rocas. Estaban confusos pero continuaban firmes. Ningún enemigo invadiría su isla. Formaban un muro de escudos compacto cubierto de puntas de lanzas.

Halfdan Camisa Blanca vadeó el agua para llegar a tierra mientras la nave mora rodeaba la pequeña isla y ponía rumbo a mar abierto. Tenía varios cortes en las manos y en los hombros. La sangre le salía a borbotones de una larga brecha en su mejilla. El agua salada tenía que escocerle, sin embargo, no parecía afectarle. Entonces señaló a los cristianos.

—Aún nos queda una batalla por librar —bufó enseñando los dientes igual que una fiera.

—La última —gruñó Bjørn Costado de Hierro, sentado en la arena con la cabeza gacha y el barril de hidromiel en los brazos.

—¡No nos cogerán fácilmente!

Sigurd Ojo de Serpiente empujó a Bella detrás de sus anchas espaldas para protegerla, como si de esta manera pudiese impedir que le hicieran daño una vez que los demás yaciésemos muertos sobre la arena.

Carecíamos tanto de cotas como de cascos. Cada uno portaba una sola arma corta. Los cristianos obstaculizaban cualquier vía de escapatoria excepto el mar abierto.

Di tres pasos hacia su muro de escudos y tiré a Aguiluña en la arena.

—¿Te rindes, Hijo de Sierva? —preguntó Halfdan Camisa Blanca, cuya voz rebosaba desprecio.

—No —respondí—. Solo quiero intercambiar un par de palabras con los cristianos.

—¿De qué va a servir?

—Ya lo verás.

Seguíamos el camino pedregoso que discurría a lo largo de la costa sur de Maiorica. Los árboles y los arbustos eran de color verde oscuro. La tierra y las rocas parecían tartas medio deshechas de arena anaranjada. A nuestro alrededor chirriaba el canto de las cigarras en las calurosas primeras horas de la tarde.

Veinte de los soldados cristianos, cuya disciplina y equipamiento dejaban mucho que desear, marchaban a la cabeza en dos filas no muy rectas. Detrás de ellas desfilaba nuestro grupo de guerreros, equipados con lo que les quitamos a los cadáveres en la orilla. Khalid se paseaba orgulloso vistiendo una cota de malla mora demasiado grande para él y una cimitarra con el extremo de su funda rozando el suelo. También los hijos de Lodbrog llevaban ahora cimitarras y cascos puntiagudos con símbolos sinuosos. Bella se mantenía pegada a su marido con una de las sayas verdes de los moros sobre el andrajoso vestido azul de terciopelo. Ylva portaba como siempre la ajustada saya de cuero y sus propias armas.

A nuestras espaldas retumbaba una carreta de bueyes. Sobre la paja descansaban Ravn Hijo de Bue y Hjalmar Melenudo. Detrás de ellos venían aún treinta soldados. Frente a nosotros, en el extremo de la costa polvorienta de la ancha bahía, asomaban los muros de color arena y las torres de Palmaria.

—Entonces somos prisioneros —dijo Sigurd Ojo de Serpiente.

A pesar de las muchas veces que Bella y yo le habíamos explicado nuestra

nueva situación, no la comprendía bien y volvía a preguntar. Quizá porque ella tampoco había entendido del todo lo que sucedía. No obstante era bien simple.

—Somos Varegos —dije.

En muchas ocasiones reflexioné acerca de si las informaciones de que disponía Bjørn Costado de Hierro eran realmente tan buenas como para que él pudiese prever cada uno de los múltiples sucesos de la expedición antes de que acontecieran. Su eterno estribillo «Ya lo verás» así lo daba a entender. Su calma y su seguridad nos llevaron a creerlo. Dimos por supuesto que sabía de antemano que los moros atacarían Predio de Thor, que vendrían de nuevo a por nosotros en Punta Thor, que corríamos hacia la barrera constituida por su flota cerca de la desembocadura del río al sur de Ishbiliya; aceptamos que él conocía la existencia de al-Yazira, las indefensas ciudades francas del sur y las ciénagas deshabitadas donde estableció su campamento de invierno. Sin embargo, él no hizo más que fingir que poseía todos esos conocimientos mientras esperaba con calma los acontecimientos y reaccionaba ante los sucesos a medida que tenían lugar.

Ahora lo sabía porque yo había hecho lo mismo cuando tiré mi cimitarra en la arena y avancé hasta el muro de escudos y lanzas de los soldados cristianos con un sentimiento de fatalismo en el cuerpo. Había dejado mi destino en manos de los dioses. Ellos seguían mis andanzas con curiosidad.

Me detuve a dos pasos de las puntas de lanza y crucé los brazos. Miré fijamente a los ojos de los guerreros cristianos con actitud desafiante. Podrían haberme matado sin contemplaciones. No lo hicieron. Es evidente que la seguridad en uno mismo tiene ese efecto sobre las almas cándidas.

—Somos guerreros de las tierras del norte y aquí tenéis una muestra de nuestro oficio —les dije mientras extendía el brazo hacia los moros muertos en la orilla—. Hemos emprendido un largo viaje hasta aquí para jurar lealtad a vuestro soberano y servirlo como tropa de mercenarios.

El temor de los soldados adoptó una nueva forma. Ahora parecían sentir más respeto que enemistad. Durante la marcha a lo largo de la costa hablé con su capitán y me enteré de más cosas.

—Por lo que se ve, el emperador de los cristianos tiene muchos otros

varegos —les dije a los hijos de Lodbrog—. Ganan un buen dinero a su servicio. También lo haremos nosotros.

—En calidad de siervos —bufó con voz ronca Halfdan Camisa Blanca.

—Solo hasta que hayamos ganado lo suficiente para retomar nuestra antigua vida.

Me recordaba una conversación similar junto a la hoguera de Islote de Thor un año y medio antes. En silencio llegó a la misma conclusión que aquella vez: yo tenía razón y además no teníamos otra opción.

—No deberíamos haber dejado vivir al *nidding* calvo —dijo Sigurd Ojo de Serpiente mirando hacia atrás, a la carreta de bueyes con los heridos—. Ha empañado la reputación de mi esposa. Nos puso unos contra otros.

—De momento habrá que cargar con él —dije—. Se extrañarán si empezamos a quitarles la vida a los nuestros.

—¿El emperador cristiano ofrece buenas condiciones a sus varegos? —quiso saber Ylva.

—Ya lo verás —dije haciendo una pausa a fin de que las palabras pudieran hacer su efecto—. Pero recuerda que los cristianos creen que soy vuestro caudillo. Tratadme con respeto cuando se hallen cerca.

Nunca había soñado con ser otra cosa que un miembro de la manada. Los peligros y las trampas que conllevaba el liderazgo me aterraban; sin embargo, alguien tenía que asumir la responsabilidad de nuestra supervivencia. Que la tarea recayese en mí, el guerrero menos destacado de todos nosotros, era típico del modo en el que las nornas tejían la urdimbre del destino del mundo y los hombres.

—¿Caudillo? —ronroneó Bjørn Costado de Hierro—. ¿Cómo pueden creerlo esos necios?

—Hablo su lengua con soltura.

No dejaba de ser una exageración, pero los de Maiorica hablaban algo que recordaba más al latín que la lengua campesina de los italianos, y más al franco que al habla de los habitantes de los reinos cristianos del norte de Hispania.

El ejemplo de Costado de Hierro a lo largo de la expedición me había enseñado que aquel que se propone conducir un grupo de vikingos ha de estar dispuesto a manipular, usar artimañas y aprovechar los hechos a su alcance

para otorgarles peso a sus decisiones.

—Los cristianos tienen siempre un líder al que admirar —me exployé— y esperan que el resto actúe de la misma manera.

—¿Y ahora tú eres ese líder? —Bjørn Costado de Hierro parecía aliviado por haberse librado de esa carga—. ¿Y adónde nos conduces, entonces? ¿Dónde vive el emperador de estos hombres? ¿En el reino de los francos?

—No. Parece ser que las Islas de Esclavos se hallan en el extremo más occidental de otro gran reino. Hemos llegado en el momento idóneo. Casualmente, una nave aguarda en el puerto de Palmaria para zarpar hacia la ciudad del emperador. Nosotros iremos en ella.

—¿Y cómo se llama la ciudad del emperador?

—Su nombre es Constantinopla.

# NOTAS HISTÓRICAS

Este libro se basa en hechos reales en el sentido de que un vikingo de nombre Bjørn Costado de Hierro comandó una gran expedición que rodeó España y entró en el Mediterráneo, y que su hijo adoptivo, Hastein, lo acompañó. Según algunas fuentes, también participaron los medio hermanos de Bjørn Costado de Hierro: Halfdan Camisa Blanca y Sigurd Ojo de Serpiente.

Aunque he pospuesto la salida desde Noirmoutier en aproximadamente diez años, las descripciones de la ruta de la expedición, los puertos a los que arribó y los objetivos de los saqueos son históricamente correctos. Lo mismo ocurre con la narración del viaje de Ásgeir un cuarto de siglo antes. En las crónicas locales de las ciudades y países afectados se puede leer sobre los ataques, cuya violencia quizá fue exagerada por la propaganda cristiana, pero que indudablemente fue real. El secuestro del valí de Pamplona fue la causa directa de que se estableciese una alianza entre los acosados reinos de Navarra y Asturias, precursora del pacto posterior entre Aragón y Castilla que llevó a la expulsión de los musulmanes de la península ibérica en 1492.

He omitido los saqueos que solo llevaba a cabo parte de la flota o que no eran pertinentes para la historia que quería contar. Solo algunos episodios son ficticios, por ejemplo, la estancia en verano en la entonces desierta bahía de la actual Bilbao o la conquista de la espléndida cruz de la pequeña localidad costera de Bregancio, hoy La Coruña.

Es cierto que la flota vikinga desembarcó en Galicia, pero, hasta donde se

sabe, solo para hacer acopio de provisiones y esclavos para su reventa en el sur, y aunque hay evidencias de la existencia de un enclave comercial vikingo junto al pueblecito pesquero vasco de Mundaka, solo tenemos noticias de él a partir del siglo X.

La vida de los que participaron en la expedición la he tabulado libremente. He tenido que hacerlo así. Nadie sabe nada sobre las relaciones que se establecían en las grandes flotas, pero me inclino a pensar que un viaje tan largo y con tantos hombres deseosos de notoriedad no podía transcurrir sin fricciones internas ni luchas de poder. Aunque Uggla Ugglasson es un personaje de ficción, bien pudo haber guerreros procedentes de la Suecia central de la época entre las tripulaciones, que estaban formadas además por daneses, noruegos y gentes de ascendencia nórdica de Irlanda y las Hébridias.

La reunión con el libertador de Portugal, el capitán Vímara Peres, difícilmente pudo tener lugar tal como se describe, pero a su padre, Pedro, se le atribuye el honor de haber evitado una auténtica invasión de los escandinavos. No hay duda de que los vikingos habitaron la zona. En 1892 todavía existían tres aldeas con el nombre Lordemao, una palabra que los locales usaban para referirse a los piratas del norte.

La flota vikinga se condujo con una notable discreción cuando llegó a la al-Ándalus musulmana. Al-Yazira, hoy Algeciras, fue la única ciudad importante del imperio del emir de Qurtubas que fue saqueada y quemada. Diferente fue la situación cuando la flota llegó a la costa mediterránea de Francia, donde las disputas internas impidieron a las fuerzas locales conformar una defensa efectiva. Cuando Hastein llegó a la más rica Italia, solo pudo saquear tres ciudades en Toscana antes de que sus barcos estuvieran demasiado llenos para continuar. Doy por seguro que tenía planes para regresar, aunque tal vez el final trágico de la expedición hizo que él y otros renunciaran a intentarlo. Los vikingos no volvieron a entrar en el Mediterráneo hasta veinte años después, y solo para comerciar.

La leyenda de que Hastein confundió Luna con Roma la narra asombrado el monje Dudo de Saint-Quentin con las siguientes palabras: «Este hombre fue una maldición; violento, extremadamente cruel y salvaje, una plaga, hostil, sombrío, belicoso y propenso a ataques de ira, mentiroso, rebelde, indeciso y sin ley». La descripción continúa con muchos más insultos, y concluye: «Fue

el peor de todos ellos».

Pero el informe de Dudo fue escrito al menos ciento treinta años después de los hechos. Él nunca conoció a Hastein, y describió más bien su legado — en ámbitos cristianos— caricaturizado que a una persona real. Es difícil creer que los nórdicos, avezados viajeros y normalmente bien informados, pudieran confundir Luna con Roma. También es un misterio por qué saquearon Fiesole y la antigua ciudad portuaria de Pisa, pero dejaron intacta a la rica Florencia. En lugar de volver a las afirmaciones de Dudo, he decidido apostar por una explicación. Probablemente nunca sabremos si es correcta o está un poco más cerca de la verdad que la controvertida interpretación de los historiadores. Luna ya no existe, pero no a causa de los vikingos. La ciudad fue completamente arrasada por los moros en 1015.

Nadie sabe el origen de la reliquia que hoy se conoce como la Sábana Santa de Turín. Según se cuenta, la encontraron los cruzados durante el sitio de Jerusalén a principios del siglo XIII y se presentó en público por primera vez en Francia en 1357. Sin embargo, en 1998, una prueba de carbono-14 demostró que la tela probablemente data de la Edad Media y, por lo tanto, no podría tener ninguna relación con la muerte de Jesús de Nazaret, ocurrida más de mil años antes. El famoso motivo del sudario de un hombre desnudo de largas piernas probablemente se creara como se describe en este libro, pero que los vikingos estuviesen detrás es, por supuesto, ficción.

Debido a las pocas y contradictorias fuentes, muchos otros detalles son desconocidos; por ejemplo, no sabemos si Hastein pasó por alto Luna en un principio mientras navegaba a lo largo de la costa italiana. Pero una cosa es cierta: la poderosa familia Médici de Florencia se menciona por primera vez en un documento de 1230, y el único Francisco de Médici que conocemos nació en 1541. No pude resistir la tentación de introducir un ancestro ficticio.

Algunas fuentes apuntan a que, cuando los vikingos trataron de atravesar el estrecho de Gibraltar, cuarenta de sus barcos se hundieron por una tormenta y el resto se enfrentó a la flota árabe en una batalla naval. Otras fuentes afirman que fue al contrario. De nuevo, me he quedado con la versión que mejor se adaptaba a mi relato. De las más de ochenta naves largas que, según los informes, zarparon del fuerte de Bjørn Costado de Hierro en Noirmoutier, solo veinte regresaron a casas. Hastein estaba con seguridad entre los

supervivientes. En los anales irlandeses podemos leer que llegaron varios barcos a Dyflin con hombres azules a bordo, sin duda un toque exótico en el mercado de esclavos de la ciudad.

Debo confesar dos anacronismos conscientes: en primer lugar, Robert de Anjou (llamado Roberto el Fuerte) murió en 866 y no en 868. Los acontecimientos de la iglesia de Brissarthe se reproducen fielmente, pero la trama de este libro requería que Hastein participara en la batalla, por lo que fue necesario mover la fecha dos años. En segundo lugar, los primeros ejemplos de cimitarras moriscas datan del siglo XI. Esto no significa que ese tipo de espada no existiera en el año 870, pero las armas árabes de la época que conocemos son fáciles de confundir con las espadas francas, y Aguileña tenía que ser fácilmente reconocible y muy característica.

Por último, muchos de los personajes de este libro son ficticios. De hecho, aparte de Bjørn Costado de Hierro, Sigurd Ojo de Serpiente, Halfdan Camisa Blanca y Hastein, pocos vivieron con seguridad. Aunque algunos se mencionan en las fuentes, son solo nombres en el torbellino de la historia. Rolf Lenguaraz —o Rolf Conjurador, Rolf Cuñado de Sigurd y Rolf Hijo de Sierva—, sin embargo, es real en gran medida. Solo la historia de sus orígenes y sus apodosos son fruto de mi imaginación.

Recibiré muchos otros nombres en futuros libros.

# AGRADECIMIENTOS

Escribir es, en principio, un trabajo solitario. Afortunadamente, muchos otros han participado en la creación de este libro. Ante todo, un especial agradecimiento a Politikens Forlag y especialmente a mí siempre vigilante y comprensiva editora, Helle Stavnem.

También muchas gracias por su ayuda a Peder Gammeltoft, anteriormente en la Universidad de Copenhague y hoy director técnico de los Servicios Noruegos de Lexicografía en la Biblioteca de la Universidad de Bergen; gracias por las interesantes conversaciones sobre palabras y topónimos, y por todas las historias que han generado. Gracias también a Walter Knudsen, erudito que, junto a Peder, ha verificado hechos y fechas, tanto para este libro como para *Los hijos del rey vikingo. Venganza*. Niels Arthur Andersen me ha guiado por las armas de aquellos tiempos, mientras que Morten Ravn y Tom Nicolaisen, del Museo de Barcos Vikingos en Roskilde, han contribuido con su conocimiento sobre las primeras naves vikingas. Henning Kure me ha revelado los misterios de la mitología nórdica y, aunque aquí no haya presentado su especial interpretación de los mitos, su aportación ha sido muy valiosa. No menos en deuda estoy con mi viejo amigo y colega Ivar Gjørup, por las traducciones latinas y por sus siempre ingeniosos y completos mensajes de respuesta a mis preguntas.

He consultado muchos libros especializados, tanto para el primer volumen de la serie como para el presente. Algunos han sido particularmente

esclarecedores y estimulantes, entre ellos *Vikinger i krig* (*Vikingos en la guerra*), de Kim Hjarðar y Vegard Vike, *Vikingerne Verden* (*El mundo de los vikingos*), de Else Roesdahl, *I begyndelsen var skriget* (*En el principio era el grito*), de Henning Kure, la nueva traducción de Gyldendal de las *Oldtidssagaerne* (*Sagas de los tiempos antiguos*), pero también la traducción de Fredrik Winkel Holm de la *Crónica de Dinamarca*, de Saxo Grammaticus, de 1911, *Viking age Yorkshire*, de Mathew Townend, *Old Ouse Bridge, York, and its Buildings*, de Barbara Wilson y Francés Mee, *Dudo of San Quentin; History of the Normans*, de Erik Christiansen, *The Viking Spirit*, de Daniel McCoy y *The sea wolves*, de Lars Brownworth.

Un agradecimiento personal a mi padre, Jørgen Holm, por haber despertado mi interés por la historia; a mi suegro, Peter Neergaard, por su apoyo y entusiasmo por esta aventura, y en especial a mi amada esposa y primera lectora, Katharina, mi compañera de viaje en las excursiones a tantos lugares de los que procedían o que visitaron los vikingos, de las Lofoten, Ålesund, Ribe y Trelleborg a Yorkshire, Northumberland, País Vasco, Galicia, Andalucía, Toscana y Estambul. Nada habría sido lo mismo sin su siempre honesta y amorosa opinión.

LASSE HOLM, 2018



LASSE HOLM (Dinamarca, 1968). Comenzó su periplo literario como guionista de diversos cómics, hasta que se aburrió y decidió prepararse como diseñador gráfico, como buen vikingo es muy aventurero y decidió dedicarse a la novela histórica, tema que le encanta. Ilustra él mismo sus propias novelas con mapas de territorios, ciudades y batallas.

*Saqueo* es la segunda novela de la trilogía «Los hijos del rey vikingo», la primera fue *Venganza*, que cuenta como hicieron prisionero a Rolf, siempre en primera persona, bajo el prisma de este cautivo que llegará muy alto en el escalafón vikingo como podremos leer en la tercera entrega de la serie que está a punto de publicarse en Dinamarca. Lasse Holm nos anticipa que después de esa tercera novela dejará descansar a su protagonista, cosa lógica después de tantos viajes y aventuras, hasta dentro de unos años en los que prevé retomar al personaje para seguir contando sus aventuras más maduras.